José Ramón Ayllón

Antropología filosófica



Ariel

Índice

A Diego Domingo,
a Pablo Simón, a Lucía María,
a mis alumnos de Antropología

Antropología filosófica
José Ramón Ayllón

ISBN edición en papel: 978-84-344-6961-7

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.,
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2011

ISBN: 978-84-344-6843-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

1

LOS SERES VIVOS Y SU EVOLUCIÓN

¡Quién, quién, naturaleza,
levantando tu gran cuerpo desnudo,
como las piedras, cuando niños,
se encontrara debajo
tu secreto pequeño e infinito!

JUAN RAMÓN JIMENEZ

1. Un Big Bang biológico

TODO EMPEZÓ con el Big Bang, hace 15.000 millones de años. Suponemos que explotó una condensación de energía de una pequeñez inimaginable: miles y miles y miles de millones de veces más pequeña que el núcleo de un átomo. Por tanto, creemos que toda la inmensidad del cosmos estuvo comprimida en un punto que, bajo la apariencia de la nada, de una chispa en el vacío, contenía una energía descomunal. Tres minutos más tarde, en el tiempo que tardamos en hacer un bocadillo, ya teníamos un universo con el 98% de toda la materia actual, con una anchura de 100.000 millones de años luz. Mucho más tarde apareció la Tierra, en el suburbio de una galaxia entre otras 140.000 millones de galaxias.

Al principio, la embestida constante de grandes meteoritos provocaría un enorme calor en su superficie. Uno de ellos, del tamaño de Marte, desprendió la masa de corteza terrestre que dio lugar a la Luna. Por fin, después de 1.000 millones de años la situación se apacigua poco a poco, los meteoritos son frenados por una atmósfera muy espesa, la actividad volcánica se reduce, la corteza terrestre se enfría... Y, entonces, en las sombrías aguas que recubren el planeta, surgen ínfimas y extrañas criaturas, nuestros antepasados más remotos: las bacterias. Esos primeros seres unicelulares y procariotas –células sin núcleo aparecen hace 4.000 millones de años y son el origen de la evolución, de la explosión de incontables formas de vida, de un auténtico Big Bang biológico.

Hoy tenemos catalogadas cerca de 2.000 millones de especies vivas, estimamos que hay 8.000 millones más, y suponemos que el 99% de las especies que han vivido en la Tierra han desaparecido sin dejar descendencia. Los casos más llamativos son las extinciones en masa de los trilobites, los dinosaurios y el mamut, hace 230 millones de años, 65 millones de años y 3.500 años respectivamente. ¿Se podría simplificar esa inmensa complejidad con una metáfora? Podemos imaginar a Leo Messi transformando una falta directa. Cuando golpea con su zurda, el balón se eleva sobre la barrera, llega a la portería, roza el larguero y se estrella contra la red. Del césped a la escuadra, esa parábola de 30 metros ha salido de una bota cargada de intención. Es muy probable que la trayectoria del universo, iniciada en el Big Bang, también sea el efecto de una patada cósmica, pletórica de fuerza y precisión; y que la evolución de las especies, su infatigable caminar desde la célula procariota hasta el ser humano, ya estuviera contenida en el inteligentísimo impulso biológico que recibió la primera bacteria.

¿Cómo empezó el Big Bang biológico? «De todos los misterios de la ciencia, quizá el origen de la vida sea el más importante y el más difícil, sin solución a la vista». Son palabras del bioquímico Franklin Harold, en su libro *The way of the cell*. ¿Por qué esa dificultad? Porque «se pretende descubrir algo que sucedió en un pasado extraordinariamente remoto, en circunstancias difícilmente imaginables. Por eso, conviene repetir que sabemos muy poco con certeza».

Por lo que vemos, la aventura de la vida proviene de una tendencia universal de la materia a organizarse espontáneamente en sistemas cada vez más heterogéneos. Pero, ¿por qué la naturaleza produce orden? La mayoría de los científicos responde que el universo parece haber sido regulado minuciosamente con el fin de permitir la aparición de una materia ordenada, de la vida después y, por fin, de la conciencia. Como subraya el astrofísico Hubert Reeves, si las leyes físicas no hubieran sido exactamente como son, no estaríamos aquí para contarlo. Más aún: si en un principio alguna de las grandes constantes universales como la gravitación, la velocidad de la luz o la constante de Planck hubiera sufrido una mínima alteración, el universo no habría tenido ninguna posibilidad de albergar seres vivos e inteligentes; incluso es posible que él mismo no hubiera aparecido jamás.

En cualquier caso, suponemos que la vida surgió una sola vez, pues desde su origen está constituida por los mismos «ladrillos»: aminoácidos y nucleótidos, dos tipos de compuestos unidos respectivamente en larguísimas cadenas de proteínas y ácidos nucleicos. Los ácidos nucleicos almacenan información genética y la transmiten a las proteínas, que se encargan de las reacciones bioquímicas propias del ser vivo. La existencia de ambos compuestos nos plantea un problema que parece insoluble, pues no puede haber proteínas si no hay previamente ácidos nucleicos, ni ácidos nucleicos sin la existencia previa de proteínas.

A mediados del siglo XX tuvo aceptación la teoría científica propuesta de forma independiente por el escocés Haldane y el ruso Oparin. Ambos suponían que el primitivo mar sería como un laboratorio en el que se formaron las primeras moléculas orgánicas, una inmensa sopa caliente de sustancias en disolución. Entonces se pronosticó el descubrimiento de sedimentos con enormes cantidades de compuestos orgánicos nitrogenados, ácidos, purinas, pirimidinas... Pero en ningún lugar de la Tierra han aparecido esos restos.

En 1952, Stanley Miller imaginó el origen de la vida y lo intentó reproducir en un experimento. En dos matraces conectados metió agua y una mezcla de gases que suponía formaban parte de la primitiva atmósfera terrestre: metano, amoníaco y sulfuro de hidrógeno. Calentó los matraces y simuló con descargas eléctricas las tormentas de la Tierra recién nacida. A los pocos días, el agua se había convertido en un caldo de aminoácidos, mucho más pequeños que los que constituyen los seres vivos. «Si Dios no lo hizo de este modo, desperdició una buena opción», comentó Harold Urey, premio Nobel y supervisor del experimento.

La prensa de la época hizo creer que solo hacía falta agitar los matraces para que de ellos saliese, arrastrándose, la vida. El tiempo ha demostrado que el asunto no era tan simple. Hoy no estamos más cerca de sintetizar vida, y estamos mucho más lejos de pensar que podemos hacerlo. Klaus Dose lo resume así: Décadas de experimentación sobre el origen de la vida «han conducido a una mejor percepción de la inmensidad del problema más que a su solución. En el momento presente, toda discusión sobre las principales teorías y experimentos terminan en punto muerto o en una confesión de ignorancia».

Además, estudios recientes han demostrado que la atmósfera primitiva no era reductora, como pensaban Miller y Urey. Era, por el contrario, oxidante, rica en CO_2, carbono, nitrógeno y agua. Esa composición más bien habría impedido el desarrollo del idílico océano prebiótico. Con ella, la repetición del experimento de Urey y Miller ha sido decepcionante.

De todas formas, el enigma del origen de la vida no está en los aminoácidos, sino en las proteínas, formadas por la unión de aminoácidos, igual que las palabras están formadas por la unión de letras. La diferencia estriba en que la palabra *colágeno* solo requiere ocho letras, y para formar la proteína *colágeno* se precisan 1.055 aminoácidos en la secuencia correcta. Las posibilidades de que una molécula integrada por 1.055 aminoácidos haya aparecido espontáneamente son prácticamente nulas. Por eso, según las leyes de la probabilidad, cada proteína es un pequeño milagro que no debería existir, semejante al milagro de un huracán que convirtiera un depósito de chatarra en un Jumbo, según la célebre comparación de Fred Hoyle.

Aunque parezca una broma, ahora tendríamos que añadir que una proteína no nos sirve para nada si no puede reproducirse. Y las proteínas no pueden hacerlo. Por eso necesitamos ADN, que a su vez no puede existir si en su fabricación no intervienen las

proteínas. ¿Hemos de suponer que surgieron a la vez para apoyarse mutuamente? No tenemos ni idea.

2. Los primeros seres vivos

PARTE DE la realidad que nos rodea está integrada por seres vivos. Y esos seres –de la bacteria más simple al *Homo sapiens* presentan una forma de ser tan atractiva como difícil de explicar. No deja de sorprendernos que millones de individuos, compuestos por los mismos elementos que encontramos en la corteza terrestre, sean capaces de correr, volar y nadar, convertir en su misma sustancia lo que comen, y engendrar individuos semejantes sin perder un ápice de su integridad. ¿Cómo fue eso posible? Suponemos una etapa prebiótica en la que encontraríamos agua, metano, amoníaco y otras sustancias. A partir de ahí surgirían aminoácidos sencillos, azúcares y bases nitrogenadas. En un tercer momento se formarían las biomoléculas esenciales de los seres vivos: proteínas y ácidos nucleicos. Solo después llegarían las bacterias.

La aparición de las bacterias exige la resolución previa del mismo problema que plantea la aparición de la célula: El ADN y las proteínas no pueden prosperar sin la protección de una membrana. De hecho, las sustancias que toman parte en el asombroso baile de la vida solo pueden hacerlo si están reunidas en el refugio alimentador de una célula. Fuera de la célula, no pasan de ser sustancias químicas tan interesantes como inertes. La célula es, por tanto, como una cocina donde diversos ingredientes se unen misteriosamente para formar una tarta muy especial, capaz de multiplicarse constantemente en tartas idénticas. Después de recibir el premio Nobel por descubrir la estructura del ADN, Francis Crick escribió que «una persona honesta, provista de todo el conocimiento que ahora se puede tener, solo podría decir que, en cierto sentido, el origen de la vida se nos aparece de momento como un milagro».

El milagro solo se produjo una vez. Todo lo que ha estado vivo, vegetal o animal, tuvo su inicio en el mismo tirón primigenio. En un determinado punto de un pasado remotísimo, una bolsita de sustancias químicas absorbió ciertos nutrientes, palpitó levemente y realizó algo extraordinario: se dividió y produjo un heredero. Una mínima porción de material genético pasó de una entidad viva a otra, y nunca ha dejado de hacerlo desde entonces. ¿Cómo conocemos ese origen único? Porque las especies más jóvenes reconocen el código de las más antiguas y utilizan el mismo alfabeto bioquímico. Si tomamos un fragmento de ADN humano y lo insertamos en una célula de levadura, esa célula lo pondrá a trabajar como si fuese suyo. Por eso, la molécula de ADN, como la caja negra de los aviones, resume la historia evolutiva de cada especie, los pasos que llevaron desde la primera forma de vida hasta esa especie. Ello nos permite inducir la

existencia de una primera célula con el código genético que ha llegado hasta nuestros días. Al tratarse del más remoto antepasado de todos los vivientes, la conocemos como LUCA: *Last Unknown Cell Ancestre*.

LUCA fue la primera bacteria, una célula procariota (sin núcleo), dotada de una molécula de ADN con cientos de genes. Después de LUCA, el registro fósil nos dice que los seres vivos más antiguos viven hace 3.500 millones de años, en lechos marinos poco profundos, bajo una atmósfera pobre en oxígeno y rica en dióxido de carbono, con vapores de ácidos clorhídrico y sulfúrico que hoy nos quemarían la ropa, la piel y los pulmones. Se trata de bacterias que, por su color verdeazulado, llamamos cianobacterias, y que inventan algo tan genial como la fotosíntesis: absorben las moléculas de agua, aprovechan el hidrógeno y liberan el oxígeno, oxigenando la primitiva atmósfera hasta hacerla respirable. Forman grandes colonias cubiertas por arena y polvo, hasta parecer rocas con forma de coliflor o de colchones esponjosos (estromatolitos).

Las bacterias no son vegetales ni animales. Constituyen el reino de los *Monera* y han seguido siendo lo que eran hace 3.500 millones de años, en un misterioso desafío al progreso evolutivo que experimentan las demás especies. Son los seres vivos más sencillos: un fragmento de ADN forma en cada una un único cromosoma, con la información de cientos de genes. La sencillez de las bacterias es un modo de hablar, porque están integradas por una cadena compacta de veinte aminoácidos, cuya función depende de 2.000 enzimas específicas. Los biólogos han calculado que la probabilidad de que un millar de enzimas diferentes, durante miles de millones de años, se unan ordenadamente para formar una célula, es del orden de 1 entre $10^{1.000}$.

Una vez originadas, el verdadero problema que hubieron de afrontar estas células arcaicas fue el de la reproducción. ¿Cómo inventaron las innumerables estratagemas que han conducido hasta el prodigio de la reproducción? Una vez más, una ley escrita en el corazón mismo de la materia permitió lo increíble: el primer esbozo de código genético. Ninguna de las operaciones mencionadas pudo llevarse a cabo por azar. Para que la unión de los nucleótidos produzca por azar una molécula de ARN utilizable, es necesario que la naturaleza multiplique a ciegas los ensayos durante al menos 1.015 años, un tiempo cien mil veces más largo que la edad total de nuestro universo.

3. ¿Es suficiente la explicación biológica?

LOS SERES vivos son organismos sustentados por elementos y reacciones fisicoquímicas. Pero la mera suma de elementos de la Tabla Periódica jamás ha producido un ser vivo, como tampoco las piedras producen arcos y bóvedas por sí solas. ¿Acaso se puede explicar un edificio solo por sus ladrillos? ¿No exige un proyecto que ha de ser llevado a cabo? Hablamos de proyecto porque, aunque no está a la vista, lo están sus resultados: los seres vivos. Además, que algo no sea captado por la investigación científica no

significa que no exista. Sócrates reconoce que «si no tuviera huesos ni músculos no podría moverme, pero decir que ellos son la causa de mis acciones me parece un gran absurdo». Y el francés Gilson propone otro ejemplo certero: la explicación del movimiento de un viajero sentado en un tren puede hacerse en términos científicos que expresen la distancia, la velocidad, los materiales del tren y la energía que consume, pero todos esos datos no responden a una pregunta básica: ¿qué hace ese viajero en ese tren? Porque la verdadera respuesta es que desea viajar a París, y ello es verdad aunque ningún método científico nos permita adivinar esa intención.

En el mismo sentido, se puede decir que la causa principal de la vida no es biológica. Para justificar afirmación tan atrevida echamos mano de otro ejemplo. Si mañana un terremoto echara abajo el acueducto de Segovia, el montón de escombros estaría formado por las mismas piedras que vemos hoy airosamente levantadas. Pero solo serían piedras, no acueducto. ¿Qué añade el arquitecto a la piedra para que ésta se sostenga en el arco? Es preciso afirmar que añade un orden particular, algo tan evidente como inmaterial: sin orden, las piedras no pesan más ni menos, pero no se sostendrían sobre nuestras cabezas, y tampoco las palabras formarían el poema, ni los colores el cuadro. ¿Se podría decir lo mismo respecto a la diferencia entre lo vivo y lo inerte? Parece que sí. Porque todos los elementos que forman un ser vivo pueden ser reunidos en un laboratorio guardando la misma proporción. Sin embargo, en el laboratorio, esos elementos seguirán formando una mezcla inerte. ¿Qué le falta a esa mezcla? Uno de los científicos más prestigiosos del siglo XX, el astrofísico Alfred Hoyle, se planteaba el problema en estos mismos términos:

> ¿Qué distingue nuestro yo animado de los objetos inanimados? Por descontado no son los átomos de los que estamos formados, pues no existe ninguna diferencia entre los átomos de carbono de un acantilado y los átomos de carbono de nuestros cuerpos; ninguna diferencia entre el hierro de nuestra sangre y el de una sartén. ¿Qué provoca, entonces, esa diferencia? Es evidente que debe tratarse de la ordenación de los átomos.

Hoyle, después de constatar la diferencia de orden entre la materia inerte y la viva, se pregunta «qué elemento de las ordenaciones provoca esa diferencia crucial». Pero el término *elemento* parece impropio: ningún elemento puede provocar esa diferencia, puesto que todos los elementos de la materia viva y de la inerte son comunes. Si la diferencia entre un edificio y el montón de ladrillos que lo originó está en el orden, ese orden no lo introduce ninguno de los ladrillos, sino un factor diferente. Un factor que denota inteligencia, y que se nos escapa desde hace más de veinticinco siglos, convirtiendo en profética la intuición que llevó a Heráclito a asegurar que por ningún camino encontraríamos la solución al enigma de la vida, aunque los recorriéramos todos.

¿Estamos hablando de un programa inteligente en los seres vivos? Sí. Pero se trata de un programa que no conseguimos atrapar en fórmulas ni se deja copiar: el programa de la vida. Ningún doctorado *honoris causa*, ningún premio Nobel sería suficiente para

premiar su descubrimiento. Aristóteles lo intentó y llegó quizá hasta el fondo, pero solo para comprobar que en el fondo reinaba la oscuridad. Y tuvo que concluir, después de su buceo exhaustivo por las profundidades del problema, que de la causa de la vida solo conocemos sus efectos: por ella «vivimos, sentimos, nos movemos y entendemos los hombres». ¿De dónde viene esa causa? No de la materia, sino «de fuera». Eso es todo. En el inicio del tercer milenio seguimos pensando lo mismo, a pesar de los intentos constantes por salir del atasco. Pasan los años y la Naturaleza sigue guardando celosamente el secreto del programa con el que hace vivir a sus criaturas. Nosotros solo hemos sido capaces de dar a dicho programa un nombre poético: *alma*.

¿Es legítima una argumentación finalista? La formación de un ser vivo parece dirigida desde el futuro, pues vemos que se trata de un proceso tenazmente orientado a un fin. Esa finalidad es muy conocida por los filósofos, pero algunos científicos la tildan de antropomorfismo: comparación ilegítima entre los modos de proceder la inteligencia humana y la naturaleza. Sin embargo, no parece antropomorfismo pensar que el ojo está hecho para ver. El código genético también descarta tal sospecha, pues si los genes son capaces de construir un organismo completo es porque poseen el plan y las estrategias de construcción. Con un magnífico ejemplo, Aristóteles nos hace ver cómo las causas inteligentes trabajan desde el futuro: en el punto final del recorrido de la flecha está el blanco, pero en el blanco ha estado la intención del arquero antes que la flecha.

La biología molecular nos dice que el cuerpo de un mamífero está compuesto por billones de células, y en cada célula hay millones de moléculas. Si hubiera que levantar ese rascacielos biológico ensamblando una molécula por segundo, sería necesario hacer trabajar en paralelo a billones de empresas constructoras durante muchos miles de años. Por eso se puede afirmar que un embrión, al desplegar tal actividad en el tiempo récord de semanas o meses, es un portentoso arquitecto. Una larga tradición filosófica argumenta que el trabajo simultáneo y coordinado de esos billones de factorías monocelulares solo es posible si hay un «centro de control» que sincronice desde el principio todas las factorías, retenga en su memoria lo que han hecho, y sepa lo que todavía queda por hacer. De lo contrario, todo el proceso vital sería abortado en su mismo inicio. Entonces, ¿existe el alma? Parece que sí. En todo ser vivo, ese «centro de control» es el principio activo que unifica los muchísimos millones de programas que trabajan en equipo. Desde la Grecia clásica se le ha llamado *psique* (*anima* en latín, *alma* en castellano). Y, como retener el pasado y poseer el futuro implica estar por encima del espacio y del tiempo, que son presentes, la inmaterialidad aparece como un rasgo esencial de lo psíquico. Quizá nunca sepamos qué es exactamente el alma, pero tampoco podemos dudar de su existencia: oír que alguien llama a la puerta no es saber que es Pedro quien llama. «Alma», la palabra con la que designamos la causa de la vida, es precisamente el nombre que ponemos a un desconocido cuya existencia no ofrece duda.

Cuenta Viktor Frankl que un alumno de Medicina le preguntó en qué quedaba la realidad del alma, siendo ésta totalmente invisible. El profesor confirmó que no era posible ver un alma mediante disección o exploración microscópica, pero preguntó a su vez por qué razón iba a exigir esa prueba. «Por amor a la verdad», contestó el joven. «Solo necesité preguntarle si no sería *el amor a la verdad* algo anímico, y si él creía que cosas como *el amor a la verdad* podían hacerse visibles por vía microscópica. Aquel muchacho comprendió que lo invisible, lo anímico, no puede encontrarse mediante el microscopio, pero que es un presupuesto para trabajar con el microscopio».

4. Orden y finalidad en los seres vivos

LAS CIENCIAS pisan con frecuencia terreno metafísico, no físico. En el caso de la Biología, la problemática metafísica surge principalmente en tres momentos:

Al considerar el orden que preside los organismos vivos
Al estudiar la singularidad de la especie humana
Al relacionar los conceptos de evolución y creación

Gordon Taylor, un convencido evolucionista, director de los programas científicos televisivos de la BBC, solía contar el caso de los trilobites: pequeños animales que poblaron los mares primitivos hace 500 millones de años, y que se extinguieron de repente dejando millones de fósiles. En 1973, al analizar sus ojos, se descubrió que habían resuelto, por su cuenta, problemas de óptica sumamente complejos. ¿Cómo recogieron la complicada información genética necesaria para construir esa estructura casi milagrosa? Todo parece obedecer –concluye Taylor– a un plan minucioso, y no al resultado de casualidades felices.

El misterio del ojo de los trilobites no es un caso aislado, sino un ejemplo entre muchos, y el plan minucioso sugerido por Gordon Taylor, bien se puede aplicar a todo lo que parece responder a un fin: ojos para ver, alas para volar, aletas para nadar, pezuñas para galopar, pulmones para respirar…

La noción de finalidad es bien conocida por la filosofía desde los tiempos de Sócrates, pues la observación de la realidad física descubre a Pitágoras, a Heráclito y a los filósofos presocráticos la existencia de programas y pautas de actividad. La finalidad no es una noción científica –como tampoco lo son la libertad, la justicia o el amor–, pero su evidencia es apabullante y pone de manifiesto algo que puede sonar a escandaloso:

1. Que el conocimiento científico no abarca toda la realidad
2. Que la verdad científica no es toda la verdad
3. Y que la racionalidad científica solo es un aspecto de la racionalidad humana

Aunque el biólogo no estudie la finalidad, los organismos que estudia no existirían sin ella. El doctor Claude Bernard, padre de la fisiología médica, decía que «no es temerario creer que el ojo ha sido pensado para ver». Dado que la finalidad –la previsión de un fin– no es un hecho empírico, con frecuencia se invoca el azar a la hora de explicar la organización de la vida. Pero el azar tampoco es una realidad empírica. Precisamente por eso es indemostrable y no puede ser objeto de ciencia. Además, el supuesto azar va contra la evidencia del orden y la regularidad que se observan en la naturaleza. Borges, el poeta, escribió: «Algo, que ciertamente no se nombra con la palabra *azar*, rige estas cosas». Pablo Neruda lo expresa de forma incomparable en dos versos:

¿*Cómo saben las raíces que han de subir a la luz*?
¿*Y cómo saben las estaciones que deben cambiar de camisa*?

El propio Darwin nunca acabó de admitir la idea de que una estructura tan compleja como el ojo hubiera evolucionado por la acumulación casual de mutaciones favorables. Más explícito que Darwin, el zoólogo evolucionista Pierre Grassé afirma que «la finalidad inmanente o esencial de los seres vivos se clasifica entre sus propiedades originales. Y no se discute, se constata».

Es preciso entender que estamos ante una realidad tan evidente como suprabiológica. Esta evidencia de la finalidad –que en último término remite a un programa inteligente, a un diseño– es tan fuerte que consigue abrir grietas en el más compacto de los materialismos. Así, Oparin, el científico soviético que aventuró la hipótesis de los coacervados, reconoce que «Si no admitimos un plan preexistente o un tipo de causalidad exterior al sistema, el origen de la vida se topa con enormes dificultades».

Sin embargo, muchos darwinistas tienden a suponer que la evolución no pasa de ser una extraordinaria cadena de montaje, tan extraordinaria que se ha montado a sí misma.

5. La vida codificada en el ADN

LAS CARACTERÍSTICAS de un ser vivo –las instrucciones para ensamblar y levantar su complejísima arquitectura– están escritas en un código químico compuesto por bases nitrogenadas (letras) que se combinan en forma de genes (palabras) unidos en largas moléculas de ADN (párrafos). Esos párrafos están escritos en el núcleo de cada célula, comprimidos en unos cromosomas que vienen a ser los capítulos del libro que contiene todo el diseño del ser vivo, su genoma. Para expresarlo más visualmente:

Letras ⇒	palabras ⇒	párrafos ⇒	capítulos ⇒	libro
Bases ⇒	genes ⇒	moléc. ADN ⇒	cromosomas ⇒	genoma

Hasta mediados del siglo xx se suponía que la herencia de los progenitores se transmitía en las proteínas, ya que éstas aparecían en las moléculas más diversas de los seres vivos. En 1944 se demostró que era el ADN quien transmitía la herencia biológica, no una proteína. El ADN era conocido desde hacía un siglo, pero era considerado como poco más que material de relleno nuclear, sin ningún interés particular. Una molécula de ADN es un polímero de nucleótidos. Cada nucleótido consta de una molécula de azúcar, una de ácido fosfórico y una base nitrogenda.

El ADN es mucho más que el DNI de cada ser vivo. No solo es código de identificación, sino también de edificación y conservación de todo el ser vivo, desde su primer instante. El ADN, código universal que heredan todos los seres vivos, con su capacidad de replicación, mutación y programación, es asombrosamente perfecto para cumplir el trascendental papel de molécula de la vida. De hecho, una de las maravillas del ADN es su capacidad de replicación. Cuando llega la hora de producir una nueva molécula, los dos filamentos se abren como una cremallera y cada uno sirve de plantilla para la copia de un nuevo filamento parejo.

El ADN, la molécula más extraordinaria de la Tierra, es un ácido nucleico que dibuja una espiral con dos filamentos o cadenas en forma de escalera retorcida. Los peldaños de esa escalera son la adenina, citosina, guanina y timina, bases nitrogenadas representadas por las letras A, C, G, T, siempre emparejadas de cuatro formas diferentes: A-T, T-A, C-G, G-C.

El ADN es un manual con las instrucciones de formación y desarrollo del ser vivo, algo equiparable a un programa informático en el núcleo de las células. Su lenguaje de codificación es un alfabeto de cuatro letras: A (adenina), T (timina), G (guanina) y C (citosina). Varios cientos o miles de letras de ese alfabeto forman un gen. Cada gen es una especie de código de barras que, leído por la célula, desvela las instrucciones para construir una pequeña parte del ser vivo. Los genes de los eucariotas alternan tramos codificantes (exones) con tramos no codificantes (intrones). Por lo que sabemos, hay genes polivalentes, utilizados de diferente manera en distintos sistemas celulares, tejidos u órganos, o en diferentes momentos del desarrollo de un ser vivo. Entre los genes hay una enorme cantidad de ADN que nos parece inservible. Con mucho atrevimiento lo denominamos «ADN basura», pues solo revela el nivel actual de nuestra ignorancia.



Antes se pensaba que cada gen era responsable de un carácter, ya fisiológico, ya anatómico o incluso conductual. Esa concepción está invalidada. Hoy sabemos que el significado de un gen –de una secuencia concreta de bases– varía según su situación en el genoma, según la interacción con otros genes y según el tipo de organismo donde esté. Injertando los genes que controlan el ojo de ratón en el genoma de la mosca del vinagre, se ha podido comprobar que se formaban ojos de mosca (por supuesto, compuestos, muy diferentes a los del roedor). Así pues, la misma secuencia genética, en un medio celular diferente, se expresa de modo distinto. De hecho, cada vez descubrimos más genes que están perfectamente conservados desde el origen de la vida, y eso pone de manifiesto que la evolución no se ha producido mediante mutaciones aleatorias fijadas por la selección natural.

¿Cómo opera un gen? La secuencia de cada gen es copiada en el ARN, molécula mensajera de un solo filamento, como media escalera con sus peldaños colgando de un lado. El ARN viaja del núcleo al citoplasma de la célula y entra en una fábrica de proteínas llamada ribosoma. En el ribosoma, un equipo de traductores lee las bases de la media escalera de ARN y forma un aminoácido con cada tres peldaños. Uniendo muchos aminoácidos se construyen las proteínas. Un gen es, por tanto, un tramo de ADN que codifica la formación de una o varias proteínas. Las proteínas realizan los trabajos de la célula y le dan su configuración estructural. Investigaciones en muchos organismos han revelado que el código genético, mediante el cual la información del ADN y ARN se convierte en proteínas, es universal, aparece en todos los organismos conocidos. La vida, por tanto, solo tiene un idioma bioquímico, no es una Torre de Babel.

El ADN se apretuja en los cromosomas del núcleo celular. Por tanto, los cromosomas constituyen el manual completo de instrucciones para formar y mantener a un ser vivo, y ese manual lo encontramos repetido en cada una de las células del mismo ser vivo.

De ese lenguaje bioquímico conocemos la sintaxis –el genoma– pero se nos escapa la semántica, el significado. Eso quiere decir que podemos leer la secuencia del ADN, pero no entendemos lo que significa, en qué se traducen sus instrucciones.

6. La evolución

UN RÍO, según la resistencia que encuentre en su camino, según la orografía y la composición geológica que salgan a su paso, volará en forma de catarata, excavará cañones y gargantas, se deslizará como una serpiente silenciosa, cantará en los bosques, se dormirá en los remansos y morirá en el mar. De forma semejante, el río de la vida también ha sabido adaptarse a los diferentes escenarios naturales que ha encontrado en su camino. Así, los descendientes de la primera bacteria, en lentos pasos que han durado millones de años, aprendieron a respirar en el agua y en el aire, y después a volar y a cantar, a construir altos nidos, a excavar madrigueras bajo tierra, a nadar, correr y trepar..., hasta llegar a ser capaces de besar y reír, de hablar y soñar, de odiar y perdonar, de escribir y leer libros...

Acontecimiento	*Años*	*Tiempo reducido a 1 año*
Origen de la Tierra	5.000 millones	1 enero
Enfriamiento corteza	4.000 millones	
Etapa prebiótica	3.800 millones	26 mayo
Células sin núcleo (procariotas)	3.500 millones	
Células con núcleo (eucariotas)	1.500 millones	
Primeros multicelulares	900 millones	18 noviembre
Invertebrados marinos	600 millones	24 noviembre
Plantas terrestres.	350 millones	5 diciembre
Aparecen dinosaurios	205 millones	16 diciembre
Desaparecen dinosaurios	60 millones	25 diciembre
Aparición del hombre	150.000 años	31 dic. 22 h.
Primeras civilizaciones	5.000 años	31 dic. 23 h. 59 m.

Así contada, la evolución puede parecer un proceso sencillo y hermoso. En realidad se trata de un complejísimo fenómeno, del que ignoramos y suponemos mucho más que sabemos.

Hay quien niega la evolucion alegando que la ciencia se basa en la observación, la reproducción de los fenómenos y la experimentación. Añaden que nadie ha visto los pasos de unas especies a otras, y que es imposible recrear semejantes procesos en un laboratorio.

La ciencia, sin embargo, no es eso exactamente. Sus teorías sobre el mundo natural son explicaciones apoyadas en observaciones, hechos, inducciones, deducciones e hipótesis contrastadas. Nadie ha visto los átomos, ni el recorrido de la Tierra alrededor

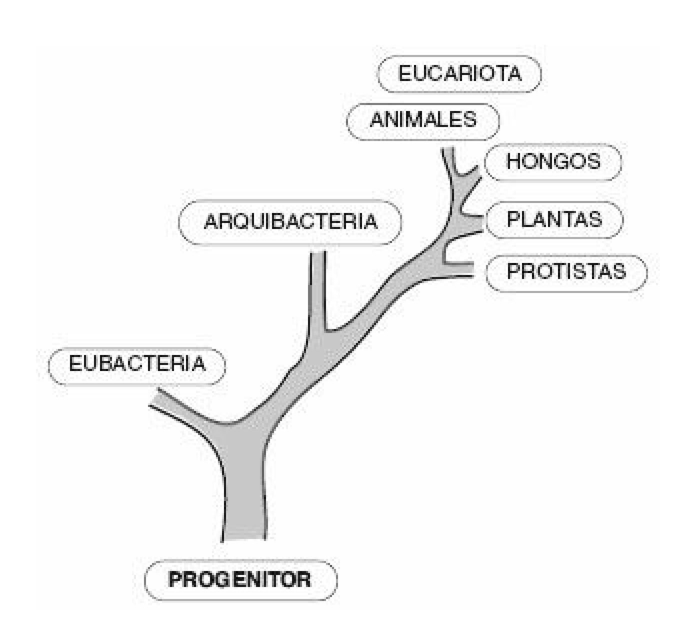
del Sol, pero constantemente confirmamos las consecuencias previstas para ambas suposiciones.

En el caso de la teoría de la evolución, se afirma que todos los organismos vivos están relacionados con un ancestro común, del que descienden. Ese parentesco universal de las especies se puede dibujar en el árbol de la vida, cuya verdad es una conclusión científica que supera cualquier duda razonable.

Aunque jamás lo hayamos visto o demostrado, hay buenos argumentos para suponer los pasos desde la célula originaria hasta el tiburón, la liebre o el ruiseñor. Llamamos *evolución* a todo ese proceso de transformación, aunque también hemos de reconocer que estamos poniendo una etiqueta a un proceso sumamente oscuro, cuyo primer capítulo es precisamente la misteriosa aparición de la vida.

Un segundo capítulo estudiaría cómo y cuándo se instala la clorofila en una célula, algo que tampoco esclareceremos nunca. El tercer capítulo abordaría el paso de la bacteria sin núcleo a la célula con núcleo. Es el salto de la célula procariota a la eucariota, después de dos mil millones de años sin evolucionar. El dato es completamente asombroso y contrario a la evolución: si la aparición de la vida sobre la Tierra necesitó 1.000 millones de años, el agrupamiento de cromosomas en el núcleo necesitó el doble de tiempo: 2.000 millones.

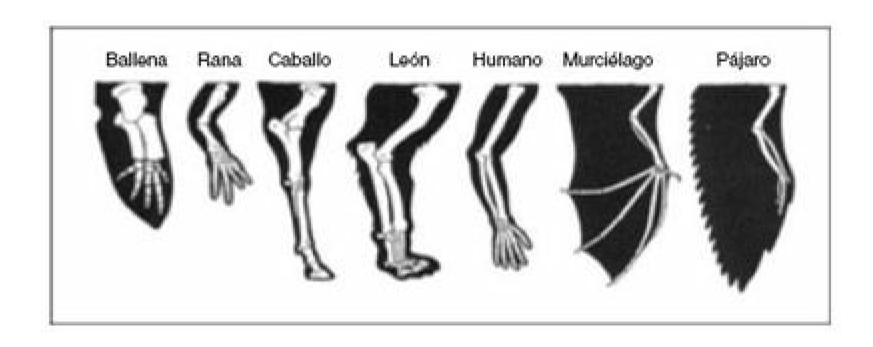
Lo que acabamos de decir es solo el comienzo de la evolución. A partir de ahí asistiremos al encadenamiento y progresiva complejidad de las especies a lo largo del tiempo. Aunque se trata de una evidencia racional, atestiguada –en mayor o menor medida– por el registro fósil, la embriología, la anatomía comparada y el parentesco genético, se nos escapa el cómo de dicho proceso, su mecanismo.



Diversas conjeturas han dado lugar a otros tantos evolucionismos, aunque en cierta manera todas las interpretaciones se pueden reducir a dos: las que apuestan por la causalidad y las que prefieren la casualidad. Casualidad significa azar, una postura ya defendida por los filósofos Leucipo y Demócrito, padres del materialismo antiguo. Causalidad, por el contrario, viene a significar proyecto, previsión, y por ella apostaron casi todos los filósofos de Grecia y Roma, desde Pitágoras y Heráclito.

Decíamos que la teoría evolutiva se apoya en pruebas de diferente valor demostrativo. La anatomía comparada es la más fácil de ver. Los paleontólogos saben que los tetrápodos (animales de cuatro extremidades: anfibios, reptiles, pájaros y mamíferos) evolucionaron a partir de un grupo particular de peces de aletas lobuladas. Es uno de los muchos ejemplos que muestran la evolución a través de la comparación anatómica de las especies.

Si seguimos con el ejemplo anterior, vemos que los esqueletos de las tortugas, los caballos, los humanos, los pájaros, las ballenas y los murciélagos son sorprendentemente similares, a pesar de la diversidad de sus ambientes y modos de vida. En los casos mencionados, dos miembros delanteros, armados sobre los mismos huesos, sirven a una tortuga y a una ballena para nadar, a un caballo para correr, a un pájaro para volar, a una persona para escribir. Por lo que parece, dichas especies heredaron sus estructuras óseas de un ancestro común, antes de que sufrieran diversas adaptaciones.



Homología: todos los tetrápodos tienen una extremidad con cinco dedos, aunque tengan diferentes funciones.

La embriología es otra prueba clásica. Todos los vertebrados se desarrollan a partir de formas embrionarias notablemente similares en las primeras fases de la gestación. En *El origen de las especies*, Darwin define esta homología como «la relación entre las partes, resultante del desarrollo de las partes embrionarias correspondientes». A modo de ejemplo, los embriones de los seres humanos y de otros vertebrados no acuáticos muestran, en la piel de la garganta, pliegues en forma de hendiduras, de agallas que nunca van a utilizar. Las tienen porque comparten una antecesor común: el pez, en cuya cabeza evolucionaron por primera vez las estructuras respiratorias.

Esta argumentación se tambaleó cuando se logró marcar con colorante las células de los embriones. Entonces, al presenciar su desarrollo, se observó que un órgano concreto –el riñón, por ejemplo– no se forma en todas las especies a partir de las mismas células embrionarias. Esto se complica en el caso de los insectos y de las plantas, cuyos órganos homólogos se han formado de muchas maneras diferentes.

Respecto a los fósiles, los que tenemos catalogados corresponden a 250.000 especies, y no se comportan como Darwin hubiera querido, pues rara vez reflejan las innumerables formas de transición que él supuso. Más bien parece que la evolución da grandes saltos, como ha puesto de manifiesto Gould. Desde el punto de vista paleontológico, el estado habitual de las especies es la estasis y la súbita aparición y desaparición, no el cambio gradual. Darwin pensaba que no encontraba formas intermedias porque los fósiles eran muy incompletos, pero hoy conocemos archivos completos, que documentan ininterrumpidamente millones de años. Uno de ellos es el de los moluscos del lago Turkana, en África oriental, donde Williamson, en 1987, identificó la aparición repentina de nuevas especies (especiación).

Si los argumentos anteriores no son definitivos, pensamos que sí lo son los aportados por la biología molecular y la genética. El hecho de que las transformaciones químicas de las células sigan los mismos mecanismos metabólicos nos habla claramente de un origen común: una protocélula con el código genético que ha llegado hasta nuestros días: LUCA (*Last Unknown Cell Ancestre*, última célula ancestral desconocida).

Las especies más jóvenes reconocen el código génetico de las más antiguas, y utilizan el mismo alfabeto. Si tomamos un fragmento de ADN humano y lo insertamos en una célula de levadura, esa célula lo pondrá a trabajar como si fuese suyo.

Un estudio comparativo de los genomas muestra concordancias sorprendentes entre las especies. El ejemplo que mejor conocemos es el nuestro: la posibilidad de encontrar secuencias similares a una secuencia del genoma humano es del 100% respecto a los chimpancés, del 99% respecto a los perros y ratones, del 75% respecto al pollo, del 60% respecto a la mosca de la fruta.

7. Darwin y la selección natural

LA EVOLUCIÓN biológica es un hecho. El evolucionismo es su interpretación. Entre todas las interpretaciones de la evolución, la darwinista es –con mucho– la más aceptada, hasta el punto de que evolucionismo y darwinismo suelen confundirse en el lenguaje corriente. Pero no debería ser así. Como atestigua la *Historia Natural* de Buffon, el hecho de la evolución era conocido y debatido en el ámbito científico desde finales del siglo XVIII, con un importante núcleo en la Academia de las Ciencias de París. Sin embargo, todavía a mediados del XIX, Darwin y la mayoría de los naturalistas europeos pensaban que cada especie había sido creada por Dios de forma independiente.

En la introducción a *El origen de las especies*, libro canónico sobre la evolución, Darwin reconoce que estuvo equivocado durante años, cuando pensaba que cada especie había sido creada por separado:

> Después del estudio más detenido y del juicio más desapasionado de que soy capaz, no puedo abrigar la menor duda de que la opinión que la mayor parte de los naturalistas mantuvieron hasta hace poco, y que yo mismo mantuve anteriormente, sobre que cada especie ha sido creada independientemente, es errónea.

A continuación, Darwin declara su convencimiento de que las especies descienden unas de otras, y dedica todo el libro a argumentar esa hipótesis. Al final del libro retoma esta idea:

> Autores eminentísimos parecen estar completamente satisfechos con la teoría de que cada especie ha sido creada de forma independiente. A mi juicio, se aviene mejor con lo que conocemos de las leyes impresas en la materia por el Creador, el que la producción y la extinción de los habitantes pasados y presentes del mundo sean debidas a causas secundarias, como las que determinan el nacimiento y la muerte de los individuos.

Darwin intuyó la descendencia de todas las especies a partir de una primera forma de vida, como ramas de un tronco común, pero se equivocó al identificar las *causas secundarias*, los resortes del cambio evolutivo:

– Adaptación al medio ambiente: en tamaño, color, fuerza, velocidad, morfología...
– Transmisión, por herencia, de los caracteres adquiridos por adaptación
– Selección natural de los cambios más favorables
– Gradualismo: la suma de muchos pequeños cambios produce una nueva especie

La herencia de los caracteres adquiridos era la esencia del transformismo, postulado antes de Darwin por Lamarck. Hoy sabemos que se trata de una hipótesis falsa, pues dichos caracteres no se incorporan al patrimonio genético y, por tanto, no se transmiten de padres a hijos. Lo sabemos desde que conocemos los genes, cuando se difundieron los estudios de Mendel, hacia 1900. Pero Darwin había muerto veinte años antes, sin sospechar que los caracteres adquiridos no se heredan. Si hubiera vivido un poco más, Darwin no habría sido darwinista.

Respecto al gradualismo –aparición de una especie como fruto de muchos y previos cambios mínimos–, hay que reconocer que nunca hemos visto un cambio de especie (Margulis); que nunca hemos podido provocarlo en el laboratorio; que apenas se conocen formas intermedias entre dos especies; y que el registro fósil presenta con frecuencia lo contrario: la aparición y desaparición súbita de especies bien definidas.

En esencia, Darwin pensó que el mecanismo de la evolución se podía resumir en dos conceptos: variación con selección. Como sabemos, aportó pruebas de embriología, anatomía comparada y paleontología. Pero siempre –por honestidad intelectual– dejó claro que sus pruebas no eran concluyentes:

> Yo creo en la selección natural no porque pueda probar –en ningún caso particular– que haya convertido una especie en otra, sino porque me permite explicar correctamente (al menos, eso creo) muchos hechos de clasificación, embriología, morfología, descendencia...

El problema de esta hipótesis –como ya hemos dicho– es que jamás hemos observado un salto de especie, ni tampoco hemos podido predecirlo. Y la ciencia necesita que las demostraciones confirmen las suposiciones. Por otra parte, la selección natural parece un proceso evidente e irrefutable, porque establece que sobreviven los individuos más aptos para sobrevivir. Pero semejante afirmación plantea un grave problema, pues –como ha observado Karl Popper– se parece demasiado a una tautología (a = a), y con tautologías no se hace ciencia.

Además, la selección natural no introduce novedades, pues opera sobre lo que previamente ha sufrido una mutación. Es, por tanto, un agente pasivo y externo, como una red que atrapa unos peces y deja libres a otros, pero no los engendra. La selección natural viene a decir –si se me permite la comparaciónque una ciudad es lo que queda en pie después de las guerras, inundaciones, terremotos e incendios que la han asolado durante siglos. En cierto sentido, eso es una ciudad. Pero la causa de sus edificios actuales no son esas desgracias, sino los ingenieros y arquitectos que los levantaron. Aceptamos que el acueducto de Segovia ha pasado la prueba de la selección natural, pero no ha sido levantado por la selección natural.

Tal y como observó Darwin en los pinzones de las islas Galápagos, la selección natural se limita a producir pequeños cambios de tamaño, forma o color, no más. Es, por tanto, un maquillaje. Pero ningún maquillaje produce un cambio de especie. Nietzsche expresó perfectamente esta objeción cuando escribió que «Darwin sobreestima de modo absurdo la influencia del medio ambiente, porque el factor esencial del proceso vital es precisamente el tremendo poder de crear y construir formas desde dentro». Esta certera intuición ha sido plenamente confirmada, en el siglo xx, por la genética y por la biología molecular. Pero el evolucionismo fue formulado en el siglo XIX, cuando no se había inventado el microscopio electrónico y la célula se definía como un pequeño grumo de materia orgánica con membrana y núcleo. Así, el primer evolucionismo solo tuvo acceso a la morfología. Sin embargo, estudiar a un ser vivo por su forma externa es como analizar un vino por su botella. Por eso, mientras el evolucionismo lo sabía todo sobre la anatomía y la morfología, se le escapaba el propio ser vivo.

Hoy, la molécula de ADN proporciona la prueba más convincente de la evolución biológica. El ADN de todos los seres vivos –de todos– está formado por el mismo alfabeto químico: secuencias de los cuatro nucleótidos adenina, citosina, guanina y

timina. El hecho de que todas las reacciones químicas de todas las células sigan los mismos mecanismos metabólicos, nos habla claramente de un origen común. En este sentido, la concordancia entre las proteínas de especies muy diferentes, como las bacterias y los seres humanos, es realmente asombrosa. Y el porcentaje de genoma idéntico entre dos especies es mayor cuanto más cercanas están en la escala evolutiva. Esa similitud también nos dice que esas especies han evolucionado de un ancestro común.

¿Hacia dónde ha evolucionado el darwinismo? La unión entre genética y selección natural, entre Darwin y Mendel, tuvo lugar a partir de 1930, y se llamó neodarwinismo. Era un intento de salvar algo de la herencia de Darwin, pero solo consiguió mantener una losa sobre la investigación científica e impedir la búsqueda de una teoría susceptible de verificación. Gould ha estigmatizado a los darwinistas que atribuyen impropiamente a la selección natural los poderes propios de la Providencia divina.

¿Hay alternativas al darwinismo? Rémy Chauvin sugiere la hipótesis de dos programas evolutivos coordinados. A corto plazo, el ADN. A largo plazo, el auténtico programa evolutivo en sentido estricto, que no residiría en el genoma sino en el citoplasma. Este viejo programa podemos observarlo en las primeras fases del desarrollo embrionario, tan sorprendentemente análogas en todos los animales. Pero «no seamos hipócritas: todo programa supone la existencia de un programador, y ninguna acrobacia dialéctica puede llevarnos a esquivar esta dificultad. ¿Quién es el programador? No tengo respuesta para esta pregunta, aunque podemos imaginarlo».

8. Evolución y creación

TODO EN el cosmos puede quizá explicarse por leyes científicas, excepto esas mismas leyes y la realidad misma del cosmos. Lo cual supone una notable excepción.

Esto no es un sofisma, no es una pirueta filosófica. Stephen Hawking, al final de su *Breve historia del tiempo*, confiesa que hay una pregunta que la ciencia jamás será capaz de responder: ¿por qué el universo se ha tomado la molestia de existir?

Podemos explicarlo con un ejemplo literario. Si nos preguntan por qué se vuelve loco don Quijote, responderemos lo que todo el mundo sabe: por leer demasiados libros de caballerías. Pero, qué responderíamos si nos preguntan: ¿Don Quijote se vuelve loco por leer libros de caballerías o porque quiere Cervantes? Está claro que el universo se explica gracias a la gravitación, el electromagnetismo y las fuerzas nuclear débil y nuclear fuerte. Pero, en realidad, ¿se explica por esas leyes o por el legislador?

Si el universo es un conjunto de seres contingentes, que no tienen en sí mismos su razón de ser, necesariamente ha tenido que ser creado. Crear no es transformar algo sino producir radicalmente ese algo. La evolución, en cambio, se ocupa del cambio de ciertos

seres que previamente existen. De esta forma se ve claro que la creación y la evolución no pueden entrar en conflicto, porque se mueven en dos planos y en dos cronologías diferentes.

Una certera comparación de Ernst Jünger aclara este punto:

> La teoría de Darwin no plantea ningún problema teológico. La evolución transcurre en el tiempo; la creación, por el contrario, es su presupuesto. Por tanto, si se crea un mundo, con él se proporciona también la evolución: se extiende la alfombra y ésta echa a rodar con sus dibujos.

Esta misma idea la expresó San Agustín, de forma incomparable, hace 1.600 años:

> Las simientes de los vegetales y de los animales son visibles, pero hay otras simientes invisibles y misteriosas mediante las cuales, por mandato del Creador, el agua produjo los primeros peces y las primeras aves, y la tierra los primeros brotes y animales, según su especie. Sin duda alguna, todas las cosas que vemos ya estaban previstas originariamente, pero para salir a la luz se tuvo que producir una ocasión favorable. Igual que las madres embarazadas, el mundo está fecundado por las causas de los seres. Pero estas causas no han sido creadas por el mundo sino por el Ser Supremo, sin el cual nada nace y nada muere.

No solo los santos dicen estas cosas. En su *Diccionario filosófico*, Voltaire –el ilustrado que se propuso acabar con la Iglesia católica– se imagina este diálogo con un ateo materialista:

> –¿Qué es la materia? –pregunta el ateo.
>
> –No lo sé muy bien –responde Voltaire–. Me parece extensa, sólida, resistente, con peso, divisible, móvil. Pero Dios puede haberle dado otras mil cualidades que ignoro.
>
> –¡Traidor! –replica el materialista–. ¿Otras mil cualidades? Ya veo a dónde quieres llegar: vas a decirme que Dios puede vivificar la materia, que puede dar el instinto a los animales y que es dueño de todo.
>
> –Bien podría ocurrir –reconoce Voltaire– que Dios, en efecto, hubiera otorgado a la materia muchas cualidades que usted no sabría comprender.

En *El origen de las especies* Darwin habla de «leyes impresas por el Creador en la materia». Un siglo más tarde, observamos que el darwinismo oficial había traicionado a Darwin y convertido su hipótesis en la gran alternativa materialista a la creación divina, simbolizada en el relato del *Génesis*. Como un nuevo giro copernicano, la exclusión de la causalidad de Dios sobre el mundo tiene una inmensa importancia cultural. Ese empeño exige al evolucionismo miles de investigadores especializados, además de profesionales capaces de conectar con el gran público: profesores y maestros, autores de libros de texto, guionistas de programas televisivos, artistas de ilustraciones verosímiles y atractivas, reconstrucciones brillantes en museos…

Darwin fue un científico riguroso y un hombre ponderado, pero el darwinismo ha perdido ambas virtudes. Uno de los directores de Atapuerca afirma que «el descubrimiento más asombroso de la humanidad es la evolución, y sin esta revelación no

se puede entender nada del ser humano». Si algunos darwinistas son grotescos, otros hacen gala de una arrogancia áspera. En 1959 se celebró en Chicago el centenario de *El origen de las especies*. Allí, Julian Huxley, el orador más aplaudido, declaró que «La Tierra no fue creada: evolucionó. Y lo mismo hicieron los animales y las plantas, al igual que el cuerpo del ser humano, la mente, el alma y el cerebro». Algo parecido dice hoy día Richard Dawkins, zoólogo de Oxford. Ninguno repara en que la creación parece necesaria para dar razón del ser mismo de los vivientes y de la existencia de sus leyes. Por eso, no sustituye a las causas naturales que estudia la Biología, ni se opone a ellas. Así lo entienden y exponen algunos de los evolucionistas más prestigiosos, como Francisco Ayala:

> Que una persona sea una criatura divina no es incompatible con el hecho de haber sido concebida en el seno de su madre y mantenerse y crecer por medio de alimentos. La evolución también puede ser considerada como un proceso natural a través del cual Dios trae las especies vivientes a la existencia de acuerdo con su plan.

9. Cuestiones abiertas: Darwin

1. Después del estudio más detenido y del juicio más desapasionado de que soy capaz, no puedo abrigar la menor duda de que la opinión que la mayor parte de los naturalistas mantuvieron hasta hace poco, y que yo mismo mantuve anteriormente, sobre que cada especie ha sido creada independientemente, es errónea. (*El origen de las especies*)

2. Autores eminentísimos parecen estar completamente satisfechos con la teoría de que cada especie ha sido creada independientemente. A mi juicio, se aviene mejor con lo que conocemos de las leyes impresas en la materia por el Creador, el que la producción y la extinción de los habitantes pasados y presentes del mundo sean debidas a causas secundarias, como las que determinan el nacimiento y la muerte de los individuos. (*El origen de las especies*)

3. Hay grandeza en esta concepción de que la vida, con sus diferentes facultades, fue originariamente alentada por el Creador en unas cuantas formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarollando, a partir de un comienzo tan sencillo, infinidad de formas cada vez más bellas y maravillosas. (*El origen de las especies*)

4. He hablado como si las variaciones fuesen debidas a la casualidad. Es sin duda una expresión totalmente incorrecta, pero se utiliza para confesar francamente nuestra ignorancia de la causa de cada variación particular. (*El origen de las especies*)

5. Creo en la selección natural no porque pueda probar, en ningún caso particular, la conversión de una especie en otra, sino porque me permite explicar (al menos, eso creo) muchos hechos de clasificación, embriología, morfología, descendencia... (*Carta inédita*)

6. Veo el registro fósil como una historia enciclopédica de nuestro Planeta, pero mal redactada y en un dialecto cambiante. Además, solo poseemos un único volumen, que abarca apenas dos o tres países. De ese volumen únicamente se han conservado breves y dispersos capítulos, y en cada página solo se pueden leer algunas líneas salteadas. (*El origen de las especies*)

7. Parece completamente absurdo suponer que el ojo, con todas sus ilimitadas disposiciones para acomodar el foco a diferentes distancias, para admitir cantidad variable de luz y para la corrección de las aberraciones esférica y cromática, se haya podido formar por selección natural. Sin embargo, no hay ninguna imposibilidad lógica de admitir, por selección natural, cualquier grado de perfección concebible. (*El origen de las especies*)

8. Por lo que respecta a mis sentimientos religiosos, considero que se trata de un asunto que no concierne a nadie más que a mí. Solo diré que la Evolución me parece compatible con la existencia de Dios. (*El origen de las especies*. En prólogo a edición alemana)

9. Por sentirme impelido a buscar una Primera Causa que tenga una mente inteligente, en cierto modo análoga a la del hombre, merezco ser llamado teísta. (*El origen de las especies*. En prólogo a edición alemana)

2

EL ANIMAL RACIONAL

Hay muchas maravillas en el mundo, pero ninguna supera al hombre. Él atraviesa el mar con vientos borrascosos, bajo olas que rugen. Él desafía a la diosa más poderosa, Gea, la inmortal, la incansable, y la quebranta arando año tras año con sus mulos. El hombre hábil da caza, envolviéndolos en sus redes, a los atolondrados pájaros, y también a las fieras salvajes de los montes, y a los peces del mar. Por sus mañas atrapa al animal de campo que corre por los bosques, unce al yugo al caballo de espesas crines, y al recio toro bravo. El hombre se enseñó a sí mismo el lenguaje alado y el pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse. Y también –fecundo en recursos– aprendió a esquivar bajo el cielo el azote del hielo riguroso y la lluvia inclemente. Lleno de ingenio, nunca se encamina al mañana sin una solución, pues ha logrado vencer enfermedades que no tenían remedio. Solo ante la muerte no tiene escapatoria.

SÓFOCLES, *Antígona*

1. La persona humana

Los seres racionales se llaman personas porque su naturaleza los distingue como fines en sí mismos, es decir, como algo que no puede ser usado meramente como medio y, por tanto, limita en este sentido todo capricho y es objeto de respeto.

KANT, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*

DOS PALABRAS –animal racional– bastan para definir al ser humano, pero todos los libros del mundo no serían suficientes para comprenderlo. Porque, desde el momento en que la inteligencia aparece en un homínido, surge un animal completamente inverosímil: racional y social, ético y estético, cultural y religioso, sentimental y hablador, económico y filosófico…

La naturaleza de un ser expresa su forma de ser y de actuar: sus cualidades esenciales y sus operaciones. Así, la naturaleza del agua está determinada por su composición de hidrógeno y oxígeno, y se manifiesta por su ausencia de color, olor y sabor, su estado líquido, su temperatura de congelación y ebullición, etc.

La reflexión sobre la naturaleza humana pasa necesariamente por el análisis de los dos grandes rasgos que la definen: lo animal y lo racional. Desde el punto de vista biológico, el hombre es un animal, pero no uno más sino el más raro y original, el más curioso, complejo y fascinante. Al nacer es el mamífero más inviable y desprotegido. Con el tiempo aprenderá a correr, saltar y nadar como otros animales, pero también aprenderá –y esto en exclusiva– a hablar, a fabricar y utilizar instrumentos. Ninguna otra especie logra algo parecido, y esa diferencia no la marca un órgano distinto sino una sorprendente capacidad inmaterial: la libertad inteligente.

La ciencia nos dice que en el mundo solo existen partículas físicas carentes de conciencia y de intención. Pero los hombres formamos parte de ese mundo y, a la vez, somos seres conscientes y libres. El problema nos afecta muy personalmente al intentar entender cómo se compenetra la exterioridad corporal con la interioridad psicológica, pues ciertos rasgos esenciales de nuestra constitución subjetiva parecen imposibles de encajar dentro de nuestro cuerpo físico. El más importante de esos rasgos es la autoconciencia. La *autoconciencia* es un conocimiento reflejo, una capacidad que el hombre tiene de conocerse a sí mismo. Yo, en el momento de escribir esto, y tú, lector, en el momento de leerlo, somos conscientes. Pero nadie sabe cómo puede ocurrir tal cosa, cómo un sistema físico puede ser consciente.

Otro rasgo problemático es la subjetividad de los estados mentales. Se manifiesta en hechos tan claros como que yo puedo sentir mis dolores y tú no puedes, yo puedo pensar sin que nadie sepa que pienso, y mucho menos qué pienso. Lady Macbeth dice a su marido que no tenga miedo a que se descubra su asesinato, pues «no hay un arte capaz de leer en la interioridad de la mente a través de la cara». Si la ciencia exige que la realidad ha de ser igualmente accesible a todos los espectadores cualificados, la subjetividad individual se presenta como un campo vedado para el conocimiento científico.

Señalo, por último, el problema de la causalidad mental. Todos experimentamos que nuestro pensamiento incide sobre la realidad física y la modifica: cuando decido estirar el brazo y acercar la silla, brazo y silla responden a mi deseo. Pero si nuestros pensamientos son verdaderamente mentales, ¿cómo pueden afectar a algo físico? Suponemos que nuestro pensamiento puede mandar sobre nuestro cerebro, pero somos incapaces de entender cómo.

Podríamos prolongar el inventario de lo inexplicable. Pero lo dicho es suficiente para mostrar que la especie humana da lugar a la radiografía más rica y difícil de interpretar, porque el hombre esconde detrás de su fachada corporal una interioridad no deducible de

su exterioridad biológica. Aunque la fuerza de la gravedad nos ata a la tierra, la inteligencia nos desata constantemente.

Es la inteligencia la que otorga al ser humano su exclusiva condición de persona. A la máscara que usaban los actores en el teatro la llamaban los romanos *persona* (del griego *prósôpon*). Servía para dar resonancia a la voz y para identificar al personaje que representaba. Ambas cosas significa «persona»: el que representa un papel, y también la interioridad que actúa en nosotros tras la fachada corporal. La definición más clásica de persona se debe a Boecio, un autor cristiano del siglo VI: «Persona es la sustancia individual de naturaleza racional».

Esta definición sirvió para resaltar la diferencia natural entre el ser humano y los animales. Muchos siglos más tarde, Einstein dirá que, si no fuera por la iluminación de la inteligencia humana, el universo sería un montón de basura. Y Pascal, en uno de sus pensamientos más célebres, lo explicará de forma insuperable:

> El hombre no es más que una caña, la más frágil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para destruirlo: un gas, una gota de agua es suficiente para matarlo. Pero, aunque el universo le aplastase, el hombre sería superior, pues sabe que muere y conoce su debilidad. El universo, en cambio, no sabe nada. Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento.

Para la filosofía cristiana, la naturaleza racional del hombre y de la mujer les abre a la trascendencia. Por ser persona, el ser humano es *capax Dei*, capaz de conocer y amar a Dios. Y es Dios precisamente el autor de su condición personal, al dotarle desde la concepción de un alma racional que sobrevivirá a la muerte. Cada ser humano ha sido, por tanto, creado y querido por sí mismo. En esa predilección, de la que se deriva su condición inteligente, consiste su dignidad. George Steiner, judío y agnóstico, lo expresa con estas palabras:

> Después de la Ilustración y después de 1789, aunque esto suponga una simplificación excesiva, las formas políticas en América del Norte y en Europa occidental se han propuesto hacer realidad, conferir dinamismo a un axioma general de igualdad humana ante la ley, de tolerancia religiosa, racial e ideológica. Se han propuesto institucionalizar una distribución equitativa de los recursos materiales y de las oportunidades. Esta presunción de igualdad se aplica a todas y cada una de las vidas individuales, por humildes que sean su procedencia o sus capacidades potenciales. Sabemos lo lento, lo laborioso que ha sido el camino hasta la creencia enraizada en la sociedad civil –durante el siglo XVII y sus revoluciones científicas– del postulado del infinito valor personal de la antropología judeocristiana, anclada en la enigmática máxima del hombre creado a imagen de Dios.

Esa connotación moral del concepto de persona la desarrolla Kant. La inteligencia y la libertad –dice– otorgan al hombre una autonomía y autoposesión de sí mismo que resultan incompatibles con cualquier instrumentalización. La persona se nos presenta como valiosa en sí misma, sin que su valor le venga de resutar útil para algo. Por tanto,

el ser humano es un «fin en sí», que no debe utilizarse solo como medio para alcanzar otra cosa. De esta forma surge un imperativo de respeto mutuo, que nos lleva a respetar a los demás como fines en sí.

2. ¿Descendemos del mono?

SI EL árbol de la vida es una metáfora que responde a la realidad, entonces el hombre, el mono y todas las especies descienden unas de otras, y todas de la primera bacteria procariota. Antes de conocer la confirmación de la biología molecular, esta pregunta se solía responder afirmativamente, reforzada por una secuencia gráfica que mostraba los sucesivos pasos del mono al *Homo sapiens*. Esa sugerente sucesión de figuras que iban logrando progresivamente la postura erguida, es también una reducción que falsea lo que pretendemos estudiar, pues no puede mostrar el gigantesco salto del mero animal al animal racional dotado de inteligencia, autoconciencia, conciencia moral y libertad.

Valga un ejemplo literario. Imaginemos que en el naufragio donde mueren todos los compañeros de Robinson Crusoe, se salva el chimpancé que bien podrían llevar como mascota. Imaginemos que Robinson y el chimpancé han ganado la costa en dos puntos opuestos de la isla, de tal manera que ya no volverán a coincidir nunca. A Robinson, que naufraga y solo posee un cuchillo, cuatro años más tarde lo encontramos dueño de dos confortables viviendas, cultivando hectáreas de trigo y arroz, cuidando sus rebaños de ovejas y cabras, y navegando en una piragua con capacidad para 20 hombres, en la que piensa hacerse a la mar con un enorme cargamento. Para construirla había escogido un árbol gigantesco y dedicado veinte días a talarlo, catorce a cercenar sus ramas y brotes, un mes a darle forma y reducir sus proporciones, y tres meses a excavar su interior hasta transformarlo en algo parecido al casco de un bote que podía flotar. ¿Qué ha sido del chimpancé, al cabo de esos cuatro años? Si ha sobrevivido, es seguro que lo encontraremos en las ramas de los árboles, alimentándose de frutas y plantas, como han hecho toda la vida todos los chimpancés del mundo.

Sin embargo, las raíces biológicas del ser humano (filogénesis) se remontan al tronco común de los primates. De él proceden los monos actuales y la gran familia de los homínidos. Por lo que sabemos, los primeros homínidos fueron los *Australopitecus*, que vivieron en África hace 4 millones de años.

– Tenían una postura vertical algo encorvada
– Su cabeza presentaba una mezcla de rasgos simiescos y humanos
– Y su capacidad craneal era inferior a 500 cc, comparable a la del chimpancé

Desde entonces, fruto de una progresiva hominización, los homínidos llegarán a alcanzar rasgos que suponen un proceso de innovación radical en la película de la evolución:

– Bipedestación
– Sorprendente índice de cerebralización
– Manos aptas para fabricar instrumentos
– Aparato fonador capaz de hablar

Además de hominización, en el ser humano observamos un proceso de humanización, un salto de lo biológico a lo cultural muy difícil de explicar, pues sus manifestaciones son del todo ajenas al mundo animal:

– El lenguaje simbólico
– La autoconciencia
– La conciencia moral
– La técnica
– El arte
– La religiosidad

Estas cualidades aparecen tras un larguísimo proceso que pasa por la multiplicación del volumen y de la capacidad funcional del cerebro, el uso del fuego, la vida en cavernas, la talla de útiles de piedra y hueso –hachas, martillos, rascadores, cuchillos, puntas de flecha– y la caza de grandes mamíferos. Todo ello supone una organización social mínima y un lenguaje capaz de mantenerla. La hominización del cuerpo humano apunta hacia la correspondencia entre su morfología y la inteligencia. Así, la forma peculiar de las manos hace de ellas un instrumento multiuso, apto para fabricar y usar todo tipo de instrumentos. Al independizarse de los pies y al no tener que apoyarse en el suelo, las manos quedaron libres para agarrar, manejar, golpear, palpar, abrir, señalar... Finas y prensiles, las manos humanas fabrican cualquier cosa y, además, son expresivas hasta el punto de permitir hablar a los mudos. Sin ellas, la inteligencia humana estaría justamente maniatada, impedida, inoperante.

La posibilidad del lenguaje hablado, manifestación eminente de inteligencia, viene dada por una especial configuración del aparato fonador. El hombre no solo tiene voz: tiene también palabra, que es voz articulada por vocales y consonantes. La modulación de consonantes no sería posible sin labios finos y lengua flexible. Sin cuerdas vocales tampoco sería posible la modulación de vocales. Combinando unas y otras aparecen muchas sílabas, infinidad de palabras, las 7.000 lenguas actuales y la ópera.

Dentro de los homínidos, el género *Homo* apareció con el *Homo habilis* hace dos millones de años, con un progresivo aumento de la capacidad craneana y la modificación de la laringe para hacer posible la emisión de sonidos articulados que exige el lenguaje. Además del *habilis* (hábil), también forman parte del género *Homo* el *ergaster* (trabajador), el *erectus* (erguido), y el *antecessor* (explorador). Posterior a todos ellos, hace tan solo 300.000 años, aparecerá en África el *Homo sapiens*, y se extenderá por todo el mundo, reemplazará al homínido de Neanderthal (Alemania) y le conoceremos bien en Cro-Magnon (Francia). Del hombre de Cro-Magnon desciende la especie humana actual.

El *Homo sapiens* tiene un cuerpo parecido al nuestro y un cerebro desarrollado por encima de cualquier necesidad evolutiva. ¿Es la inteligencia un producto de la evolución? Sabemos que surgió hace 50.000 años, delatada por cuatro rasgos propios: industria lítica, enterramientos rituales, arte y objetos de adorno. Lo que no sabemos es cómo surgió, pues no parece producto de la evolución. La naturaleza suele repartir entre muchas especies las características ventajosas: alas, ojos, pezuñas... Pero la inteligencia, el arma de supervivencia más poderosa, solo la posee el ser humano. La evolución tampoco produce desarrollos más allá de los necesarios para la supervivencia: la especie antepasada de los topos vivía en superficie y tenía ojos, pero se adaptó a vivir bajo tierra y perdió los ojos, pues no los necesitaba. ¿De qué sirve a nuestra supervivencia haber llegado a saber la composición de las estrellas, tener museos de pintura, componer música y escribir novelas?

Una cosa nos llama la atención en la sucesión descrita: mientras la línea evolutiva de los simios se ha ramificado en especies que viven hoy día, la línea que da origen a los seres humanos solo tiene una especie viva: el *Homo sapiens*. Todas sus ramificaciones brotaban y desaparecían, excepto la que seguía avanzando hacia nosotros. Y esa rama superviviente suponía siempre un avance evolutivo doble: mejoraba la postura erecta y aumentaba el tamaño del cerebro de forma desproporcionada. Nuestra especie tiene un cerebro que pesa casi kilo y medio, tres veces mayor al de los primeros homínidos.

Cuando se analiza, en miles de especies, la relación entre el tamaño del cerebro y del cuerpo, siempre se observa proporción. Muy al contrario, el *Homo sapiens* tiene un cerebro cinco veces mayor del que le correspondería por el tamaño de su cuerpo. El cerebro de un chimpancé consume el 11% de la energía que necesita el animal. El cerebro del *Homo sapiens* adulto consume el 23%, y el de una de sus crías consume el 60%. Esa energía la tiene que suministrar la madre durante la lactancia, y hace que ella necesite mucho alimento. Además, la dependencia materna de la cría es muy prolongada, pues a su enorme cerebro no le ha dado tiempo a madurar durante la gestación, y el recién nacido tarda muchos años en valerse por sí mismo.

Una regla de la evolución es que todo órgano debe aportar más ventajas que desventajas. De lo contrario, deja de existir. Un negocio que requiera capital para producir beneficios en el futuro encuentra inversores, pero la evolución no invierte: si un

órgano no es rentable desde el principio, desaparece. Sin embargo, el cerebro de los homínidos ha vivido, durante millones de años, misteriosamente subvencionado.

Cuando todavía no existe la inteligencia, la situación descrita equivale a poner el carro delante de los bueyes, algo que la naturaleza nunca haría: con un cerebro mucho menor y un poco de instinto le hubiese bastado. Quizá por eso –a diferencia de los grandes simios– todas las especies de Australopitecos y Homos se han extinguido sin dejar ramas: cada especie de esa única rama dejaba de ser subvencionada una vez cumplida su función, y cedía la subvención a la siguiente. Nuestro pasado ha sido una misteriosa carrera de relevos en la que desaparecían las especies cuando entregaban el testigo.

3. El cerebro y su actividad psicofísica

CENTRO DE de todo el sistema nervioso y de los procesos intelectuales, el cerebro es el órgano más complejo e importante de la anatomía humana, y el más relevante desde el punto de vista de la antropogénesis. En él encontramos también esa misteriosa ambivalencia psicofísica que desconcertaba a Pascal. Como cualquier tejido orgánico, está compuesto por células. Pero su increíble complejidad es –además de una frase hecha– un hecho cierto. El número de células nerviosas, o neuronas, que constituyen los 1.350 gramos del cerebro humano es del orden de cien mil millones.

Una neurona típica consta de un cuerpo celular con un diámetro de 5 a 100 micrómetros (milésimas de milímetro). El cuerpo contiene el núcleo de la neurona y la maquinaria bioquímica para la síntesis de enzimas y de otras moléculas esenciales para la vida de la célula. Del cuerpo celular emanan una fibra principal, el axón, y multitud de fibras pequeñas, las dendritas. El cuerpo celular y las dendritas reciben las señales de entrada, y el cuerpo las combina, las integra y emite señales de salida a través del axón. Las respuestas pueden viajar por el axón largas distancias, hasta lejanas partes del cerebro y del sistema nervioso. La mayoría de los axones son más largos y delgados que las dendritas, y sus ramas nacen al final de la fibra, allí donde el axón se comunica con otras neuronas.

El cerebro funciona como una red de neuronas. La información pasa entre ellas por puntos de contacto especializados: las sinapsis. El sistema de señales es doble: eléctrico y químico. La señal generada por la neurona y transportada a lo largo de su axón es un impulso eléctrico, pero esa señal es transmitida a otra célula mediante sustancias químicas que fluyen a través del contacto sináptico. Una neurona puede establecer entre 1.000 y 10.000 sinapsis, de forma que es informada por cientos o miles de neuronas y, a su vez, ella informa a otras tantas. Solo en la corteza cerebral hay 146.000 neuronas por centímetro cuadrado: en total, 30.000 millones. Y dan origen a tantas sinapsis que, si se contaran a razón de 1.000 por segundo, transcurrirían cerca de 30.000 años antes de

contarlas todas. Este dato se complica cuando pensamos que esas casi incontables conexiones se forman entre cuerpos celulares entremezclados de forma inextricable. Ramón y Cajal habló de la «impenetrable e indefinible selva adulta de la sustancia gris».

Si tenemos en cuenta que en cada hombre podemos contar cien billones de sinapsis, comparar el cerebro humano con una computadora es una inocentísima pretensión. Lo mismo podrá decirse, como veremos después, de la comparación de operaciones o funciones: la rapidez matemática de la computadora no indica superioridad sobre el cerebro, como tampoco la trompa del elefante es superior a la mano humana por levantar enormes pesos. Por lo demás, no debemos olvidar que toda computadora debe su rapidez y su existencia al cerebro del hombre.

El resumen de lo que conocemos sobre el funcionamiento del cerebro podría formularse así: por medio del cerebro entra en el hombre el mundo exterior, y por medio del cerebro sale del hombre su respuesta al mundo. Entre la entrada y la salida está todo lo demás: las sensaciones, las ideas, las emociones, la memoria, los proyectos y todo lo que hace que el hombre sea plenamente humano. Pero hemos de confesar que no sabemos casi nada sobre el papel del cerebro en tales procesos.

A principios del siglo XX, los psicólogos conductistas quisieron hacer tangible la actividad nerviosa. Para ello, redujeron el cerebro a un sistema de conexiones sensomotoras, de relaciones automáticas entre estímulos y respuestas. Así, el cometido del sistema nervioso central, que precisamente consiste en intervenir entre los estímulos y las respuestas, quedó rebajado al papel de mero transmisor. En lugar de hilos metálicos, la conducción de los impulsos se efectuaba a través de neuronas y nervios. Al final de la conducción, en vez de un timbre o de una lámpara había una glándula o un músculo. La comparación del cerebro con una máquina saltaba a la vista.

Estudios posteriores han demostrado que esa concepción mecánica de la causalidad no sirve para explicar los hechos psicológicos. Las mismas causas habrían de producir los mismos efectos, y los mismos estímulos habrían de desencadenar las mismas respuestas. Pero no es eso lo que sucede. Entre los estímulos y las respuestas ocurren muchas más cosas de las que imaginaban los conductistas, y es evidente que un ser vivo no responde siempre de igual manera al mismo estímulo, ni siquiera está siempre obligado a responder. Fue Laplace, el famoso matemático y astrónomo francés, quien mejor formuló la concepción mecanicista. Es célebre un párrafo de su *Introducción a la teoría analítica de la probabilidad*:

> Una inteligencia que en un momento dado conociera todas las fuerzas operantes en la naturaleza, y la posición respectiva de los seres que la componen, y que fuera a la vez capaz de analizar matemáticamente todos esos datos, abarcaría en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y de los más ligeros átomos: nada sería desconocido para ella, y tanto el porvenir como el pasado estarían presentes a su mirada.

Hoy sabemos que la actividad del cerebro no se deduce exclusivamente de la química neuronal. La moderna neurobiología pone de manifiesto que el cerebro no es un simple mecanismo de transmisión de impulsos. Mas bien, es un órgano de transformación creadora y libre de tales impulsos, un sistema retroactivo que actúa sobre sí mismo controlando su propia acción, adecuando la actividad de cada momento a los fines vitales de supervivencia y desarrollo. Los sistemas nerviosos se pueden concebir como conjuntos de células capaces de mediar entre un estímulo del medio ambiente y la respuesta motora del organismo: algo así como el mecanismo que hace sonar un timbre cuando se pulsa un botón. Sin embargo, lo que resulta evidente en el sistema nervioso humano es su capacidad para originar comportamientos que no son en absoluto pronosticables. Es obvio que algo debe interponerse en el mecanismo del timbre.

Además de ese algo químicamente inaprehensible, que denominamos libertad, por medio del cerebro realizamos esa extraordinaria operación que llamamos conocimiento. Sabemos que todo conocimiento comienza por la acción física de un estímulo sobre un sentido. Pero se convierte, desde su inicio, en un fenómeno radicalmente suprasensible: la impresión sensorial subjetivamente vivida. Gracias a las sensaciones se nos hace presente el mundo, formamos un reflejo subjetivo del mundo objetivo. Ese reflejo es un fenómeno psíquico, algo que procede de la interacción de las cosas con la actividad nerviosa, pero que ni el cerebro ni las cosas pueden por sí solos explicar. ¿En qué consiste exactamente ese reflejo? Es muy dudoso que alguien pueda responder cabalmente a esta pregunta. Toda cualidad sensible es algo material, pero la sensación no es algo material, es algo más que el estímulo y la respuesta nerviosa. Por eso se ha dicho que si cada cual tuviese solo las sensaciones que los demás pueden observar, nadie podría sentir nada. Esto es así porque las experiencias sensibles son irremediablemente subjetivas y privadas.

Un hecho que manifiesta claramente la naturaleza metaneuronal de la sensación es la capacidad de objetivar la cosa sentida. No solo nos damos cuenta de que sentimos algo –el viento, la luz, un árbol–, sino que también apreciamos que la sensación y el objeto sentido son dos cosas distintas. Una cosa es la visión (operación de un ser vivo) y otra diferente es el objeto visto (un árbol), pero ver el árbol como algo externo a mí, independiente de mi acto visual, supone una especie de media vuelta desde la sensación al objeto que la provoca. Y esta función es tan ajena al sistema nervioso que los neurólogos ni siquiera se la han planteado como algo que corresponda a su campo de investigación.

4. El cerebro y la mente

AL ESTUDIAR la actividad psicofísica del cerebro nos enfrentamos a una de las cuestiones más debatidas en la historia del pensamiento: la relación entre cuerpo y alma. El problema sigue sin resolverse, y en nuestros días se plantea como el enigma de la relación entre el cerebro y la mente. Dos posturas intentan explicar esa misteriosa relación: el materialismo y el dualismo.

El materialismo, al no admitir más realidad que la materia, considera los hechos mentales como efectos o propiedades de la materia. Efectos ciertamente curiosos, altamente sofisticados, epifenómenos. Así, para autores como Paul Feyerabend o Alan Turing, el ser humano no pasa de ser un autómata consciente. Mario Bunge defiende un materalismo emergentista que ve en el pensamiento una propiedad emergente de la materia, última fase de una evolución que ha pasado del nivel fisicoquímico al biológico, y del biológico al mental.

Hemos de reconocer que el esquema bioquímico causaefecto puede explicar procesos como el sueño, el cansancio, el crecimiento y otros muchos, pero resulta insuficiente para explicar la entera conducta humana. ¿Pueden las neuronas ser justas, ignorantes, valientes, tímidas o peligrosas? Si la conducta de Hitler fue exclusiva consecuencia de su química neuronal, los judíos no tienen motivos para odiarle. ¿O es que hay motivos para odiar a unas neuronas? En la base de las decisiones libres encontraremos con seguridad procesos bioquímicos, pero la libertad y la inteligencia no parecen procesos bioquímicos, y tampoco efectos de lo bioquímico, como la luz que entra en la habitación no es efecto de la ventana abierta.

La hipótesis materialista tiene a su favor la simplicidad, pero es vulnerable por reducción al absurdo: nos obliga a creer que nuestros argumentos no son argumentos inteligentes, sino efectos necesarios de la materia, como el murmullo del agua o del viento. Ahí está el absurdo: si el materialismo es cierto, es indemostrable. Experimentamos que los procesos mentales conducen libremente la propia conducta e influyen sobre el mundo físico, pero el materialismo afirma que lo mental es efecto necesario del cerebro, y eso nos convierte en títeres del determinismo. Si los átomos de nuestro cuerpo están regidos por leyes físicas tan inmutables como las que gobiernan el movimiento de los planetas, ¿qué sentido tendrían nuestros esfuerzos? Popper llama a este callejón sin salida «la pesadilla del determinismo físico»: un mundo donde todo lo que hace libremente el ser humano es pura ilusión.

Aunque lo material y lo mental son realidades profundamente diferentes, su relación es muy estrecha. Esa profunda conexión, tan familiar e incomprensible al mismo tiempo, es entendida por el materialismo como relación de causalidad: lo material es causa de lo mental. Pero, en toda relación de causalidad, los efectos y las causas son realidades homogéneas y proporcionadas. Ello hace que la distancia insalvable entre lo físico y lo psicológico solo nos autorice a ver un condicionamiento mutuo, no una relación de causalidad. Sin boca no podemos hablar, pero no es la boca quien habla. Sin cerebro no

se puede pensar, pero no es el cerebro quien piensa. La boca no es causa del lenguaje inteligente, pero sí condición necesaria. El cerebro no es causa de los hechos mentales, pero sí condición necesaria.

Karl Popper divide la realidad en tres mundos: el físico (1), el mental (2) y el de los productos de la mente (3). Los tres son reales y actúan unos sobre otros. Por ejemplo: el mundo 3 actuó sobre el 1 cuando la teoría científica de la desintegración del átomo destruyó Hiroshima. Los «objetos» del mundo 3, conceptos matemáticos, jurídicos, ideológicos... son inmateriales, pero muy reales: pertenecen a un misterioso yo personal que actúa sobre el mundo 1. Misterioso, pero igualmente real. Muchos neurobiólogos piensan que el yo es un fantasma, una superstición filosófica en la que no podemos caer, pero ellos mismos repiten constantemente *yo pienso*, *yo propongo, yo quiero...*

Ante la heterogeneidad tan grande entre lo bioquímico y lo psicológico, lo más razonable es pensar en dos principios de operaciones igualmente heterogéneos: uno físico y otro metafísico. Y, aunque nos resulte imposible explicar su evidente compenetración, no por ello hemos de negar lo metafísico o subordinarlo a lo físico. Si lo hacemos, estamos suponiendo que el hombre puede elevarse por los aires a fuerza de tirar de los cordones de sus zapatos.

Las modernas investigaciones sobre el cerebro permiten apreciar que la mente y el cerebro son dos entidades distintas. La mente se ocupa activamente de leer e interpretar la actividad neuronal, seleccionando la información e integrándola en la unidad de la experiencia cognoscitiva.

Varios hechos avalan la hipótesis dualista. En primer lugar, el conocimiento tiene carácter unitario. Por medio de los sentidos llegan al cerebro multitud de impulsos, de forma que los procesos cerebrales están constituidos por acciones individuales de incontables neuronas. Sin embargo, nuestro conocimiento es unitario, y la neurofisiología no es capaz de explicar cómo la diversidad de impulsos neuronales llega a ser sintetizada.

La hipótesis dualista propone que la unidad de la experiencia consciente es producida por la mente, cuyo cometido es leer y traducir la actividad cerebral, integrando en cada instante la multitud de impulsos escogidos. Un hecho que evidencia el carácter selectivo y unificador de la mente es la atención: somos capaces, en cualquier momento, de concentrarnos en este o en aquel aspecto de la actividad del cerebro.

En sus funciones de selección e integración, la mente desempeña un papel activo y dominante, capaz de inducir cambios en los procesos neuronales. Así, cuando buscamos un razonamiento o un recuerdo, la mente explora ciertas zonas de la maquinaria neuronal, de modo que guía y configura los patrones de la actividad cerebral según su deseo o interés. Un ejemplo concreto y abrumador es la capacidad de producir movimientos corporales por medio de una sencilla orden de puesta en marcha.

La interpretación de las figuras ambiguas aporta una prueba más a favor de la independencia de la mente. En dibujos como el cubo de Necker o la escalera de Schroeder, una misma figura admite dos interpretaciones, y el paso de una interpretación

a otra se produce de forma instantánea, sin que cambie el objeto que vemos ni su codificación neuronal. Que un mismo patrón neuronal sea interpretado de forma diversa pone de manifiesto el libre papel interpretativo de la mente.

5. Conducta animal y conducta humana

ADMITIMOS QUE la materia inerte pueda organizarse en materia viva, pero no encontramos una razón científica para explicar el surgimiento de la inteligencia y la libertad del hombre a partir de los animales. Pensamos que un debate serio sobre este tema debe partir de una investigación comparada de las conductas animal y humana.

La conducta es una cualidad propia de los seres vivos. Se trata de una operación vital gracias a la cual se desenvuelven activamente en su medio. No es una respuesta pasiva del organismo al medio, es una respuesta con un propósito vital, una respuesta que también es propuesta. Desarrollar una conducta es conducirse, llevarse a alguna parte, no a cualquier parte sino a aquella exigida por los fines del organismo en compenetración con las posibilidades que ofrece su medio. Por modesta que sea, toda conducta consiste en el desarrollo de un plan cuyo objetivo es anterior a su ejecución. Un plan del que el animal no es consciente, y que requiere por ello la existencia de estructuras conductuales prefijadas por la herencia.

La conducta animal es siempre la respuesta a los datos captados del mundo circundante. Para cada especie, un conjunto bien determinado de sensaciones actúan como estímulos que desencadenan una conducta similar en todos los individuos. Es decir, la conducta agresiva, sexual o alimenticia se pone en marcha ante la presencia de situaciones biológicamente desencadenantes. Tales desencadenadores son fijos y están determinados genéticamente. La adecuación estímulo-respuesta es lo que constituye la especialización animal. Esa conducta innata, estable y automática se denomina instinto. Alimentarse y reproducirse son los fines de todo animal. Pero esos fines no se los da el animal a sí mismo, sino que le vienen dados o programados de antemano por el instinto. Y la función del conocimiento animal no es alterar estos fines sino alcanzarlos del mejor modo posible. En el hombre, en cambio, el conocimiento se autoprograma y establece sus propias finalidades. Gracias a esa capacidad de autoprogramarse, el hombre es el único animal capaz de hacer promesas (Nietzsche), fin para sí mismo (Kant), que elige sus propios fines (Tomás de Aquino), y medida de todas las cosas (Protágoras).

Si el comportamiento animal está esculpido por el estímulo, sujeto a la tiranía del «si A... entonces B», en el hombre todo cambia. La libertad inteligente supone la liberación del estímulo, el alejamiento de su poderoso magnetismo. En la conducta humana reina la subjetividad, hasta el punto de poder obrar sin ganas y en contra de las ganas. A diferencia del animal, el interés del hombre por su entorno puede trascender por completo los intereses biológicos, y no estar desencadenado por ellos. Todo en la

conducta animal está orientado a la supervivencia. En cambio, el hombre es capaz de considerar los objetos en sí mismos, tengan o no relación con su propia supervivencia. El animal vive incrustado en su ambiente y determinado por sus estados orgánicos, mientras que el hombre es autónomo frente al ambiente y a la presión de lo orgánico.

Muchos animales gozan de cierta libertad de acción dentro de su medio ecológico, pero la libertad humana presenta la inédita capacidad de no estar restringida a la alternativa de lo agradable frente a lo desagradable. Puede, de hecho, decidirse por lo desagradable cuando lo considera desde el aspecto de lo objetivamente bueno. Con esta elección se supera lo biológico y se alcanza un nivel intelectual que requiere una justificación proporcional.

6. Inteligencia y revolución instrumental

SUPONEMOS QUE la primera actividad del hombre fue muy simple, al servicio de los fines biológicos irrenunciables: alimentación, vestido, alojamiento y defensa. Los simios también eran capaces de arrojar piedras, de utilizar un palo como bastón o de servirse de una rama para robar miel de una colmena, pero jamás llegaron a superar este primer nivel de actividad instrumental. Siempre han sido incapaces de fabricar instrumentos valiéndose de otros instrumentos. Esa hazaña estaba reservada para el pitecántropo, que fue el primero en desbastar una piedra con otra y potenciar artificialmente la fuerza de su mano.

Algunas experiencias han demostrado que el chimpancé es capaz de usar o adaptar un objeto a modo de instrumento. Puede utilizar un palo para acercar un plátano que no alcanza con la mano, e incluso romper una tabla ancha para que pase entre los barrotes y alcance el plátano. Pero lo que ya no sabe hacer, si la madera es demasiado dura para romperla con la mano, es utilizar un hacha o una sierra para fabricar un palo a partir de una tabla. El simio ve la relación palo-alimento, pero no ve la relación tabla-hacha-palo. Y no la ve porque, en realidad, no puede verse sino entenderse.

El hombre primitivo descubre que con una rama desnuda puede golpear más fuerte que con el puño, pero también advierte que el palo no hace daño a los animales grandes. El animal grande es vulnerable si se atraviesa la protección de su espesa piel y se le hiere en su interior. La rama y el garrote son mudos y nada entienden sobre esto, pero el hombre descubre en ellos la posibilidad de afilarlos y convertirlos en lanza. Con la lanza puede enfrentarse el cazador al elefante o al mamut. Pero los pájaros no se pueden lancear. Para ellos no sirven las lanzas. Sería preciso disminuir su peso y aumentar el impulso: así se inventa la conexión entre el instrumento flecha y el instrumento arco.

Sería un error pensar –observa Leonardo Polo– que el hombre inventa la flecha porque tiene necesidad de comer pájaros. También el gato tiene esa necesidad y no inventa nada. El hombre inventa la flecha porque su inteligencia descubre la oportunidad

que le ofrece la rama. El hambre solo impulsa a comer, no a inventar flechas: son dos cosas muy diferentes. Por eso no es correcto explicar al hombre desde sus necesidades. El hombre no necesita la inteligencia, simplemente la tiene. Y gracias a ella no es un animal más. Gracias a ella consigue de la realidad, exprimiéndola inteligentemente, lo que ningún animal puede conseguir.

¿Ha evolucionado la inteligencia humana desde nuestros antepasados originarios? ¿Somos más inteligentes que nuestros abuelos prehistóricos? Si respondemos afirmativamente, nos veríamos en el aprieto de explicar por qué los actuales aborígenes viven de forma prehistórica habiendo dispuesto del mismo tiempo que nosotros para evolucionar. Tampoco sabríamos qué decir sobre esos niños tomados de tribus ancestrales, educados en colegios y universidades occidentales y convertidos en perfectos ejecutivos.

La cuestión se puede plantear al revés. Si una guerra nuclear arrasara nuestro planeta y dejara con vida a unos pocos recién nacidos..., en el supuesto inverosímil de que consiguieran sobrevivir y hacerse adultos, ¿qué tipo de vida llevarían? ¿Alcanzarían el progreso que tuvieron sus padres? ¿Alcanzarían algún tipo de progreso? No hace falta pensar mucho para imaginar una nueva época de taparrabos y de cavernas, una vuelta a la Prehistoria. Pero ¿por qué? ¿Acaso esos niños llamados a educarse en las modernas universidades occidentales dejaron bruscamente de ser inteligentes? Si nacieron con ojos azules, sus ojos siguieron siendo azules. Si nacieron con la inteligencia del hombre del siglo XXI, ¿por qué regresaron a las cavernas?

Esto nos lleva a pensar que quizá el actual progreso técnico no sea resultado de un paralelo progreso intelectual, sino más bien de un proceso acumulativo mediante el cual cada pequeño descubrimiento es un escalón que ha colocado el siguiente punto de partida a un nivel superior: en medio de la multitud, el niño sentado sobre los hombros de su padre ve más que él, pero no porque sea más alto que él. Newton pensaba de esta manera y quitaba importancia a sus trascendentales descubrimientos, convencido de que los había logrado gracias a los grandes científicos que le habían precedido: se veía a sí mismo como un niño subido a hombros de gigantes.

Una sencilla constatación nos dice que el progreso es acumulativo. Los electrodomésticos que usamos a diario en casa –explica el profesor Armiñanzas– necesitan la existencia previa de microscopios, hornos de alta temperatura, metales difíciles, mecánica de precisión, química evolucionada, electricidad, magnetismo, óptica, termodinámica, acústica, matemáticas... Todo ese cúmulo de condiciones pone de manifiesto que el progreso requiere tiempo y pasos previos: no se puede inventar el carro sin inventar antes la rueda, y por eso el inventor de aquél no es más inteligente que el de ésta. En la lenta construcción de una vieja catedral gótica, los arquitectos que ponen los cimientos solían morir sin ver los arbotantes y las bóvedas. De forma similar, el hombre prehistórico pone los cimientos de la Historia y muere sin haber sido protagonista del progreso, mas no por falta de inteligencia sino de tiempo.

7. Inteligencia y lenguaje

EL LENGUAJE posee el fantástico poder de abarcar y comunicar la realidad con una facilidad pasmosa. Todo lo abarco y todo lo puedo expresar mediante palabras: lo que existe (Sevilla), lo que no existe (Pinocho), lo que existió (Troya), y lo que puede existir (el próximo verano). Hay que reconocer, además, que abarcar el mundo con dos sílabas constituye un poder fascinante y una insuperable economía de esfuerzos, semejante a la que logro cuando entiendo lo que es un siglo sin necesidad de vivir sus cien años, o cuando narro la historia del Imperio romano en unas páginas. Esta superación de los límites de espacio y tiempo es algo exclusivo del entendimiento humano.

La principal función del lenguaje es la comunicación. El animal que se nutre y se reproduce cumple su cometido. Por eso el animal no tiene casi nada que decir. En cambio, el hombre, en la medida en que piensa, sufre, ama, proyecta y trabaja, tiene mucho que decir. Pero además, la insuficiencia biológica del individuo humano se supera en la sociedad, y la sociedad es completamente imposible sin comunicación. Por eso dirá Aristóteles que la naturaleza, que no hace nada en vano, ha dotado al hombre de lenguaje. El ser humano no está preparado para conocer y habitar la realidad sin ayuda, y necesita el lenguaje para cubrir las deficiencias de la limitada e insuficiente experiencia personal. De entrada, las palabras de la madre serán, durante largos meses, el primer mapa del mundo que el niño va a conocer.

El lenguaje es quizá el principal medio de humanización y socialización. Y lo es por su capacidad de transmitir con fidelidad y rapidez una enorme cantidad de información. La inteligencia humana es capaz de encerrar millones de toneladas de roca en un símbolo que se escribe o se pronuncia con suma sencillez: *cordillera*. Todo lo puede simbolizar la inteligencia: lo grande y lo pequeño, lo subjetivo y lo objetivo, lo pasado y lo futuro. Al reducir los seres a letras o sonidos, la inteligencia está realizando en ellos una nueva y eficacísima formalización que libera a la realidad de sus gigantescas dimensiones. Todo un universo ilimitado en el espacio y en el tiempo queda reducido por el lenguaje a un manejable universo de bolsillo.

El lenguaje ofrece una incomparable demostración de inteligencia: el ser humano habla porque tiene lengua, pero principalmente porque posee inteligencia. La explicación es clara. Toda palabra se expresa en una dimensión física (el sonido), pero su significado no es de ninguna manera algo físico, puesto que el mismo sonido que es palabra para el que lo entiende, es ruido para el que no lo entiende. Por tanto, es en el oyente, y no en el sonido, donde se produce la metamorfosis del sonido en signo. De ahí que la palabra sea una realidad que se sale de lo puramente físico, y que todos, al hablar, pisemos un terreno metafísico sin darnos cuenta de ello. Es tradicional pensar que el lenguaje debe su inteligibilidad a la *psique* humana, y que la dualidad observada en las palabras no es más que un reflejo de esa otra dualidad metafísica de la naturaleza humana: un cuerpo organizado por una forma espiritual.

Más que un invento, el lenguaje es un desarrollo necesario de una capacidad innata del hombre. Lo que sí es un invento, y de trascendencia colosal, es la representación gráfica del lenguaje hablado: la escritura. Cuando el hombre prehistórico inventa la escritura está realizando un descubrimiento de incalculable importancia. Si en la carrera del progreso humano pudieran medirse los pasos, quizá ninguno más largo que éste. La escritura consigue la misma posesión simbólica de la realidad que la lengua oral, pero aporta una enorme ventaja: su ilimitada capacidad de comunicación. Antes de que el siglo xx hiciera del mundo, gracias a los medios de comunicación audiovisuales e informáticos, una gigantesca aldea global, solo la escritura –no la voz– era capaz de cruzar fronteras, atravesar océanos, unir continentes y poner en común los mejores hallazgos intelectuales procedentes de cualquier punto del planeta. Galileo ve en la escritura «el sello de todas las grandes invenciones humanas», pues

> por encima de todos los inventos magníficos, una inteligencia eminente imaginó un modo de comunicar sus recónditos pensamientos a cualquier otra persona, aunque estuviera separada por una inmensa distancia de espacio o de tiempo. ¿Cómo hablar con los que están en las Indias, con los que aún no han nacido, y con los que vivirán dentro de mil o diez mil años? ¿Y cómo hacerlo fácilmente? Con las diferentes combinaciones de veinte letras sobre un papel.

Así pues, la carrera del progreso ha multiplicado su longitud y su velocidad gracias a la comunicación escrita. Sin la escritura los hallazgos técnicos o culturales quedan aislados. Con ella, en cambio, se suman. Y en lugar de recorrer todos los seres humanos la misma distancia, se unen los esfuerzos individuales como en una carrera de relevos, y se llega más lejos en menos tiempo. Sin lenguaje, el desarrollo humano hubiera sido casi inexistente, y solo con la lengua hablada hubiera sido lentísimo: piénsese, por ejemplo, en las dificultades que plantearía a la investigación y a la enseñanza la inexistencia de textos escritos. Por consiguiente, además de un portentoso invento, la escritura ha sido y es una de las condiciones más necesarias del progreso. Y es precisamente el hombre primitivo, no el moderno, quien hace este descubrimiento genial, que le permite salir de la Prehistoria por la puerta grande.

8. Inteligencia y verdad

DESDE ARISTÓTELES sabemos que conocer es captar la realidad, poseerla interiormente de una manera inmaterial. Una posesión con dos niveles fundamentales: el sensible y el inteligible o racional. Los sentidos nos proporcionan la experiencia básica de las cosas, y la inteligencia forma conceptos que nos permiten entender la realidad captada por los sentidos.

Sentir y entender son los dos niveles del conocimiento humano. En el conocimiento sensible percibimos la realidad por medio de cinco sentidos externos (tacto, olfato, gusto, oído, vista) y cuatro sentidos internos (memoria, imaginación, sentido común y estimativa).

Nuestros sentidos externos captan propiedades como el color, el sonido, el olor, el tamaño o la temperatura. Requieren para ello un estímulo externo: luz, sonido, contacto físico... Los sentidos internos retienen y ordenan los datos de los sentidos externos sin necesidad de estímulo externo. Así, la memoria almacena y sitúa en el espacio y el tiempo las sensaciones; el sentido común las unifica; la imaginación las combina de forma creativa; y la estimativa valora lo conocido en función de las necesidades vitales.

En los animales, los sentidos proporcionan un conocimiento muy limitado de la realidad, pues no aprecian las cosas en lo que realmente son, sino que las reducen a lo que tienen de ayuda o peligro para la propia supervivencia: para el lobo, la oveja es solamente carne sabrosa. En el caso del ser humano, el conocimiento sensible es inseparable del conocimiento intelectual, porque queremos pensar y entender lo que sentimos. Para ello, pasamos de la sensación al concepto, de la imagen material a la idea mental, del aspecto físico a la esencia de las cosas.

Conocer la realidad es alcanzar la verdad. Pero ¿qué es y cómo surge la verdad? Las principales respuestas son cuatro: adecuación, coherencia, utilidad y consenso.

1. **Adecuación.** «Decir de lo que es que es, y de lo que no es que no es, es verdadero», afirma Aristóteles. En esa fórmula, un poco trabalenguas, están presentes los dos elementos que intervienen en el acto de conocer y en la definición de verdad: el objeto y el sujeto. Además, se entiende la verdad como una relación de ajuste o correspondencia entre la realidad y lo que decimos de ella. Tomás de Aquino y los filósofos medievales lo expresaron con una excelente definición: «Adecuación entre el entendimiento y la cosa» *(adaequatio rei et intellectus)*.

2. **Coherencia**. La teoría de la verdad como coherencia, formulada por primera vez por Hegel, no pone como criterio de verdad la adecuación a la realidad, sino la coherencia o conexión entre el conjunto de proposiciones de un sistema. Más que en las proposiciones aisladas, la verdad está en el sistema. Se trata de un criterio válido para las ciencias formales –matemáticas y lógica–, pero no aplicable a las ciencias empíricas, donde la teoría ha de acomodarse a los hechos que pretende explicar: un sistema puede tener coherencia lógica y ser falso.

3. **Utilidad**. La teoría pragmatista, desarrollada por los norteamericanos John Dewey (1859-1952) y William James (1842-1910), equipara verdad y utilidad. Al constatar la función práctica del conocimiento, el pragmatismo reduce la verdad a esa función, y estima que un conocimiento es verdadero si nos permite actuar con éxito, y

falso si nos lleva al fracaso. Así, un mapa de carreteras es verdadero si nos orienta, y falso si nos desorienta. En el ámbito de la ciencia, la verdad se manifiesta en el éxito de la experimentación. En el ámbito de las creencias, James sostiene que son verdaderas si producen efectos beneficiosos en el creyente, y falsas si producen efectos perniciosos.

El pragmatismo se enfrenta a objeciones muy serias, pues lo útil es un concepto esencialmente relativo, que varía según las personas, los lugares y los tiempos. Una creencia tampoco es verdadera porque produzca efectos satisfactorios: a veces la verdad es amarga, y sabemos que hay mentiras útiles. El pragmatismo, con su ausencia de matices, puede justificar posturas políticas violentas e injustas.

4. **Consenso**. La teoría del consenso, como medio para alcanzar la verdad, tiene su origen remoto en Sócrates, y ha sido desarrollada en el siglo XX por Apel y Habermas. Destaca la importancia del diálogo como el mejor de los procedimientos para descubrir la verdad. De un diálogo libre, limpio de coacción y de intereses, sin ignorancia de datos relevantes. Quienes sostienen esta teoría se dan cuenta de que piden una situación ideal, muy difícil de conseguir. Saben también que el consenso no es criterio de verdad, pues a lo largo de la historia se han dado consensos mayoritarios radicalmente falsos (la esclavitud, la discriminación de la mujer, la pena de muerte, el geocentrismo...). Tampoco ignoran que, más que derivar la verdad del consenso, es el consenso quien deriva del común reconocimiento de la verdad. Pero su aportación consiste en mostrar que la mejor forma de acceder a la verdad es aducir razones propias, escuchar las ajenas, y dialogar con rigor y serenidad.

La adecuación entre nuestro conocimiento y la realidad, admite una interpretación realista y otra idealista. La interpretación realista del conocimiento, representada en su origen por Aristóteles, viene a decir que el sujeto que conoce se adapta al objeto conocido como el guante a la mano. A diferencia del realismo, la postura idealista subraya la importancia del sujeto y su conciencia, y afirma que conocemos la realidad –como decía Ortega– reflejada en el estanque de nuestro conocimiento. Descartes, iniciador del idealismo cognoscitivo, dirá que no conocemos cosas, sino ideas: los reflejos de las cosas en nuestra mente.

Veinte siglos antes, había observado Aristóteles que si conociésemos solamente nuestros productos mentales, ninguna ciencia versaría sobre la realidad extramental, y de ahí se seguiría que la tecnología –ciencia aplicada– no funcionaría: ni los aviones volarían ni flotarían los barcos. Pero vemos que ocurre justamente lo contrario.

Realistas e idealistas admiten que los aspectos más importantes captados por nuestro conocimiento son:

– la sustancia	(esta chica)
– la cualidad	(inteligente)
– la cantidad	(pesa 65 kg)
– la relación de causalidad	(hija de Sonia y Pablo)
– la posición en el espacio y en el tiempo	(Pamplona, 2010)
– y la acción	(está leyendo)

Pero la interpretación contraria de estos aspectos es, precisamente, lo que caracteriza al realismo y al idealismo. Aristóteles dirá que estos conceptos diferentes –sustancia, causalidad, espacio...– corresponden a la misma realidad, expresan las formas fundamentales que adopta lo real, las principales formas de ser (en griego, *categorías*). Kant, en el inicio del idealismo alemán, afirmará que las *categorías* son formas exclusivamente mentales, conceptos puros de nuestro entendimiento, moldes subjetivos de los que nos servimos para ordenar los datos de los sentidos.

Como señaló Kant, el idealismo supone, frente al realismo, una revolución semejante a la de Copérnico. Si la astronomía pasó del geocentrismo al heliocentrismo, la filosofía del conocimiento pasó del «objetocentrismo» realista al «sujetocentrismo» idealista. Marx, por considerar que la filosofía kantiana negaba la evidencia, llegó a decir que «la refutación más decisiva de esta extravagancia filosófica, como de todas las demás, es la práctica, sobre todo la experiencia y la técnica. Si podemos comprobar la exactitud de nuestra concepción de un fenómeno natural creándolo nosotros mismos, produciéndolo con la ayuda de sus condiciones y lo que es más haciéndolo servir para nuestros fines, acabaremos con la cosa en sí, incognoscible, de Kant».

9. Negación y afirmación de la verdad

ESCEPTICISMO, RELATIVISMO y subjetivismo, con diferencias de matiz y coincidencia esencial, son las tres denominaciones de la postura que niega la capacidad humana de conocer la verdad.

Si *relativismo* y *subjetivismo* son términos modernos, *escepticismo* está en uso desde la Grecia clásica (*sképtomai* significa examinar, observar detenidamente, indagar). En sentido filosófico, escepticismo es la actitud del que observa que lo que es verdad para unos no lo es para otros, y concluye que nada se puede afirmar con certeza, que todo es mera opinión, y que más vale refugiarse en la abstención de todo juicio. Los argumentos que, de una forma o de otra, han repetido los escépticos, se pueden resumir en dos:

1. La diversidad de opiniones humanas y las contradicciones de los filósofos. Es un hecho que los hombres, sobre cualquier cuestión, defienden las opiniones más diversas y creen tener razón. Tampoco hay doctrina, por extraña que sea, que no haya sido defendida por algún filósofo.

2. La relatividad del conocimiento. Unos versos de Campoamor dicen que *nada es verdad ni mentira: todo es según el color del cristal con que se mira*. De hecho, todo conocimiento de la realidad tiene la parcialidad de una cultura y de una época histórica, y el color subjetivo del punto de vista, de tópicos y prejuicios más o menos conscientes. Algo que es cierto para mí, no lo es para ti.

¿Se puede superar el escepticismo? El escepticismo pretende salvar al hombre de la agitación de las opiniones diversas y cambiantes, y otorgarle la serenidad interior del que no tiene nada que discutir. Se trata de un planteamiento muy difundido, pero la misma fuerza de la realidad ayuda a superarlo. Si se puede ser un completo escéptico en la teoría, en la práctica no es posible, pues todo escéptico admite un sinfín de verdades: su familia, su casa, su trabajo, sus amigos, su teléfono, su cuenta corriente, su ciudad.... Ello pone de manifiesto que la verdad es mucho más que un adorno intelectual, y con frecuencia es una necesidad vital.

Todo defensor del escepticismo tiene al lado alguien que domina las verdades reales: un mecánico, un informático, un ingeniero, un electricista, un fontanero. Los biógrafos de David Hume, uno de los padres del escepticismo moderno, cuentan que el filósofo dejaba de ser escéptico desde el momento en que salía de su despacho.

La experiencia nos enseña que solo es posible vivir entre verdades, aunque sean parciales y estén mezcladas con ignorancias y errores. Por tanto, frente al escepticismo es preciso afirmar un realismo crítico que admita el conocimiento contrastado de la verdad. Un realismo que tenga en cuenta la parcialidad del propio punto de vista, como el *perspectivismo* de Ortega y Gasset. Desde distintos puntos de vista –explica Ortegados hombres miran el mismo paisaje y, como es lógico, no ven lo mismo. ¿Tendría sentido que cada cual declarase falso el paisaje ajeno? Evidentemente, no. Pero tampoco sería razonable que ambos –al no coincidir sus paisajes– los juzgasen ilusorios.

10. Cuestiones abiertas: Chesterton

1. Es una blasfemia decir que un hombre no es más que un hombre.

2. La verdad más sencilla sobre el hombre es que es un ser muy extraño, casi un extranjero sobre la faz de la Tierra. Es un creador con manos milagrosas, y al mismo tiempo un mutilado que necesita vestidos y muebles, que no puede dormir

sobre su propia piel ni fiarse de sus instintos. Por eso resulta antinatural considerarle como resultado de un proceso natural.

3. Es verdad que el hombre se parece a los animales, pero esa semejanza solo puede verla él.

4. Dos grandes saltos están envueltos en el misterio: el origen del universo y el origen de la vida. Muchos añaden el misterio del origen del hombre, pues el salto a la razón y a la libertad no constituye una evolución sino una revolución.

5. La inteligencia humana supone un salto a la cuarta dimensión, como si una vaca de pronto saltara por encima de la luna. Existe una cadena muy fragmentada de huesos, que sugiere cierta evolución del cuerpo humano. Pero no hay ni la sombra de un indicio que nos haga pensar que la inteligencia humana se haya formado por evolución. No existía y de pronto comenzó a existir. No sabemos en qué momento ni hace cuánto tiempo. En las pinturas rupestres tampoco existe gradación, nada que indique que fueron comenzadas por monos y terminadas por hombres. El Pitecántropo no esbozó el reno que más tarde rectificó el *Homo sapiens*.

6. En un momento dado, tan lejano que escapa a la ciencia, se produjo un salto que no pudo quedar recogido en piedras ni huesos, y apareció el alma humana. Nosotros la reconocemos como nuestra y la saludamos en su lejano nacimiento. Ella nos hace hermanos. Por ella, un salvaje, un extranjero, una figura histórica, despiertan en nuestro corazón fibras profundas.

7. Se dice que la evolución produce cambios gracias al mucho tiempo de que dispone. Pero hacer de la lentitud una causa me parece una ilusión y un gran absurdo. Si viéramos a un anciano andando muy lentamente por los aires, no dejaríamos de pedir una explicación, pues un hecho no queda mejor o peor explicado por la velocidad con que se produce.

8. Todo el mundo cree posible que un hombre pinte la imagen de un mono, y nadie creería que el mono más inteligente del mundo pudiera dibujar a un ser humano. Y es que el arte es la firma del hombre. La única certeza de las cavernas es que el hombre sabía pintar renos, y los renos no sabían pintar hombres. Algo original apareció en la noche de la caverna: el espejo de la inteligencia, donde se reflejan todas las cosas.

9. El hombre de las cavernas nos ha dejado pinturas, y ninguna prueba de que fuera un salvaje. Por eso, es un engaño presentarlo como un cafre. Si un hombre golpea a su mujer, se le puede llamar sinvergüenza sin necesidad de buscar ninguna analogía con el hombre prehistórico, sobre el que solo podemos deducir lo que se desprende de unas agradables e inofensivas pinturas en la pared. De hecho, si alguien nos dijera que las pinturas rupestres fueron pintadas por san Francisco de Asís, no encontraríamos argumentos en contra.

3

EL ANIMAL ÉTICO

Traigo en mi corazón la verdad y la justicia, pues he arrancado de él todo mal. No he hecho sufrir a los hombres. No he tratado con los malos. No he cometido crímenes. No he hecho trabajar en mi provecho con abuso. No he maltratado a mis servidores. No he matado ni mandado matar. No he privado al necesitado de lo necesario para la subsistencia. No he hecho llorar. No he tratado de aumentar mis propiedades por medios ilícitos, ni de apropiarme de los campos de otro. No he manipulado las pesas de la balanza. No he mentido. No he difamado. No he escuchado tras las puertas. No he cometido jamás adulterio. He sido siempre casto en la soledad. No he cometido con otros hombres pecados contra la naturaleza. No he faltado jamás al respeto debido a los dioses.

Libro de los muertos
Tradición sapiencial egipcia

1. Importancia de la ética

SOLO UN animal inteligente y libre es capaz de ver la realidad como tierra en la que pueden germinar unas semillas invisibles que llamamos posibilidades. En la rama no está escrita la flecha que podría ser. Los metales no piden ser convertidos en automóviles. El agua no es energía eléctrica. Sin embargo, el hombre inventa en la realidad ésas y otras muchas posibilidades inverosímiles. La libertad inteligente se convierte así en una fabulosa hormona de crecimiento administrada a la realidad. El mundo se multiplica en mil mundos: es el progreso.

¿Y si la posibilidad que escogemos es negativa? Por lo que sabemos, con frecuencia elegimos mal: hemos inventado la música de cámara, pero también la cámara de gas. De ahí que sea necesaria una brújula que nos oriente en el confuso y agitado mar de la vida: eso es la ética. Y, por esa razón, si el homínido se convierte en *Homo sapiens*, no le queda más remedio que convertirse en *Homo ethicus*. Es decir, no le queda más remedio

que diseñar un mundo habitable. Algo que requiere elegir bien para no acabar mal; respetar la realidad; respetarse a sí mismo; abrir los ojos y aprender a mirar; superar la ley de la selva; no ser lobo para el hombre; usar la brújula y el mapa; saber que el terreno está minado; estar dispuesto a sufrir. En resumen: sostener un esfuerzo inteligente al servicio del equilibrio personal y social. Y si se quieren emplear palabras diáfanas: hacer el bien y evitar el mal.

Es muy posible que la ética –disciplina filosófica desde sus orígenes griegos– sea la gran creación de la inteligencia humana, por encima de la alta matemática y de la física cuántica, pues nos salva de la selva y nos permite inventar un mundo habitable. En castellano, los términos «moral» y «ética» se suelen usar como sinónimos porque su etimología es equivalente: tanto el griego *éthos* como el latino *mos-moris* significan acción humana, carácter, conducta, costumbre habitual.

Por lo que se ve, la conducta humana se ha enfrentado siempre a la doble posibilidad de ser, precisamente, humana o inhumana. Y es que la libertad implica el riesgo de escoger tanto una conducta digna del hombre como otra indigna y patológica. Llamamos ética a la elección de la conducta digna, al esfuerzo por obrar bien, a la ciencia y al arte de conseguirlo.

¿Es importante la ética? Aunque ya lo hemos dicho, vale la pena repetir que la ética es importante en grado sumo. ¿Por qué? Porque somos inteligentes y no nos debe gobernar el instinto ni la sensibilidad. Porque somos libres y estamos obligados a escoger. Por lo mismo que son importantes la brújula y el mapa. Porque carecemos de piloto automático. Porque el hombre hace honor a su condición de sujeto sujetando sus actos, llevando las riendas de su conducta, conduciéndose. Porque estamos compuestos de inteligencia y libertad: dos piezas que no encajan bien, una mezcla inestable, a veces explosiva. Porque la ley de la selva solo es buena para la selva. Porque necesitamos vivir en sociedad. Porque es cuestión de vida o muerte. Porque queremos ser felices. Si pasamos del «por qué la ética» al «para qué», podríamos responder de forma parecida: para vivir como lo que somos: personas. Para no vivir como lo que no somos: monos con pantalones. Para que el hombre no sea lobo para el hombre. Para lograr la auténtica calidad de vida.

La ética es el arte de construir nuestra propia vida. Y, como no vivimos aislados, sino en convivencia, con nuestras acciones éticas también construimos la sociedad, y con nuestra falta de ética la perjudicamos. Por tanto, nos encontramos quizás ante el más útil de los conocimientos, ante el más necesario: porque nos permite vivir como seres humanos, a salvo de la selva y del caos.

2. El contenido del bien

LA ÉTICA, por definición, busca el bien. Y el bien se logra cuando se conoce y se respeta la verdad. ¿Qué hace bueno el diagnóstico de un médico? ¿Qué hace buenas la decisión de un árbitro y la sentencia de un juez? Solo esto: la verdad. Por consiguiente, obrar bien es obrar conforme a la verdad, conforme a lo que son las cosas. Pero ese conocimiento no tiene nada de fácil. De hecho, aunque todos aspiramos a vivir bien, la palabra «bien» no significa lo mismo para todos. Por eso debemos volver a preguntarnos qué hace que las acciones y la vida sean buenas. Las respuestas son múltiples. Desde los tiempos de la Grecia clásica se ha dicho que el bien es el placer, y el placer la ausencia de dolor físico y de perturbación anímica. Pero también los griegos reconocieron que las cosas no son tan sencillas: muchas acciones y conductas profundamente buenas no están libres de dolores ni de sorpresas y desasosiegos. Piénsese, por ejemplo, en el esfuerzo por superar con buenas calificaciones un curso escolar, en la paciente tarea de educar a los hijos, en el trabajador que se gana la vida en el barco o la mina, y en tantos otros trabajos. ¿Acaso las llamas son un placer para el bombero? ¿Es malo su trabajo por no ser placentero?

El bien se puede definir como lo que conviene a una cosa, lo que la perfecciona, con independencia del placer o dolor que pueda ocasionar. Como es lógico, no todo lo que perfecciona a uno perfecciona a otros (el ejercicio físico sienta bien a las personas sanas, no a las enfermas), pero esto no significa que el bien sea subjetivo: la conveniencia del deporte o del reposo, en cada caso, no depende de lo que piensen o deseen esas personas. De igual manera, la necesidad del aire que respiramos o del agua que bebemos no es un capricho, es una verdad independiente de nuestra opinión subjetiva. Asimismo, valores objetivos como la paz o la justicia han de ser valiosos para todos, aunque un loco pueda negarlos.

Aceptamos en teoría la universalidad de ciertos bienes. Sin embargo, contra esa aceptación unánime se alza con frecuencia el relativismo: culturas que tienen o han tenido por buenos los sacrificios humanos, la esclavitud, la poligamia, etc. El relativismo representa la persistente objeción a la pretensión de buscar racionalmente el contenido objetivo, no subjetivo, de la palabra «bueno».

La realidad es una tupida red de relaciones entre hechos, objetos y personas que se relacionan en el espacio y en el tiempo. En este sentido es correcto afirmar que todo es relativo: relativo a un antes, a un después, a un encima, debajo, al lado, cerca, lejos, dentro, fuera... Relativo, sobre todo, a la inevitable cadena perpetua de causas y efectos que todo lo ata. Pero relativo y relativismo no significan lo mismo. Más bien son conceptos opuestos, porque lo relativo también es objetivo: tú eres objetivamente una chica de diecinueve años, pero también eres objetivamente alumna de tus profesores, hija de tus padres, amiga de tus amigas, nieta de tus abuelos, cliente de una tienda de ropa. Y cada cual te debe tratar como lo que objetiva y relativamente eres: el profesor no puede tratarte como si fueras su hija, tus padres no pueden tratarte como si fueras su alumna o su cliente... El relativismo, por el contrario, tiende a confundir la realidad con el deseo, lo objetivo con «lo que a uno le parece». Tiende a sustituir el parentesco real por un

parentesco de conveniencia: «Eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa», decía don Quijote. La conducta ética nace cuando la libertad –respetando siempre la realidad– puede escoger entre formas diferentes de conducta, apelando a lo mejor. El relativismo es peligroso porque pretende la jerarquía subjetiva de todos los motivos, la negación de cualquier supremacía real. Abre así la puerta del «todo vale», por donde siempre podrá entrar lo descabellado e irracional. Con esa lógica de papel, el drogadicto a quien se pregunta «¿Por qué te drogas?», siempre puede responder: «¿Y por qué no?»

Entendido como concepción subjetivista del bien, el relativismo hace imposible la ética. Si queremos medir las conductas, necesitamos una unidad de medida igual para todos. Porque si el kilómetro es para ti 1.000 metros, para él 900, y para otros 1.200, 850 ó 920, entonces el kilómetro no es nada. Si la ética ha de ser criterio para distinguir entre el bien y el mal, entonces ha de ser objetiva y una, no subjetiva y múltiple.

La ética puede ser relativa en lo accidental, pero no debe serlo en lo esencial. De la naturaleza de un recién nacido se deriva la obligación que tienen sus padres de alimentarlo y vestirlo. Son libres para escoger entre diferentes alimentos y vestidos, pero la obligación es intocable. Subjetivamente pueden decidir no cumplir su obligación, pero entonces están actuando objetivamente mal.

3. Lo natural como criterio ético

CUENTA CICERÓN que, cuando Sexto Tarquino violó a Lucrecia, no había en Roma una ley contra la violación, «pero existía una razón derivada de la naturaleza de las cosas, incitando al bien y apartando del mal, que para llegar a ser ley no necesitó ser redactada por escrito, sino que fue tal desde su origen, tan antiguo como la mente divina». Por eso,

> No hay nada más absurdo que creer que todas las leyes e instituciones son justas. ¿Acaso son justas las leyes de los tiranos? Si el fundamento del Derecho lo constituyera la voluntad de los pueblos, las decisiones de sus jefes o las sentencias de los jueces, entonces el Derecho podría consistir en robar, cometer adulterio o falsificar testamentos, si tales acciones fueran aprobadas por votación o por aclamación popular. Hay, por tanto, una distinción entre ley buena y ley mala, que solo puede hacerse desde el criterio de la Naturaleza.

Esa apelación a lo natural, en lo que tiene de verdad innegable, es lo que otorga fuerza argumental a la queja de Shylock, el usurero de *El mercader de Venecia*:

> ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos y pasiones? ¿Es que no está nutrido con los mismos alimentos, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos remedios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos?

Igual que Colón no inventó América, la ley natural tampoco es un invento de la cultura humana, sino un descubrimiento que cada hombre realiza dentro de sí. De la misma manera que la inteligencia entiende la importancia de respirar para vivir, descubre también que hay comportamientos naturalmente buenos que deben seguirse por todo aquél que quiera vivir como persona. Cualquiera aprecia espontáneamente que el respeto a los semejantes, ser veraz y cumplir las promesas son cosas buenas y deseables. Y que, por el contrario, el odio, la traición y la falsedad representan conductas detestables. En realidad, la evidencia no necesita demostración. Por eso, decía Aristóteles que si alguno dijese que se puede matar a la propia madre, no merece argumentos sino azotes. Argumentos pidieron las hijas traidoras del rey Lear. Después de engañar a su padre le arrebatan la corona y le expulsan del reino. Lear las maldice. Ellas le preguntan con cinismo por qué están obligadas a acogerle. Lear, al borde de la locura, solo sabe responder: «¡Oh, no razonéis la necesidad!»

El punto de partida para entender la ley natural es advertir que se trata de una evidencia, pues la razón no juzga como indiferentes todos los actos posibles, sino que, con independencia de las leyes humanas, emite juicios de obligación: debe hacerse esto, debe evitarse aquello. Juicios anteriores a la acción, que aparecen como una ley del obrar distinta muchas veces de las preferencias del sujeto. Se puede objetar que esa inclinación moral de la naturaleza humana no es más que una forma del instinto gregario, orientado a la supervivencia. A esta objeción también se puede responder que, siendo el deseo de ayudar al prójimo un buen ejemplo del instinto gregario, como tal deseo es algo completamente diferente del convencimiento de que nuestro deber es ayudarle: conservo dicho convencimiento incluso cuando no deseo ayudarle.

Hemos visto que el relativismo constituye la gran objeción a la pretensión de validez objetiva y universal de ciertos bienes. El argumento relativista por excelencia es la discrepancia que culturas diferentes muestran en cuestiones fundamentales: sabemos que algunas aprueban o han aprobado la esclavitud, la discriminación de la mujer, las castas... En su libro *Ética: Cuestiones fundamentales*, Robert Spaemann explica que esta objeción suele ignorar que la discusión sobre la validez general del bien comenzó, precisamente, con el descubrimiento de estos hechos. Los griegos del siglo v antes de Cristo ya empezaron a juzgar admirables o absurdas las costumbres de los pueblos vecinos, y sus filósofos buscaron desde entonces una medida o regla con la que medir las distintas maneras de vivir y los distintos comportamientos. A esta norma o regla la llamaron *fisis*, que significa «naturaleza». Siguiendo el criterio de lo natural, encontraron, por ejemplo, que la costumbre de las jóvenes escitas que se cortaban un pecho para disparar mejor con el arco, resultaba peor que su contraria.

En un programa de la radio alemana, Spaemann explicaba una forma sencilla de superar el relativismo por apelación al criterio de lo natural. Imaginemos que colisionan los derechos de fumadores y no fumadores en una misma habitación. Si el conflicto se resuelve a favor de los no fumadores, eso no ocurre porque éstos sean mejores personas,

sino porque la salud que invocan tiene preferencia sobre el placer de fumar. El fumador se somete a este juicio, aun cuando le desagrade, por la sencilla razón de que comprende que es lo mejor. Quien está dispuesto a reconocer y respetar valores que se oponen a sus propios gustos o intereses, es capaz de lo que se llama una acción ética.

Este sencillo ejemplo pone de manifiesto que la ética es el respeto a la verdad. Y la verdad es la lectura correcta de la realidad. De una realidad que se nos presenta diseñada, organizada y regulada por leyes que conviene respetar. De ahí la necesidad de la ecología, de las normas de tráfico, de los hospitales, de los estudios de ingeniería, de las facultades de Derecho o de las cárceles.

Vemos, por tanto, que la condición humana es fuente de obligaciones o leyes naturales de carácter moral. Cuando los antiguos pensadores griegos y romanos estudiaron la naturaleza humana, descubrieron en ella una ley no física ni biológica, sino moral. Y por tener todos los hombres una naturaleza común, sin importar la tierra que pisen o el cielo que vean, la ley moral de esa naturaleza regirá a todos. Y su carácter universal y objetivo no quedará en entredicho ante hechos lamentables como la esclavitud o el genocidio, de la misma manera que los errores en una operación matemática no atentan contra el valor de las Matemáticas.

4. Ley natural y leyes humanas

LOS SERES humanos vivimos entre iguales. Nuestra igualdad de naturaleza es la fuente de los derechos humanos y de sus correspondientes deberes: exigencias racionales de ámbito universal que, desde Sócrates, han sido denominadas *leyes no escritas*, y también *ley natural*. Si la ley escrita supone un avance notable en la organización de la sociedad, el descubrimiento y respeto de leyes no escritas, vigentes en la naturaleza, tiene una importancia similar, pues toda ley humana es, en el fondo, traducción de la ley natural.

La conexión con la ley natural otorga a las leyes humanas su legitimidad. Todo hombre, al preguntarse por qué obligan las leyes, intuitivamente sabe que el mero ejercicio del poder no constituye su fundamento, pues tener el poder no es sinónimo de ser justo. Por eso intuye también que, en última instancia, la ley humana solo es verdadera ley cuando respeta la verdad sobre el hombre. Si se aparta de ella, se convierte en violencia, en ley del más fuerte al servicio de una autoridad corrompida, como denuncia Gandhi:

> El Gobierno establecido por la ley inglesa en la India solo existe para explotar al pueblo. Ningún sofisma, ningún malabarismo con las cifras puede ocultar el evidente testimonio de los esqueletos que se ven en gran número de aldeas. No dudo de que tanto Inglaterra como los habitantes de las ciudades de la India, si existe un Dios por encima de nosotros, tendrán que responder ante Él por este crimen contra la humanidad que no tiene igual en la Historia.

El orden social requiere la delimitación clara de los derechos y deberes de millones de personas. Se denominan *leyes positivas* las que el gobernante promulga para lograr ese orden. Las leyes positivas son aplicaciones de la ley natural a la infinita variedad de situaciones que el hombre es capaz de crear. La ley natural manda, por ejemplo, respetar la vida de los demás, pero las situaciones concretas que pueden constituir un peligro para la vida –falta de seguridad en el trabajo, conducción temeraria, negligencias médicas, ignorancias culpables, etc.– son tan complejas que requieren la pormenorización de la ley general. Lo que se quiere decir es que las leyes humanas han de ser determinaciones particulares de la ley natural, pensadas para regular las variadísimas condiciones concretas en las que se desenvuelve la existencia humana: deben hablar donde la naturaleza calla.

En el siglo XIII, santo Tomás de Aquino realizó una importante síntesis entre aristotelismo y cristianismo, y entendió por justicia el cumplimiento de dos tipos de leyes: la ley positiva, promulgada por el legislador humano, y la ley natural, impresa por el Legislador divino en la inteligencia humana. A partir de esta idea de ley natural se fue abriendo paso la creencia en unos derechos naturales de las personas. Esos derechos serán esenciales en la noción de justicia de la Edad Moderna, y se considerarán innatos, eternos y evidentes a la razón humana. Los derechos naturales son afirmados por Locke, Hobbes y Rousseau, filósofos que entienden la sociedad política y la democracia como resultado de un contrato social.

La distinción entre leyes naturales y positivas origina históricamente la contraposición entre derecho natural y derecho positivo. Quienes reconocen la ley natural sostienen que las leyes positivas han de ajustarse al derecho natural, de modo que si una ley no es conforme al derecho natural, carece de legitimidad. El positivismo jurídico niega ese planteamiento y afirma que solo existen leyes humanas. Pero, si no existiesen leyes naturales, sucedería que, antes de promulgar las leyes humanas, no serían injustos el asesinato ni el robo, por ejemplo. Además, si la ley humana fuera justa solo por ser ley, los regímenes políticos que violasen legalmente los derechos humanos no serían injustos, nadie podría protestar contra ellos, nadie podría exclamar ¡no hay derecho! En otras palabras, no existirían regímenes tiránicos, opresores o totalitarios. En buena lógica, el positivismo conduce al absurdo.

La Segunda Guerra Mundial nos proporciona un buen ejemplo. Si la ley humana fuera justa solo por ser ley, los juicios de Nuremberg hubieran absuelto a los políticos, militares, jueces y médicos que aplicaron las leyes de Hitler. Ellos cumplieron las leyes de un gobierno legítimo, pero desde entonces –según expuso el fiscal británico– «la Historia no conoce crímenes semejantes». La acusación comprendía cuatro puntos: conspiración, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Este último punto se refería al «asesinato, exterminio, esclavitud, deportaciones y otros tratos inhumanos contra la población civil, antes y durante la guerra». También se refería a la «persecución por motivos políticos, raciales o religiosos».

La acusación por crímenes de guerra se centró en el asesinato masivo de judíos, diversas minorías y poblaciones ocupadas. Habla de fusilamientos y otras ejecuciones, cámaras de gas, torturas y experimentos. Durante el proceso, la defensa argumentó que un juez no es quien promulga leyes sino quien hace cumplir las de su país. La respuesta del ministerio fiscal fue lacónica: «A veces llega el momento en el que un hombre ha de elegir entre su conciencia y sus jefes». Por otra parte, los nazis también aplicaron sus leyes fuera del territorio alemán, y por ello su perversión se convirtió en asunto de derecho internacional, enjuiciado por un tribunal internacional.

En nuestros días, por una parte se impone un positivismo que niega el derecho natural, y por otra, de forma paradójica, se defienden los derechos humanos, versión moderna de los derechos naturales. Se afirma que los derechos humanos tienen validez universal, estén o no reconocidos jurídicamente por un Estado. Si no lo están, se conciben como exigencias morales que los individuos pueden plantear ante los poderes públicos.

5. Ética y libertad

POR SU condición racional el ser humano es necesariamente libre, pues conocer y no escoger sería un absurdo psicológico, una servidumbre insufrible. Así se explica que perder la libertad pueda llegar a repugnar tanto como perder la propia vida: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la Tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida», hace decir Cervantes a Don Quijote.

La libertad es el poder de dirigir y dominar los propios actos, la capacidad de proponerse una meta y dirigirse hacia ella, el autodominio con el que los hombres gobernamos nuestras acciones. En la versión de Shakespeare, cuando Julio César teme ser asesinado y decide no acudir al Senado, se entabla este brevísimo diálogo:

> –Decio, id y comunicad que César no irá.
> –Poderosísimo César, dejadme alegar alguna causa para que no se burlen de mí.
> –¡La causa es mi voluntad! ¡Que no iré!

En el acto libre entran en juego las dos facultades superiores del alma, pues la voluntad elige lo que previamente ha sido conocido por la inteligencia. Antes de elegir es preciso deliberar, hacer circular por la mente las diversas posibilidades, con sus diferentes ventajas e inconvenientes. La decisión es el corte de esa rotación mental de posibilidades. Me decido cuando elijo una de las posibilidades debatidas; pero no es ella misma la que me obliga a tomarla; soy yo quien la hago salir del campo de lo posible. Dirá Alejandro Llano que «la posibilidad favorecida se hace mía de un modo definitivo; no porque las

demás me sean totalmente ajenas como si no ejercieran en mí ninguna sugestión, sino porque íntima y originariamente doto a ésta de un valor conclusivo». Y eso es lo que apreciamos en la respuesta rotunda de Julio César –«¡La causa es mi voluntad!»– o en la determinación de Ulises, a quien la ninfa Calipso acoge gentilmente, alimenta y promete una inmortalidad libre de vejez. El rey de Ítaca declinó la invitación y regresó junto a Penélope, que no era diosa ni inmortal, pero era la mujer a quien amaba.

Sabemos que la posibilidad de elegir es un arma de doble filo, que puede volverse contra uno mismo o contra los demás: esclavitud, abuso, intolerancia, asesinato, alcoholismo, drogadicción..., y también simple pereza, irresponsabilidad, mal carácter, cinismo, envidia, insolidaridad... En cualquier caso, tanto si la acción es buena como si es mala, los actos libres son imputables al sujeto que los realiza, porque sin su querer no se hubieran producido. Quien obra es quien escoge los fines y los medios y, por consiguiente, quien mejor puede dar explicaciones sobre los mismos. Y así, del mismo modo que la libertad es el poder de elegir, la responsabilidad es la aptitud para dar cuenta de esas elecciones. Libre y responsable son dos conceptos paralelos e inseparables, y por eso se ha dicho que a la Estatua de la Libertad le falta, para formar pareja ideal, la Estatua de la Responsabilidad.

¿Ante quién debemos responder? Cada persona es responsable ante los demás y ante la sociedad. Ante los demás, en la medida en que su conducta les afecte: no es lo mismo poner un suspenso injusto que condenar a muerte a un inocente, como tampoco es igual la responsabilidad del ciclista y del camionero en el caso de que ambos no respeten un semáforo, ni es igual robar dos dólares que dos millones. Las responsabilidades sociales también dependen mucho de las circunstancias: no es lo mismo ser primer ministro que leñador, ni tampoco el que siembra tomates tiene la misma responsabilidad que el que siembra marihuana.

Ser responsable significa tener que responder de algo ante alguien. Desde Homero, ese alguien es, en última instancia, Dios, fundamento último de toda responsabilidad. Si Protágoras dijo que el hombre es la medida de todas las cosas, Sócrates y Platón puntualizaron que el hombre está, a su vez, medido por Dios. Cuando Hamlet considera la posibilidad del suicidio, nos confiesa que no se atreve a quitarse la vida «por temor de un algo después de la muerte, esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno. Temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen, antes que lanzarnos a otros que desconocemos».

Por otra parte, solo sentirse responsable ante el gran testigo invisible es lo que pone al hombre en la ineludible tesitura de colmar un sentido concreto y personal para su vida, y de ver que su existencia tiene un valor absoluto e incondicionado.

6. La conciencia moral

LA INTELIGENCIA humana a menudo desborda los cauces de lo deseable y complica extraordinariamente los caminos del animal racional. Es una caja de sorpresas con peligrosa tendencia a convertirse en caja de Pandora: basta con pensar en una de las actividades humanas más inhumanas y comunes: la guerra. La conciencia de esa constante posibilidad de obrar mal permite a la inteligencia ejercer un eficaz autocontrol sobre sus propios actos. Esa inestimable función intelectual de reflexión sobre la propia conducta se denomina conciencia moral.

«Conciencia» tiene dos acepciones: una psicológica y otra moral. Conciencia psicológica es el conocimiento reflejo, el conocimiento de uno mismo, la autoconciencia. Conciencia moral es la capacidad de juzgar la moralidad de la conducta humana (propia o ajena). Es, por tanto, una capacidad de la inteligencia humana. De una inteligencia que tiene diversas capacidades, que es polifacética. Hay –entre otras– una inteligencia estética, una inteligencia matemática, una inteligencia lingüística, una inteligencia moral. Por eso Kant pudo hablar de razón pura (científica) y razón práctica (moral).

Conciencia moral es precisamente la razón que juzga la moralidad: el bien o el mal. No el bien o el mal técnico o deportivo –el que nos dice si somos un buen dibujante o un mal tenista–, sino el bien o mal moral: el que afecta a la persona en profundidad, el que dice «eres buena persona» o «eres mala persona». Hay acciones que afectan a la persona superficialmente, y acciones que la afectan en profundidad. Lavarse la cara afecta a la exterioridad de la cara; en cambio, mentir afecta a la interioridad de la persona. Un periodista preguntaba a la modelo Valeria Mazza si alguna vez había rechazado algún trabajo. Ésta fue la respuesta:

> –Sí. Nunca hice un desnudo o pasé ropa transparente. Al principio me costaba mucho negarme, porque lo que quieres es trabajar, pero me daba cuenta de que eso afectaría seriamente a mi personalidad.

La conciencia es una curiosa exigencia de nosotros a nosotros mismos. No es –no debería ser– una imposición externa que provenga de la fuerza de la ley, ni del peso de la opinión pública o del consejo de los más allegados. Gandhi, acusado de sedición, se defiende en el más grave de sus procesos con estas palabras: «He desobedecido a la ley, no por querer faltar a la autoridad británica, sino por obedecer a la ley más importante de nuestra vida: la voz de la conciencia».

En ocasiones, la conciencia juzga con criterios absolutos porque puede situarse más allá de la muerte. Un «más allá» que es precisamente –como nos ha recordado Hamlet– lo que está en juego. Por la presencia de ese criterio absoluto, intuye el hombre su responsabilidad absoluta y su dignidad también absoluta. Por eso entendemos a Tomás Moro cuando escribía a su hija Margaret, antes de ser decapitado: «Ésta es de ese tipo de situaciones en las que un hombre puede perder su cabeza y aun así no ser dañado».

La conciencia es una brújula para el bien y un freno para el mal. Confucio la define con palabras sencillas y exactas: luz de la inteligencia para distinguir el bien y el mal. Y las grandes tradiciones culturales de la humanidad, desde Confucio y Sócrates, han llamado conciencia moral a ese muro de contención del mal, y le han otorgado el máximo rango entre las cualidades humanas.

Conviene aclarar que el ejercicio correcto de la conciencia es incompatible con el relativismo moral, con la concepción subjetivista del bien. Inteligencia y conciencia desempeñan correctamene su cometido cuando se esfuerzan por reconocer la realidad como objetivamente es, no como subjetivamente puede parecer o nos conviene que sea. Una tarea que no es nada sencilla. Pongo un ejemplo literario: lo que para Don Quijote son gigantes enemigos, para Sancho son molinos de viento. Pero los dos no pueden tener razón, porque la realidad no es doble. Un ejemplo suficientemente grotesco como para no sentirnos aludidos. Nos parece que nadie en su sano juicio ve la realidad tan distorsionada. Sin embargo, por desgracia, no es así: entre un terrorista y un ciudadano pacífico, entre un defensor del aborto y un defensor de la vida, entre un nazi y un judío, entre un vendedor de droga y un vendedor de helados, entre el que vive fuera de la ley y el que vive dentro, entre el que conduce sobrio y el que conduce borracho, las diferencias pueden ser mayores y más dramáticas que las diferencias entre Don Quijote y Sancho.

Hemos dicho que la conciencia es un juicio de la razón, no una decisión de la voluntad. Por eso, el hombre puede juzgar bien y, sin embargo, obrar mal. Con otras palabras: la conciencia es condición necesaria, pero no suficiente, del recto obrar. Los personajes de Shakespeare saben esto perfectamente. Dice Hamlet de sí mismo: «Yo soy medianamente bueno. Sin embargo, de tales cosas podría acusarme, que más valiera que mi madre no me hubiese echado al mundo. Soy muy soberbio, ambicioso y vengativo, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para concebirlos, fantasía para darles forma o tiempo para llevarlos a ejecución».

El juicio moral de Hamlet es correcto, pero su voluntad no consigue rectificar su deseo de venganza. Ello pone de manifiesto que la conciencia no es suficiente para logar una conducta ética, pues solo es capaz de obrar en conciencia el que tiene el hábito de obrar bien, el que además de ver bien tiene la fortaleza de actuar en consecuencia. Ello nos lleva al terreno de las virtudes.

7. La estrategia de los hábitos

PARA EJEMPLIFICAR el proceso de adquisición de virtudes, José Antonio Marina explica en su ensayo *Teoría de la inteligencia creadora* que las destrezas juveniles son siempre resultado de repeticiones sumadas durante años, tanto en el deporte como en el dominio de un idioma o de un instrumento musical. Así, en el jugador de baloncesto, la carrera, el

salto, la finta, la suspensión, el giro, el cambio de balón de una mano a otra y el lanzamiento a canasta, son una larga frase muscular aprendida durante años. Es imposible que el jugador recuerde los ejercicios realizados en sus primeros entrenamientos, pero han quedado integrados en su conducta. Y cuando el futbolista dispara a gol, su bota es dirigida, más que por la pierna, por una compleja dotación de hábitos, es decir, de habilidades lentamente adquiridas. Si no fuera así, para encestar desde seis metros y para disparar perfectamente a gol bastaría simplemente con querer.

La repetición de un mismo acto cristaliza en un tipo de conducta estable y fácil que llamamos hábito. Gracias a los hábitos, el hombre no está condenado como Sísifo a empezar constantemente de cero. El hábito conserva la posición ganada con el sudor de los actos precedentes, y hace de la ética una descansada tarea de mantenimiento. Experimentamos los hábitos como una conquista fantástica. Sin ellos, la vida sería imposible: gastaríamos nuestros días intentando hablar, leer, andar..., y moriríamos por agotamiento y aburrimiento. Para valorar nuestro hábito de hablar castellano bastaría considerar el esfuerzo que nos supondría aprender ruso ahora, y dominarlo con la misma fluidez.

Todo esto se cumple de manera eminente en la conducta ética, y se conoce desde antiguo. Ya dijo Aristóteles que sería inútil saber lo que está bien y no saber cómo conseguirlo, de la misma manera que no nos conformamos con saber en qué consiste la salud, sino que queremos estar sanos. Y el secreto para afianzar una conducta es la repetición. En la *Ética a Nicómaco* encontramos una respuesta precisa:

> Los hábitos no son innatos sino que se adquieren por repetición de actos (cosa que no vemos en los seres inanimados, pues si lanzas hacia arriba una piedra diez mil veces, jámás volverá a subir si no es lanzada de nuevo).

Junto a su naturaleza biológica, recibida por nacimiento, el hombre es capaz de adquirir una segunda naturaleza: a través de los actos que repetimos y olvidamos, se decanta en nosotros una forma de ser que permanece. Pero la libertad ofrece siempre su doble y peligrosa posibilidad fundamental. Así, unos se hacen justos y otros injustos, unos trabajadores y otros perezosos, responsables o irresponsables, amables o violentos, veraces o mentirosos, reflexivos o precipitados, constantes o inconstantes. La libertad, en suma, nos brinda posibilidades de protagonizar actos buenos y malos. En el primer caso adquirimos virtudes; en el segundo, vicios. Aristóteles llama virtudes a los modos de ser perfectivos, los analiza a fondo y los reconoce como poderes excelentes.

Al igual que una golondrina no hace verano, un acto aislado no constituye un modo de ser. Sabemos que para consolidar una conducta es imprescindible la repetición de los mismos actos. Por eso se ha dicho que el que siembra actos recoge hábitos, y el que siembra hábitos cosecha su propio carácter. En consecuencia, «adquirir desde jóvenes

tales o cuales hábitos no tiene poca o mucha importancia: tiene una importancia absoluta». Es la conclusión de Aristóteles y de todos los que tienen que combatir lacras como la drogadicción, el alcoholismo, el sida, la violencia juvenil...

Los pedagogos saben que, si los hábitos perfectivos no arraigan pronto, la personalidad del niño queda a merced de sus deseos. Hemos leído que se aficionó Lázaro de Tormes al vino, y el ciego a quien servía sospechó y vigiló el jarro en las comidas. Pero el deseo ya había ganado la batalla a la voluntad del chiquillo: «Yo, como estaba hecho al vino, moría por él». Cuando un hábito peligroso cristaliza, puede resultar imposible erradicarlo. Hay que reconocer que la víctima de un vicio es, en gran medida, responsable de su impotencia, porque ha llegado a ser injusto o depravado, dirá Aristóteles, «a fuerza de cometer injusticias o de pasarse la vida bebiendo y en cosas semejantes, cuando en su mano estaba no haber llegado a lo que ahora es». Antes de morir, Kurt Cobain declaraba:

> No quiero ser adicto, no quiero autodestruirme, pero la heroína es tan poderosa como el diablo, es lo más adictivo que he probado nunca. No quiero volver a probarla, pero no puedo evitarlo. Me vuelvo loco.

Para algunos, la palabra *virtud* está devaluada. Sin embargo, nació en la Roma de los emperadores y las legiones. Y significaba fortaleza, el esfuerzo propio del *vir*, del varón: la virilidad. Así que, los romanos, pueblo de conquista, llamaron virtuosa a la conducta propia del hombre, que debe ser esforzada, no perezosa y abandonada. El emperador Marco Aurelio sentenció que el arte de vivir se parece más a la lucha que a la danza. Lo escribió en campaña, pero su mensaje es necesario para tiempos de paz, porque nuestro cuerpo es vulnerable siempre; porque nadie nacería sin la fortaleza de la mujer en el parto, nadie comería sin el esfuerzo del que trabaja la tierra o del que arriesga su vida en la mar. Por eso no es aventurado afirmar que la sociedad siempre ha descansado sobre las espaldas de los fuertes.

Además, por una misteriosa incoherencia, nadie es como quisiera ser. Sabemos que los seres humanos traicionan a menudo sus propias convicciones éticas y no hacen el bien ni evitan el mal que deberían. En esa debilidad constitutiva se manifiesta también la necesidad de la fortaleza. Unas veces, son los bienes primarios quienes ejercen una presión desmedida: la comida, la bebida, el sexo, la comodidad o la salud pueden adquirir un atractivo casi irresistible. En otros casos, el desorden nace del enorme protagonismo que hemos ido concediendo al dinero, al trabajo, a la posición social. Otra manifestación de nuestra debilidad se muestra en que nos proponemos muchas cosas y, sin necesidad de cambiar de opinión, no hacemos lo que nos habíamos propuesto. No es que ya no queramos, es que no queremos a fondo, queremos sin fuerza. Por ello no es una experiencia de falta de libertad, sino de falta de fuerzas. Quien fuma cuando no quiere fumar o no respeta el régimen de comida que había decidido guardar, sabe que se contradice libremente. Ese querer y no querer es una experiencia de incoherencia interna,

de debilidad humana, como si algo estuviera roto muy dentro de nosotros. Una experiencia molesta y quizá humillante, sin otro tratamiento que el de esforzarse por vencer en cada caso. Marco Aurelio, el emperador estoico, lo explica en un magnífico párrafo de sus *Meditaciones*:

> Muchas cosas dependen por entero de ti: la sinceridad, la dignidad, la resistencia al dolor, el rechazo de los placeres, la aceptación del destino, la posibilidad de vivir con poco, la benevolencia, la libertad, la sencillez, la seriedad, la magnanimidad. Observa cuántas cosas puedes ya conseguir sin pretexto de incapacidad natural o ineptitud, y por desgracia permaneces por debajo de tus posibilidades voluntariamente. ¿Es que te ves obligado a murmurar, a ser avaro, a adular, a culpar a tu cuerpo, a darle gusto, a ser frívolo y a someter a tu alma a tanta agitación, porque estás defectuosamente constituido? No, por los dioses. Hace tiempo que podías haberte apartado de esos defectos.

8. Las virtudes fundamentales

TODA ÉTICA es una propuesta sobre virtudes. Y todas las virtudes se pueden reducir a cuatro, que proceden directamente de Platón y los estoicos. Ellas realizan perfectamente los cuatro modos generales del obrar humano: la determinación práctica del bien (prudencia), su realización en sociedad (justicia), la firmeza para defenderlo o conquistarlo (fortaleza) y la moderación para no confundirlo con el placer (templanza). Pero, ¿cómo sabemos que esas cuatro virtudes son las cuatro formas generales que debe adoptar toda conducta ética? Lo sabemos, entre otras razones, porque en esas cuatro líneas maestras se ha decantado el obrar humano desde hace miles de años.

Al estrenar la libertad, los ciudadanos de las primeras *polis* necesitaban saber cómo se construye y cómo funciona una sociedad de hombres libres, cuál es la mejor de las formas posibles de gobierno. Y, en el plano personal, con diferentes formulaciones, había otra pregunta obligada: qué significa ser hombre, cómo usar la libertad, qué hacer con la propia vida, cuál es la mejor de las conductas posibles. Platón fue el primero en responder cabalmente a estas cuestiones. En uno de sus mitos más célebres, compara al hombre con un carro tirado por dos corceles que simbolizan el antagonismo entre los altos ideales y las bajas pasiones. El arte del auriga (prudencia) consiste en aprovechar la fuerza del caballo noble (fortaleza) y someter al que puede desbocarse (templanza). El filósofo propone así tres cualidades fundamentales que, cuando se logran, dan lugar a una cuarta, la justicia, por la que el ser humano logra el ajustamiento entre los diversos elementos que le configuran como tal.

De la fortaleza –capacidad de sacrificio para conquistar o defender el bien– ya hemos hablado en el epígrafe anterior. La justicia consiste en dar a cada uno lo suyo, desde un sobresaliente merecido hasta un salario. Muchas de las cosas más importantes en la vida del hombre guardan estrecha relación con la justicia: los derechos humanos, las formas de gobierno, las relaciones laborales y sociales, etc. Se manifiesta en ello la variedad inmensa de un deber que ya Platón recogía como idea antigua. Reina la justicia

cuando las tres obligaciones fundamentales de la vida en sociedad son cumplidas: obligaciones entre los individuos (justicia conmutativa), obligaciones de la sociedad hacia el individuo (justicia distributiva), y obligaciones del individuo con la sociedad (justicia legal).

Justicia es el reconocimiento de los derechos fundamentales. Y, como el débil no tiene fuerza para hacerse respetar, la justicia es, sobre todo, la virtud de los que ejercen el poder. Al ser el gobernante el responsable último de la justicia, será difícil obligarle a ser justo. Por eso dice Platón que no existe nada más desesperanzador que un gobierno injusto, y que si a alguien se le puede pedir que sea, además de buen ciudadano hombre íntegro, es al gobernante. «Del príncipe, como de un inagotable manantial, viene a los pueblos la inundación de todo lo bueno y de todo lo malo», escribió Tomás Moro en su *Utopía*.

En el citado mito del carro alado, Platón propone el control racional del placer como una de las cuatro virtudes fundamentales. Ese autocontrol, conocido desde antiguo como templanza, se justifica porque todo ser humano experimenta la inclinación natural hacia el placer que se obtiene en la comida, en la bebida y en el deleite sexual. De hecho, ahí se manifiestan las fuerzas naturales más intensas que actúan en la conservación de la vida. Puestas para asegurar la existencia del individuo y de la especie, esas energías vitales dan las tres formas originales de placer, y al mismo tiempo sobrepasan a todas las demás energías en capacidad destructora cuando se desordenan. Así lo advierte Francisco de Quevedo: «Dentro de tu propio cuerpo, por pequeño que te parezca, peregrinas. Y si no miras bien por dónde llevas tus deseos, te perderás en tan pequeño vaso para siempre». Aristóteles considera que la educación del placer reviste particular importancia, y que el descontrol en este terreno es censurable

> porque se da en nosotros no por lo que tenemos de hombres sino de animales. Así pues, complacerse en estas cosas y buscarlas por encima de todo es propio de bestias. Y si alguien viviera solo para los placeres del alimento y del sexo, sería absolutamente servil, pues para él no habría ninguna diferencia entre haber nacido bestia u hombre.

De las cuatro virtudes fundamentales, la prudencia es tal vez la más difícil e importante. Es propio de la libertad tender puentes hacia el futuro. Puentes desde lo que soy hacia lo que quiero ser. Pero lo que quiero ser, todavía no es. ¿Cómo puedo, entonces, dirigirme hacia lo que todavía no es? El verbo prever es la respuesta. Prever significa ver lejos *(procul videre)*, anticipar el porvenir *(pro videntia)*. De esas raíces latinas surge la palabra *prudencia*: el arte de dar los pasos oportunos para conseguir lo que todavía no tengo.

Un poema de Anacreonte dice que los dioses repartieron diversas cualidades entre los animales: fuerza, veneno, astucia, dientes, alas, velocidad. Al hombre le cayó en suerte algo muy diferente: la prudencia. Una caprichosa evolución del lenguaje ha hecho que la prudencia pueda ser identificada con dos de sus corrupciones: el apocamiento y la

astucia ruin. Pero en su origen, prudencia designaba la cualidad máxima de la inteligencia, el arte de elegir bien en cada caso concreto, una vista excelente para ver bien en las situaciones más diversas, una difícil puntería capaz de apuntar en movimiento y acertar sobre un blanco también móvil: la vida misma.

Aristóteles explica esa dificultad por la estrecha relación entre prudencia y circunstancias. Pone un ejemplo nada rebuscado: lo que conviene a la boda de un siervo no es lo mismo que lo que conviene a la boda de un hijo. Luego añade que lo bueno en sentido absoluto no siempre coincide con lo bueno para una persona. Así, al cuerpo sano no le conviene que le amputen una pierna; en cambio, amputar puede salvar la vida a un herido. También señala, a riesgo de ser impopular, que los jóvenes pueden ser muy inteligentes, pero no prudentes, porque la prudencia es el dominio de lo particular, al que solo se llega por la experiencia. Y el joven no tiene experiencia, porque ésta se adquiere con la edad.

Estamos ante una cualidad teórica y práctica a la vez. Conocimiento directivo que requiere estudio, mucha experiencia, petición de consejo y reflexión ponderada. Pedir consejo es propio de todo el que aspira a conducirse con prudencia. Confucio lo recomienda vivamente:

> ¿Cómo puede haber hombres que obren sin saber lo que hacen? Yo no querría comportarme de ese modo. Es preciso escuchar las opiniones de muchas personas, elegir lo que ellas tienen de bueno y seguirlas; ver mucho y reflexionar con madurez sobre lo que se ha visto.

El hombre prudente es reflexivo, pues aunque el no y el sí son breves de decir, a veces se deben pensar mucho. Ya lo había dicho el emperador Marco Aurelio: prudencia quiere decir atención a cada cosa y ningún tipo de descuido. Si la prudencia es necesaria para cualquier hombre, lo es especialmente en la tarea de gobierno, por ser empresa de la que dependen muchas vidas.

9. Cuestiones abiertas: Confucio

1. Solo hay dos caminos: la benevolencia y el egoísmo.

2. Me agrada vivir entre cosas sencillas como el tener arroz ordinario para comer, agua para beber, y mi brazo doblado como almohada.

3. Aprender sin pensar es inútil. Pensar sin aprender es peligroso.

4. Si no se respeta lo sagrado, no hay nada sobre lo que se pueda edificar una conducta.

5. Cuando veamos personas ejemplares, procuremos imitarlas; cuando veamos personas llenas de defectos, volvamos la vista hacia adentro para examinarnos.

6. Lo bello de una comunidad es su grado de desprendimiento para con el prójimo.

7. ¿Un consejo para toda la vida? Perdonar a los demás y no hacer a nadie lo que no quieras que te hagan a ti.

8. Tener faltas y no corregirlas es el verdadero error.

9. A la ofensa se contesta con la justicia, y a la virtud con la virtud.

10. Se puede vencer y apresar al general de un gran ejército, pero la voluntad del más común de los hombres es capaz de no dejarse doblegar.

11. Cuando un grupo de personas conversa durante un día entero sin hablar en ningún momento de la justicia, estamos ante un grupo de personas de difícil corrección.

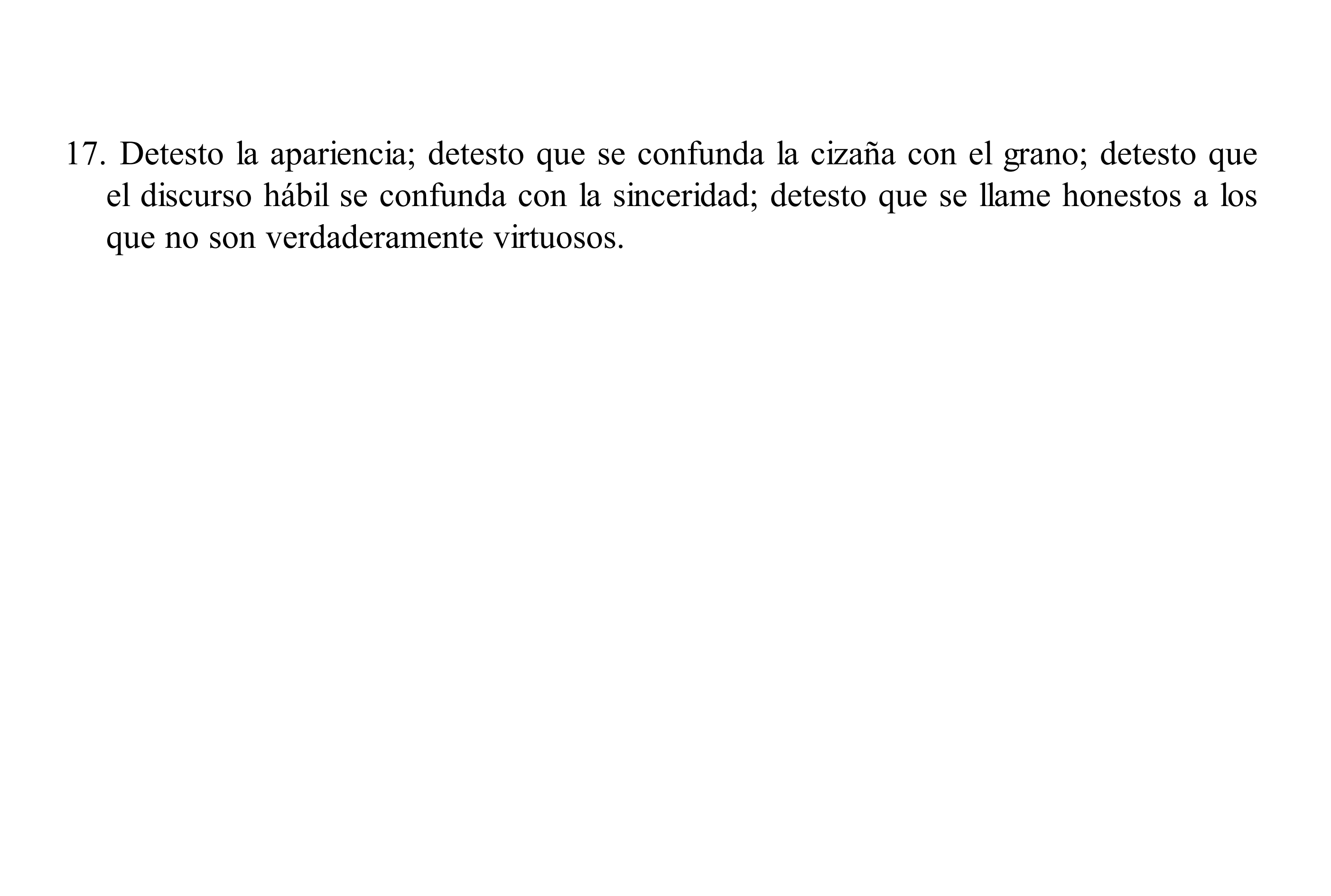
12. Desde el emperador hasta el último vasallo, todos deben tener el cultivo de sí mismos como fundamento, puesto que si lo principal está en desorden, lo que en ello se apoya no puede estar ordenado.

13. La virtud cívica perfecta consiste en ser cortés aun estando en privado, respetuoso en la administración de los negocios y leal en la relación con todos los hombres. No es lícito abandonar este modo de conducta, ni aunque se viva entre salvajes.

14. A los quince años mi voluntad se aplicaba al estudio; a los treinta estaba firme; a los cuarenta no tenía dudas; a los cincuenta conocía el Mandato del Cielo; a los sesenta podía escuchar las verdades sin dificultad; a los setenta podía seguir lo que mi corazón deseara sin hacer el mal.

15. El conocimiento es conocer a los hombres.

16. El hombre superior piensa en la virtud, y el hombre vulgar en la comodidad. El hombre superior está centrado en la justicia, y el hombre vulgar en el beneficio. El hombre superior pone sus palabras en práctica antes de decirlas, y después habla de acuerdo con sus obras.



17. Detesto la apariencia; detesto que se confunda la cizaña con el grano; detesto que el discurso hábil se confunda con la sinceridad; detesto que se llame honestos a los que no son verdaderamente virtuosos.

4

EL ANIMAL SOCIAL Y ECONÓMICO

Es propio del hombre, frente a los demás animales, poseer el sentido del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, y de los demás valores. La participación común de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad.

ARISTÓTELES

El poder estatal crece de día en día, pero son las tradiciones de la humanidad las que sostienen a la humanidad. Y la tradición del matrimonio es básica. Lo más esencial en ella es que un hombre libre y una mujer libre deciden fundar en la tierra el único Estado libre, el único que crea y ama a sus ciudadanos. Mientras estos seres reales y responsables se mantengan unidos, podrán sobrevivir a todos los cambios, atascos y reveses que constituyen lo que no es más que historia política. Pero si fallan mutuamente, entonces es absolutamente cierto que el Estado también les fallará a ellos.

CHESTERTON

1. Social por naturaleza

POR NATURALEZA, el ser humano es animal social. El escenario y la sustancia de la vida humana son las relaciones con los demás. ¿Qué sucedería si nadie nos reconociera y escuchara? La persona, sin los demás, se frustraría totalmente, porque su capacidad de dar y recibir, de dialogar y compartir, no podría ejercerse. Nadie ha nacido para estar solo. El primer desarrollo biológico, nervioso y psicológico del niño necesita de los demás: que otros le alimenten, le cuiden y le enseñen durante largos años, antes de que llegue a valerse por sí mismo. Y después de esta primera socialización en el hogar, vendrá la integración efectiva en la sociedad, y con ella la madurez humana. Porque la soledad es antinatural y negativa, hasta el punto de impedir el reconocimiento propio: no

hay yo sin tú. Y el tú es siempre una persona, un semblante que nos escucha y nos habla: una persona es lo primero que contempla el recién nacido, al reconocer a su madre antes que a sí mismo.

El hombre es un ser efectiva y afectivamente vinculado a cosas y personas. Por esos vínculos –una familia, una lengua, una cultura, unos amigos, un trabajo, una patria– crece y se desarrolla como persona. Por tanto, está necesitado de la sociedad para echar raíces. El niño no sabe que la sociedad en la que vive ha costado siglos de esfuerzo. Todo lo que le rodea le parece natural, como si existiera desde siempre. Sin embargo, su misma lengua y su expresión escrita, un semáforo que dirige la circulación, una señal que regula la velocidad, un libro de texto, un hospital, un abogado que defiende a un acusado, un jubilado que cobra su pensión, un supermercado, una escuela de enfermería, son enormes conquistas humanas, que existen gracias a que muchos hombres y mujeres han sumado esfuerzos e ilusiones durante siglos.

Que el ser humano es social por naturaleza significa, entre otras cosas, que no puede vivir sin la sociedad, y que la vida en solitario nunca le haría feliz. Tal imposibilidad queda demostrada en el hecho de que ninguna persona opta por vivir enteramente sola, ni siquiera teniendo todos los bienes que para ello hacen falta. Ello es así porque ningún individuo puede procurarse por sí solo todas las cosas que necesita. Sin la familia, la vida sería difícilmente soportable y, en muchos casos, inviable. Pero, además, la sociedad civil ofrece una multitud de bienes que una familia aislada no puede producir. Por tanto, se equivocaría quien planteara las relaciones con la sociedad como un obstáculo para la realización individual, pues el desarrollo de las personas y de las sociedades está mutuamente condicionado.

2. La familia

HAY DOS tipos de relaciones sociales que superan a todas las demás en el orden natural: la sociedad conyugal y la sociedad civil. Antes que ciudadano, el hombre es miembro de una familia. Por eso, la familia es, sin duda, la tradición más antigua que conocemos. Si la humanidad no se hubiera organizado en familias, tampoco hubiera podido organizarse en naciones.

En sentido amplio, *familia* se aplica al conjunto de individuos vinculados por algún parentesco: hay familas animales y vegetales, se habla de la gran familia humana, y Dante coloca a Aristóteles sentado entre la familia de los filósofos. En sentido menos general, *familia* es la comunidad de personas que viven y trabajan juntos para satisfacer sus necesidades. Cuando esta vida en común se basa en la paternidad y en la protección de los hijos se da lugar a la familia en sentido pleno: la sociedad conyugal, la comunidad de padres e hijos.

Rasgos esenciales de la familia
– Comunidad de vida – Lazos de sangre – Unión basada en el amor – Tres fines de máxima importancia: 1. Proporcionar a sus miembros bienes necesarios para su vida 2. Criar y educar a los hijos 3. Y ser célula de la sociedad

Aristóteles afirma que el ser humano es naturalmente más conyugal que civil. En primer lugar, porque la sociedad civil presupone las sociedades domésticas. En segundo lugar, porque la generación y la crianza de los hijos son más necesarias para la vida humana que los bienes proporcionados por la sociedad.

Sin familia, la especie humana no es viable, ni siquiera biológicamente. Un niño, una anciana, un hombre enfermo, no se valen por sí mismos y necesitan un hogar donde poder vivir, amar y ser amados, alimentados, cuidados. El hombre es un ser familiar precisamente porque nace, crece y muere necesitado. Además, todo hombre es siempre hijo, y esa condición es tan radical como el hecho de ser varón o mujer. Ningún niño nace de una encina, decía Homero, y tampoco en soledad, sino en los brazos de sus padres: nace para ser hijo. Por tanto, la filiación, la dependencia de origen, es una característica fundamental de la persona.

Toda persona está sometida a un proceso de socialización más o menos intenso, desde un recién nacido hasta un emigrante. Los grupos o contextos sociales donde tienen lugar procesos de socialización se denominan agentes de socialización. Los más importantes son la familia, los amigos, la escuela, los medios de comunicación y las relaciones laborales.

Como todo lo humano, la familia es una organización con defectos reales, y estaría ciego quien no los viera, pero es una ilusión pensar que existen sustitutivos mejores. Es la biología quien obliga a la mujer a descansar tras su maternidad. Es la misma naturaleza quien proporciona a los padres niños muy pequeños, que requieren que se les enseñe no cualquier cosa, sino todas las cosas. Durante décadas, el divorcio se ha recomendado en Norteamérica como panacea para matrimonios mal avenidos. Hasta comprobar que el remedio es peor que la enfermedad. Hoy, los psicólogos afirman que ha llegado la hora de sustituir el lema «Si su matrimonio se ha roto, busque nueva pareja» por otro más sano: «Si su matrimonio se ha roto, arréglelo».

William Bennett, desde su amplia experiencia como Secretario de Educación y Comisario Nacional del Plan contra la Droga en Estados Unidos, después de reconocer que «demasiados chicos norteamericanos son víctimas del fracaso parcial de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestras normas morales», llega a la siguiente conclusión: «Debemos hablar y actuar en favor de la familia: después de todo, la familia es el primer y mejor Ministerio de Sanidad, el primer y mejor Ministerio de Educación, y el primer y mejor Ministerio de Bienestar Social».

Una noche se despierta una mujer en su cama, ve una luz encendida y lanza la siguiente advertencia: «¡Mafalda, apaga esa luz y duérmete de una vez, que son las doce y pico!». En las viñetas siguientes, la niña obedece y apaga la luz, mientras refunfuña para sí: «¡Horas extras! ¡Además de ser la madre de una todo el día, encima hace horas extras!». Con frecuencia se olvida que el Estado no es un padre ni una madre, y que por muy poderoso que sea, jamás ha educado a un niño, y nunca lo hará. También se olvida que los niños solo pueden ser educados si sus padres poseen cierta dosis de autoridad y sentido común. En concreto –aconseja Bennett– deben hablar a sus hijos de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal.

Espectadores de una crisis familiar sin precedentes, que afecta sobre todo a las democracias occidentales, Bennett y otros muchos analistas sociales llegan de nuevo a la vieja conclusión de que la familia es la más amable de las creaciones humanas, la más delicada mezcla de necesidad y libertad. Si se apoya en la reproducción biológica, su finalidad es la formación de personas civilizadas y felices. Solo ella es capaz de transmitir con eficacia valores fundamentales que dan sentido a la vida, y eso la hace especialmente valiosa en un mundo consagrado al pragmatismo.

La familia aparece como naturalmente estable y monógama, de acuerdo con los sentimientos naturales de sus miembros más débiles: los niños a duras penas soportan la separación de sus padres. La humanidad descubrió muy pronto que el amor, la unión sexual, el nacimiento de un hijo, su crianza y educación, son posibles si existe una institución que sancione la unión permanente de un varón y una mujer: el matrimonio. La fuerza del impulso sexual es tan grande y la crianza de los hijos tan larga que, si no se instituye una unión de los esposos con estabilidad y exclusividad, esas funciones se malogran, y la misma sociedad se ve seriamente afectada. A la responsabilidad genética corresponde, también por derecho natural, la responsabilidad educativa de los progenitores. Ello exige la mencionada estabilidad, porque la actividad procreadora y educativa no es auténticamente humana si no se apoya en la donación personal completa del varón y la mujer, y porque resulta incompatible con una relación transitoria e inestable.

La familia es una escuela de vida personal y social, en la que el modo de existir en cada edad va aprendiendo los modos de existir de las demás edades. Respecto a los padres, el hecho de ser hombre y ser mujer los hace naturalmente complementarios: son distintos entre sí, pero mutuamente necesitados desde las profundidades del cuerpo hasta

las cimas del alma. Y en su unión familiar, ambos han de aceptar la obligación de un contrato protector de la familia, entre otras cosas porque los hijos necesitan su tiempo, su dinero, su ejemplo, sus conocimientos y sus energías. En palabras de Chesterton: «El lugar donde nacen los niños y mueren los hombres, donde la libertad y el amor florecen, no es una oficina ni un comercio ni una factoría. Ahí veo yo la importancia de la familia». Dicho de otra forma: en la familia, el hombre nace, crece, se educa, se casa, educa a sus hijos, y al final muere. En la familia se aprende y se enseña a vivir y a morir, y esa enseñanza, realizada por amor, es un trabajo social absolutamente necesario, imposible de realizar por dinero.

Sería equivocado ver la familia como célula de la sociedad tan solo en sentido biológico, pues también lo es en el aspecto social, político, cultural y moral. Virtudes sociales tan importantes como la justicia y el respeto a los demás se aprenden principalmente en su seno, y también el ejercicio humano de la autoridad y su acatamiento. La familia es, por tanto, insustituible desde el punto de vista de la pedagogía social. Su propia estabilidad, por encima de los pequeños o grandes conflictos inevitables, es ya una escuela de esfuerzo y ayuda mutua. En esa escuela se forman los hijos en unos hábitos cuyo campo de aplicación puede fácilmente ampliarse a la convivencia ciudadana. De hecho la convivencia familiar es una enseñanza incomparablemente superior a la de cualquier razonamiento abstracto sobre la tolerancia o la paz social.

3. La sociedad civil

UNA SOCIEDAD es un cuerpo cuyos miembros son seres humanos que conviven, siempre que por convivencia se entienda no el mero vivir juntos sino la ayuda recíproca. Cuando se cumplen estos requisitos de una forma estable, hay sociedad: desde una familia hasta una confederación de Estados, pasando por una asociación profesional, un equipo de fútbol, un sindicato, un colegio...

La visión clásica de la vida social pone el fin de la misma en el bienestar, en una vida buena que se logra gracias a la convivencia, siendo la propia convivencia o amistad en sentido amplio una parte importante de lo que entendemos por bienestar. Varias son las condiciones para que sea posible esta convivencia positiva. En primer lugar, ha de ser libre y pacífica. Salvaguardar esa paz es misión de la autoridad legalmente constituida. También es necesario un lenguaje: instrumento perfecto para compartir conocimientos y sentimientos, valores y proyectos, y para organizar un conjunto más o menos heterogéneo de personas. Toda sociedad es un sistema de comunicación y de intercambio, y lo primero que se intercambia son las palabras.

Para realizar el intercambio de bienes útiles y necesarios el hombre ha inventado un medio que mide los bienes repartibles: el dinero. Se trata de una convención universal, como el mismo lenguaje, y hace posible, en la práctica, la vida social. La vida social

necesita la división inteligente del trabajo. Toda división de funciones requiere, para ser aceptada, el prestigio y la fuerza de la autoridad. Sin autoridad que reparta la tarea común y garantice su cumplimiento, no hay sociedad sino caos. La autoridad también se encarga de repartir los bienes que son escasos, con un criterio justo. La justicia, como veremos en el capítulo siguiente, es el gran fundamento de la vida social.

La realización de las condiciones señaladas hace posible construir la estructura dinámica de la vida social por medio de las instituciones: sociedades intermedias donde se hace efectiva y se concreta toda la libertad y diversidad de la vida común.

Rasgos de toda institución
– Un fin común. En el ejemplo de un hospital, la salud. – Un patrimonio común: el edificio, las camas, el instrumental. – Una tarea común, realizada de forma coordinada. – Una ley común: las normas de funcionamiento interno. – Un tiempo en común: el necesario para lograr el fin de la institución.

Estas características compartidas hacen de toda institución una forma de vida más o menos comunitaria, especialmente apta para el desarrollo de la amistad. Las instituciones son, por lo dicho, el modo más humano de vivir en sociedad, y la madurez de una sociedad se mide por la calidad de sus instituciones. ¿Cuáles son las más importantes? Podemos distinguir seis fundamentales, derivadas de las correspondientes necesidades humanas.

1. El hombre es un ser familiar; no se da la existencia a sí mismo: nace como hijo y deberá crecer, reproducirse y morir en familia. La familia es la primera y más básica institución humana.

2. Para subsistir, el hombre necesita producir y comercializar la producción. La institución fundamental que cubre ambas necesidades se llama empresa.

3. La sociedad solo es salvada del caos si existe una autoridad capaz de garantizar el triunfo de la justicia. Nacen así las instituciones jurídicas, que integran el poder legislativo, el administrativo, el judicial y el de policía, y también otro poder necesario para mandar sobre los anteriores: el ejecutivo, ejercido por el Gobierno. Muchas de estas instituciones son también políticas.

4. La necesidad que el hombre tiene de aprender es cubierta por las instituciones educativas. Entre otras ventajas, la educación le permitirá trabajar y ganar lo necesario para vivir.

5. El cuerpo humano es vulnerable. Por eso son necesarias instituciones que cuiden al enfermo, que le protejan, le amparen, le asistan y le ayuden a salir de la postración. Nos referimos a las instituciones asistenciales. Entre ellas, las más importantes son las sanitarias.

6. Las instituciones morales y religiosas se encargan de conservar y transmitir valores fundamentales que otorgan cohesión a cada grupo humano. Sin esos valores, la vida humana sería pura y ciega necesidad biológica.

4. El trabajo

ENTENDEMOS POR trabajo el esfuerzo humano destinado a la consecución de lo necesario para vivir. Sabemos que el hombre supera su constitutivo déficit biológico por medio de la invención y uso de instrumentos. Ese modo peculiar de satisfacer las propias necesidades mediante la técnica instrumental es precisamente el trabajo. Es, por tanto, necesario para sobrevivir y para vivir como seres humanos. No existe forma de evitarlo, ni siquiera con la invención de la máquina, pues detrás de la máquina está siempre el hombre, tanto para diseñarla y fabricarla como para controlar su funcionamiento y repararla.

Los grandes fines del trabajo son la mejora del mundo, de las condiciones de vida y del hombre mismo. Esos fines engloban una dimensión objetiva del trabajo (producción de recursos), una dimensión subjetiva (mejoramiento personal), una dimensión ecológica (transformación del medio), una dimensión social (configuración de la sociedad) y una dimensión económica.

El rendimiento del trabajo se plasma en un producto concreto, desde una cosecha de trigo hasta la superación de un examen. Esa dimensión objetiva es necesaria, pues si no se diera no podría hablarse en muchos casos de trabajo. El rendimiento objetivo, su cantidad y calidad, nos permite, en cierto sentido, medir y objetivar el valor del trabajo. Así, un producto deficiente tiene poco valor porque no cumple su fin, y un trabajo cuyo producto no tiene demanda es más bien un entretenimiento o un hobby. Esto significa que la cualificación profesional es importante para el trabajador, pues el valor de su producto beneficia a los demás y revierte sobre él. Trabajar bien es contribuir al progreso social, pues supone la mejora de las condiciones de vida de los usuarios y de uno mismo. Por la misma razón, trabajar mal es, en mayor o menor medida, una conducta antisocial. Por ello, el estudio y la preparación profesional son, además de un derecho, una

obligación seria. Al ser el trabajo la mejor contribución personal al bien de la sociedad, la sociedad tiene derecho a exigir niveles académicos, titulaciones, años de experiencia y otras medidas que aseguren un ejercicio profesional competente.

Tan importante como la dimensión objetiva del trabajo es la dimensión subjetiva. El producto objetivo del trabajo y su beneficio económico son muy importantes, pues se necesitan para vivir y para la supervivencia de la empresa. Pero esa verdad no debe oscurecer otra de rango superior: que lo más importante del trabajo es el trabajador mismo. El trabajo supone una especie de comunicación inteligente del hombre con las cosas y el mundo, donde imprime como un sello de su creatividad y personalidad. El hombre puede amar el trabajo porque siente pasión por crear y poseer lo creado. En cambio, deja de amar el trabajo cuando es solo fatiga física, mercancía entregada a cambio de un salario, sin haber puesto en ella nada de su inteligencia creadora.

El trabajo es también una de las mejores contribuciones personales a la familia y a la sociedad. Puede sentirse y entenderse como una pesada carga, pero es mucho más humano concebirlo como un gran servicio a los demás. Así entendido, el trabajo manifiesta y realza la dignidad de la persona, a la vez que desarrolla sus capacidades y favorece la convivencia. Considerar al trabajador como mera mano de obra, como simple fuente de beneficios, es amputar su condición personal y desconocer la dimensión más importante de su actividad. El trabajador que pone en su trabajo su libertad, su inteligencia y su esfuerzo –su misma persona–, tiene derecho a que su tarea sea reconocida con justicia.

El trabajo se degrada cuando, en lugar de favorecer la convivencia, la deteriora. De ahí la importancia de cuidar las condiciones en que se realiza: horario laboral, seguridad, higiene, tipo de esfuerzo y remuneración justa. Un trabajador no es un simple medio de obtención de beneficios, de modo que cuanto más bajo sea su salario más altas serán las ganancias de la empresa. Por su parte, el trabajador degrada su tarea cuando la concibe como medio exclusivo de medrar y superar a otros en prestigio, poder o dinero. El trabajo se tornaría así conflictivo y antisocial, porque en los colegas se ve enemigos a los que hay que aventajar a toda costa. Nadie debe aspirar a realizarse en el trabajo a costa de otros. La persona se realiza en el trabajo cuando lo convierte en servicio a los demás, en medio para cubrir necesidades personales, familiares y sociales, cuando enriquece la convivencia porque es fuente de concordia. Cualquier trabajo, por modesto que sea, tiene una dimensión social intrínseca, pero si lesiona los derechos del trabajador o el ambiente laboral, entonces se hace contradictorio y pierde su sentido.

Hoy, nuestra sociedad tecnológica aspira a la flexibilidad para adaptarse a una demanda y a unas nuevas tecnologías muy cambiantes. Esa necesaria adaptabilidad se manifiesta en formas como el trabajo temporal y la ocupación a tiempo parcial. El trabajo a tiempo parcial es interesante para muchas personas que desean compaginarlo con la atención a sus familias o con otro tipo de actividades no remuneradas. En cambio, el trabajo temporal, por su precariedad, genera ansiedad, incertidumbre ante el futuro y

bajo nivel de formación. Además, dota a la empresa de gentes sin experiencia y sin sentido de la lealtad. Una cosa es adaptarse al entorno, incluso entendido como ese ciberespacio que está dando lugar a la telebanca, la televenta o el teletrabajo, y otra es hacer descansar esa adaptación sobre la infravaloración de ciertos trabajos y de las personas que los desempeñan.

Si el trabajo inestable e incierto fomenta la explotación, la falta de libertad de expresión y el abuso jerárquico, su alternativa es el trabajo estable y dignamente remunerado: un trabajo capaz de integrar a los trabajadores en un proyecto común, con participación en la gestión, en los resultados y en los beneficios, con comunicación fluida y formación permanente, con iniciativa y creatividad, con responsabilidad personal y corporativa. Incorporar estos valores al trabajo es defender con hechos la igualdad de oportunidades, la libertad y la solidaridad. La crisis del capitalismo duro está sirviendo para redefinir nuestros modelos económicos de acuerdo con los valores mencionados, muy diferentes al mero rendimiento económico.

Además de su dimensión económica, el trabajo es una actividad esencial para que el ser humano se realice como tal y ocupe el puesto que merece en la vida social. Por ello, no ha de ser una tarea servil, ni ha de tener una importancia exclusivamente económica, de puro medio de subsistencia. De hecho, en gran parte del mundo, el trabajo es hoy la profesión, la tarea socializadora por excelencia. Mediante el trabajo, el hombre se convierte en un profesional, en un experto capacitado para realizar tareas que requieren conocimientos cualificados, y que no puede realizar cualquiera. Es la profesión, y no el nacimiento, ni la clase social, ni el gremio, ni la raza, quien pone a cada uno en su sitio y le facilita el cauce de su propio perfeccionamiento. Nunca como hoy había tenido el trabajo un papel liberador y socializador tan decisivo. Todo esto presupone una cultura que respeta la igualdad de oportunidades y la libre iniciativa, y que se apoya en la responsabilidad personal.

El trabajo exige esfuerzo y constancia, inteligencia práctica, lealtad y solidaridad. Esas cualidades son virtudes, y hacen de la actividad laboral una tarea esencialmente ética. También las relaciones laborales, al dar lugar a obligaciones y derechos de justicia, son relaciones éticas y jurídicas. Si en su aplicación social la ética es el arte de optimizar la convivencia humana, en su concreción laboral la ética es el mejor modo de enfocar las relaciones laborales, especialmente las que se establecen entre el capital y el trabajo.

Las dimensiones económica y social del trabajo confluyen en la institución económica y social por excelencia: la empresa. La actividad empresarial busca el rendimiento económico por medio de un sistema de trabajo basado en la responsabilidad, la iniciativa y la eficacia. Cuando se dan estos requisitos, la empresa se convierte en una fuente de riqueza no solo económica, sino también social en un amplio sentido, pues enriquece humanamente a las personas que la integran y al entorno del que forma parte. El problema está –como señala Yepes Stork– en que la vida real dista de ese ideal. Pero

es un ideal al que hay que tender con tanta más energía cuanto mayor es el peligro de actuar en dirección opuesta. Por eso está de moda la ética empresarial: porque las posibilidades positivas y negativas son mayores que nunca.

5. La economía

EN SU libro *Fundamentos de antropología*, Yepes Stork explica que la economía es una forma específicamente humana de resolver las necesidades materiales, basada esencialmente en el trabajo. El origen de la actividad económica es la satisfacción de las necesidades humanas. Sin ese logro, el ser humano no puede vivir, y esta verdad básica no debe ser nunca pasada por alto. Tres son las necesidades elementales: alimentación, vestido y vivienda. La economía se ocupa de la producción y distribución correcta de los medios para hacer frente a esas necesidades. En su gestión intervienen siempre la libertad, la inteligencia y la cultura, pues nunca está predeterminado qué y cómo hemos de comer y vestir, y dónde vamos a vivir. Todo eso se puede hacer de muchas maneras, y la razón, la voluntad, los sentimientos, las costumbres y la tradición configuran los modos de llevarlo a cabo. Por eso la economía es cultura.

Para vivir, el ser humano ha de trabajar y modificar lo que el entorno ofrece como posibilidades y obstáculos. A partir de una circunstancia material dada, ha de darse a sí mismo otra circunstancia material más favorable. Si la economía surge a partir de las necesidades elementales, su desarrollo está ligado a la inclinación humana a buscar algo más que lo estrictamente indispensable para vivir. Así lo expone el profesor Millán-Puelles:

> Sería un grave desconocimiento de la realidad del ser humano el creer que la economía puede establecerse únicamente sobre la simple necesidad de subsistir. La economía cuenta con esa necesidad, pero también con nuestra propensión a desbordarla.

Ese «más allá» de lo puramente biológico apunta hacia el bienestar, un «estar bien», en armonía con el entorno físico, social y humano. Más que la simple plenitud gozosa de la vida biológica, el bienestar es el disfrute de unas condiciones materiales que facilitan el cultivo libre de la inteligencia, de la amistad y del amor. Si la satisfacción de las necesidades elementales es el origen de la economía, su meta es el bienestar, y su desarrollo es precisamente la tendencia humana a sobrepasar los requisitos mínimos de la pura subsistencia. Por eso, el fin de la economía está más allá de sí misma.

Economía es, por tanto, el modo de producir y administrar los bienes necesarios. En su significación económica, el trabajo es la actividad necesaria para aumentar las cosas útiles o la utilidad de las que ya existen, pero solo alcanza su plena significación cuando

es considerado como una actividad en la que los seres humanos se autorrealizan, dan contenido a su existencia y prestan un servicio al conjunto social. Por ello, el derecho al trabajo es uno de los derechos humanos primordiales.

Por ser naturalmente social, el hombre trabaja con otros hombres, construyendo un entramado laboral y social que se extiende en círculos progresivamente más amplios: quien produce una cosa suele hacerlo en equipo y con vistas a que otros puedan disfrutar de ella. Además, por ser el trabajo una fuente esencial de riqueza y de equilibrio personal, siempre será necesaria cierta propiedad privada: precisamente para asegurar la autonomía personal y familiar. Por la misma razón, el gobernante deberá empeñarse en hacer cumplir una legislación laboral que defienda el derecho al trabajo justo, sin dejar la determinación de los contratos a la mera voluntad de las partes. De lo contrario, situaciones de extrema necesidad llevarían a aceptar cualquier condición laboral, y serían fuente de abusos y violencias.

Todo salario debe ser justo, es decir, suficiente para sostener dignamente al trabajador y a su familia. También ha de ser justa la legislación referente al trabajo de menores, los horarios, la seguridad y la higiene. En este terreno, como en otros muchos, una correcta aplicación de la justicia distributiva consistirá en un mayor apoyo de la autoridad política a los ciudadanos más indefensos: nos referimos a esa forma fundamental de solidaridad que se ejerce por medio de la previsión social, las pensiones, los seguros de enfermedad y de accidentes.

Asegurar un salario digno para todos requiere, por parte del Estado, el esfuerzo de ofrecer una adecuada cualificación laboral, y –ya lo hemos dicho– la vigilancia para no permitir fenómenos de explotación. También debe el Estado procurar que la oferta de oportunidades de trabajo sea suficiente y, de no serlo, asegurar al trabajador en paro un subsidio que cubra sus necesidades mínimas. Esto debería ser así, pero son muchos los millones de seres humanos que carecen de la capacitación mínima para participar con cierto protagonismo en un sistema de empresa. Marginados de hecho, el desarrollo social se realiza sin ellos, lejos también de su alcance. A veces se trata de muchedumbres impotentes para resistir la competencia de métodos, productos y estilos de vida sofisticados. Al final, empujados por la necesidad y ofuscados por los brillos de una sociedad opulenta, esos grupos menos favorecidos forman bolsas de pobreza y marginación en las grandes urbes de todo el mundo.

No nos referimos solamente al Tercer Mundo. A pesar del progreso tecnológico y económico de las sociedades avanzadas, las injusticias de lo que se llamó «capitalismo salvaje» están lejos de haber desaparecido de su seno. Con un agravante típicamente moderno: a la carencia de recursos materiales se suma, en los menos favorecidos, una falta de conocimientos que les impide salir de su humillante dependencia. Las situaciones descritas justifican la labor de sindicatos y asociaciones laborales: una vasta tarea en defensa de los derechos de los trabajadores, de su dignidad humana.

Es un deber moral la lucha justa contra métodos económicos que consolidan el predominio absoluto del capital y los monopolios de los medios de producción. No se trata de sustituir el modelo capitalista por el socialista –pues el socialismo es, con frecuencia, un capitalismo de Estado–, sino de construir la sociedad sobre el trabajo libre, y la participación en la empresa. Tampoco se trata de abolir el libre mercado, sino de ejercer un control estatal y social sobre el mismo.

6. Técnica y tecnología

JUNTO AL lenguaje simbólico, la técnica es quizá la capacidad activa más distintiva de la especie humana. El ser humano puede caracterizarse con todo rigor y propiedad como ser técnico, a diferencia del animal, que es calificado por Ortega como *atécnico*. La técnica no solo es el manejo de instrumentos para llevar a cabo ciertas operaciones vitales, sino la invención de instrumentos por medio de los cuales pueden fabricarse otros instrumentos. Según el antropólogo Arnold Gehlen, la técnica viene requerida por la insuficiencia del equipamiento biológico del hombre: surge de un desajuste entre las necesidades humanas y lo que ofrece la naturaleza. Fernando Savater lo explica así:

> La técnica responde siempre a la vocación activa del hombre, a sus intereses vitales, a su afán de producir, conseguir, acumular, conservar, controlar, resguardar...¡o agredir! Resumiendo: al afán constructivo o destructivo de dominio.

La técnica, pensamiento en acción, existe desde los tiempos prehistóricos, plasmada en arpones y puntas de flecha, vestidos y abalorios, cerámica y pinturas. Se trata de una actividad asociada a las formas tradicionales de caza, pesca, ganadería, agricultura, vivienda, desplazamiento, vestido y ornamentación, común a todas las sociedades preindustriales. El invento de la rueda señala el principio de un mayor desarrollo mecánico, porque tras ella aparecen el carro y el torno del alfarero, y con ellos una mayor división de los oficios y el auge de la técnica artesanal. El escaso progreso en las herramientas hace que el artesano haya sido muy importante durante miles de años, pues contrarresta las limitaciones de la técnica con su destreza y su fuerza física.

Hasta el siglo XVIII, las únicas formas de energía procedían del aprovechamiento del viento, del agua, de los animales y del propio ser humano. La revolución industrial nació cuando se aplicó el fuego a la máquina de vapor y se consiguió transformar la energía calorífica en mecánica. La máquina, que es la expresión más elocuente de la técnica, liberó al hombre del esfuerzo físico y dignificó su trabajo, pero también le arrebató protagonismo y le redujo, en ocasiones, a la condición pasiva de vigilante del proceso de producción, como si fuese una pieza más de la maquinaria productiva. La visión más pesimista del maquinismo quizá corresponda a Oswald Spengler (1880-1936), en su obra *La decadencia de occidente*.

En la segunda mitad del siglo XX tiene lugar una segunda revolución industrial al sustituir de forma generalizada el carbón por nuevos combustibles y formas de energía: combustibles derivados del petróleo, y energía nuclear, hidráulica o eólica. Las nuevas tecnologías reducen considerablemente el esfuerzo físico del trabajador, y requieren ciertos conocimientos técnicos para ser manejadas. La disminución de la jornada laboral y el aumento del poder adquisitivo de los trabajadores originan una cultura y una industria del ocio y del consumo con indudables aspectos positivos, pero también con efectos preocupantes. Cualquier ser humano de un país industrializado –dice Savater- cuenta con posibilidades de confort y entretenimiento inauditos hace pocos decenios, pero quizá su vida está cada vez más supeditada al mero consumo de novedades que le ciega para el conocimiento sosegado de sí mismo y de los demás.

La técnica se convierte en tecnología cuando sus inventos son impulsados y determinados por el conocimiento científico. Si el primer ejemplo puede ser el telescopio de Galileo, en el siglo XX se han patentado el noventa por ciento de todos los inventos que ha logrado la humanidad. Ese avance significa un extraordinario progreso, inimaginable en épocas pasadas, concretado en la lucha eficaz contra la enfermedad y la muerte, el hambre, la pobreza y la ignorancia. Junto al reconocimiento de los avances, es preciso tener presente la paradójica ambivalencia de ese progreso, pues tenemos capacidad real de matar a miles de seres humanos en pocos segundos, y quizá de aniquilar toda forma de vida en nuestro planeta. Miguel Delibes, en *El mundo en la agonía*, nos pone en guardia frente a los efectos negativos del progreso:

> El verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la Naturaleza, ni en sostener a un tercio de la Humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre, sino en racionar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre naturaleza en un plano de concordia.

El crecimiento desmesurado de la técnica nos preocupa seriamente en las últimas décadas. Somos conscientes de la gravedad de las consecuencias –sufridas o posibles– en los dos grandes damnificados: la Naturaleza y el hombre mismo. El problema aparece cuando el hombre ya no domina la técnica que ha creado, sino que es dominado por ella: un atasco de tráfico puede ser un ejemplo inocente, pero en la contaminación del medio ambiente y en el armamento nuclear no hay ninguna inocencia. La tecnología es un ejercicio del poder humano, una forma de actuación, y toda actuación humana está expuesta a su examen moral. Roza la perogrullada reconocer que el mismo poder puede emplearse tanto para el bien como para el mal, y que en su ejercicio se pueden respetar o violar derechos humanos fundamentales. Desde que Robert Oppenheimer dijo, después de Hirosima, que los físicos habían conocido el pecado, la cuestión de la responsabilidad ha entrado de lleno en el campo de la investigación científica.

En 1991, Laín Entralgo habló sobre «Ciencia y ética» en la sede de la Fundación Ramón Areces. Aludió a la doble faz de casi todos los avances técnicos: una que promete y otra que amenaza. Y señaló la ingeniería genética como el campo donde esta doble posibilidad se manifiesta en su máxima potencia, con efectos no calculables. Fue precisamente el científico francés Jacques Testart, el primero en lograr un nacimiento por fecundación *in vitro*, quien quiso renunciar a esa investigación y pidió el control de la ética. Su «éxito» le atemorizó y se sintió obligado a proponer algo poco frecuente:

> Soy partidario de un comité ético no solo consultivo, sino también con poderes ejecutivos. Hay que vigilar a médicos e investigadores, juzgar sus proyectos antes de que los lleven a cabo. Os aconsejo que no me deis un voto de confianza cuando estoy jugando con la vida, pues siempre tendré a mano algunas excusas.

Existe el peligro –decía Laín– de olvidar que mediante la aplicación técnica de la ciencia pueden los humanos ser y hacer mucho más de lo que deben hacer y ser. Desde la invención del hacha de sílex –concluye–, siempre el hombre ha debido hacer menos de lo que técnicamente podía hacer, pero nunca tanto como hoy se ha hecho patente la gravedad de esta verdad. La conclusión de estas líneas puede ser esta reflexión de Hans Jonas, en su ensayo *Técnica, medicina y ética*:

> En aras de la autonomía humana, de la dignidad que exige que nos poseamos a nosotros mismos y no nos dejemos poseer por nuestras máquinas, deberíamos poner el galope tecnológico bajo control extratecnológico.

7. Patologías del progreso

UN PERSONAJE de Alejandro Casona protestaba así contra cierta aplicación del capitalismo salvaje:

> Cuando eras niño pobre rondabas los muelles buscando plátanos podridos para saciar tu hambre. Treinta años después hacías arrojar al mar centenares de vagones de plátanos para hacer subir los precios. ¿Cómo llamarían a eso los niños hambrientos que siguen rondando los muelles?

Lo que Casona no pudo saber es que Europa y Estados Unidos gastan muchos miles de millones de euros y de dólares en almacenar y destruir productos alimenticios que no se consumirán jamás, o premian la improductividad de sus campesinos con subvenciones que superan ampliamente el total de la ayuda humanitaria al Tercer Mundo. Desde hace décadas, el mundo produce cereales suficientes para alimentar a una población tres veces superior a la actual, pero muchos millones de personas mueren de hambre cada año.

Miguel Delibes, en 1975, en su Discurso de Ingreso a la Real Academia de la Lengua, denunciaba las corrupciones del progreso: competencia sin límites, necesidades superfluas, destrucción de la Naturaleza, situaciones extremas de miseria y despilfarro. Así, afirmaba que todo el continente africano consumía tanta gasolina como Nueva York, y que habría que reunir cuatrocientos niños etíopes para alcanzar los niveles de consumo de un solo niño estadounidense. Vivimos disparados hacia el progreso, pero ese disparo tiene un peligroso retroceso, que impone valorar en qué medida lo que se avanza justifica lo que se retrocede. Hemos llegado a la Luna –recordaba el académico–, pero nuestra organización sociopolítica continúa anclada en la explotación del hombre por el hombre y en la anulación del individuo por el Estado. Entendemos el progreso como bienestar, pero traducimos bienestar por dinero. Con dinero se producen y se compran cosas que luego se usan y disfrutan. El juego consiste en producir y consumir frenéticamente. Así, al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objeto-centrismo que envuelve al hombre en su egoísmo y elimina sus posibilidades de elevación. Las primeras víctimas, por supuesto, los viejos, los analfabetos, los tarados y los débiles.

El progreso indefinido, por el camino de la ciencia, era la meta de la Ilustración. La Revolución francesa soñó con la felicidad y con la paz perpetua, como Kant. Muchos emplearon sinceramente sus esfuerzos en esa tarea. Anunciaron la paz internacional gracias a los ferrocarriles, la armonía social mediante la electricidad, y la uniformidad de culturas y religiones como consecuencia de la uniformidad de los objetos técnicos. Se equivocaron por completo. En el siglo XX, los dos conflictos bélicos mundiales abrieron un espacio de sufrimiento colectivo que hizo tambalear los presupuestos ilustrados sobre los que se había edificado la civilización europea. Aquello fue una siembra indiscriminada de muerte. Las nuevas generaciones quedaron brutalmente decapitadas. En todas las familias hubo víctimas. Los horrores ejercieron una presión psicológica insoportable. Demasiados millones de muertos. Demasiados millones de heridos y mutilados. «La Tierra es un infierno iluminado por la condescendencia del sol», escribió Papini.

Los etnólogos han reconocido que la Ilustración nos ha ilustrado en el sentido de demostrarnos que un relámpago no es un arma de Júpiter, sino una descarga eléctrica, pero no ha sido capaz de cambiar los instintos del hombre, de crear un tipo de persona que renuncie a humillar, violar y degradar al prójimo. Europa es un excelente ejemplo de esta observación. Ningún otro continente ha llegado a convertirse en reino de la matanza, ni ha sido capaz de concebir la muerte como producto industrial. Es cierto que aquello sucedió hace muchos años, pero lo que medio siglo más tarde revivió en Bosnia demuestra que Auschwitz y todos los GULAG pueden volver. Una vez más, como ha sentenciado Alain Minc, «la Historia nos tiene cogidos por la garganta».

Si saltamos hasta Estados Unidos y leemos los ideales de su carta fundacional, deberíamos encontrar un país perfecto, de película. Sin embargo, nos encontramos con una de las sociedades occidentales más violentas y azotadas por el crimen. ¿Qué es lo

que no funciona? Porque las condiciones para el bienestar nunca han sido mejores. En 1920, la semana laboral era de setenta horas; no existía industria del ocio, sencillamente porque nadie disponía de mucho tiempo libre; la esperanza de vida no pasaba de los 55 años; y no había ningún sistema de pensiones porque la jubilación era asunto de pocos. Todo esto son ahora conquistas sociales, pero el país está surcado por graves tensiones. Algún historiador ha dicho que el sueño americano de la felicidad se ha perdido en el camino.

La meta del progreso, uno de los grandes mitos de la modernidad, es una ilusión montada sobre la confusión de dos procesos: el técnico, susceptible de acumulación, y la felicidad de las personas, en absoluto acumulable. Se quiso equiparar la lógica previsible del progreso técnico con la lógica imprevisible de la sensibilidad. La energía eléctrica pudo crecer de uno a mil, pero Martin Luther King no es una personalidad mil veces superior a Confucio, ni tiene más posibilidades de ser feliz. Ahora ya sabemos que el crecimiento técnico industrial no solo aporta bienestar, y que la vida urbana comporta subdesarrollos afectivos y sacrificios demasiado elevados. En todo caso, nuestro bienestar camina de la mano del malestar. Si Occidente pudo parecer una autopista hacia un futuro feliz, los elevadísimos peajes se han encargado de impedirlo.

8. El bien común

LO QUE llevamos dicho en este capítulo se entiende mejor a la luz de lo que la filosofía clásica ha denominado *bien común*. Por ser inviable la vida humana aislada existe la sociedad, un conjunto de personas cuya unidad se debe a un fin común: la ayuda mutua. Como todos deben colaborar en ese empeño, tal fin se denomina, desde antiguo, *bien común*, y viene a ser el conjunto de condiciones necesarias para que los hombres, las familias y las instituciones puedan lograr su mayor desarrollo. Ya Platón repetía que no hemos nacido para nosotros únicamente, pues una parte de lo que somos se la debemos a nuestros padres, y otra a los amigos. De forma parecida, los estoicos recordaban que todo cuanto produce la tierra fue creado para el uso de los hombres, y los hombres para los hombres, de manera que puedan servirse todos entre sí. Se entiende así el deber de promover la utilidad común con el mutuo intercambio de obligaciones, dando y recibiendo el fruto de nuestro trabajo y de nuestras facultades.

El bienestar material ha sido siempre considerado como un elemento básico del bien común. Por asegurar el alimento, el vestido y la vivienda los hombres y los pueblos han luchado pacífica o dramáticamente todos los días de su historia, pues el bienestar es para el hombre una exigencia biológica y psicológica ineludible. Don Quijote brinda este sabio consejo al Sancho gobernador de la Ínsula Barataria: «Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el

corazón de los pobres que la hambre y la carestía». Es importante entender que el bienestar no necesita tanto abundancia de recursos como la justa participación de todos los ciudadanos en ellos.

Otro elemento fundamental del bien común, condición necesaria de la vida social, es la paz. Entendida como concordia voluntaria más que impuesta. No obligada por el temor a la represión. Fruto de la voluntad espontánea de las personas que persiguen un interés común. Sin paz, lo primero que se pierde es el equilibrio personal y social, y el hombre queda a merced del torbellino de la violencia o de las tensiones sociales. El miedo puede ser una forma de violencia, un atentado contra la paz. Se ha señalado agudamente que el indicador más exacto del grado de abuso de poder político no sería la pregunta «¿qué puedo hacer?», sino justamente la contraria: ¿qué me pueden hacer?

El tercer elemento integrante del bien común son los valores. La Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada y proclamada por la ONU en 1948, dice en su artículo 18: «Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión». En estas palabras se nos da la clave de la insuficiencia que manifiestan la paz y el bienestar de cara a la consecución del bien común. Los valores son aquellas cualidades gracias a las cuales existen cosas y acciones buenas: una ley es buena porque protege el valor de la justicia; Sócrates fue bueno porque defendió el valor de la verdad por encima de todo; y Pedro Crespo, el más famoso de los alcaldes de Zalamea, estaba dispuesto a sacrificar su hacienda y su vida por el rey, pero no su honor: concedía a este valor más importancia que a todos sus bienes y que a su misma existencia.

9. Cuestiones abiertas: Marco Aurelio

Las *Meditaciones* son un breve conjunto de pensamientos sobre la condición humana y el sentido de la vida, desde la posición estoica del emperador filósofo. Como estadista, a Marco Aurelio le interesan las grandes virtudes sociales, las que hacen referencia a la justicia y al bien común: la benevolencia, la colaboración desinteresada, la tolerancia, la clemencia… Por encima de todo, el emperador quiere ser útil a Roma.

1. Hemos nacido para una tarea común, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. De modo que enfadarse y obrar unos contra otros va contra la naturaleza.

2. Igual que están los miembros del cuerpo en los individuos, así los seres racionales, aunque en cuerpos separados, están constituidos para una misma colaboración.

3. Si es común la razón que nos hace racionales, también es común la razón que prescribe lo que debemos hacer o no. Por tanto, también hay una ley común.

4. Aprendí de mi padre la mansedumbre, la firmeza inquebrantable en las decisiones atentamente tomadas; la indiferencia ante la vanagloria de los honores; el amor al esfuerzo y a la perseverancia; la experiencia para distinguir cuándo hay necesidad de apretar y cuándo de aflojar; la previsión remota y la resolución por anticipado de los pequeños asuntos. Todo calculado reflexivamente, como si le sobrara tiempo, sin turbación, ordenadamente, sólidamente, armónicamente.

5. A todas horas debes pensar, como romano y como hombre, en hacer lo que tienes entre manos, con seriedad meticulosa y sincera, con amor, libertad y justicia, y en no perder el tiempo con fantasías inútiles.

6. Se ultraja a sí misma el alma del hombre cuando se irrita, cuando vuelve las espaldas o es hostil a alguien, cuando es vencida por el placer o el dolor, cuando es hipócrita y hace o dice algo con fingimiento o falsedad, cuando obra sin sentido.

7. Acomódate a las cosas que te han cabido en suerte. Y estima de verdad a las personas con quienes te ha tocado vivir.

8. El que comete injusticia se hace mal a sí mismo, porque él mismo se hace malo.

9. Muchas veces comete injusticia el que no hace nada, no solo el que hace algo.

10. Si puedes, corrígele con tu enseñanza; si no, recuerda que para ello se te ha dado la benevolencia. También los dioses son benevolentes con ellos.

11. Mira si con todos te has portado hasta ahora así: «No hacer a nadie ni decir nada fuera de lo justo».

12. El arte de vivir es más semejante a la lucha que a la danza.

14. Si no conviene, no lo hagas. Si no es verdad, no lo digas.

5

EL ANIMAL POLÍTICO

De cada cien casos que se presentan a los tribunales de la India, en noventa y nueve de ellos no se hace justicia a los indios, sino a los ingleses. No exagero. Es la experiencia de cada indio que haya tenido alguna relación con este tipo de causas. A mi juicio, la administración de la ley, consciente o inconscientemente, se ha prostituido al servicio del explotador.

GHANDI

1. La autoridad y las leyes

TODA SOCIEDAD necesita libertad y autoridad. Solo los pueblos libres son capaces de progresar, pues sin libertad desaparece la iniciativa, decae la economía, se paraliza la vida social. Al mismo tiempo, las iniciativas sociales surgen, crecen y se consolidan cuando el dinamismo social es encauzado por la autoridad.

Un Estado es algo más complejo que cualquier máquina, por la sencilla razón de que las partes que lo componen son seres humanos, todos libres y diferentes entre sí, capaces de obrar solidariamente, pero también muy capaces de obrar unos contra otros hasta poner en peligro la estabilidad social. Además, mientras la máquina tiene que realizar una función muy concreta, el quehacer del Estado es algo tan ilimitado como el bienestar de los innumerables seres que lo componen. Por tanto, la autoridad es una exigencia natural de la sociedad, que solo podrá ser salvada del caos gracias a ella.

La autoridad se puede ejercer de forma humana o inhumana. Es clásica la distinción de Aristóteles entre autoridad despótica y autoridad política, entendiendo por política la que se ejerce con justicia en el ámbito de la *polis*. Déspota significa amo, propietario de esclavos.

Autoridad despótica	*Autoridad política*
– Ejercida sobre esclavos	– La que los hombres libres se dan a sí mismos para gobernarse
– Con órdenes que sofocan la libertad	– Con diálogo y razones. No es imposición autoritaria
– Facilita el desorden y la rebelión	– Apela a la responsabilidad y está abierta a la rectificación

El ejercicio de la autoridad es un aprendizaje muy difícil. Lo fácil es caer en el exceso autoritario o en el defecto permisivo. Tampoco es fácil saber obedecer, requisito necesario para que la autoridad cumpla su función. Ambas dificultades se pueden superar mediante el diálogo racional y limpio, no viciado por el interés. Ese diálogo supone confianza y colaboración mutua, condición imprescindible de toda conducta responsable y libre. La autoridad debe hacerse comprender y aceptar. De lo contrario, la protesta sustituirá al diálogo, la fuerza a las razones, las medidas de presión a la negociación. En tales situaciones, los bienes y valores compartidos disminuyen, y se lucha por una solución partidista que beneficiará al más astuto o al más fuerte.

La autoridad se ejerce sobre personas libres. Y, como la libertad es un valor de máximo rango, una autoridad corrompida es un gravísimo daño. Por ello, nada hay más digno que ejercer la autoridad con justicia. La autoridad será justa si se somete a la ley y es razonable. Si no está medida por la ley, usurpa el lugar de ésta y se torna despótica.

¿Cuáles son las funciones de la autoridad? Los problemas sociales suelen tener más de una solución acertada. Esa pluralidad de enfoques y de medios posibles exige una autoridad que decida de qué modo se harán las cosas. Por tanto, la primera función de la autoridad, indispensable para la vida social, es unificar la acción común mediante la elección de los medios y el reparto y coordinación de las tareas: es la función organizadora de la sociedad. Una segunda función de la autoridad es promulgar leyes y sancionar su incumplimiento. La tendencia que lleva al hombre a ser injusto y violento es universal, y justifica plenamente la función coactiva de la autoridad, superior a la fuerza de todo particular que pretenda atropellar el derecho.

El cumplimiento de estas funciones plantea un problema previo, cuya resolución ocupa a la filosofía política desde hace muchos siglos: ¿quién debe mandar? Quizá la respuesta más acertada, y también la más inconcreta, sea: los mejores. No está claro

quiénes son los mejores, pero al menos está bastante claro que han de cumplir varias condiciones:

– someter su autoridad a la ley
– limitar la duración de su mandato
– respetar una división de poderes que sirva de contrapeso
– no elegirse a sí mismos
– y poseer cierta excelencia intelectual, ética y política

La función de la autoridad es sostener la convivencia, de modo que la discordia y la violencia no erosionen la vida social. Y el secreto para mantener esa armonía de la vida en común se resume en una palabra: ley. Sin esclarecer lo que significa este concepto decisivo no se puede entender al hombre y a la sociedad. La palabra parece derivar etimológicamente de *ligare* (atar), en cuanto comporta cierta obligación de obrar de determinada manera. Todo en el Universo, también el hombre, está sometido a leyes físicas y biológicas. Por eso se dice también que *ley* procede de *legere* (leer), en cuanto no es una obligación que el hombre inventa, sino que descubre o *lee* en la naturaleza.

Antes de analizar el concepto conviene deshacer cierto malentendido: la identificación de ley con mordaza o prohibición, obstáculo para la libertad, instrumento represivo del poder judicial y político. Es importante apreciar que se trata de algo mucho más amplio y profundo que un simple código de prescripciones y prohibiciones, pues la ley es la condición de posibilidad de la vida social y la salvaguarda frente a los peligros que la amenazan, en especial la violencia. Si la violencia es la fuerza y el poder sin medida, la ley es la medida que limita la fuerza y el poder. Platón lo explica con estas palabras:

> La ley no existe para privilegiar a un grupo concreto, sino para el bien de toda la sociedad, y para ello introduce armonía entre los ciudadanos por medio de la persuasión o de la fuerza, hace que unos hagan a otros partícipes de los beneficios que cada cual puede aportar a la comunidad, y ella misma educa así a los hombres con miras a la compenetración de toda la sociedad.

La historia humana es una sucesión de guerras, guerrillas, revueltas, insurrecciones, inseguridades, explotaciones y atropellos de todo tipo, como si la violencia siempre pudiera alcanzar entre los hombres cotas desconocidas, difíciles de sospechar. La ley, al asegurar la paz y la prosperidad por medio de una ordenación inteligente de las relaciones humanas, es la mejor manifestación de la autoridad, y desempeña también un importantísimo papel educativo. La gran pedagogía de la ley consiste en dar a conocer el bien común y concretar sus exigencias. Su definición más clásica la ve como una ordenación racional de la conducta humana, dirigida al bien común y promulgada por la

legítima autoridad. Por ser un dictamen de la razón no se funda en el capricho ni en el afán de poder, sino en el descubrimiento de aquello que más conviene al hombre en sociedad.

Si naufragamos con frecuencia en la injusticia y en el mal, siempre queda flotando como tabla de salvación la ley. En las grandes civilizaciones antiguas, la búsqueda afanosa del orden social culminó en el fabuloso hallazgo de la ley escrita. Ese criterio sabio y común se convirtió en la gran plataforma de la vida pública, ante la cual son considerados como iguales los débiles y los poderosos. Se repetía la misma solución que llevó en la esfera económica a la fijación de normas de peso y medida para el intercambio de bienes. La ley escrita equivalía al derecho igual para todos, altos y bajos. Con ella podían seguir siendo jueces los nobles, pero ahora se hallaban sujetos en sus juicios a la estabilidad de las normas escritas. Para los antiguos fue un descubrimiento trascendental, y para los modernos una herencia incalculable.

El Estado se expresa en la ley, y la ley se convierte en rey invisible que somete a los transgresores del derecho e impide los abusos de los más fuertes. Al aceptar la ley, el hombre acepta sobre sí una medida racional, no la violencia ni la arbitrariedad. Gracias a la ley no nos gobierna un hombre sino la razón –dirá Aristóteles–, pues un gobernante sin leyes podría gobernar en su propio interés y convertirse en tirano. Si la estabilidad social depende del respeto a la ley, el pueblo deberá luchar por su ley como por sus murallas. En esta sentencia de Heráclito aparece, tras la imagen de la ciudad defendida de los enemigos exteriores por su cerco de murallas, la ciudad defendida de las discordias internas por la ley.

2. La justicia

OBLIGADOS A vivir en sociedad, marcados como estamos por la necesidad de convivir, nos conviene jugar limpio. Si respetamos de común acuerdo esa necesidad de relación promovemos la justicia. En cada individuo humano la naturaleza funciona sobre el instinto elemental de conservación, buscando la protección y defensa del propio ser. Pero, desde el momento en que ese individuo se presenta en el ámbito colectivo, la simplicidad del mecanismo natural se complica: ya son múltiples intereses los que deben ser coordinados, y eso exige inventar la justicia. Dice Hesíodo que Zeus puso como norma de peces, fieras y pájaros voladores comerse unos a otros, pero a los hombres les dio la justicia, que es más provechosa.

La justicia se define desde antiguo como la voluntad de dar a cada uno lo suyo. Si existe algo que hay que respetar en los demás es porque el poseedor tiene derecho a ello. Por tanto, la justicia presupone el derecho. Un derecho solo puede existir en un sujeto capaz de poseerlo y reclamarlo. Y solo el hombre posee derechos, porque solo él se autoposee, es dueño de sí, es persona.

Iustitia est ad alterum, decían los romanos. El distintivo de la justicia es la relación al otro. Y, aunque no lo parezca, cualquier acción significa dar o retener lo que es de otro. Esto se entiende cuando consideramos que el otro es también y en todo momento la sociedad. Porque toda acción, aunque quede fuera del campo de las leyes, afecta al tejido social. Del mismo modo que el bienestar del cuerpo necesita del bienestar de todas sus partes, pues el dolor de una simple muela lo impediría, la salud del cuerpo social necesita la salud de sus individuos. No es indiferente para una familia que el padre sea borracho. No es indiferente para una ciudad que abunde la droga. Por eso está en juego la justicia cuando, en la esfera de lo que parece estrictamente privado, alguien se entrega a una conducta poco recomendable. De acuerdo con esto, todo acto inmoral puede considerarse injusto.

Aunque lo interno es siempre en el hombre causa de lo externo, la justicia se realiza preferentemente en las acciones externas. El otro no es propiamente alcanzado ni tocado por lo que yo piense, sienta o quiera en mi interior, sino por lo que yo haga. Solo la acción externa es capaz, en rigor, de quitar o devolver lo que es suyo y le corresponde.

La convivencia humana se ordena mediante actos externos, y solo en ese campo se puede juzgar sobre la justicia y la injusticia, ya que la interioridad es inaccesible si el sujeto no la manifiesta. Por otra parte, toda acción externa cae dentro de la esfera de la justicia porque tiene trascendencia social: no se habla sin ser oído, ni se usa algo que no sea propio o ajeno.

En el espacio libre de la *polis* griega, por primera vez en la historia, lejos de los antiguos poderes absolutos, el ciudadano se enfrentará a una aventura nueva y apasionante: el arte de construir una sociedad de hombres libres. La libertad estrenada aparece como un amplio espacio de posibilidad que hay que roturar y sembrar. Pero la posibilidad es doble, hacia lo más humano y hacia lo inhumano: Aquiles ata a su carro el cadáver de Héctor y lo arrastra salvajemente alrededor de la tumba de Patroclo. Por eso es necesaria la protección de la justicia, como recuerda un texto de Heródoto: «Sois libres, pero no completamente, porque tenéis un dueño que es vuestra ley».

En sentido muy amplio, justicia significó en Grecia ajustamiento de las partes que deben constituir un todo ordenado. Se aplicaba al Cosmos como variadísima y conjuntada reunión universal. Pero dentro del Cosmos estaba el microcosmos humano. Platón señaló que la justicia de las cosas humanas consiste en la armonía del alma y la armonía de la ciudad: doble ajustamiento, individual y colectivo, que se logra cuando cada parte del alma y cada miembro de la ciudad hacen lo que les corresponde. Entendida así, como armonía anímica y política, la justicia constituye el resumen y la expresión más genuina de la conducta ética. Este amplio concepto será recogido por Aristóteles y llegará a las primeras universidades europeas: *iustitia est omnis virtus*.

En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles llama justo al que cumple las leyes. Y como las leyes buscan el bien común, añade que la justicia parece la más perfecta de las virtudes, porque se ejerce en favor de los demás. Después, para adornar esta excelencia, se

permite una cita de Eurípides: «Ni el atardecer ni la aurora son tan maravillosos como ella». Aristóteles distingue tres tipos de justicia: legal, distributiva y conmutativa.

– Justicia legal es la que mira al bien común y regula las obligaciones del ciudadano con la sociedad.

– Las justicias distributiva y la conmutativa se refieren a los bienes particulares.

– La distributiva distribuye entre los ciudadanos los beneficios y las cargas que lleva consigo el bien común.
– La conmutativa regula los intercambios de bienes entre los particulares.

El Gobierno y las leyes deben definir y respetar los derechos fundamentales de las personas:

– a la vida, a la libertad y a la seguridad
– a la igualdad ante la ley
– a la propiedad y al trabajo en condiciones dignas
– a la educación y a la cultura
– al descanso, a la asistencia médica, al vestido
– a la vivienda y a los servicios sociales necesarios

Supuesto este respeto a los derechos fundamentales, el reparto de cargas y beneficios no debe hacerlo el gobernante favoreciendo de antemano a determinadas personas o grupos. Por eso, una cinta cubre los ojos de la Justicia. La imparcialidad es uno de los rasgos de la justicia distributiva. La parcialidad, su corrupción.

Por ser humanos, no angélicos, la justicia solo está garantizada entre nosotros por la fuerza coactiva de la autoridad, como se aprecia en un elemental repaso histórico. En el antiguo Egipto, el apaleamiento era el castigo más común. Se consideraba el mejor método para animar a los contribuyentes morosos a pagar los impuestos. El palo también representaba remedio infalible con los alumnos vagos o indisciplinados: «si un muchacho tiene los oídos sordos, aplíquesele el palo y escuchará», afirma un pedagogo de la época. Para los delitos graves había penas mucho más severas. El perjurio se podía castigar con la muerte. El parricida era mutilado y quemado vivo. Los adúlteros recibían mil palos, y si era mujer se le cortaba la nariz. El que falsificaba moneda o documentos perdía la

mano derecha o ambas. A los funcionarios culpables de abuso de autoridad se les deportaba a un penal o a unas minas de Etiopía, pero antes se les cortaba la nariz o las orejas.

El Código de Hammurabi puso fin, en la Mesopotamia de hace cuatro mil años, a un desorden jurídico inmenso, consecuencia de la diversidad de pueblos del imperio, y fue el modelo de muchos códigos orientales contemporáneos y posteriores. El gran legislador se esforzó en aplicar el Derecho de la manera más humana, de ayudar a los socialmente débiles y asegurarles una existencia digna. Sus leyes concedían gran atención a la protección de la viuda y el huérfano, de los menores expuestos a malos tratos, de las mujeres frente a sus agresores. Velaban también para impedir la venganza. Sin embargo, su aplicación en nuestros días sería tachada de monstruosa.

En la Babilonia de Hammurabi, los ladrones y sus encubridores solían pagar su fechoría con la vida, aunque a veces se les cortaban las manos o se les hacía pagar una cantidad que no excedía de treinta veces el valor de lo robado. El soldado que retrocede ante el enemigo es condenado a muerte. La misma pena se aplica al que rapta a una mujer. La esposa que odia e insulta a su marido debe ser lanzada al río atada de pies y manos, o ser arrojada desde lo alto de la torre de la muralla. También al hijo que se rebela se le debe grabar con hierro candente la marca de los esclavos, encadenarle y venderle. Si el que se rebela es hijo adoptivo, se le debe cortar la lengua o arrancar un ojo.

El Derecho de Hammurabi también regula la marcha del procedimiento judicial, el castigo de las demandas injustas, el falso testimonio y la prevaricación del juez. A los culpables de violencia física se les aplica la ley del Talión: ojo por ojo y diente por diente. Este principio también era aplicado a médicos incompetentes. Y cuando un constructor levanta una casa que se derrumba y mata al propietario, el constructor es condenado a muerte; si muere el hijo del propietario, deberá morir el hijo del constructor.

3. La *polis* y la política

LO QUE hoy entendemos por política es un invento de la Grecia clásica, una actividad que nació en la *polis* griega cuando todos los hombres libres tuvieron la oportunidad de intervenir activamente en la vida común. Tenía varias características propias:

– trataba sobre los problemas de la ciudad
– buscaba el bienestar de todos
– las decisiones eran tomadas por los ciudadanos libres
– y tenían fuerza vinculante para la autoridad constituida

La *polis* ocupaba un territorio con una ciudad donde vivían los ciudadanos libres que gestionaban los asuntos públicos. El dominio de los libres se extendía sobre una gran mayoría integrada por extranjeros domiciliados (metecos), sometidos (periecos) y esclavos. El autogobierno de la *polis* solía adoptar tres formas típicas: monarquía, aristocracia y democracia.

El interés de Platón por estudiar las condiciones del gobierno justo le llevó a fundar la Academia. Esta institución bien puede ser considerada el primer centro de estudios políticos, donde se formaron gobernantes para toda Grecia. Además, el fruto de toda su experiencia y reflexión cristalizó en dos obras de filosofía política fundamentales: la *República* y las *Leyes*. En la *República* explica Platón que la *polis* o ciudad ideal debe construirse a imagen del hombre. Ello significa que a cada una de las partes del alma corresponderá una clase de ciudadanos: obreros y agricultores, soldados y gobernantes.

La *República* platónica, como todo diseño de un orden social perfecto, es utópica, pues cierta imperfección pertenece a la esencia de lo humano. Sin embargo, al margen de los elementos utópicos, su idea orgánica de la sociedad, integrada por clases con sus respectivas funciones propias, inspirará la organización estamental de la Europa medieval y moderna.

En la filosofía aristotélica, las ciencias prácticas estudian al hombre como individuo (Ética) y al hombre como ciudadano (Política), y la ética se subordina a la política siguiendo la tradición platónica y helénica, que situaba la *polis* por encima de la familia y del individuo. Para Aristóteles, la plenitud humana solo es posible en la *polis*. Entre otras razones, porque la vida del individuo no es una totalidad completa en sí misma, sino parte del todo social. El ciudadano se realiza plenamente cuando su vida es útil para sus conciudadanos, para la prosperidad de la sociedad en la que vive. A su vez, la *polis* alcanza su plenitud cuando educa a todos sus ciudadanos por medio de leyes, usos y costumbres. Al respetar esa normativa común, el hombre no obedece a otro hombre sino a la misma razón, decantada en una sabiduría de siglos. Parece un programa político perfecto, pero no hay que olvidar que, condicionado por los prejuicios de su tiempo, Aristóteles admite que la mujer es inferior al hombre, y que ciertos hombres son esclavos por naturaleza.

¿Cuál es la mejor forma de gobierno? Aristóteles afirma, con realismo, que esa cuestión depende de cada *polis*. La monarquía será, en teoría, la mejor forma de gobierno, siempre que exista en la ciudad un hombre excepcional; pero también lo será la aristocracia si se cuenta con un grupo de hombres excelentes. Como estas condiciones no son frecuentes, lo mejor suele ser un régimen mixto: democrático en las instituciones inferiores, aristocrático en la minoría rectora, monárquico en el poder supremo.

Si saltamos de la Grecia clásica al mundo occidental del siglo XXI, comprobamos que nuestra concepción de la política está determinada por nuestra herencia grecolatina. Comte-Sponville nos explica que la política es la vida común y conflictiva, bajo el dominio del Estado y por su control: es el arte de tomar el poder, de conservarlo y

utilizarlo. Pero es también el arte de compartirlo; porque, en verdad, no hay otra forma de tomarlo. También nos dice que, si reinara la ética no necesitaríamos policía, ni leyes, ni tribunales, ni ejército. Pero el triunfo de la ética es una utopía, y por eso es necesaria la política. Si la ética me dice que debo ser justo, la política va más allá y me sanciona si no lo soy. La política no es el reino de la moral ni del amor, sino el ámbito de los conflictos de intereses que han de ser resueltos de forma pacífica. Si la obligación ética pretende validez universal, toda política se ciñe a lo particular. La ética nos dice que hay que evitar el desempleo, pero no nos proporciona una estrategia técnica para combatirlo. Deseamos que israelíes y palestinos dispongan en paz de una patria segura y reconocida, pero la conquista de ese derecho justo ha de pasar necesariamente por la negociación política.

Social por naturaleza, el ser humano solo puede vivir y desarrollarse conviviendo con sus semejantes. Pero también es egoísta. Su «insociable sociabilidad», como dice Kant, hace que no pueda prescindir de los demás ni renunciar enteramente a sus propios deseos. Por esta razón necesitamos la política:

– Para que los conflictos de intereses se resuelvan sin violencia
– Para que nuestras fuerzas se sumen en lugar de oponerse
– Para librarnos de la guerra y del miedo a la barbarie
– Por todo ello, porque no somos buenos, ni justos, ni solidarios, pero queremos serlo, necesitamos también un Estado

La política es la gestión pacífica de los conflictos, de las alianzas y de las relaciones de fuerza. Es, por tanto, el arte de vivir juntos en una misma ciudad y en un mismo Estado, con gentes que uno no ha elegido, y que en muchos casos son nuestros rivales, tanto o más que nuestros aliados. Esto supone compromisos, acuerdos para zanjar los desacuerdos, enfrentamientos regulados por leyes, una lucha por el poder y, sobre todo, la aceptación de una autoridad común. De otra forma solo habría violencia, que es precisamente lo que la política trata de impedir. La política es la única paz posible, y esto dice todo sobre su grandeza.

Sin un poder legítimo no hay política, sino violencia del más fuerte. Queremos un poder que garantice la convivencia pacífica, y para eso le obedecemos libremente. En realidad, hacemos política para ser libres, para proteger nuestras libertades fundamentales. ¿Quién querría vivir completamente solo? ¿Quién desearía vivir en una guerra permanente de todos contra todos? La vida de los hombres sería en estos casos, como dice Hobbes, «solitaria, menesterosa, penosa, casi animal y breve». Por eso es mejor una autoridad común, una ley común y un Estado: es mejor la política.

Nos equivocaríamos si viéramos la política como una actividad secundaria y despreciable, pues la verdad es lo contrario: ocuparse de la vida común, de los destinos de una comunidad humana, es una tarea esencial de la que nadie, en mayor o menor

grado, debe desentenderse. No participar en la política, cada uno en la medida de sus posibilidades, es un error y una irresponsabilidad. Es imposible la participación directa de una mayoría de ciudadanos, pero es perfectamente posible la participación indirecta y efectiva que se consigue colaborando en instituciones económicas, artísticas, culturales, deportivas, benéficas, asistenciales... De esa forma se favorece lo que debe ser toda sociedad: un ámbito pacífico de colaboración común; un conjunto de personas que, lejos de ser títeres del Estado, son capaces de organizarse con inteligencia y libertad.

Solo esa libre asociación, esa creación de instituciones intermedias entre el individuo y el Estado, protege a los particulares pues hace imposible la omnipotencia del Estado. Las personas, al unirse entre sí y dar lugar a la sociedad, no son simples súbditos o sujetos pasivos de los poderes estatales. Tienen, por el contrario, un papel activo que se concreta en forma de derechos políticos y deberes cívicos. Precisamente la libre asociación y creación de instituciones es un derecho y un deber ciudadano, una protección frente al peligro de un poder burocrático, impersonal y arbitrario. En este sentido, los medios de comunicación desempeñan un relevante papel político cuando defienden un espacio público libre para el debate. Al permitir la expresión de la opinión pública, ejercen un eficaz y deseable control de la autoridad.

4. De San Agustín al Contrato social

ENTENDEMOS POR Estado una institución política soberana, con jurisdicción suprema sobre su territorio y capacidad exclusiva de promulgar leyes. El Estado tiene una estructura unitaria de poder, que pretende ser legítima y permanecer a través de los cambios de gobernantes. El poder del gobernante, con su capacidad de imponer sanciones y coacciones, debe ser reconocido y aceptado por los ciudadanos. La aceptación social del poder depende de su legitimación o justificación.

En la Edad Media, esta justificación es religiosa, pues se estima que toda autoridad procede de Dios. En el pensamiento de San Agustín, la Iglesia debe informar con sus principios al Estado, y tiene el derecho de apoyarse en él. El Estado, por su parte, ha de prestar a la Iglesia el apoyo de su poder, para que ésta pueda realizar plenamente su misión.

En el Renacimiento, el florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527) escribió *El príncipe*, un compendio de consejos y estrategias que ha de emplear un monarca para lograr, conservar y fortalecer el poder. Con Maquiavelo se inicia una nueva época en el pensamiento político, que se separa de consideraciones éticas y religiosas. Maquiavelo, frío y pragmático, justifica el poder por el poder, al margen de cualquier planteamiento moral. Ese brusco viraje, contrario al sentido político de los griegos, de los medievales y

del humanismo renacentista, presupone una considerable crisis de valores. No solo consagra la ruptura entre el ser y el deber ser, sino que erige en principio político fundamental esa misma escisión.

Maquiavelo une el pragmatismo político a un notable pesimismo antropológico. El príncipe ha de ser astuto y fuerte como la zorra y el león, sin escrúpulos a la hora de emplear cualquier género de fuerza o de violencia, pues la razón de Estado justifica los métodos más crueles e inhumanos. Sin ser una teoría sistemática, el pensamiento de Maquiavelo es la primera reflexión sobre el Estado moderno.

Desde el Renacimiento, el ciudadano gana protagonismo político y aparece como la clave del orden político y social. En consecuencia, el modelo de justificación política que se impone es el del contrato entre todos los miembros de la sociedad: un pacto social entre libres e iguales. Thomas Hobbes (1588-1679), John Locke (1632-1704) y Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) serán los principales defensores del origen y legitimación contractualista del Estado.

Hobbes nos deja un pensamiento político que hunde sus raíces en el terror ante las guerras que asolaron su época. Considera que por naturaleza los hombres se encuentran en una constante guerra de todos contra todos, en la que cada uno tiende a apropiarse de todo lo que puede. Como todos se sienten con derecho a todo y la naturaleza no ha colocado ningún límite, surge el inevitable predominio de unos sobre otros. En este contexto utiliza Hobbes la frase de Plauto *homo homini lupus*, «el hombre es lobo para el hombre», para describir la situación que da origen al Estado. Hobbes resume el contractualismo político en estas palabras:

> El único camino para erigir un poder común que logre defender a los hombres de las agresiones extranjeras y de las injurias recíprocas –asegurándoles que puedan alimentarse y vivir satisfechos con su propia industria y con los frutos de la tierra– reside en conferir todos sus poderes y toda su fuerza a un hombre o a una asamblea de hombres que pueda reducir todas sus voluntades a una sola voluntad. Esto –más que el consentimiento o la concordia– es la unidad de todos en una sola persona, realizada mediante el pacto de cada hombre con todos los demás, de una forma que implica que cada hombre diga a los otros: autorizo y cedo mi derecho de gobernarme a mí mismo, a este hombre o a esta asamblea de hombres, con la condición de que tú le cedas tu derecho y autorices todas sus acciones de manera similar. Cuando esto se lleva a cabo, a la multitud que se une así en una sola persona se la llama Estado.

Locke, fundador del empirismo filosófico, estima que los seres humanos, al reunirse en sociedad, renuncian únicamente al derecho de defenderse cada uno por su cuenta, con lo que no debilitan sus otros derechos, sino que los fortalecen. El Estado tiene el poder de redactar las leyes (poder legislativo), de promulgarlas y de hacerlas cumplir (poder ejecutivo). Los límites del poder del Estado están delimitados por aquellos derechos de los ciudadanos para cuya defensa se instituyó dicho Estado. Por consiguiente, los

ciudadanos conservan el derecho de rebelarse contra el poder estatal cuando éste actúe en contra de las finalidades para las que nació, y los gobernantes han de estar siempre sometidos al juicio del pueblo.

Rousseau explica en *El contrato social* qué es la voluntad general, cómo se articula y cómo logra modificar a los hombres, poniendo fin a la conflictividad social:

> Creo poder establecer como principio indiscutible que solo la voluntad general puede dirigir las fuerzas del Estado según el fin de su institución, que es el bien común. En efecto, si para que apareciesen sociedades civilizadas fue preciso el choque entre los intereses particulares, el acuerdo entre éstos es el que las hace posibles. El vínculo social es consecuencia de lo que hay de común entre estos intereses divergentes, y si no hubiese ningún elemento en el que coincidan todos los intereses, la sociedad no podría existir. Ahora bien, mientras la voluntad particular siempre tiende al bien privado, la voluntad general se propone el interés común, y por eso esta última es, o debe ser, el verdadero motor del cuerpo social.

5. El modelo marxista

A MEDIADOS del siglo XIX, Karl Marx diagnosticó que las injusticias, las violencias y las desigualdades económicas y sociales tenían su origen en la defensa y acumulación egoísta de propiedad privada. A continuación propuso un tratamiento para casos límite: cortar por lo sano y suprimir de raíz la propiedad privada. A diferencia de la *República* platónica, las ideas de Marx lograron saltar del reino de la utopía al campo de la praxis política, y se cumplieron en una salvaje amputación colectiva que demostró que el remedio era mucho peor que la enfermedad. Por constituir un modelo antropológico global, con vastísima implantación internacional durante más de la mitad del siglo XX, la inclusión del marxismo en este capítulo me parece obligada.

En 1989 cayó el Muro de Berlín, esa extraña frontera levantada no para contener una invasión sino una fuga masiva. En 1991 se disolvió misteriosamente la Unión Soviética. En 1992 Karl Popper explicó *El colapso de la agresión marxista* durante una conferencia pronunciada en Sevilla, en los días de la Expo-92. En 1993 Hermann Tertsch publicó *La venganza de la Historia*. Popper era quizá el intelectual europeo con más peso. Tertsch, corresponsal en Centroeuropa para el diario *El País*, era un testigo excepcional de ese proceso de descomposición. Ambos análisis van a las raíces, son finos, concienzudos y certeros. Lógicamente, también coinciden.

Popper y Tertsch señalan que Marx, debido a su talante romántico y utópico, prometía una imprecisa Edad de Oro situada en un futuro no muy claro. Heredaba el intento ilustrado de istaurar el reino de la razón, aunque acabó por imponer la superstición, la esclavitud y la barbarie. Tuvo la osadía de sacrificar al único ser humano que conocemos –el de carne y hueso– en nombre de uno hipotético. En su feroz pragmatismo, Marx demostró ser mucho más utópico que los ilustrados, y prueba de ello es la ambigüedad y el descalabro de todos los proyectos que el marxismo ha llevado a

cabo. Porque las grandes previsiones no se cumplieron. Ni los proletarios se han empobrecido en los países capitalistas; ni en éstos ha triunfado la lucha de clases sino la negociación parlamentaria. En cambio, el marxismo se ha impuesto por la fuerza en países agrarios y atrasados como Rusia, China o Cuba; y en ellos tampoco ha surgido una democracia proletaria, sino fortísimas dictaduras de partido único. La explotación capitalista había sido el gran pecado original de la humanidad; de este pecado el proletario era inocente, y su inocencia le conduciría a un reino de felicidad sin fin. Era el desafío ejemplar de nuestra época, pero se convirtió en la suma de todo lo desastroso que ella ha sufrido.

Decía Popper que «en el Este, especialmente en la Unión Soviética, el marxismo reinó sin piedad, con poderes dictatoriales, basados en una ideología poderosa que se apoyaba sobre un arsenal de mentiras». Mentiras que, a su vez, procedían de un grave error de interpretación, pues «el capitalismo que Marx analizó nunca ha existido en la tierra. Jamás existió una sociedad que tuviese en su estructura la tendencia descrita por Marx al empobrecimiento creciente. Es cierto que los comienzos de la industrialización fueron terriblemente duros, pero ésta supuso también un aumento de la productividad que iría más pronto o más tarde a las masas. El cuadro histórico de Marx y su profecía no solo son falsos sino imposibles: no se puede producir en masa para un sector decreciente de capitalistas ricos. Por tanto, el capitalismo, tal y como lo entendía Marx es una construcción mental imposible, una falacia».

El marxismo despertó la conciencia occidental contra las injusticias sociales. Pero después de despertarla, la envenenó. Es del mismo Marx esta consigna: «La última palabra de la ciencia social será siempre lucha o muerte, guerra sangrienta o nada». La violencia contra el hombre pudo convertirse en algo permanente, e incluso razonable, gracias a la ideología disfrazada de ciencia. Ella fue la justificación de todo, la teoría que lograba blanquear cualquier acto. Una mentira muy golosa: allí donde la maquinaria social presionaba demasiado, o allí donde la vida funcionaba mal, aparecía el comunismo como alternativa resplandeciente, lleno de promesas. Y para el auténtico comunista, ese brillo lo era todo, pues tampoco había otra cosa.

Tertsch y Popper aluden al sorprendente beneplácito con que fue acogido el marxismo entre las élites intelectuales de Europa. Tertsch afirma que la nueva ideología «recibió siempre entusiastas apoyos desde Occidente, muchos de ellos ingenuos y honrados, otros ni lo uno ni lo otro. Los intelectuales europeos, que rápidamente reconocieron y combatieron el nazismo y el fascismo, defendieron en su inmensa mayoría durante décadas –algunos lo hacen aún hoy– al régimen soviético y al sistema comunista en general». Los ejemplos de Tertsch son abundantes y elocuentes. Sartre decía que «un anticomunista es un perro». Bernard Shaw elogió públicamente a Stalin y, después de una gira por la URSS, rechazó con rotundidad las denuncias de crímenes que eran no menos rotundamente ciertos. Bertolt Brecht no veía irregularidades en juicios que eran una farsa completa. Ernst Bloch justificó aquellas macabras parodias de la

justicia y sus sentencias. Un primer ministro francés desmentía la existencia de hambre en Ucrania cuando allí morían por esa causa millones de ucranianos. Thomas Mann calificó el anticomunismo como «la mayor idiotez de nuestro tiempo». Y toda la inteligencia europea se tragó aquello de que «quien está contra la URSS está con el fascismo o la opresión burguesa».

Para los analistas, un fenómeno fascinante. Para la media humanidad que lo ha sufrido en sus carnes, el marxismo ha sido una tragedia histórica de proporciones inauditas. Fascinante de lejos, porque su nacimiento, su desarrollo y su muerte han obedecido a una lógica misteriosa, ligada a la leyenda de una revolución heroica en la que el pueblo, alzado contra sus amos, obtiene una conquista prodigiosa: la del hombre nuevo en un mundo perfecto. Leyenda destrozada por la historia irrefutable y por dos libros demoledores: *Archipiélago Gulag* y *Los demonios*. En *Los demonios* lanza Dostoievski un profético grito de advertencia sobre las consecuencias del ingreso en el infierno comunista. El escritor sabía que el comunismo siempre «está pensando en el paraíso en la tierra, pero cuando llega el momento demuestra una debilidad humillante incluso para mantener las apariencias». Lo dijo sin poder comparar a Corea del Sur con la del Norte, a la soviética Estonia con su vecina Finlandia, a la China continental con Taiwán, o la vida de los cubanos de Cuba y los cubanos de Miami. *Los demonios* fue la primera investigación con microscopio de este SIDA del alma y de la sociedad. Más tarde, el *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsin, nos mostró el mapa de la epidemia y el inventario de sus resultados. Tertsch lo resume así:

> Después de medio siglo, demasiados millones de almas, vidas y conciencias rotas son la prueba irrefutable de que el imperio soviético se había convertido en una inmensa bolsa de miseria y perversión política y moral. Parece una broma macabra: el régimen que se puso por bandera la libertad de los oprimidos y la igualdad esclavizó a poblaciones enteras, fomentó la más insultante desigualdad entre dirigentes y dirigidos, educó a éstos en la absoluta dependencia, castigó la iniciativa, fomentó la sumisión incondicional, alentó la traición y la delación, persiguió la sinceridad e impuso el desarraigo a pueblos enteros. El individuo fue sometido al continuo escrutinio de sus actos y pensamientos, bajo un espionaje del aparato policial que, en los casos soviético, alemán oriental y rumano, pero también en muchos otros, alcanzó características paranoicas. La mentira fue institucionalizada e impuesta al individuo como mecanismo de supervivencia que obligaba a la complicidad con el Estado.

Por todo lo dicho, la rebelión en la granja estalló de verdad. Lo había predicho Orwell en *Animal Farm*. Un título exacto, porque la supresión de las libertades era la supresión de lo humano y la hegemonía de lo animal. La posibilidad de sociedades pujantes se vio pervertida por la realidad de granjas de trabajos forzados donde la frustración fue más allá de lo imaginable. El comunismo había levantado –en palabras del historiador Pierre Chaunu– la mayor empresa carcelaria de la humanidad. Pero en 1991, conforme a la profecía de Orwell, los patos, los checos, las ocas, los rumanos, las gallinas, los

húngaros, las palomas, los alemanes se rebelaron contra el gobierno de los comunistas y de los cerdos. Era la liberación de media Europa convertida en granja totalitaria. Popper terminaba su célebre conferencia con estas palabras:

> La ideología marxista era quizá bastante clara, pero contradecía los hechos de la historia y de la vida social. Era una teoría absolutamente falsa y absolutamente pretenciosa. Sus muchas falsedades y mentiras teóricas iban envueltas en otras de todos los tamaños. La mentira, basada en una autoridad brutal y en la violencia, se convirtió enseguida en la moneda intelectual corriente de la clase dictatorial de Rusia y de quienes aspiraban a convertirse en dictadores fuera de Rusia. El universo de mentiras creó en su interior un «agujero negro» intelectual. Los «agujeros negros» tienen un poder ilimitado para devorar y reducir cualquier cosa a la nada. Así desapareció la diferencia entre mentir y decir la verdad, y la vaciedad intelectual acabó devorándose a sí misma: el marxismo murió a causa del marxismo. De hecho, ya había perecido hacía tiempo. Pero temo que millones de marxistas, del Este y del Oeste, continúen adhiriéndose a él, como hicieron antes, ignorando lo sucedido en el mundo real. Siempre se pueden silenciar los hechos o explicarlos de manera interesada.

6. La democracia liberal

LAS MONARQUÍAS absolutas, apoyadas en la fuerza de un ejército profesional, permitieron al rey el control de todos los asuntos de Estado y un poder sin límite legal. Las revoluciones liberales y la Revolución Francesa (1789) precipitan la caída de ese Antiguo Régimen y lo sustituyen por el Estado liberal que hoy conocemos, legitimado por la voluntad soberana del pueblo (Rousseau) y estructurado según la división de poderes que propugna Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1748). Estos principios, reflejados en el marco legal de una Constitución, constituyen lo que hoy denominamos *Estado de derecho*, que se convirtió en democrático cuando se adoptó el sufragio universal.

En el pensamiento político liberal, el imperio de la ley garantiza un espacio de libertad en el que los ciudadanos pueden actuar sin temor a un poder arbitrario e injusto. De ahí la necesidad de justificar ese régimen. En su obra *La paz perpetua*, Kant formula tres principios básicos en el sistema jurídico del Estado de derecho:

1. La libertad de cada ciudadano
2. La dependencia de todos respecto a una única legislación común
3. La igualdad de todos ante la ley

Para garantizar estos principios, Kant estima que el soberano, al promulgar las leyes, debe tener en cuenta este criterio: «Lo que no puede decidir el pueblo sobre sí mismo y sus componentes, tampoco puede decidirlo el soberano sobre el pueblo».

El liberalismo político está en la génesis del actual Estado de derecho, y pone al individuo en el centro de la actuación política. Defiende la idea de que los seres humanos deben ser libres para seguir sus propias preferencias en los asuntos políticos, económicos,

culturales y religiosos. Eso significa que el Estado ha de garantizar sus derechos y libertades con la protección de un marco legal constitucional. Así, los particulares pueden perseguir sus intereses dentro del respeto a la ley común, sin injerencias del poder público. Adela Cortina enumera seis funciones básicas del Estado liberal: proteger la vida de sus miembros, mantener la seguridad, reducir el miedo y la incertidumbre, crear la paz civil, asegurar el derecho de propiedad, y facilitar el comercio.

La tradición socialista hereda las garantías constitucionales del Estado de derecho y sustituye la prioridad liberal de la libertad individual por la igualdad material. Una igualdad que también lleva consigo:

– la sustitución de la competencia por la cooperación
– el apoyo a la propiedad colectiva
– la planificación estatal de la sociedad civil
– la planificación económica y el control estatal del mercado

El liberalismo político se plasma en un ideal que acapara la mayoría de las aspiraciones de gran parte del mundo: la democracia. Ella representa el conjunto de valores que una gran mayoría de personas desean ver encarnados en sus países. La democracia, ideal ético y político, nació en Grecia cuando todos los ciudadanos libres ejercieron el derecho a discutir y decidir sobre los asuntos de su ciudad. Algunos la identifican hoy con el acto casi mágico de sacar un candidato de una urna, pero es mucho más. Su principio es la soberanía del pueblo, que otorga ese poder a personas concretas mediante sufragio universal, pero el nervio y el corazón de toda democracia son otros criterios y valores que no atañen al procedimiento de gobierno: la igualdad, la libertad, la educación, la distribución justa de la riqueza, el respeto a la ley, la autoridad política, la alternancia en el poder, el control público de la autoridad.

– *Igualdad de todos*, porque todos somos personas: con la misma dignidad y los mismos derechos humanos.

– *Libertad interna y externa*, de pensamiento, de expresión, de residencia, etc. Se trata de conquistar una libertad para todos, inseparable de la tolerancia y el respeto al pluralismo. Inseparable, sobre todo, de la igualdad. Dice Tocqueville que «los hombres serán perfectamente libres porque serán perfectamente iguales; y serán perfectamente iguales por ser enteramente libres. Éste es el ideal que buscan realizar los pueblos democráticos».

– *Educación*. En el terreno cultural, igualdad significa educación de todos los ciudadanos hasta ser puestos en condiciones de ejercer verdaderamente su libertad política y jurídica, de tener una profesión digna. La dignidad del hombre exige una

educación que le permita comportarse de forma libre y responsable. Por eso, democracia significa educación para todos y abolición de la miseria cultural. Sin cierto nivel cultural medio, la democracia es inviable.

– *Justa distribución de la riqueza*, que suprima las diferencias escandalosas, que otorgue un nivel homogéneo de bienestar material. No se trata de amasar grandes fortunas, ni de exprimir los recursos naturales hasta su agotamiento. Se trata, dice Tocqueville, de aumentar un poco las propiedades, mejorar la vivienda, vencer las grandes incomodidades, gozar de cierto desahogo y satisfacer pequeños deseos casi sin esfuerzo.

– *El respeto a la ley*. La democracia también exige que «todos, mirando a la ley como obra suya, la amen y se sometan a ella sin esfuerzo» (Tocqueville). Nos encontramos ante el gobierno de la ley justa. Es ella y no el capricho quien rige la conducta personal y las relaciones interpersonales. El triunfo de la ley, la conquista del Estado de derecho, es un empeño decisivo para el desarrollo de cualquier sociedad.

– La ley no triunfa si no hay autoridad, pero la *autoridad democrática* apela a la libertad, responsabilidad y racionalidad de las personas, y entiende el ejercicio del poder de forma muy determinada: con alternancia y posibilidad, por parte de los ciudadanos, de opinar sobre las órdenes y modificarlas en caso conveniente. La ley se entiende como obra de todos, no como coacción.

– *Alternancia de poder*. Dice Dahrendorf que «la verdadera base de la democracia es una idea muy simple: la gente comete errores, especialmente la gente que gobierna. Por tanto, debe ser posible destituirlos sin violencia y sin llegar a una revolución. Necesitamos instituciones que permitan cambiar los gobiernos sin que todo se venga abajo». En esta certera apreciación destacan dos principios políticos genuinamente democráticos: el poder ejecutivo es otorgado por la libre elección de los ciudadanos, y la autoridad debe estar sometida a un sistema de control.

– Tres suelen ser los *sistemas de control de la autoridad*, imprescindibles en una democracia: la división de poderes, la limitación temporal del mandato y el peso de la opinión pública. Los dos primeros controles se concretan en la Constitución, esa ley fundamental que recoge, de un modo u otro, todos los principios que acabamos de exponer.

7. Cuestiones abiertas: E. Sábato

1. En 1998, con casi noventa años de edad, embarcado «en este complejo, contradictorio e inexplicable viaje hacia la muerte que es la vida de cualquiera», Ernesto Sábato (1911) escribe *Antes del fin*. Un libro atípico, testamento intelectual y existencial de un novelista y ensayista también atípico, comprometido desde su juventud con la justicia, enamorado de la belleza, obsesionado por la verdad, por el sentido de «los hechos fundamentales de la existencia: el nacimiento, el amor, el dolor y la muerte».

2. ¿Para quién escribe? «Sobre todo para los adolescentes y jóvenes, pero también para los que, como yo, se acercan a la muerte, y se preguntan para qué y por qué hemos vivido y aguantado, soñado, escrito, pintado o, simplemente, esterillado sillas.»
3. Además, este libro «quizá ayude a encontrar un sentido de trascendencia en este mundo plagado de horrores», donde también descubrimos en la belleza de la naturaleza, en la emoción del arte, en la nobleza de tantos gestos humanos, «modestísimos mensajes que la Divinidad nos da de su existencia».

4. «Hacia los dieciséis años empecé a vincularme con grupos anarquistas y comunistas, porque nunca soporté la injusticia social (...). En medio de la crisis total de la civilización que se levantó en Occidente por la primacía de la técnica y los bienes materiales, miles de muchachos volvimos los ojos hacia la gran revolución que en Rusia pareció anunciar la libertad del hombre (...), porque en aquella revolución encontrábamos al fin un vasto y romántico movimiento de liberación.»

5. Pero «se desencadenó una grave crisis y, finalmente, mi alejamiento de aquel movimiento por el que tanto había arriesgado (...). Todos los diálogos, las experiencias que conocí a través de militantes de otros países, acabaron por agrietar ya en forma irreversible la frágil construcción que en mi mente se vino abajo».

6. «En el laboratorio Curie, en una de las más altas metas a las que podía aspirar un físico, me encontré vacío de sentido. Golpeado por el descreimiento (...). Extraviado en un mundo en descomposición, entre restos de ideologías en bancarrota.»

7. «El progreso es únicamente válido para el pensamiento puro. Las matemáticas de Einstein son evidentemente superiores a las de Arquímedes (...). El hombre no progresa, porque su alma es la misma. Como dice el Eclesiastés, "no hay nada nuevo bajo el sol", y se refiere precisamente al corazón del hombre, en todas las épocas habitado por los mismos atributos, empujado a nobles heroísmos, pero también seducido por el mal.»

8. «En 1959 publiqué *Hombres y engranajes* (...). Allí expuse mi desconfianza y mi preocupación por el mundo tecnólatra y cientificista, por esa concepción del ser humano y de la existencia que empezó a sobrevalorarse cuando el semidiós renacentista se lanzó con euforia hacia la conquista del universo, cuando la angustia metafísica y religiosa fue reemplazada por la eficacia, la precisión y el saber técnico. Aquel irrefrenable proceso acabó en una terrible paradoja: la deshumanización de la humanidad.»

9. «Pienso en la desdicha de los seres humanos destinados a la belleza, pero forzados a sobrevivir en la banalidad de esta cultura donde lo que alguna vez fue sentido, ha degenerado en burda diversión, en estimulantes o patéticos objetos decorativos. Triste epílogo de un siglo destrozado entre los delirios de la razón y la crueldad del acero.»

10. «Paso junto a la puerta del cuarto donde murió Matilde, luego de una dura y larga enfermedad que la dejó postrada durante años (...). ¡Cuánta congoja! Cómo va quedándose a oscuras esta casa en otro tiempo llena de los gritos de los niños, de cumpleaños infantiles, de los cuentos que Matilde inventaba por la noche para dormir a los nietos. Qué lejos, Dios mío, aquellas tardes en que venían a conversar con ella sus amigos. En sus años finales, cuando la he visto desolada por la enfermedad, es cuando más profundamente la quise.»

6

EL ANIMAL SENTIMENTAL

Enfadarse es algo muy sencillo, al alcance de cualquiera. Pero enfadarse con la persona que lo merece, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto, eso no tiene nada de sencillo.

ARISTÓTELES

1. Los sentimientos

LA INTERIORIDAD humana está permanentemente ocupada por un batallón de deseos cuyo cumplimiento o frustración experimentamos en forma de sentimientos positivos o negativos. Los sentimientos constituyen, por tanto, un índice de autorrealización personal. Nos mueven y conmueven desde dentro, y por eso los llamamos afectos, emociones y pasiones. Los sentimientos son estados de ánimo que repercuten de forma constante en nuestra conducta externa. Pueden ser pasajeros y elementales como una pequeña alegría o un enfado sin importancia, complejos como la felicidad o la depresión, y violentos como las pasiones. La gama de los sentimientos es amplia y enmarañada, quizá por eso mal conocida, pero cualquier visión de la vida que minimice su valor pecará de irreal y miope. Por propia experiencia sabemos que a veces nuestros sentimientos pesan en nuestra conducta más que nuestras razones.

De lo dicho se desprende, en cierto modo, que tenemos dos inteligencias: la racional y la sentimental o emocional, y que nuestra conducta está determinada por ambas. Si muchas concepciones antropológicas han propuesto un ideal de razón liberada de los impulsos sentimentales, lo realmente razonable parece la armonía entre cabeza y corazón, su integración inteligente. Por eso se ha escrito desde antiguo sobre la necesidad de una educación sentimental. En estas páginas hablaremos de ella y emplearemos los términos *sentimiento* y *emoción* de forma equivalente, como lo hace Daniel Goleman en su célebre libro *Inteligencia emocional*.

La educación tradicional ha puesto casi toda su confianza en el coeficiente intelectual (CI), pero es frecuente encontrarse con personas de elevado CI que no saben manejarse en la vida, mientras que otras con modesto o bajo coeficiente triunfan en su vida familiar y profesional. ¿Por qué esa inesperada diferencia? La tesis de Goleman, psicólogo de Harward, identifica el éxito en la vida con un conjunto de habilidades que denomina inteligencia emocional, y que incluye el conocimiento de uno mismo y de los demás, el autocontrol y la capacidad de motivarse. Porque saber que un ingeniero ha logrado graduarse con unas notas excelentes equivale a saber que su inteligencia matemática es excelente, pero nada nos dice sobre su forma de reaccionar ante los problemas que le surjan en la vida.

De forma parecida al aprendizaje de una asignatura, la vida emocional constituye un ámbito que puede dominarse con menor o mayor pericia. Y el grado de dominio emocional que alcance cada persona marcará la diferencia entre quien lleva una vida equilibrada y quien, con un nivel intelectual similar, hace de su vida un fracaso. La evidencia dice que alcanzan una vida lograda las personas que saben gobernar sus emociones e interpretar los sentimientos de los demás: desde el noviazgo hasta las relaciones que aseguran el éxito de una organización.

Desde Sócrates, el conocimiento propio constituye la piedra angular de la inteligencia emocional. Para actuar bien conviene conocerse bien. No se trata de desarrollar un morboso afán de introspección, sino de procurar no vivir con uno mismo como un desconocido. Nuestra conciencia emocional y el análisis ponderado de la realidad nos ayudarán, entre otras cosas, a combatir la inestabilidad de ánimo del que sueña con fantasías, del que se sobrevalora y del que –por el contrario– se subestima. Además, porque todos tendemos a disculparnos más o menos, parte importante del conocimiento propio es advertir ese sutil autoengaño y admitir la completa responsabilidad que tenemos en la mayoría de nuestras acciones u omisiones. Con perspicacia ha escrito Susana Tammaro que el conocimiento propio es doloroso, pues una parte de nuestro corazón está en la sombra, y «contra ese doloroso descubrimiento se oponen en nuestro interior muchas defensas: el orgullo, la presunción de ser amos inapelables de nuestra vida, la convicción de que basta con la razón para arreglarlo todo».

Cuenta Goleman que un samurai pidió a un anciano maestro zen que le explicara el cielo y el infierno. Pero el monje le replicó con desprecio:

> –No eres más que un patán, y no puedo perder el tiempo con tus tonterías.
>
> El samurai, herido en su honor, desenvainó su espada y exclamó:
>
> –Tu impertinencia te costará la vida.
>
> –¡Eso es el infierno! –replicó entonces el maestro.
>
> Sorprendido por la exactitud del maestro al juzgar la cólera que le estaba atenazando, el samurai envainó la espada y se postró ante él, agradecido.
>
> –¡Y eso es el cielo! –concluyó entonces el anciano.

2. Su valoración histórica

¿QUÉ IMPORTNCIA se ha concedido a los sentimientos a lo largo de la Historia? Aristóteles y Platón sabían que el horizonte de la educación es afianzar en el alumno los sentimientos adecuados. Se debe enseñar al pequeño animal humano a sentir agrado, simpatía, disgusto o aversión hacia aquellas cosas que son realmente gratas, simpáticas, desagradables o repugnantes. De lo contrario, ninguna justificación de la virtud conseguirá que el hombre sea virtuoso, porque sin la ayuda de sentimientos orientados, el intelecto es débil frente al organismo animal. Si se necesita ser valiente en una guerra, no serán los silogismos los que mantengan firmes los nervios y los músculos tras un día de bombardeo. Se podría decir que el sentimiento es el intermediario entre la razón y los instintos. Y como el hombre no es puro espíritu ni puro animal, quizá sea este elemento intermedio lo que hace que el hombre sea hombre.

La consideración peyorativa de los sentimientos es propia del estoicismo y del racionalismo, que definen la esencia humana como razón. Al tener los sentimientos una gran dependencia del cuerpo, parece que son propios del animal e impropios del hombre, al menos del sabio. Éste es el punto de vista de Séneca, Spinoza y Descartes. La propuesta estoica de suprimir los sentimientos puede conducir a una vida respetable, pero también antinatural. Porque la capacidad de conmoverse y exaltarse forma parte de la naturaleza psicológica del ser humano. El apasionamiento puede hacer inhumano a un hombre, pero también más humano. Cuando el estoicismo pretende suprimir las pasiones no advierte que, en vez de conseguir la felicidad, pone en peligro el mismo impulso de la vida.

En el polo opuesto de esta postura recelosa, la ética moderna va a ser «moral del sentimiento». Hume los considera carentes de valor cognoscitivo respecto de la realidad exterior, pero factores determinantes del conocimiento de sí mismo. Semejante a Hume, y contra el racionalismo, Rousseau reivindica los sentimientos como la actividad radical del hombre. Por influjo de ambos, Kant hablará de una facultad de los sentimientos cuya operación será el juicio de la sensibilidad. Fue Kant quien consiguió para ellos estatuto teórico de autonomía. Se conocían confusamente desde antiguo, y con Kant siguieron siendo confusos, pero obtuvieron la declaración de independencia como objeto de estudio. En su obra *Crítica del juicio* señala que los sentimientos no son conocimientos sino estados subjetivos de placer o desagrado que acompañan a todo conocimiento. Y como tales, piensa que no se les debe conceder ningún papel ni en la motivación ni en la dirección de la conducta. Pues el motor de nuestro comportamiento ha de ser el puro deber.

Muy lejos de Kant, el romanticismo y el vitalismo provocan un verdadero desbordamiento sentimental. La afectividad es considerada no ya como una función vital, sino como la más radical de todas: aquella por la que el hombre se encuentra enraizado en el mundo, con más valor cognoscitivo que la propia razón. Esta concepción es llevada

al extremo por Nietzsche, y está presente químicamente pura en la mejor literatura romántica, a veces empalagosa y lacrimógena. En la misma línea, las diversas corrientes del pensamiento fenomenológico y existencial consideran la afectividad como el *a priori* de todo conocimiento. Esta postura culmina con Max Scheler, quien afirma que la percepción de los valores es de carácter emocional: son los sentimientos los que descubren lo valioso de la realidad. Hay, por tanto, una función cognoscitiva de valores a cargo del sentimiento. Pero quizá sea más exacto atribuir esa función a la propia inteligencia humana, que es, como ha hecho ver Zubiri, constitutivamente sentiente. De esta forma, los sentimientos son interpretados como una modulación de la inteligencia. De hecho, si en la conducta se mezclan inseparablemente la razón y el sentimiento, la explicación más verosímil será la que respete esa unidad y la atribuya a una sola facultad: la inteligencia sentiente.

Frente a las concepciones extremistas, conviene advertir que una inteligencia sin sentimientos nos exigiría el esfuerzo sobrehumano de luchar sin fuerzas (estoicos, Kant), y que unos sentimientos desatados nos harían regresar a la naturaleza animal (Calicles, Nietzsche). También podemos afirmar que una ética de los sentimientos no puede reemplazar a una ética apoyada sobre hábitos afianzados, pues bastantes sentimientos son ingobernables y no pueden ser poseídos establemente, entre otras razones porque no dependen de nosotros, vienen dados. En cambio, los hábitos son voluntarios y pueden ser mantenidos. Platón y Aristóteles presentan sentimientos y hábitos como los dos modos –diferentes y complementarios a la vez– de edificar nuestra conducta. Los sentimientos son el modo espontáneo, natural y desordenado de enfrentarse con el mundo; los hábitos son la estrategia racional y voluntariamente lograda de afrontar la realidad, un modo de actuar no emocionalmente regalado sino conquistado y afianzado hasta constituir una segunda naturaleza. Pero la tarea de la razón no ha de ser suprimir los sentimientos, sino podarlos y educarlos: transformar y aprovechar su potencialidad bruta. Así, la oposición que aparece en el primer encuentro entre hábito y sentimiento se convierte, al final, en compenetración, gracias a la educación sentimental llevada a cabo por la razón. «Que nuestros afectos no nos den la muerte, pero que tampoco mueran», escribió Donne.

Es el auriga platónico quien debe conducir el carro del que tiran los sentimientos. El mundo sentimental es caprichoso, imprevisible, veleidoso, inconstante. Lleno de voces que son recuerdos, esperanzas, temores, afanes, ilusiones... Podemos sentir el impulso de luchar o el impulso de huir; el de avanzar o el de retroceder; el de pedir o el de dar. Ante esa floración sentimental siempre pujante, el gobierno correcto de la propia vida consistirá en llegar a la conclusión de que algunas de esas voces tienen autoridad, y otras no. Y esa conclusión corresponde a la razón. Pero no a la razón racionalista, atenta solo a su código legal, sino a la razón sentimental, que juzga después de oír a los sentimientos:

a la razón que lleva las riendas del caballo negro y del caballo blanco. Al final, la sustancia de la conducta ética serán los actos con sus consecuencias. Los sentimientos serán la policromía.

3. Las pasiones

EN LA gran familia de los sentimientos encontramos algunos especialmente poderosos, casi irresistibles: las pasiones. Son conocidas desde antiguo como agitaciones anímicas acompañadas de alteración corporal. Toda pasión es una subida de tensión sentimental, una hipertrofia emocional. Su intensidad se manifiesta en una anomalía de la atención, que se concentra en un punto y es capaz de reducir el resto del mundo a ruido de fondo. «Yo melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo», dice Calisto. Y le responde su criado Sempronio que «harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva». Por esa voluntad apasionada, Melibea no quiere sobrevivir a Calisto, y antes de quitarse la vida exclama: «Cuán cautiva tengo mi libertad, cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto caballero». Esa concentración de la atención se vive como ceguera para todo lo demás. Cegado por la pasión de poder, Macbeth no ve otra cosa que la deseada corona; por eso dice, con asombrosa lucidez, que «nada existe para mí sino lo que no existe todavía».

En el origen de muchas pasiones están las conmociones provocadas por el placer y la belleza. Y en su desarrollo se puede llegar a lo patológico. Escribe Van Gogh a su hermano Theo: «Experimento una increíble claridad en los momentos en que la naturaleza es tan hermosa. Pierdo la conciencia de mí mismo y las imágenes vienen como en un sueño». Y en otra carta –con tristes y proféticas palabras– advierte que «muchos pintores se vuelven locos porque la pintura le aparta a uno de la realidad. Yo me sumerjo de golpe en el trabajo una y otra vez, pero mi razón se resiente y se quedará medio perturbada para siempre».

Una pasión no controlada fue la causa de la locura de Don Quijote. Porque «los ratos que estaba ocioso, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer (...). En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio».

A propósito de la pasión por la lectura, que llevó a Bastián Baltasar Bux a meterse en *La historia interminable*, dice Michael Ende que las pasiones humanas son un misterio. Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas. Hay hombres que se juegan la vida por subir una

montaña. Nadie, ni siquiera ellos, puede explicar realmente por qué. Otros se arruinan por conquistar el corazón de una persona que no quiere saber nada de ellos. Muchos se destruyen a sí mismos por no saber resistir los placeres. Y los hay que no descansan hasta que consiguen ser poderosos.

La constitución dualista del hombre está en el origen de estos desconcertantes sobresaltos anímicos. Dualismo sugerido en la palabra «psico-patología», y evidente en los efectos patológicos de las pasiones. Don Quijote sabía que «uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son». La Medicina actual sabe algo más. Describe entre sus efectos la aceleración cardíaca, la alteración de la vasomotricidad cutánea y visceral, la variación de las secreciones sebáceas, salivares o gástricas, y complejas modificaciones metabólicas que afectan a la glucemia y al colesterol.

¿Somos responsables de nuestros alborotos anímicos y de sus consecuencias? Si la pregunta es clara, la respuesta es confusa: sí y no. Somos responsables de nuestras acciones voluntarias, y no de lo que hacemos por fuerza o necesidad. A la fuerza puede un hombre ser llevado a la deriva por el viento y las olas, se ha dicho, pero no por las pasiones, que no por irracionales son menos humanas. Piensa Aristóteles que dejarse llevar por la ira o por el deseo de placer es propio del hombre, y sería ridículo considerar involuntaria tal conducta. Pero reconoce que algunos impulsos pueden presentarse con excesiva fuerza, y entonces somos indulgentes con ellos por su capacidad de violentar a la misma naturaleza. Erasmo ironizó sobre este punto en un célebre texto:

> Júpiter nos otorga mucha más pasión que razón, en una proporción aproximada de veinticuatro a uno. Él ha erigido dos irritables tiranos para oponerse al poder solitario de la razón: la ira y la lujuria. La vida ordinaria del hombre evidencia claramente la impotencia de la razón para oponerse a las fuerzas combinadas de estos dos tiranos. Ante ella, la razón hace lo único que puede, repetir fórmulas virtuosas, mientras que las otras dos se desgañitan de modo cada vez más ruidoso y agresivo, empujando a la razón a seguirlas hasta que, agotada, se rinde y se entrega.

Nada más humano, en fin, que la fauna sentimental: la gran literatura y el mejor cine –expresiones privilegiadas de lo humano– son el reino de los sentimientos y de las pasiones. No habría Odisea sin amor a Penélope; ni guerra de Troya sin rapto de Helena; ni don Quijote sin Dulcinea; ni Raskolnikov sin Sonia; ni doctor Zivago sin Lara. Y la vida no merecería llamarse vida sin las pasiones.

4. Control y descontrol

LA PRENSA y la televisión nos acosan con noticias alarmantes sobre la inseguridad y la degradación de la vida urbana, casi siempre por la irrupción violenta de sentimientos hipertrofiados y descontrolados. Esa creciente pérdida de control sobre las emociones

propias es una de las señas de identidad de nuestras modernas sociedades. Se pone así de manifiesto un peligroso grado de torpeza emocional, que a su vez refleja un serio punto débil de la familia y la sociedad entera. Por fortuna, aunque el sentimiento inclina hacia una determinada conducta, no anula la libertad para escoger otra distinta. Por eso, puedo sentir miedo y actuar con valentía, o sentir odio y perdonar, o estar interiormente nervioso y actuar reflexivamente. Lo expresan de forma magnífica unos versos de Juan Ramón Jiménez:

Yo no soy yo. Soy este
Que va a mi lado sin yo verlo,
Que, a veces, voy a ver,
Y que, a veces, olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
El que perdona, dulce, cuando odio,
El que pasea por donde no estoy,
El que quedará en pie cuando yo muera.

Si a veces podemos obrar cegados por la pasión, no es menos cierto que hay pasiones que aumentan la lucidez del que las padece. Las pasiones de muchos personajes de Shakespeare, lejos de nublar su inteligencia, la dotan de diabólica clarividencia. Hamlet prepara con frialdad y de forma minuciosa su venganza. Macbeth o Ricardo III –lo mismo que cualquier dictador o terrorista profesional– tienen una refinada capacidad para calcular fríamente los pros y los contras de sus ambiciosos planes criminales. Se diría incluso que poseen una gran facilidad técnica de autocontrol. No tienen ofuscada la razón, de forma que no obran sin darse cuenta. Su libertad no está destronada o sojuzgada como en el caso del hombre al que la ira le hace perder la cabeza.

La vida está sembrada de altibajos sentimentales, pero nosotros debemos controlar los sentimientos para que no conviertan nuestra existencia en una montaña rusa emocional. Igual que el fondo de nuestra mente está poblado por un murmullo de pensamientos, también constatamos la existencia de un murmullo emocional. Y todo lo que hacemos en la vida, desde trabajar a diario a jugar con un hijo, no son más que intentos de sentirnos mejor. El arte de sentirse bien constituye una habilidad vital fundamental, quizá el más importante de los recursos psicológicos.

No tenemos poder sobre la aparición y el tipo de las emociones, pero sí tenemos cierta posibilidad de controlar su tiempo de permanencia y su intensidad. El problema no estriba en eludir –por ejemplo– la tristeza, sino en impedir que nos invada por completo y se convierta en depresión. ¿Cómo conseguirlo? La tristeza es un sentimiento que nos sumerge en la soledad y el desamparo. Sus causas pueden ser grandes o pequeñas, objetivas y subjetivas. Y sus consecuencias nos aíslan y nos hacen ver negra la realidad. Más o menos motivada o inmotivada, la tristeza es un sentimiento que debe ser

superado, que no debe instalarse de forma crónica en nosotros, pues su modo natural de operar es invasor, en oleadas que ocupan lugares cada vez más amplios y profundos de nuestra vida emocional. Para ello, convendrá abordar los pensamientos que se esconden en el mismo núcleo de lo que nos entristece, cuestionar su validez y considerar alternativas más positivas. Al fin y al cabo, la vida es algo más que un libro de reclamaciones. No se trata de negar que la vida es dura, sino de afirmar que también es luminosa y bella. Si solo consideramos la cara negativa de nuestra existencia, acabaremos como Hamlet, obsesionados y aplastados por «los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne».

La tristeza motivada por fracasos y decepciones se debe combatir aceptando serenamente el contratiempo, evaluando sus dimensiones y sacando conclusiones. Si el error es nuestro, deberíamos aprender a hacer las paces con nosotros mismos. En ambas situaciones se esfuman los fantasmas negativos y se pueden descubrir enseñanzas útiles. Hacer frente a los pensamientos y sentimientos negativos va disipando los estados de ánimo pesimistas, y ese esfuerzo sostenido acaba cristalizando en un hábito. Cuando alguien hace del fracaso una ocasión habitual de endurecer y templar su personalidad, realiza entonces un descubrimiento de valor incalculable. En resumen: una de las claves de la buena educación sentimental es aprender a asumir el fracaso.

Otra estrategia eficaz para el alejamiento de las ideas tristes es la distracción, sin cometer la torpeza de caer en otras dependencias, como los teleadictos que necesitan dosis maratonianas ante el televisor. Otros remedios probados son el cambio de perspectiva con el que juzgamos nuestro problema; el no caer en el victimismo y la autocompasión; pensar que muchas personas sobrellevan bien situaciones peores; buscar el desahogo en personas realistas y prudentes.

En ocasiones, la tristeza, el pesimismo o la irritabilidad podrán ser efectos del cansancio orgánico motivado por un excesivo trabajo o cierto insomnio. La solución pasa por advertir la causa y descansar. Un descanso que quizá no deba consistir en no hacer nada, sino en ocuparse en una afición o en un pequeño trabajo doméstico que nos distraiga. Sin olvidar que somos sociales por naturaleza, y que hacer algo por los demás es una excelente terapia contra la pesadez de dar vueltas a las propias preocupaciones.

Otro sentimiento frecuente y difícil de controlar es el enfado. «Siempre tendremos razones para estar enfadados, pero esas razones rara vez serán buenas», dijo Benjamin Franklin. De hecho, somos muy capaces de enfadarnos por mil pequeñeces, y roer en nuestra cabeza los profundos motivos que nos han llevado al enojo. Un monólogo interno se encarga de alimentar y justificar ese enojo. Pero, cada vez que obramos así, nos equivocamos. Cuantas más vueltas demos al asunto, más justificaciones encontraremos para seguir enfadados. Solo podremos salir de ese círculo vicioso tomando un punto de vista diferente, encuadrando la situación en un marco distinto y positivo.

A veces, cuando la conducta de alguien nos resulta molesta, una forma de abortar nuestro progresivo enfado es conocer los motivos reales de esa conducta, que en muchos casos son razonables. Sin embargo, nuestra irritabilidad puede cerrar los oídos y negarse a escuchar explicaciones o disculpas. Entonces es el momento de poner en práctica la táctica del enfriamiento. Los psicólogos afirman que las distracciones son un recurso eficaz para modificar nuestro estado de ánimo por la sencilla razón de que es difícil seguir enfadado cuando uno se lo está pasando bien. El truco consiste en darnos permiso para que el enfado vaya enfriándose mientras pasamos un buen rato. En este sentido es útil el ejercicio físico, desde una larga caminata hasta la práctica de cualquier deporte. El poder sedante de la distracción consiste en poner fin a la cadena de pensamientos irritantes.

Se piensa que algunas veces es mejor dar rienda suelta al enfado. Y eso es correcto en muy pocas ocasiones. Porque lo normal es que descargar la ira sea contraproducente, pues nos lleva a decir o hacer cosas de las que nos arrepentimos poco después. En los momentos de indignación es fácil tomar decisiones o lanzar palabras que producen heridas de difícil curación. Y entonces nos encontramos con que algo muy valioso quizá se haya roto para siempre: un afecto, una confianza, una relación necesaria. Esto le puede suceder a un padre con su hijo, a un profesor con un alumno, a un médico con un paciente, a un sacerdote con un feligrés, a un abogado con un cliente... Uno se puede librar de su cólera descargándola a gritos, pero suele ser más eficaz tratar de calmarse y entablar un diálogo orientado a resolver el problema. Un maestro tibetano aconsejaba sobre el enfado: «Ni lo reprimas ni te dejes arrastar por él».

5. El afecto

EL SER humano, profundamente necesitado de los demás, experimenta un sentimiento natural de afinidad que facilita las relaciones enriquecedoras con sus semejantes. Un sentimiento que puede dar lugar a cuatro relaciones fundamentales, y que son otras tantas formas de amar: el afecto, la amistad, el amor y la caridad.

En sentido amplio, los afectos son muchos y de diverso signo, pues somos afectados por los demás en muy diverso grado: desde la simpatía a la pasión amorosa, desde la ligera antipatía al odio. En sentido estricto, el afecto es el sentimiento positivo que se reduce a la mera satisfacción de estar juntos. Para sentirlo no es necesario dar o recibir algo valioso, sino simplemente mirar y ser mirado con aprobación. Por eso pueden ser tratados con afecto el minusválido y el deficiente mental, y también el feo, el estúpido y el de carácter difícil.

En la más célebre de sus novelas, Hemingway nos habla de un viejo pescador que salía cada mañana en su bote y llevaba tres meses sin coger un pez. Un muchacho le había acompañado los primeros cuarenta días, hasta que sus padres le habían ordenado

salir en otro bote que capturó tres buenos peces la primera semana. Pero el viejo había enseñado al muchacho a pescar desde niño, y el muchacho no lo olvidaba. Le entristecía ver al viejo regresar todas las tardes con las manos vacías, y siempre bajaba a ayudarle a descargar los aparejos. Un día marcharon juntos camino arriba hasta la cabaña del viejo.

> –¿Qué tiene para comer? –preguntó el muchacho al llegar a la cabaña.
> –Una cazuela de arroz amarillo con pescado. ¿Quieres un poco?
> –No. Comeré en casa.

El muchacho sabía que no había ninguna cazuela de arroz amarillo con pescado, así que se despidió del viejo y regresó al poco tiempo con plátanos fritos, arroz y frijoles negros.

En su ensayo *Los cuatro amores*, C. S. Lewis explica que el afecto ignora barreras de edad, sexo, inteligencia y nivel social. Por eso puede darse entre un jefe de Estado y su chófer, entre un premio Nobel y su antigua niñera, entre Don Quijote y Sancho Panza, aunque sus cabezas vivan en mundos diferentes. Y ello porque la sustancia del afecto es sencilla: una mirada, un tono de voz, un chiste, unos recuerdos, una sonrisa, un paseo, una afición compartida. La mirada afectuosa nos enseña en primer lugar que las personas están ahí, y después que podemos pasar por alto lo que nos moleste de ellas, que es bueno sonreírles, y que podemos llegar a tratarlas con cordialidad y aprecio.

Lewis asegura que, en nueve de cada diez casos, el afecto es la causa de toda felicidad sólida y duradera. Pero matiza su afirmación aclarando que esa felicidad solo se logra si hay un interés recíproco por dar y recibir. Además de sentimiento, el afecto requiere cierta dosis de sentido común, imaginación, paciencia y abnegación. De lo contrario, «si tratamos de vivir solo de afecto, el afecto nos hará daño».

6. La amistad

NACEMOS PARA amar y ser amados, y esa doble necesidad la experimentamos todos, desde el más grande de los reyes hasta el último mendigo. Shakespeare pone este arranque de sinceridad nada menos que en boca del rey Ricardo II:

> Permaneced cubiertos, súbditos míos. No os burléis de la carne y de la sangre con vuestros solemnes respetos. Mandad a paseo la reverencia, la tradición, el protocolo y la etiqueta. Hasta ahora os habéis engañado respecto a mí. Vivo de pan como vosotros, y como vosotros tengo necesidades, experimento el dolor, no puedo pasar sin amigos. Estando así esclavizado, ¿cómo podéis decirme que soy rey?

Si el afecto es la primera forma de amar, la amistad es la segunda, un paso más, un salto de calidad. Entre los clásicos que mejor han escrito sobre ella destacan Homero, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca y San Agustín. La primera literatura occidental,

desde que Homero saca a pasear a Ulises por Troya y el Egeo, ya elogia esa relación que presta al encuentro entre los seres humanos un colorido especial. Con una cronología similar a la homérica, la Biblia nos relata varias historias reales de amistades entrañables. Cuando Rut y Noemí quedan viudas, Noemí –extranjera en el país de Moab– decide volver a su tierra y se despide de su nuera. Pero cuenta el Libro Sagrado que Rut se echó en brazos de su suegra y le dijo:

> No insistas más en que te deje, alejándome de ti. Donde tú vayas, iré yo. Donde tú habites, habitaré yo. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, moriré yo también, y allí seré enterrada. Y que Dios me castigue si algo que no sea la muerte me separa de ti.

Entre los griegos, hay en la vida de Sócrates hechos y dichos vigorosos, pero él mismo nos dice que la amistad es el centro de su vida, y que, alimentada por la cultura común, proporciona experiencias inolvidables. Para Sócrates, el placer de contemplar a fondo a los hombres y las cosas está cercano a la felicidad, y el arte de vivir consiste en descubrir a las personas –siempre pocas- que pueden compartir ese placer. Un siglo más tarde, Aristóteles afirmará que la amistad, además de algo hermoso, es lo más necesario en la vida. Todo lector de su *Ética a Nicómaco* se siente sorprendido y cautivado por la atención y la elegancia con que el autor describe ese sentimiento. Después de él, casi todo lo que se ha dicho sobre la amistad parece que llega tarde, pues ha sido analizado a fondo en esas páginas esenciales de la cultura griega.

En cualquier tratamiento de la amistad aparecen varios rasgos comunes: el ser una relación entrañable y libre, recíproca y exigente, desinteresada y benéfica, que nace de inclinación natural y se alimenta del convivir compartiendo. Así, en la pobreza y en las demás desgracias consideramos a los amigos como el único refugio. Y, en cualquier situación, tener amigos íntimos es una verdadera suerte. Recordando sus años universitarios, Lewis comenta que, en un grupo de íntimos, esa apreciación es a veces tan grande que cada uno se siente poca cosa ante los demás, y se pregunta qué pinta él allí, entre los mejores.

Dice Eurípides que cuando Dios da bienes, no hay necesidad de amigos. Pero nadie querría poseer todas las riquezas y estar solo, pues el hombre es animal social, y por naturaleza necesita convivir. Incluso la persona más intratable necesita algún amigo sobre el que vomitar el veneno de su aspereza, observa Séneca. Lewis precisa que la necesidad de la amistad no es biológica, pues no tiene valor de supervivencia; más bien es una de esas cosas que le dan valor a la supervivencia. Así explica Fernando Savater el efecto benéfico de la amistad:

> No creo que hayamos nacido para las cosas, sino para los semejantes. La verdadera satisfacción, la alegría vital, tiene que ser algún tipo de relación con nuestros semejantes: una relación creativa, una relación amorosa, una relación solidaria. Todo eso da un sentido a la vida. La posesión de cosas, por muy bonitas, por muy caras, por muy interesantes que sean, nunca puede satisfacer absolutamente al

> ser humano. No puedo dar una definición concreta de la alegría, pero lo que sea hay que buscarlo en la proximidad, la relación, el intercambio, incluso en la polémica con los semejantes, no en la posesión de objetos.

La relación amistosa es fruto del convivir compartiendo. Solo los que no tienen nada no pueden compartir nada. Solo los que no van a ninguna parte no pueden tener compañeros de ruta. Aristóteles plasma esta idea en una inesperada descripción costumbrista:

> Amistad es, en efecto, convivir, y desear para el amigo lo mismo que para sí. Y aquello en lo que ponemos el atractivo de la vida es lo que deseamos compartir. Por eso, unos beben juntos, otros disfrutan con el mismo juego, o practican el mismo deporte, o salen de caza, o charlan sobre filosofía.

7. El amor y sus alas

PARA PONDERAR la importancia del amor bastaría con decir que es una de las fuerzas que mueven el mundo. En el principio existió el Caos, dice Hesíodo en su *Cosmogonía*. Y luego la Tierra, asiento firme de los Inmortales que habitan el Olimpo. Y, en lo más profundo de la Tierra, el sombrío Tártaro. Y Eros, el más bello entre los dioses, el que somete la mente y la conducta prudente de dioses y hombres.

Por experiencia sabemos que nada como el amor hace vibrar las fibras profundas del ser humano. Platón, el primer filósofo que reflexiona a fondo sobre este sentimiento, en su diálogo *El Banquete* constata que estamos hechos para la belleza, e intuye que la belleza es una llamada de otro mundo para despertarnos, desperezarnos y rescatarnos de la oscuridad de la caverna donde vivimos.

La antropología filosófica nos dice que una mujer, un niño, cualquier hombre, nunca ven a los demás como cuerpos neutros, sino como personas con una riqueza subjetiva que se capta mediante los afectos. Y que el conocimiento de los demás está siempre coloreado por sentimientos diversos: aprecio o desprecio, amistad o indiferencia, admiración o envidia. Y que la tipología de los afectos es variada, pero hay uno que es experimentado como el más radical y esencial de todos: el amor. En el lenguaje ordinario designa principalmente un tipo especial de relación entre hombre y mujer, aunque también se usa para designar relaciones entre padres e hijos, entre el hombre y Dios, entre un hombre y sus ideales, su tierra, la naturaleza, etc.

¿Qué es lo que está presente bajo todas las formas de amor? J. Pieper responde que, en todos los casos imaginables, amar es aprobar, dar por bueno, ser capaz de decir: «es bueno que existas, que estés en el mundo» y, por tanto, «yo quiero que existas». Por eso, el amor protesta siempre contra la muerte. Además de existir, lo que necesitamos es amar y ser amados por otra persona. Solo sabiéndose amado consigue el ser humano existir del todo, sentirse arropado en el mundo. El amor aparece así como un principio

intrínsecamente constitutivo de la personalidad humana, origen de la tendencia natural a una realización vital recíproca. Por esa reciprocidad se dice que no se puede vivir sin la persona amada, y que ella es más que la propia vida.

El enamoramiento está certeramente caracterizado por Ortega y Gasset como una alteración «patológica» de la atención, porque el conocimiento y la voluntad del amante se concentran en el amado hasta llegar a ver el mundo por los ojos del otro. Un estudio comparativo de las innumerables caras que presenta el fenómeno del amor, desde Platón hasta el psicoanálisis, pone de manifiesto el rasgo común de la *preferencia*: el amor es siempre un preferir. La realidad aparece entonces como lo que gusta o no gusta al ser amado, como lo que le favorece o perjudica. Tal situación no puede mantenerse mucho tiempo, porque la vida humana implica una pluralidad de actividades que impide el arrebato permanente, y porque la plenitud anunciada es un programa que debe ser realizado en el tiempo.

En la realización de ese programa lleva la voz cantante la voluntad, que toma el relevo del sentimiento. Solo así puede ser el amor objeto de regulación jurídica y de prescripciones morales. Cuando se quiere expresar jurídicamente la relación conyugal, se considera que aquello que constituye esa unión es un acto de voluntad expresamente manifiesto (el consentimiento). Ello es así porque un sentimiento es algo que no obliga a nada. En el enamoramiento somos sujetos pacientes de un sentimiento, pero en su desarrollo somos sujetos agentes de un proyecto voluntario, capaces de compromiso libre, esfuerzo y sacrificio. Al ir más allá del sentimiento, la fórmula del amor tampoco es sentimental: no dice «yo te quiero porque eres así, mientras seas así», pues todo el mundo estará de acuerdo en que si un amor termina en el momento en que desaparecen ciertas cualidades (belleza, juventud, éxitos), quiere decir que no existió nunca. El amor suele nacer al ver en una persona las mencionadas cualidades, pero luego se afianza en el centro de la persona que posee esas cualidades, y permanece como un acto de voluntad cuando esos irresistibles adornos han desaparecido.

¿Es el amor *physical desire and nothing else*? Platón negaría rotundamente esa reducción a lo físico. Sin embargo, afirmó que la conmoción amorosa tiene lugar en el encuentro con la belleza sensible, pues ella conmueve al hombre más que ningún otro valor y lo arrebata de su tranquila comodidad. Entonces, el hombre arrebatado por la belleza queda fuera de sí, quiere echar a volar y no puede, no sabe lo que le pasa. De esa desconcertante situación habla Aristófanes en el principio de *El Banquete*. Dice que los amantes no saben lo que quieren uno del otro; quieren algo que sobrepasa el placer del amor, pero ese algo no saben expresarlo, solo lo presienten.

Platón, autor de *El Banquete*, ha experimentado que el auténtico arrebato amoroso nos transporta por encima del espacio y del tiempo, de tal modo que el conmovido por la belleza desearía que el instante fuera eterno, y querría abandonar el camino que suelen seguir los hombres. Por eso, los dioses se refieren a Eros como *el que proporciona alas*. Esto quiere decir que, cuando recibimos la belleza rectamente, encontramos una

satisfacción incompleta, un sabor agridulce en el que la felicidad se mezcla con el sinsabor de una espera, de una promesa que posiblemente no pueda realizarse en el ámbito de la existencia corporal. Así define justamente Paul Claudel a la mujer: «la promesa que no puede ser cumplida». Esa promesa excita en el alma –así lo interpreta Platón– el recuerdo de su origen y la nostalgia de una felicidad perdida. Entonces le crecen alas para volver a la compañía de los dioses aun antes de terminar el exilio infligido, y el alma se aficiona a contemplar y disfrutar lo divino.

Parafraseando a Pascal, diríamos que el amor supera infinitamente al amor, pues despierta una sed que no puede calmarse. «¿Eres la sed o el agua en mi camino?», se preguntaba Antonio Machado. Sospechamos que el amor es ambas cosas, sed y agua: una gustosa ansiedad. Pero experimentar lo realmente gustoso de esa ansiedad solo es posible –sigue diciendo Platón– cuando se respeta una condición previa: conservar puro el impulso amoroso, protegerlo de las posibilidades de falseamiento o corrupción que nacen de confundir el arrebato por la belleza con el mero deseo de placer. Es importante ver la diferencia entre deseo y amor. El que desea sabe exactamente lo que quiere, es un calculador. Pero desear no es amar: «En rigor, no es amado quien es deseado, sino aquel para quien se desea algo», afirma Pieper.

C. S. Lewis, uno de los escritores ingleses más perspicaces, trata este asunto con una sorprendente clarividencia. Confiesa que, al perseguir la felicidad en la experiencia erótica, perdía siempre el rastro, «y el deseo real se marchaba diciendo: ¿qué tiene que ver esto conmigo?». Durante muchos años buscó la felicidad en el placer, «pero al final terminé de construir el templo y descubrí que el dios se había ido».

Platón sabía que el hombre está destinado al amor profundo, pero también era consciente de que lo verdaderamente humano no se da nunca en la mayoría de las personas. Por eso, Sócrates, después de hablar con Fedro de estos temas, eleva una oración a Pan y a todos los demás dioses: «Otórgame la belleza interior y haz que mi exterior trabe amistad con ella».

8. La felicidad

> Ningún proyecto les sería imposible. No conocerían el rencor, ni la amargura, ni la envidia. Pues sus medios y sus deseos se armonizarían en todo punto, en todo tiempo. Darían a este equilibrio el nombre de dicha; y con su libertad, su prudencia y su cultura, sabrían preservarla, descubrirla en cada instante de su vida común.

LA CITA es de Georges Perec, tomada de su novela *Las cosas*. Se trata de un breve relato protagonizado por una joven pareja que sueña con ser feliz en un apartamento que no posee. La sala de estar tendría una librería de madera de cerezo. En invierno, corridas las cortinas, con varios puntos de luz y grandes zonas en penumbra brillarían todas las cosas: la madera barnizada, la seda densa y rica, el cristal tallado, el cuero negro... Sería un

puerto de paz, una isla de felicidad. A Jérôme y Sylvie les habría gustado ser ricos. Habrían sabido vestir, mirar, sonreír como la gente rica. Les habría gustado andar, vagar, elegir, apreciar. Su vida habría sido un arte de vivir. De hecho, vivían rodeados por las ofertas falaces y cálidas de un París que era una perpetua tentación, y deseaban sucumbir a esa tentación cuanto antes y para siempre. Pero el horizonte de sus deseos estaba tenazmente cerrado y sus grandes sueños pertenecían al mundo de la utopía. Porque vivían en un piso diminuto. La falta de espacio resultaba agobiante ciertos días. Apenas podían moverse y respirar. Aunque se anexionaran en sueños los pisos contiguos, siempre acabarían encontrándose con lo suyo, lo único realmente suyo: treinta y cinco metros cuadrados.

Jérôme tenía veinticuatro años. Sylvie tenía veintidós. Les hubiera gustado, como a todo el mundo, entregarse a una pasión que los hubiera empujado y colmado. Por desgracia, solo conocían una: la de vivir mejor, y los agotaba. El enemigo era invisible y estaba dentro de ellos, los había podrido, gangrenado, destrozado. Perec nos dice que, en el fondo, Jérôme y Sylvie eran dóciles productos de un mundo que se mofaba de ellos. De un mundo donde era obligado desear siempre más de lo que se podía adquirir. Por eso estaban hundidos hasta el cuello en una tarta de la que solo obtenían migajas.

El sentimiento de felicidad es la más ineludible y escurridiza de las aspiraciones humanas. Me gusta abordarlo con una historia que muestre su carácter problemático, y ver a continuación cómo se ha interpretado a lo largo de los siglos. A los sistemas éticos les gustaría conducirnos de la mano hasta la felicidad, y no se puede decir que no lo hayan intentado. Sobre todo en la Antigüedad clásica se pensó que esa meta era asequible, y se identificó con el placer, con la tranquilidad de espíritu, con la virtud... Aristóteles constata que casi todo el mundo llama felicidad al máximo bien que se puede conseguir, pero reconoce que nadie sabe exactamente en qué consiste. Unos creen que es el placer, la riqueza o los honores. Otros piensan que es otra cosa. A menudo, la misma persona cambia de opinión y, cuando está enferma, piensa que la felicidad es la salud; si es pobre, la riqueza; si es inculta, la cultura.

El análisis aristotélico de la felicidad es completo y matizado. Su resumen, empleando sus mismas palabras, podría ser lo que sigue: la felicidad consiste en la virtud, sin olvidar que necesitamos bienes materiales, pues es muy difícil hacer algo cuando se carece de recursos; y entre esos recursos, los amigos y las riquezas. Y, como esto no depende totalmente de nosotros, está claro que la felicidad requiere cierta buena suerte. En este sentido, si algo es un don divino, más debe serlo la felicidad, puesto que es la mejor de las cosas humanas.

Séneca y los estoicos proclaman que la felicidad se encuentra en la liberación de las pasiones. Para evitar desengaños, cultivan la indiferencia hacia los bienes que la fortuna puede dar o quitar. El estoico quiere ser autosuficiente, bastarse a sí mismo. Se diría que

pretende ser feliz con independencia de la misma felicidad, sustituyendo la felicidad por el sosiego. Pero la pretensión de amputar el deseo es imposible. Y, si fuera posible, su fruto serían seres humanos disecados.

En el inicio de la modernidad, los ilustrados fueron protagonistas de un renovado interés por la felicidad, casi una obsesión, y la concibieron en la forma pragmática que se ha denominado *utilitarismo*. «No tenemos otra cosa que hacer en este mundo que procurarnos sensaciones y sentimientos agradables», escribía Madame du Châtelet, la gran amiga de Voltaire. El mañana es incierto y el más allá está oscuro. Busquemos la felicidad en la Tierra. Y pronto.

A comienzos del tercer milenio, la felicidad sigue siendo tan escurridiza e improbable como siempre. Una atracción inevitable que convierte la vida humana en búsqueda constante de un paraíso que no encontramos en ningún mapa. Es la gran asignatura pendiente en el plan de estudios de la vida misma, la gran laguna de todo currículum. Porque la buscamos por dentro, por fuera, por encima y por debajo de todo lo que hacemos. Porque ocupa y envuelve nuestra vida entera, vestida casi siempre de ausencia. Julián Marías ha explicado admirablemente que las cosas que perseguimos nos interesan en la medida en que van a traernos la felicidad, o la van a hacer más probable, o la van a restablecer si se ha perdido. Y su contradictoria condición de *imposible necesario* muestra el peso real e inmenso que tiene en nuestras vidas.

Empeño que nos deja perplejos por su necesidad vital y su superlativa vaguedad. Porque el querer ser feliz no es objeto de libre decisión: constituye una exigencia que no puede quitarse de la circulación. De hecho, la felicidad puede definirse como el conjunto de todas aquellas cosas que la voluntad es incapaz de no querer. Josef Pieper explica que en el acto mismo de nuestra constitución como personas, sin que nadie nos preguntase, fuimos disparados como una flecha hacia un determinado blanco, y como consecuencia de ese inicial impulso hay en nuestra trayectoria una inercia sobre la cual no tenemos poder alguno, porque esa fuerza impulsora somos nosotros mismos. Sabemos que no sabemos dónde buscarla, pero la buscamos con todo lo que somos y tenemos. Ella, por su parte, juega con nosotros porque llega sin previo aviso y se va cuando quiere. Goza de completa libertad e independencia para entrar y salir de nuestra vida. Y cuando se digna visitarnos, su visita fugaz y caprichosa nos pilla por sorpresa, y la experimentamos como un regalo inmerecido. Así lo expresa Pedro Salinas:

Y súbita, de pronto porque sí, la alegría.
Sola, porque ella quiso,
vino. Tan vertical,
tan gracia inesperada,
tan dádiva caída,
que no puedo creer
que sea para mí.

Algo sabía de la felicidad Teresa de Calcuta, cuando nos dice:

> La distracción más bella: el trabajo.
> La mayor satisfacción: el deber cumplido.
> La sensación más grata: la paz interior.
> La mayor felicidad: ser útil a los demás.
> Lo más hermoso de todo: el amor.

Algo sabía también el fundador de la Universidad donde imparto estas clases, al afirmar que *lo que se necesita para ser feliz no es tener cosas, sino un corazón enamorado*.

9. Cuestiones abiertas: Ana Frank

1. Al parecer no me falta de nada, salvo la amiga del alma. Con las chicas que conozco, lo único que puedo hacer es divertirme y pasarlo bien. Nunca hablamos de otras cosas que no sean las corrientes.

2. Soy una muchacha que tiene su ideal o, mejor dicho, tengo ideales, ideas, propósitos y proyectos, aun cuando todavía no logre expresarlos. Cuando estoy sola, por la noche, y hasta de día, mi alma se llena de proyectos. Mientras tanto, me veo obligada a soportar personas que me aburren y toman al revés cuanto yo digo. (7 nov. 1942)

3. Me angustia más de lo que puedo expresar el que nunca podamos salir fuera, y tengo mucho miedo de que nos descubran y nos fusilen.

4. Peter es un muchacho desgarbado, bastante soso y tímido, que aún no ha cumplido los dieciséis años, y de cuya compañía no cabe esperar gran cosa.

5. Esta mañana, mamá me ha vuelto a soltar un soberano sermón. Nuestras opiniones son diametralmente opuestas. Papá es un cielo, aunque a veces se enfada conmigo durante cinco minutos.

6. ¿Vivirá todavía Lies? ¿Qué habrá sido de ella? Dios mío, protégela, y devuélvenosla. Por ti, Lies, llego a comprender cuál hubiera podido ser mi suerte y constantemente me pongo en tu lugar. Dios me ha dado más de lo que merezco y, sin embargo, cada día me hago más culpable. Cuando pienso en los demás, me pasaría el día llorando. No me queda más que rogar a Dios el milagro de salvar aún algunas vidas. ¡Esto, si escucha mis oraciones! (29 dic. 1943)

7. El mejor remedio para el que tiene miedo, o se siente solo o desgraciado, es salir al aire libre y encontrar un lugar solitario donde poder estar en comunicación con el cielo, con la naturaleza y con Dios. Solamente entonces se siente que todo está bien así y que Dios quiere ver a los hombres dichosos en medio de la naturaleza sencilla, pero hermosa. (23 febrero 1944)

8. A diario siento un deseo sin límites de todo lo que es belleza y bondad. Y por la noche, al acostarme, al acabar mi plegaria con las palabras «Gracias, Dios mío, por todo lo Bueno, Amable y Bello», mi corazón se alegra. Lo Amable es Peter, el despertar de una ternura que sentimos sin atrevernos a darle un nombre ni a rozarla siquiera, pero que un día va a revelarse en todo su significado: el amor, el porvenir, la felicidad. Lo Bello es el mundo, la naturaleza y la gran belleza de todas las cosas hermosas juntas. (7 marzo 1944)

9. Decididamente, mi vida ha cambiado y va mucho mejor. Dios no me ha abandonado y no me abandonará nunca. (31 marzo 1944)

10. Con el camisón puesto me arrodillé y recé intensamente. Luego me derrumbé y lloré amargamente. (4 abril 44)

11. Peter es bueno y cariñoso, pero tiene muchas cosas que me decepcionan. Sobre todo su rechazo a la religión. (14 junio 1944)

12. A los jóvenes nos resulta doblemente difícil conservar nuestras opiniones en unos tiempos en los que se destruye y se aplasta cualquier idealismo, en los que la gente deja traslucir sus peores cualidades, en los que se duda de la verdad, de la justicia y de Dios. (15 julio 1944)

7

EL ANIMAL CULTURAL

La cultura es el modo que el hombre tiene de situarse en el mundo. Es el comportamiento aprendido en el seno de la sociedad. Podríamos definir la cultura como el modo de vida de un pueblo, como el medio que un grupo de seres humanos que ocupan un territorio común ha creado a través de sus ideas, de sus instituciones, de sus utensilios, de su idioma, de sus herramientas, de sus servicios y de sus sentimientos. Al igual que una herramienta amplía y extiende las posibilidades humanas, la cultura es un ensanchamiento de la vida.

ASHLEY MONTAGU

¿Con qué derecho puede uno obligar a un ser humano a alzar el listón de sus gozos y sus gustos? Yo sostengo que ser profesor es arrogarse este derecho. No se puede ser profesor sin ser por dentro un déspota, sin decir: «Te voy a hacer amar un texto bello, una música hermosa, las altas matemáticas, la historia, la filosofía».

GEORGE STEINER

1. Biología y cultura

UNA PECURIALIDAD del animal racional es su inadaptación biológica al medio. Su cuerpo, por ejemplo, no está preparado para soportar las inclemencias del clima. Es el único animal que necesita una cama para dormir, y no puede vivir en una madriguera o en el agujero de un árbol. Sin embargo, a diferencia de cualquier otro animal, el ser humano supera ese «déficit biológico» gracias a la inteligencia. Y lo supera cuando transforma el medio que le rodea hasta hacerlo habitable: hace fuego para calentarse, se abriga con vestidos, construye una casa, consigue alimentos por medio de instrumentos que inventa y usa para cazar, pescar y cultivar la tierra.

El ser humano no se adapta espontáneamente al medio natural. Su adaptación supone, en realidad, la transformación reflexiva, pensada e inteligente del entorno, y eso es precisamente la cultura: el lenguaje, la técnica, la moral, el derecho, la economía, el arte, la ciencia y la religión. La antropología cultural distingue entre cultura material, constituida por productos materiales fabricados por el hombre, y cultura mental, integrada por formas de pensar, creencias, costumbres, valores y normas. En su origen, el significado latino del término cultura pasó del cultivo del campo (el verbo *colere*) al cultivo de las facultades y cualidades humanas: la inteligencia, la sensibilidad, la creatividad. Cicerón fue el primero en trasladar su sentido de la agricultura a la cultura *animi*, a la educación y cultivo del espíritu. La cultura *animi* traducía el concepto griego de *paideia* (educación), y se refería a un ideal humano que debe ser alcanzado mediante el cultivo personal de una forma de vida culta y virtuosa.

Hoy *cultura* es un término que encierra muchos sentidos. Hace referencia a una manera de vivir el mundo e interpretarlo (la cultura occidental); al conjunto de técnicas y recursos que nos ayudan a vivir (tecnología); a las instituciones que organizan nuestra convivencia (democracia, universidad, clubs deportivos); a las ideas y creencias de pueblos e individuos... Es conocido el concepto de cultura que formula el antropólogo Edward B. Tylor:

> Cultura o civilización, tomada en su amplio sentido etnográfico, es ese complejo de conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad.

Esta definición engloba todo lo que los seres humanos han producido para adaptarse a su entorno físico y social, desde los recursos técnicos para sobrevivir hasta las leyes que configuran la sociedad. El ser humano es animal cultural, una especie donde lo biológico y lo cultural están en equilibrio y mutua interacción. De hecho, no hay sociedad humana sin armas, sin fuego, sin techo y sin leyes o formas de cooperación inteligente. Por eso la cultura no es –como a veces se dice– nuestra segunda naturaleza, sino la primera, pues la naturaleza humana está amasada de biología y cultura: es biocultural.

En la novela *El Señor de las moscas*, William Golding diseña un experimento literario que nos permite ver la profunda conexión entre biología y cultura en el origen de toda sociedad. En sus primeras páginas, un avión cae cerca de un islote desierto, que resulta poblado desde ese momento por los supervivientes: un puñado de niños de seis a trece años. A partir de ese accidente, el Nobel Golding describe las peripecias de los críos para sobrevivir y organizarse. De forma natural surge la necesidad de autoridad, orden legal, división de funciones y fin común. «Deberíamos tener un jefe que tome las decisiones», dice uno de los chicos. Tras la elección de Ralph, lo inmediato será repartirse el trabajo y establecer pautas básicas de comportamiento: un grupo de

cazadores que consiga carne; un turno para mantener encendida la hoguera; las rocas no son los retretes; no se puede bajar lumbre de la montaña; se convocarán asambleas haciendo sonar una gran caracola.

La caracola y la hoguera simbolizan lo que hace de un grupo humano algo muy superior a una manada o un rebaño. La caracola representa la autoridad aceptada por todos, necesaria donde coexisten intereses diversos. La hoguera se enciende para ser vista desde lejos y facilitar el rescate, pero también significa la propuesta de un horizonte vital más allá de la mera satisfacción de las necesidades biológicas. Ahí está la tarea común: humo en la cumbre para ser vistos y rescatados. Todo lo demás es secundario, y en la medida en que se debilita el fin común, la pequeña sociedad se desmorona. Un día los cazadores olvidan su turno de vigilancia de la hoguera y el fuego se apaga. Entonces, un avión sobrevuela la isla y pasa de largo. Ralph, el jefe, tiene que hablar claramente:

> La hoguera es la cosa más importante de esta isla. ¿Cómo nos van a rescatar si no tenemos un fuego encendido? Podéis reír, pero os aseguro que ese humo es mucho más importante que un jabalí, por muchos que matéis.

La caza cubre las necesidades básicas. Pero el hombre necesita ser rescatado de su condición animal. Muchos jabalíes cazados no son más importantes que la hoguera porque no aportan nada al sentido de la vida. Esa profunda conexión entre biología y cultura es la lección de antropología que aprendemos en *El Señor de las moscas*.

2. Cultura y civilización

EL TÉRMINO «civilización» procede del latín *civis* (ciudadano), palabra que alude y designa al habitante de una ciudad, por contraposición a los pobladores de los campos, denominados *rura*. Es frecuente emplear los términos civilización y cultura como sinónimos. En latín, civilidad (*civilitas*) designa ciertas cualidades propias del ciudadano, como la corrección y la amabilidad en el trato. La *civilitas* se opone a la rusticidad y a la barbarie, y se parece a la cultura entendida como cultivo de las mejores cualidades humanas. Kant escribe en su *Antropología*:

> El hombre está destinado por su razón a vivir en sociedad con otros hombres, y en ella, por medio de las artes y de las ciencias, a cultivarse, civilizarse y moralizarse, por grande que pueda ser su tendencia natural a abandonarse pasivamente a los incentivos de la comodidad y de la buena vida que él llama felicidad.

En el siglo XX, algunos autores identifican civilización con la «cultura material», y la restringen a los medios técnicos que emplea el ser humano para dominar la naturaleza. Actualmente, el sentido más común la considera una síntesis de los rasgos más generales

a los que ha llegado un conjunto de culturas que guardan relación entre sí. Así, la civilización occidental sería el resultado de la relación entre las diferentes culturas nacionales europeas. Cultura tiene aquí un sentido más parcial, y civilización más global, según la definición de Huntington: «Una civilización es la agrupación cultural más abarcadora, el nivel de identidad cultural más amplio que puede distinguir a un ser humano de otro». El DRAE adopta este punto de vista cuando define civilización como «conjunto de ideas, creencias religiosas, ciencias, técnicas, artes y costumbres propias de un determinado grupo humano». La civilización es, entonces, el elemento más amplio para identificar a una persona. Como ejemplo, un natural de Vigo puede decir de sí mismo que es, con distintos grados de intensidad, vigués, gallego, español, europeo y occidental. La civilización occidental, a la que pertenece, es el nivel más amplio de identificación.

Si nos preguntamos por las fuerzas que hacen nacer la cultura y la civilización, encontramos en primer lugar la tendencia natural del ser humano a encauzar lo instintivo. El hombre sabe que su fuerza instintiva ha de ser orientada por la inteligencia hacia valores que trascienden lo biológico. La cultura aparece así como integración de los elementos biológicos, intelectuales y morales. Otro principio que explica el proceso de aparición de culturas y civilizaciones es el esfuerzo humano por superar la necesidad, dominar la naturaleza y extender su dominio. El trabajo se convierte así en uno de los fundamentos de toda civilización. Cuando se superan las necesidades inmediatas, el trabajo puede manifestar en todo su alcance la creatividad humana, dando origen al arte.

Un tercer principio es la capacidad humana de relación y comunicación: las culturas se extienden y difunden por medio de migraciones, colonizaciones, conquistas, misiones y medios de comunicación. Las características de esta difusión, y los elementos culturales que se transmiten, dependen de sus propios protagonistas. Todo agente difusor ejerce, voluntaria e involuntariamente, una selección en el complejo cultural que transmite, de acuerdo con sus propias vinculaciones culturales. Desde antiguo han coexistido culturas diversas en un mismo territorio. La Edad Media española, con su convivencia entre cristianos, judíos y musulmanes es un ejemplo palmario. El colonialismo europeo en África es otro. Hoy se sigue dando esa diversidad en países como Estados Unidos y Alemania, y en ciudades como Roma, Londres, Berlín, Madrid, Nueva York, Hong Kong o París. En esos países y en esas ciudades suele haber una cultura mayoritaria y otras que conviven con ella y se sienten más o menos marginadas. Ese problema se ha agudizado desde los años finales del siglo XX, en la medida en que pueblos aborígenes, avalanchas de inmigrantes o grupos discriminados exigen el reconocimiento de sus derechos y el respeto a su cultura. Además, no desean asimilarse a la cultura mayoritaria del país en el que viven, sino que se respete su propia identidad cultural.

Hay varias formas de multiculturalismo, que pueden reducirse a dos: la formada por distintos grupos étnicos y la formada por grupos marginales. Los grupos étnicos que viven en un territorio común suelen integrarse en un sistema político también común, pero piden que algunas leyes se modifiquen para ser más acordes con las diferencias culturales. Entre los grupos que se sienten marginados, sin ser inmigrantes ni constituir minorías étnicas, encontramos, según los casos, a las mujeres, a los discapacitados, a los ancianos, a los homosexuales, etc.

Las actitudes más frecuentes ante el multiculturalismo son el etnocentrismo, el relativismo cultural y el universalismo intercultural. El etnocentrismo toma la propia cultura como criterio exclusivo para valorar las restantes. Esa exclusividad supone falta de comprensión y radicalización del sentimiento de pertenencia al propio grupo, que hace a sus miembros sentirse superiores a los demás. El etnocentrista puede adoptar una actitud xenófoba (odio al extranjero), racista o chovinista (patriotismo fanático). Pero la posición más extendida es la aversión y el desprecio hacia el pobre (aporofobia), según lo explica Adela Cortina:

> Es el pobre (el *áporos*) el que molesta, más que el extranjero (el *xenos*). El extranjero rico es siempre bienvenido: se abren las puertas al árabe rebosante de petrodólares, al judío comerciante, al gitano impuesto en la «jet». Y las mismas puertas se cierran al gitano que vende papelinas en barrios marginales, a la dominicana empleada del hogar (...). El Mediterráneo es, desde Sócrates al menos, un lugar de diálogo, porque los mares acostumbran a valorar lo diferente y lo semejante del que viene de la otra orilla. El primer tema de ese diálogo ha de ser hoy cómo incorporar al «áporos», al necesitado, al disfrute de lo que por nacimiento le corresponde, al disfrute de una vida material y culturalmente digna.

3. Relativismo cultural

TODAS LAS culturas no son iguales, pero una exigencia fundamental del pensamiento relativista es afirmar que sí lo son, en el sentido de que todas valen lo mismo: la danza massai y el ballet ruso, el tambor ancestral y el violín de Vivaldi, los dibujos primitivos y los de Durero. El relativismo cultural, que arraiga en algunas democracias donde conviven fuertes minorías étnicas, propone juzgar las culturas diferentes desde sus propios valores, y recomienda tolerancia frente a lo diferente. Tal actitud supone un gran avance frente al etnocentrismo, pero muestra grandes limitaciones, pues no promueve el diálogo entre las culturas y no es capaz de eludir el racismo.

En su ensayo *Gigantes y enanos*, Allan Bloom, profesor de Filosofía política en la Universidad de Chicago, ilustra este problema con el famoso caso Rushdie, el autor de *Versos satánicos*. El libro, publicado en 1988, fue tomado como un insulto al credo musulmán y provocó la orden del Ayatollah Jomeini de dar muerte a Salman Rushdie, en Inglaterra o en cualquier lugar donde se encontrara. Como es lógico, se levantó un gran revuelo en todo el mundo occidental y los escritores se precipitaron ante las cámaras de televisión para denunciar este flagrante ataque al inviolable principio de la libertad de

expresión. Lo curioso es que la mayor parte de esos mismos escritores habían estado declarando durante muchos años que debemos respetar la integridad de otras culturas, y que es arrogante etnocentrismo juzgarlas conforme a nuestros criterios.

A favor del relativismo cultural, la historia nos habla de la vanidad del pasado y de sus monarquías, imperios, oligarquías, aristocracias y teocracias. Pero Heródoto, en el sigo V a. C., ya fue consciente de esa heterogeneidad, y razonó en sentido contrario: pensó que la diversidad de culturas era una invitación a considerar qué había de bueno y de malo en cada una, y qué se podía aprender de ellas.

Ante la diversidad de opiniones, lo lógico sería examinarlas y sopesarlas. Porque las opiniones se apoyan sobre razones, no se sostienen en el vacío. Es evidente que toda cultura es relativa. Por eso, si un hombre desea ser plenamente humano, no puede conformarse con su cultura. Esto es lo que Platón nos quiere decir en la alegoría de la caverna, donde nos representa como prisioneros. Toda cultura es en cierto modo una caverna, pero uno no deja de ser cavernícola al amparo de otras culturas: simplemente cambia de caverna. La auténtica salida pasa por la lectura esencial de la realidad. Los historiadores griegos consideraban que la historia era útil porque conocía los descubrimientos que pueblos pasados habían realizado sobre la naturaleza humana. La libertad intelectual permitía a los griegos buscar lo esencial por medio de la razón. Hoy, dice Bloom, en amplios sectores culturales de Occidente, esa libertad significa aceptarlo todo y negar el poder de la razón.

El relativismo cultural crea un serio problema: hace a cada persona y a cada grupo humano prisioneros de su propia cultura, sin posibilidad de trascenderla y alcanzar una perspectiva transcultural. Así resulta imposible la crítica justa y, en último extremo, no cabe posibilidad de emitir un juicio moral sobre la esclavitud y el racismo, ni sobre la discriminación sexual, la marginación de minorías, el fundamentalismo o las dictaduras políticas.

Sin embargo, es un hecho que existen valores transculturales con validez universal. La propia naturaleza humana –como hemos visto– manifiesta unas necesidades y exigencias que deben ser atendidas en todo tiempo y lugar. La historia de la ética enseña que épocas y culturas muy diferentes coinciden en valoraciones fundamentales. Las encontramos en las virtudes propuestas por Grecia, Roma y el cristianismo, en los Derechos Humanos proclamados por la ONU en 1948, en los Diez Mandamientos de la ley mosaica, en las obligaciones que los egipcios recogen en el *Libro de los Muertos*, en las leyes de los antiguos códigos legislativos y las constituciones modernas, en los diversos códigos deontológicos, en las exigencias morales propuestas por personajes con proyección universal, desde Confucio hasta Gandhi, y en la sorprendente unanimidad de los sabios consejos maternos.

La coincidencia de estas formulaciones tiene su explicación. Hay rasgos de la vida humana que son necesarios y casi inevitables en cualquier sociedad, y su presencia impone criterios valorativos a los que no se puede escapar. Se trata de formas básicas de

verdad y de justicia imprescindibles en todo grupo humano. Al mismo tiempo, no parece posible prescindir de cualidades como la amistad, la valentía o la veracidad, por la simple razón de que el horizonte vital de los que ignorasen tales cualidades se restringiría hasta lo insoportable. El gran reto de las sociedades multiculturales es, por tanto, superar el relativismo y lograr una integración real.

4. Cultura y belleza

DESDE LA aparición del hombre, una fuente inagotable de creación cultural es el encuentro con la belleza. De ella dijo Stendhal que es una promesa de felicidad. Quizá por eso el ser humano siente que está hecho para ella. No solo para el alimento, el trabajo, el descanso, el conocimiento o el lenguaje. También y muy principalmente para la belleza. Ésa debe de ser la razón de que nunca nos cansemos de admirar la primavera y el otoño, ni de contemplar la *Vista de Delft* o la *Piedad* de Miguel Ángel, ni de escuchar *La flauta mágica* o a Paul MacCartney cantando *Hey, Jude*. Por estar hechos para la belleza buscamos, siempre y sobre todo, el amor. Su llamada no es una urgencia fisiológica, ni tiene valor biológico de superviviencia, pero es inequívoca y constante, y está estrechamente relacionada con la aspiración humana a la plenitud.

Sentir, pensar y plasmar la belleza –eso es la experiencia estética– tiene un alto valor antropológico, pues nos enseña y nos hace mejores. Platón decía que el alma humana, a través del amor a la belleza, se eleva desde sus carencias e imperfecciones hasta la plenitud de la verdad y del bien: por eso la belleza y el amor serán los objetos primeros del filosofar. Sócrates, su indiscutible maestro, no dudó en llamar hermosa a la conducta humana buena. Así, de la unión de los adjetivos *kalon* (hermoso) y *agathon* (bueno), surge en Grecia el sustantivo *kalokagathía*: un término de difícil traducción, que identifica los conceptos de lo bello y lo bueno para definir el ideal de conducta, lo que los griegos entienden por excelencia humana. Si el placer cumple los deseos básicos de comida, bebida, cobijo, comodidad o amor, la bondad de una conducta no cumple ninguna de esas funciones, pero se nos impone racionalmente: no tenemos más remedio que aceptar que la vida humana resulta más digna cuando cualquiera de nosotros hace lo que es debido y trata a los demás como personas, no como instrumentos manipulables.

El término *estética* lo empleó por primera vez Baumgarten, en el siglo XVIII, con el significado de «teoría de la sensibilidad», conforme a su etimología griega (*aisthesis*, sensación). Sin haber llevado ese nombre, la estética existe desde la antigüedad como una reflexión sobre el arte y la belleza, mezclada con la reflexión filosófica y moral, la historia del arte y la crítica literaria. Su estudio se aborda desde diferentes ángulos justamente porque la belleza presenta varias caras. De hecho, se predica de forma análoga de lo

natural (un paisaje), de lo artificial (un palacio), del cuerpo humano (una actriz) y de ciertas acciones humanas (decimos que son hermosos el perdón y otros gestos parecidos).

La llamada de la belleza no parece responder a ninguna necesidad concreta. Los hombres primitivos hicieron cuencos de arcilla cocida para aplacar con más facilidad su hambre y su sed, y también para conservar y trasladar mejor la comida y la bebida. Lo que no sabemos es por qué adornaron sus vasijas con una cenefa de figuras geométricas. Esa decoración no sirve para nada, no cumple ninguna finalidad biológica, y por eso mismo revela que los hombres no solo buscan satisfacer sus necesidades, sino lograr también que las cosas sean o parezcan hermosas. Una necesidad, como hemos dicho, que no parece tener nada de fisiológica, y sí de espiritual.

Definir la belleza es posible e insatisfactorio al mismo tiempo. Decir, como se ha dicho, que lo bello se basa en la armonía y la simetría, o que se trata de un sentimiento subjetivo, o que es el resplandor del bien, es manifestar la indefinición del concepto. En su *Crítica del juicio*, Kant afirma que «es bello lo que complace universalmente sin concepto». No quiere decir que todos coincidamos en estimar hermosas las mismas cosas, sino más bien que solo llamamos «bello» a lo que sentimos que debe ser considerado así por todo el mundo. Si el concepto es lo que sirve para identificar y explicar una realidad determinada, afirmar que lo bello «no tiene concepto» significa que no tenemos un criterio seguro para identificar y evaluar la belleza. Podemos identificar conceptualmente un cielo estrellado y un templo dórico, pero no tenemos una regla o un modelo que nos permita establecer si el cielo y el templo son hermosos, ni en qué medida, ni por qué lo son.

5. La mímesis y el teatro

EL TEATRO es una de las manifestaciones culturales donde mejor se anudan la belleza y la antropología. Existe porque el ser humano es un infatigable forjador de historias, un animal imitador que aprende y disfruta imitando lo que oye y lo que ve, lo que le admira y atrae. Desde los albores de la humanidad, por transmisión oral, los mayores educan y entretienen a los más jóvenes con historias menudas o grandiosas que alumbran el camino y enseñan lo que se debe hacer o evitar. Pueden ser narraciones reales o ficticias, pero verosímiles en todo caso, que imitan la realidad y por eso mismo son imitables.

Con la invención de la escritura, lo que solo se podía contar para ser escuchado por pocos, se escribe para ser leído por muchos. La modalidad más idónea para contar historias llegará a ser la novela. Con el teatro, lo que solo podía ser escuchado o leído, ganará el realismo de la representación. Después del teatro, muchos siglos más tarde, vendrá el cine. En todas estas modalidades, desde el poema épico hasta el largometraje, el afán de transmitir va unido a la voluntad de hacerlo bellamente: surgen así los

diferentes géneros literarios. De todos ellos, el teatro es el más atípico, pues no cabe en un libro y necesita un escenario: se escribe para ser representado, es decir, visto y oído. Además, no imita la realidad por medio de un texto, sino real y físicamente por medio de actores de carne y hueso. Su intenso realismo, que proviene de su imitación (*mímesis* en griego y latín) hace que el espectador viva y sienta dentro de la escena, envuelto en una historia que le puede llevar desde la evasión a la catarsis. Con frecuencia, quien va al teatro a ver al hombre acaba viéndose a sí mismo. De esta manera, el teatro se convierte en un acto de responsabilidad social, como lo concibieron los griegos. Así lo explica García Lorca:

> El teatro es uno de los medios más expresivos, más útiles para edificar un país, el barómetro que registra su grandeza o su declive. Un teatro sensible y bien orientado en todos sus niveles, de la tragedia al *vaudeville*, puede transformar en algunos años la sensibilidad de un pueblo. Mientras que un teatro donde el zueco sustituya a las alas puede adormecer una nación entera. El teatro es una escuela de lágrimas y de risa; una tribuna abierta donde se puede defender la moral y hacer permanentes las eternas leyes del corazón y los sentimientos del hombre.

El teatro griego, sobre todo la tragedia, es una de las más altas contribuciones culturales de los helenos. Si nos preguntamos por su sabiduría, hemos de reconocer, con asombro, que pone al alcance del gran público la profundidad del pensamiento griego. Si nos preguntamos por su belleza, hemos de responder que está asociada a la tensión en la que viven unos protagonistas enfrentados a situaciones límite. Son vidas zarandeadas por grandes pasiones y zozobras: amores y celos, guerra y devastación, deportación y esclavitud, hospitalidad y desamparo, ira y venganza, afán desmedido de poder, traición y lealtad, ensañamiento y compasión, muerte de los hijos y de los padres... Si en la exhibición circense o deportiva admiramos las posibilidades extraordinarias del cuerpo humano, su evolución en los límites de la velocidad y de la fuerza, con agilidad y coordinación inverosímiles, en la tragedia griega admiramos las posibilidades de la libertad humana en situaciones donde lo que está en juego es la propia vida.

Veamos dos ejemplos. En *Hécuba*, de Eurípides, asistimos a las desgracias de la reina de Troya, convertida en esclava tras la caída de la ciudad. El coro de la obra, formado por otras mujeres esclavizadas, no solo presta su voz a la reina, sino también a todas las mujeres que sufran ese destino a lo largo de la historia. En gran medida, la grandeza y el valor de la tragedia griega radican precisamente en la facilidad con la que universaliza sus asuntos. Así dice el lamento del coro:

> Viento, viento marino que llevas por el mar henchido a las naves rápidas que surcan las olas, ¿a dónde me empujarás, desdichada de mí? ¿A qué morada iré para ser esclava? (...). ¡Ay de mí y de mis hijos! ¡Ay de mis abuelos, que yacen en la tierra de la patria caída entre humo negro, presa de la lanza de los argivos! ¡Heme aquí, esclava en tierra extranjera, tras dejar el Asia conquistada por Europa, y de cambiar el Hades solo por el lecho de un amo!

De igual manera, la oposición entre el rey Creonte y Antígona refleja esa otra oposición, tan frecuente, entre leyes humanas y leyes divinas, entre la ley y lo que hoy llamaríamos objeción de conciencia. Se resume en unas palabras de Antígona a las que nadie puede negar su altura y su valor intemporal. Una vez más, un caso particular sirve para formular, definir y resolver una cuestión de alcance universal. Cuando Creonte pregunta a Antígona por qué ha desobedecido la orden de no sepultar ni rendir honras fúnebres a su hermano, oye esta respuesta:

> No fue Zeus quien dio esa orden (...). Y no creo que tus decretos tengan tanta fuerza que obliguen a transgredir las leyes no escritas e inmutables de los dioses, siendo tú mortal. Esas leyes no son de hoy o de ayer, pues siempre han tenido vigencia y nadie sabe cuándo aparecieron. Además, por temor a lo que piense un simple hombre no iba yo a sufrir el castigo divino por su incumplimiento.

En su *Poética*, Aristóteles afirma que la tragedia es la imitación *(mímesis)* de una acción humana completa, digna, noble y grandiosa. Debe inspirar en el público terror ante las desgracias ineludibles del Destino y compasión por el sufrimiento de nuestros semejantes. Esos sentimientos logran la verdadera finalidad de la tragedia: la *catarsis* o purificación del espectador. Raymond Bayer lo explica así:

> Contrariamente a Platón, quien ve en la tragedia, al igual que en la música, un ejercicio peligroso de las pasiones, acabando por expulsar a los artistas de su República, Aristóteles ve en las artes, y muy especialmente en la tragedia, un medicamento catártico, un remedio contra la demasía y el exceso, y vuelve continuamente sobre ellas como a una de las concepciones más prudentes de su filosofía. A su manera, las artes son elementos moderadores, que logran el justo medio.

6. La catarsis y el cine

AUNQUE EL arte cinematográfico lleve nombre griego –de *kineo* (mover) y *grafein* (describir)–, su invención corresponde al siglo XIX, y su apogeo, al XX. Sin embargo, no es aventurado afirmar que la estética del cine cumple en nuestros días una función semejante a la que desempeñó el teatro entre los griegos. Ambas manifestaciones artísticas, centradas casi por igual en la imitación escénica de la realidad, configuran, en sus respectivas épocas de esplendor, lo que hoy denominamos cultura de masas y opinión pública. Si el teatro cumplió en Grecia, o en la España del Siglo de Oro, una función socializadora de primer orden, al popularizar un modo de ser y de entender la vida, el cine actual ha heredado esa función. Hasta tal punto que el análisis aristotélico de la catarsis –la gran virtualidad educativa de la estética teatral– es perfectamene aplicable al cine de calidad.

La tragedia griega era mucho más de lo que hoy entendemos por obra de teatro. Allí no se representaban historias entretenidas para pasar el rato, sino acciones de gran calado, escogidas para conmover al espectador, configurar su corazón y hacer de él un

ciudadano a la medida de la *polis*. De la tragedia dirá Aristóteles que, mediante el temor y la compasión que provoca, lleva a cabo la purgación de tales sentimientos. Tal purgación puede entenderse como descarga de tensión interior, semejante a la que muchos consiguen haciendo deporte o animando a su equipo en un estadio, y también riendo o llorando ante la gran pantalla. Pero hay otro sentido mucho más importante, que consiste en poner en su sitio los sentimientos fundamentales.

Para entender este significado de la catarsis es preciso reconocer que las emociones y las pasiones están con frecuencia «revueltas», de modo que los sentimientos que deberían expresar la armonía de la persona con su entorno resultan en realidad un factor de desorden. Así, por una peligrosa inadecuación entre los sentimientos y la realidad, lo bueno puede parecer malo y lo malo, bueno, o podemos conmovernos por una trivialidad y quedar indiferentes ante algo realmente grave: ¡el fin del mundo y yo con estos pelos!

Los griegos sabían que la educación, además de amueblar la cabeza con conceptos y fortalecer la voluntad con virtudes, ha de llegar hasta los sentimientos para configurarlos correctamente. Si el conocimiento requería lecciones y discursos, la sensibilidad necesitaba la tragedia: una historia densa que induce las emociones que realmente corresponden a lo que representa. La tragedia presenta lo vil y lo heroico como vil y como heroico, y lo hace de tal manera que provoca las reacciones emotivas correspondientes: lo vil resulta despreciable y lo heroico atractivo, sin ambigüedad ni confusión. De forma parecida, el cine de calidad puede conseguir esos mismos efectos, pues es un medio privilegiado de representar historias profundamente humanas. No solo historias «edificantes», sino aquellas que muestren la multiforme miseria humana conforme a la dignidad del actor y del espectador: no con realismo fotográfico y morboso, sino de forma que lo corrupto y depravado aparezca como tal, y que provoque la repulsa correspondiente.

Decíamos que podemos experimentar los efectos de la catarsis en grandes películas. De hecho, la encontramos en ese canto a la amistad que es *La fortuna de vivir*; en la mágnífica figura paterna de *Matar un ruiseñor*; en la búsqueda de la justicia en *Vencedores y vencidos*; en el respeto a la conciencia de *Un hombre para la eternidad*; en el sentido del dolor y de la muerte en *Tierras de penumbra*; en el amor de *Cyrano*; en la fortaleza de *Gandhi*; en la pasión de *Amadeus*; en las lágrimas de la jovencísima maestra de *Ni uno menos*; en la zozobra de ¡*Corre, Lola, corre*!; en la compasión de Charles Chaplin por la chica ciega que vende claveles en *Luces en la ciudad*, con el más intenso y escueto de los finales posibles...

Como la tragedia griega, la estética del buen cine nos conduce siempre a la ética, porque nos habla de ese esfuerzo y de ese arte de vivir, de lograr una conducta lógica y humana, no inhumana y patológica. También sabemos que la fuerza de la *mímesis* y de la catarsis puede ser un instrumento de manipulación. De hecho, si Platón desconfía de los artistas es porque está convencido de su gran capacidad de seducción. El placer y el dolor son instrumentos excelentes para la formación social de las personas, y quien

controla los mecanismos del placer –y el arte es uno de ellos– controla en gran parte la educación de la ciudadanía. Por eso quería Platón desterrar a los artistas de su República. Así lo explica Savater:

> Los artistas no le parecen a Platón candidatos idóneos a educadores. Los más peligrosos de todos son quienes se ocupan en describir los sentimientos, pasiones y destinos humanos, es decir los poétas épicos o los dramaturgos (sin lugar a dudas, hoy Platón incluiría en este rango a los novelistas y a los creadores cinematográficos), puesto que nada ejerce mayor seducción sobre los seres humanos que la representación, por ficticia o caprichosa que sea, del comportamiento vital de nuestros semejantes. Cualquier persona mínimamente adiestrada en el uso de la razón puede descubrir los fallos o las trampas de una argumentación teórica (...), pero en cambio un buen artista puede hacer «creíble» y hasta admirable cualquier tipo de vida incluso al más sofisticado de los espectadores.

7. La cultura literaria

Sinbad es alto, robusto, y tiene andar de mucha gravedad, aunque tenga la pierna derecha un poco más corta que la izquierda; tiene barba blanca muy espesa, sin partir, y casi todos los jueves con la navaja de pulso le hace un redondeo, y para que se le vuelva en la punta, le pone por las noches rizadores de palosanto. Gasta siempre turbante de dril tirando a marrón, y es cejijunto, y por debajo de la selva pilosa muestra el alma por dos grandes ojos negros. Digo que muestra el alma por la inocencia y el entusiasmo de su mirar, que los ojos suyos no callan nada, ni burlas ni veras, y se adelantan, cuando Sinbad habla, a las palabras suyas, alertando, sonriendo, entristando. A veces se pudieran ver países en fiesta en sus ojos. Tiene un hablar muy súbito, y va diciendo seguido y rápido, y se detiene y mete un silencio que puede ser de un cuarto de hora.

ÁLVARO CUNQUEIRO, *Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas*

ESENCIALMENTE ANTROPOLÓGICA, la buena literatura ilumina desde dentro los aspectos esenciales de la condición humana: la amistad *(El viento en los sauces)*, la libertad *(El Señor de los anillos)*, el amor *(Amor en cuatro letras)*, el sufrimiento *(Lazarillo de Tormes)*, la compasión *(El viejo y el mar)*, la lucha por la justicia *(Mío Cid)*, la resistencia contra la adversidad *(Odisea)*, el misterio del mal *(El Señor de las moscas)*, la muerte *(Cinco horas con Mario)*, la conciencia moral *(Crimen y castigo)*...

Además de iluminar, la literatura embellece. Por eso es cultura doblemente. No es lo mismo decir «te quiero mucho» que decir «si tú me dices ven, lo dejo todo»: la intensidad y la originalidad marcan la diferencia. Se podría buscar la intensidad diciendo «te quiero muchísimo», pero faltaría la magia de las palabras, el ropaje literario que hace decir a Neruda:

Ríete de la luna, del día, de la noche.
Ríete de este torpe muchacho que te quiere.
Niégame el aire, el pan, la luz, la primavera...
Pero tu risa nunca, porque me moriría.

Frente al «te quiero muchísimo», esto suena mucho mejor. Y ese sonar mejor tiene dos secretos: la riqueza conceptual y el dominio de los recursos estilísticos. De entrada, el poeta expresa su amor con las palabras más sencillas, con un lenguaje nada rebuscado. Todo es cotidiano y elemental, y al mismo tiempo imprescindible: la luz, el aire, el pan, la primavera. Es como si quisiera decirnos que el amor es también lo más simple y lo más importante de la vida.

La belleza de estos versos se muestra, de forma paradójica y magistral, en la ausencia de adjetivos. Tan solo uno, y aparentemente antipoético, se refiere al torpe muchacho. Así se desnuda el texto de todo artificio, quizá para evitar que su fuerza se pierda en la retórica. Una fuerza maravillosamente resaltada por el contraste: el torpe muchacho tal vez no tiene nada en la vida, y si lo tiene estaría dispuesto a perderlo con tal de ganar el amor de la muchacha. La intensidad de su sentimiento no puede ser mayor: sin ti me moriría, viene a decir.

Detrás de su aparente simplicidad, hay en esta estrofa una técnica consumada. Bastaría señalar que la musicalidad se consigue por el intencionado predominio de palabras llanas y la repetición de acentos en las sílabas 6, 9 y 13 de cada alejandrino; el paralelismo de los dos primeros versos; el imperativo de los tres primeros; las enumeraciones paralelas de los versos 1 y 3; la elipsis del 4; la perífrasis del 2; el empleo de las tres personas gramaticales: me moriría (yo), ríete (tú), torpe muchacho (él); la acentuación esdrújula repetida al comienzo de los tres primeros versos. Por último, los dos significados tan distintos del reír: *ríete* significa reírse de, no hacer caso, despreciar; en cambio, *tu risa* es la manifestación más bella de lo que eres tú, y también la metonimia que permite hablar de ti poéticamente.

La pregunta por la clave de la estética literaria, forzosamente general y vaga, podemos concretarla en esta estrofa. ¿Por qué nos gustan estos versos? ¿Dónde reside su belleza? De entrada, el amor es uno de los aspectos más genuinos y atractivos de la vida humana. Por otra parte, la ordenada distribución de los acentos y la repetición de sonidos y palabras logra un ritmo insistente y pegadizo, aunque el lector tal vez no lo aprecie. A ello se suma el empleo de un léxico sencillo, seleccionado y manejado con mucha habilidad, donde no faltan los matices hiperbólicos que pillan al lector desprevenido y despiertan su atención: *ríete de la luna; niégame el pan; me moriría*. En la conjunción perfecta de fondo y forma –ideas envueltas en la magia del lenguaje– es donde se logra la belleza literaria.

Para ser más exactos deberíamos hablar de «la difícil conjunción de fondo y forma», porque la creación literaria requiere, además de una inteligencia despierta para leer e interpretar la realidad en profundidad, el dominio nada fácil de los recursos expresivos. Eso es lo que logran en máximo grado los clásicos: escritores que han tratado las grandes cuestiones humanas antes, más y mejor que los demás. Todo en la historia humana, salvo los clásicos, envejece, pasa de moda y queda sepultado en el olvido. Ellos permanecen porque dan con los problemas y las respuestas realmente universales, y porque aciertan a expresarse con una belleza esencial.

Tarea nada fácil, decíamos. Por poner un ejemplo elocuente, los sabios de la Grecia clásica pensaban que los poemas homéricos representaban una hazaña más que humana de creación intelectual y literaria, inexplicable sin una especial inspiración divina. De hecho, la *Ilíada* y la *Odisea* se cuentan sin discusión entre lo que la literatura mundial ha producido de más grande y bello. Estos antiguos cantos, tres veces milenarios, en su profunda humanidad han conmovido a los hombres de todos los tiempos. Hoy nos asombra reflejarnos con nitidez en el espejo de los personajes homéricos. Tienen tres mil años y, sin embargo, son cultos e ignorantes, educados y groseros, pacientes y airados, valientes y cobardes, astutos y simples, rudos y tiernos. Descubrimos que son como nosotros, pero en realidad es al revés: nosotros somos como ellos, estamos configurados por su herencia. Cuando terminaba el primer acto del gran teatro del mundo y caía el telón sobre la Prehistoria, apareció –totalmente imprevisto y por sorpresa– el primer artista de la cultura occidental. Sí, Homero fue el primero en entender a fondo la complejidad de la condición humana y en vestirla con una forma literaria bellísima. Por haber creado a Ulises y haber cantado la guerra de Troya, hoy le daríamos el Nobel de Literatura y el más prestigioso doctorado honoris causa en Antropología.

8. Claves del arte moderno

«HE QUERIDO establecer el derecho de atreverme a todo», dijo Gauguin. La modernidad surge con la idea de autonomía y su fervor por la libertad. En ese marco surgen las vanguardias culturales del siglo XX, en las que culmina el proceso de culto por lo nuevo y original iniciado en el Renacimiento. Así, lo que da sentido a la actividad de artistas como Tzara, Kandinsky, Warhol o Dalí es la afirmación obsesiva de libertad creativa como valor máximo. Y esa libertad, desligada de toda norma, será una libertad ingeniosa: «En nuestro tiempo, el arte ya solo puede ser un juego», dirá el pintor Francis Bacon.

Pretender una breve explicación del arte moderno roza la imprudencia, pues sus múltiples tendencias hacen difícil una valoración global. La selva vanguardista poco tiene que ver con la identidad estética de los grandes estilos seculares. Sin embargo, la revolucionaria innovación del arte del siglo XX merece, al menos, un intento de

explicación en estas páginas. En ese intento viene en nuestra ayuda el ensayo *Elogio y refutación del ingenio*, donde José Antonio Marina nos dice que las claves de las vanguardias son la libertad y el formalismo.

La primera libertad del artista moderno es su desdén por la realidad como modelo y por la técnica de los maestros. Todo está ya pintado y todo está escrito. «He leído todos los libros. Tengo más recuerdos que si tuviera mil años. ¡Ya no hay más que decir!», exclama Verlaine. La realidad es tan poderosa y aplastante que es preciso devaluarla. «Se trata de desacreditar la realidad», escribió Salvador Dalí.

Hasta el siglo XX, la creación artística transformaba la realidad. La belleza era el resplandor de unas formas que manifestaban la acción de la libertad del artista sobre el mundo. Si esto siempre había sido así, ¿cómo podía el arte prescindir de la realidad? La respuesta es la libertad: si el arte consigue fundarse sobre la libertad, la realidad se convertirá solamente en pretexto para la aparición de la forma desvinculada. Esta devaluación de la realidad tiene que ver con su percepción negativa y problemática, propia de nuestra época. Como dijo Paul Klee: «Cuanto más horripilante es el mundo –y éste es el caso hoy día–, el arte se hace más abstracto, mientras que un mundo en paz da un arte realista». La exaltación formalista levanta una pantalla que impide ver la realidad: el significante abstracto nos protege del significado realista.

El anhelo de libertad absoluta y la repulsa de la realidad tienen una lectura teológica: la naturaleza era tradicionalmente interpretada como obra de Dios, y la muerte de Dios arrastraba tras sí a la naturaleza. La historia del arte podía interpretarse ahora como la evolución del artista-imitador al artista-dios, que se libera de la *mímesis* y se convierte en creador absoluto. Así lo explica George Steiner:

> La obra de arte es una mímesis, una imitación del acto creador primigenio. En un gran soneto Miguel Ángel habla de otro escultor, que es Dios. Y Picasso, hombre complejo, dice: «Él es la competencia». Eso es muy importante: el sentido del artista como rival o servidor de un artista último y final.

La libertad es el aspecto más sugestivo del arte moderno, pero su plasmación ha sido a menudo problemática. En nombre de la liberación se impuso el rechazo al pasado y a sus técnicas. El artista no podía estar coartado por ninguna educación, y sustituye las técnicas clásicas por su propia técnica, unipersonal y privada. Marina no puede ser más explícito:

> Los artistas plásticos han incorporado a su arte todas las acciones que se pueden infligir a un objeto: chorrearlo de pintura, empaquetarlo, amontonarlo, pegarlo, despegarlo, rascarlo, prensarlo, ahumarlo, sembrarlo de bacterias, apuñalarlo, acribillarlo, quemarlo, sellarlo, plastificarlo. No son ingeniosidades mías, y bien que lo siento (...). En cualquier enciclopedia de arte encontrará el lector los nombres técnicos: *dripping, empaquetage, assemblage, collage, décollage, grattage, fumage*, etcétera, etcétera, etcétera.

Puesto que la libertad subjetiva es el único valor, ella decide lo que es arte. Con frase lapidaria dice Schwiter: «Todo lo que escupe un artista es arte». Duchamp fue el precursor de la devaluación generalizada del objeto estético. Inventó los *readymade*, objetos de uso corriente convertidos en obras de arte por el gesto gratuito del artista. Con su obra *Fuente* –un urinario enviado al Salón de los Independientes en Nueva York, en 1917quería demostrar que el marco –un museo o una galería de arte– liberaba al objeto de su sentido utilitario.

Estos juegos devaluadores eliminan los criterios artísticos y conducen al *Pop Art*: ya no hay diferencia entre la *Gioconda* y una botella de Coca-Cola. El artista convierte en obra de arte cualquier objeto con solo firmarlo: «Yo firmo todo, billetes de banco, tickets de metro, incluso un niño nacido en Nueva York. Escribo encima *Andy Warhol* para que se convierta en una obra de arte». Hay que hacer lo nunca visto, según una retórica del shock, del asombro, del ingenio, de lo atípico, de lo absurdo, de lo anómalo. La dinámica devaluadora nos lleva al *arte povera* y al *art minimal*, que llega a ser insignificante en los dos sentidos del término: no tiene significación y no tiene sustancia. Años antes, Ortega y Gasset había hablado del arte intrascendente.

Si el artista no dota de significado a su obra para no coaccionar al espectador, si le deja frente a un producto informe que debe interpretar a su manera, está dando paso a la ambigüedad como categoría estética. La noción de «obra abierta» es otra novedad en la lógica de la libertad desvinculada, y solo la mirada del espectador le otorgará o no el carácter de arte. José Antonio Marina afirma que el fin último del arte contemporáneo no es crear belleza, sino libertad, y concluye que el formalismo artístico es la traducción plástica de la ética formal.

9. Cuestiones abiertas: George Steiner

George Steiner (París, 1929) es uno de los más brillantes estudiosos de la cultura europea. Profesor de Literatura Comparada en Cambridge y en la Universidad de Ginebra, está considerado un raro ejemplo de erudición y cosmopolitismo. Eso le ha permitido difundir sus tesis anticonvencionales y afirmar que las artes, las letras y toda la cultura occidental se disuelven en la medida en que pierden el sentido de la trascendencia.

1. Kafka proclamaba, con su característico radicalismo, que no debemos perder el tiempo con libros que no se nos claven como un hacha, resquebrajando lo que está congelado en nuestro cerebro y en nuestro espíritu.

2. Los clásicos complican tanto, se alejan tanto de la banalidad, aceleran tanto nuestro viaje interior y nuestro regreso al mundo, que ya no somos los mismos.

3. Contando historias es como uno intenta comprender.

4. La verdad pertenece a muy pocos, dijo Goethe. Y sucede que en este planeta, el noventa y nueve por ciento de los seres humanos prefieren –y están en su derecho– la televisión idiota, la lotería, el *Tour* de Francia, el fútbol, el bingo, antes que a Esquilo o Platón. Durante toda la vida uno espera equivocarse y cambiar el porcentaje mediante la enseñanza, la diseminación de museos, las casas de la cultura. ¡Pero no! ¡No! El animal humano es muy perezoso, probablemente de gustos muy primitivos, mientras que la cultura es exigente, cruel por el trabajo que exige. Las Luces decían: «Poco a poco, gracias a la escolarización, el porcentaje cambiará». Ya no lo creo o, al menos, ya no estoy convencido de ello.

5. Ahora sabemos que leer a Goethe y a Rilke, disfrutar con Mozart o Bach, es compatible con matar a millones de inocentes. Después del siglo de las Luces, después de las Exposiciones Internacionales de París, Londres y Barcelona, cimas de la confianza liberal burguesa, surge el horror de los campos de la muerte en Rusia y Alemania, las grandes matanzas, dos guerras mundiales entre 1914 y 1945. Setenta millones de hombres, mujeres y niños perecen en Europa, ya sea en los campos de batalla o por hambre, por deportación y torturas, en campos de exterminio y cámaras de gas. Solo en Verdún, la cifra inconcebible de medio millón de muertos.

6. Nada nos había preparado para el siglo xx. Con Kant se hablaba de paz perpetua, de guerra local profesional. Así que el primer problema, contra el que lucho en todos mis libros y en toda mi enseñanza, es muy simple: ¿por qué las humanidades y la razón no nos han dado protección alguna contra lo inhumano? Ni la gran literatura, ni la gran música o el arte han podido impedir la barbarie total. En realidad, se han convertido en ornamento de esa barbarie, en un hermoso marco para el horror.

7. ¿Por qué la cultura no impide la barbarie? No lo sé. Yo he planteado el problema y espero una respuesta.

8

EL ANIMAL RELIGIOSO

Soy un gitano que paga sus impuestos y está integrado. Creo en la ciencia y me rijo por la lógica, hasta que se acaba la ciencia porque te encuentras con el muro... Y entonces tienes que creer en algo más.

TOMATITO, *La Vanguardia*, 15-X-2010

Dios se ha obligado a dejarnos libres para creer o no creer en Él. Ese Dios discreto ha colocado una apariencia de probabilidad en nuestras dudas sobre su existencia. Se ha envuelto en sombras para hacer más amorosa nuestra fe, sin duda también para concederse el derecho de perdonar nuestra negación: es preciso que la solución contraria a la fe conserve cierta verosimilitud para dejar todo su juego a la misericordia.

JEAN GUITTON, *Lo que yo creo*

1. El argumento

CUENTA JIMÉNEZ Lozano que iban a fusilar al sacristán y a varios vecinos del pueblo. Ya los tenían contra la tapia del cementerio, al amanecer, cuando llegó el cura en una burra como un castillo. Dio los buenos días en seco y quiso interceder ante los milicianos. Pero le contestaron de mala manera y le aconsejaron que se largara. Entonces se apeó de la burra y dijo mansamente a los fusiladores: «Que es que no me habéis entendido». Ante sus burlas, el cura se puso nervioso y colorado, se arremangó la sotana, frunció las cejas negras como un tizón, aclaró el vozarrón de los grandes sermones y ordenó que soltaran a aquellos desgraciados. «¡En el acto!», tronó. Y entonces se hizo un espeso silencio. Y le hicieron caso. No por la orden tajante, ni por la navaja que abría entre sus manos. Obedecieron porque les miró de frente y esgrimió el argumento: «Que os lo digo yo..., que he sido capador».

A los pocos días de leer esta historia, Ima Sanchís me preguntó en Barcelona por el argumento. Se refería a otra cosa, claro, pero a mí me hizo gracia por asociación. Con la prisa propia de los periodistas, había ojeado *Dios y los náufragos* y pedía a su autor una especie de silogismo irrefutable para llegar a Dios, un atajo directo y bien señalizado. Era en julio y hacía bochorno, pero en la redacción de *La Vanguardia* el aire acondicionado venía directamente del Ártico. Ima se enfundó mi cazadora y la cerró hasta el cuello para no morir congelada. Después preparó la grabadora y disparó a bocajarro. Su pregunta, más allá de la legítima curiosidad intelectual, sonaba a súplica, a búsqueda sincera. Entonces le hablé de las grandes pruebas cosmológicas y escogí una de sus más bellas formulaciones:

> Pregunta a la hermosura de la tierra, del mar, del aire dilatado y difuso. Pregunta a la magnificencia del cielo, al ritmo acelerado de los astros, al Sol –dueño fulgurante del día– y a la Luna –señora esplendente y temperante de la noche–. Pregunta a los animales que se mueven en el agua, a los que moran en la tierra y a los que vuelan en el aire. Pregunta a los espíritus que no ves y a los cuerpos cuya evidencia te entra por los ojos. Pregunta al mundo visible, que necesita ser gobernado, y al invisible, que es quien gobierna. Pregúntales a todos, y todos te responderán: «Míranos; somos hermosos». Su hermosura es una confesión. ¿Quién hizo, en efecto, estas hermosuras imperfectas sino el que es la hermosura perfecta?

Es un célebre texto de San Agustín. Y, para que Ima no pensara que la argumentación sobre Dios es cosa de santos, leí a continuación el epitafio que don Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias, escribió para su propia tumba:

> Enamorado del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga, en él desearía vivir, morir y reposar eternamente. Pero esto último en Ordiales, en el reino encantado de los rebecos y las águilas, allí donde conocí la felicidad de los cielos y de la tierra, allí donde pasé horas de admiración, ensueño y transporte inolvidables, allí donde adoré a Dios en sus obras como a Supremo Artífice, allí donde la naturaleza se me apareció verdaderamente como un templo.

A Ima, inteligente y guapa, el Dios de los filósofos le sabe a poco. Y más cuando son los mismos filósofos los que le niegan y se contradicen entre sí. La periodista es hija de su tiempo, un tiempo de dudas e increencia, heredero al mismo tiempo de Voltaire y Descartes, de Comte y Nietzsche, de Marx y Darwin. Piensa, con razón, que un Dios concebido como Causa o Inteligencia suprema no da razón de la sinrazón humana, del dolor inmenso acumulado durante siglos de esclavitud y guerras, enfermedades e injusticia. «¿Por qué se convierten los conversos famosos? ¿Cómo responde el Dios de los conversos al misterio del mal, al escándalo del sufrimiento humano?».

La pregunta no se podía formular mejor y exigía una respuesta a la altura del problema. Ima se quedó sorprendida al escuchar que todos los conversos coinciden en su respuesta, y que no es precisamente un argumento sino una Persona. La diferencia entre entender un argumento y conocer a una persona es grande: no se conoce bien a nadie en dos minutos ni en dos horas ni en dos meses. Por eso los conversos se toman su tiempo.

Mucho más tiempo del que dura una entrevista para la prensa. El tiempo que se tomó Dostoievski, preso en Siberia cinco años, para entender y resumir el argumento definitivo de los conversos, tan diferente al del capador:

> Soy hijo de este siglo, hijo de la incredulidad y de las dudas, y lo seguiré siendo hasta el día de mi muerte. Pero mi sed de fe siempre me ha producido una terrible tortura. Alguna vez Dios me envía momentos de calma total, y en esos momentos he formulado mi credo personal: que nadie es más bello, profundo, comprensivo, razonable, viril y perfecto que Cristo. Pero además –y lo digo con un amor entusiasta– no puede haber nada mejor. Más aún: si alguien me probase que Cristo no es la verdad, y si se probase que la verdad está fuera de Cristo, preferiría quedarme con Cristo antes que con la verdad.

2. Una cuestión inevitable

LAS ANTIGUAS mitologías proponían divinidades caprichosas y temibles, aceptadas de forma ingenua y acrítica. La mitología moderna declara su agnosticismo con parecida ingenuidad y ausencia de sentido crítico. En uno y otro caso, sin embargo, hemos de reconocer que Dios es la referencia humana más esencial e inevitable.

¿Por qué nos preguntamos necesariamente sobre Dios? En primer lugar, porque nos gustaría descifrar el misterio de nuestro origen y saber quiénes somos. Dice Borges, en tres versos magníficos: *Para mí soy un ansia y un arcano, / Una isla de magia y de temores, / Como lo son, tal vez, todos los hombres*.

En segundo lugar, porque desconocemos el origen del Universo, y porque su misma existencia escapa a cualquier explicación científica. Afirma Stephen Hawking que la ciencia, aunque algún día llegue a contestar todas nuestras preguntas, jamás podrá responder a la más importante: Por qué el universo se ha tomado la molestia de existir.

En tercer lugar, porque el Universo es una gigantesca huella. De hecho, aunque está claro que Dios no entra por los ojos, tenemos de él la misma evidencia racional que nos permite ver detrás de una vasija al alfarero, detrás de un edificio al constructor, detrás de un cuadro al pintor, detrás de una novela al escritor. El mundo –con sus luces, colores y volúmenes– no es problemático porque haya ciegos que no pueden verlo. El problema no es el mundo, sino la ceguera. Con Dios sucede algo parecido, y no es lógico dudar de su existencia porque algunos no le vean.

En cuarto lugar, nos preguntamos sobre Dios porque estamos hechos para el bien, como atestigua constantemente nuestra conciencia. En la tumba de Kant están escritas estas palabras suyas: «Dos cosas hay en el mundo que me llenan de admiración: el cielo estrellado fuera de mí y el orden moral dentro de mí».

En quinto lugar, porque estamos hechos para la justicia. El absurdo que supone, tantas veces, el triunfo insoportable de la injusticia, está pidiendo un Juez Supremo que tenga la última palabra. Sócrates dijo que «si la muerte acaba con todo, sería ventajoso para los malos».

En sexto lugar, porque advertimos que también estamos hechos para la belleza, para el amor, para la felicidad. Y al mismo tiempo comprobamos que nada de lo que nos rodea puede calmar esa sed. Pedro Salinas ha escrito que los besos y las caricias se equivocan siempre: no acaban donde dicen, no dan lo que prometen. Platón se atreve a decir, en una de sus intuiciones más geniales, que el Ser Sagrado tiembla en el ser querido, y que el amor provocado por la hermosura corporal es la llamada de otro mundo para despertarnos, desperezarnos y rescatarnos de la caverna donde vivimos.

En séptimo lugar, buscamos a Dios porque vemos morir a nuestros seres queridos y sabemos que nosotros también vamos a morir. Ante la muerte de su hijo Jorge, Ernesto Sábato escribía: «En este atardecer de 1998, continúo escuchando la música que él amaba, aguardando con infinita esperanza el momento de reencontrarnos en ese otro mundo, en ese mundo que quizá, quizá exista».

Después de apuntar brevemente algunos motivos por los que el ser humano busca necesariamente a Dios, entendemos que Hegel haya dicho que no preguntarse sobre Dios equivale a decir que no se debe pensar. Pero también sabemos –como Albert Camus– que cualquier día la peste puede despertar de nuevo a sus ratas para enviarlas a diezmar una ciudad dichosa. Los biógrafos de Camus, premio Nobel de Literatura en 1957, atribuyen su profunda incredulidad a una herida que nunca cicatrizó, producida en la adolescencia por el zarpazo del mal. Vivía en Argel, tenía quince o dieciséis años y paseaba con un amigo a la orilla del mar. Se encontraron con un revuelo de gente. En el suelo yacía el cadáver de un niño árabe, aplastado por un autobús. La madre daba alaridos y el padre sollozaba en silencio. Camus, después de unos momentos, señaló el cadáver, levantó la vista al cielo y dijo a su amigo: «Mira, el cielo no responde».

3. La objeción del dolor

ELIE WIESEL, el periodista que acuñó el termino *Holocausto*, tenía doce años cuando llegó una noche, en un vagón de ganado, al campo de exterminio de Auschwitz. Entonces vio un foso del que subían llamas gigantescas. Un camión se acercó al foso y descargó su carga: ¡Eran niños! Wiesel vivió para contarlo y decirnos que jamás olvidaría esa primera noche en el campo, que hizo de su vida una larga noche bajo siete vueltas de llave. Que jamás olvidaría esa humareda y las caras de los niños que vio convertirse en humo. Que jamás olvidaría esos instantes que asesinaron a su Dios en su alma y que dieron a sus sueños el rostro del desierto. Que jamás olvidaría ese silencio nocturno que le quitó para siempre las ganas de vivir.

Yo estaba en Madrid el 11-M, el día en que un múltiple atentado reventaba varios vagones de tren, mataba a doscientas personas y hería a más de mil. Me acordé de Wiesel. ¿Dónde estaba Dios? Sé que no es una pregunta original, pues el ser humano la lleva formulando desde que apareció sobre la Tierra y comprobó que su vida es siempre

dramática. Pero es una pregunta obligada. La respuesta, en cambio, no lo es. Aunque la existencia del dolor –en concreto el sufrimiento de los inocentes– es el gran argumento del ateísmo, la humanidad ha creído de forma muy mayoritaria en Dios.

En cualquier caso, si Dios existe, ¿por qué permite el mal? Sin resolver el misterio de esta cuestión, una respuesta clásica dice que Dios puede no crear seres libres, pero si los crea no puede impedir que hagan el mal: ha de respetar las reglas que Él mismo ha puesto. Otra de las respuestas tradicionales afirma que, aunque el mal no es querido por Dios, no escapa a su providencia: es conocido, dirigido y ordenado por Él a algún fin. En este sentido, el psiquiatra Viktor Frankl se preguntaba si un chimpancé, al que se ha inyectado una y otra vez para producir la vacuna de la poliomelitis –del sida, diríamos hoy–, sería capaz de entender el significado de su sufrimiento. ¿Y no es concebible –concluye– que exista otra dimensión, un mundo más allá del mundo del hombre, un mundo en el que la pregunta sobre el significado último del sufrimiento humano obtenga respuesta?

Lo cierto es que, si Dios es bueno y todopoderoso, Él aparece como último responsable del triunfo del mal, al menos por no impedirlo. Y entonces la historia humana se convierte en el juicio a Dios. Hay épocas en las que la opinión pública sienta a Dios en el banquillo. Ya sucedió en el siglo de Voltaire. Y sucede en nuestros días. Cuando el periodista Vittorio Messori interpela sobre este punto al obispo de Roma, la respuesta del Pontífice, sin suprimir el misterio de la cuestión, es de una radicalidad proporcionada a la magnitud del problema: el Dios bíblico entregó a su Hijo a la muerte en la cruz. ¿Podía justificarse de otro modo ante la sufriente historia humana? ¿No es una prueba de solidaridad con el hombre que sufre? El hecho de que Cristo haya permanecido clavado en la cruz hasta el final, el hecho de que sobre la cruz haya podido decir, como todos los que sufren, «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado», ha quedado en la historia del hombre como el argumento más fuerte. «Si no hubiera existido esa agonía en la cruz –concluye Juan Pablo II–, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar».

¡*No está lloviendo, el cielo está llorando*!, repetían los dos millones de manifestantes que el 12-M paseaban su indignación y su tristeza por las calles de Madrid. Tenían razón: el cielo lloraba, una vez más, la barbarie de esta «especie de los abismos». Pero la última palabra no la tiene el zarpazo del mal, ni el pelotón de psicólogos bienintencionados que no pueden devolver la vida a los muertos. «Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso», prometió Jesucristo a un moribundo torturado en una cruz. Si todos quisimos ser madrileños con las víctimas del salvaje atentado, pienso que Cristo en la cruz fue, aquellos días, más madrileño que ninguno. Y me parece que preguntarse dónde estaba Dios el 11-M solo tiene una respuesta con sentido: Dios estaba clavado en una cruz, precisamente por la barbaridad del 11-M y por todas las barbaridades de la

historia humana. Si no fuera así, la Semana Santa sevillana –por poner un ejemplo muy querido y muy nuestro– sería mero folclore. O, con palabras duras de Shakespeare, un cuento que nada significa, representado por una panda de idiotas.

Kant pensaba que Dios existe porque estamos hechos para la justicia. El absurdo que supone, tantas veces, el triunfo insoportable de la injusticia, está pidiendo un Juez Supremo que tenga la última palabra. Kant, que no se caracterizaba por su fervor religioso y sí por su razón inquisitiva, también pensaba que no es incompatible el sufrimiento humano con la infinita bondad y omnipotencia de Dios. Con las imágenes madrileñas aún en la memoria, estas palabras nos pueden parecer escandalosas, pero Kant nos diría, entonces, que un Dios infinitamente poderoso y bueno bien podría compensar infinitamente cualquier tragedia humana con una eternidad feliz.

San Agustín pone ese mismo argumento en boca de un muerto que ha sumido en el desconsuelo a sus seres queridos. Imaginemos que son palabras de un niño a su madre:

> No llores si me amas. ¡Si conocieras el don de Dios y lo que te espera en el Cielo! ¡Si pudieras oír el cántico de los ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si por un instante pudieras contemplar, como yo, la Belleza ante la que palidecen las bellezas! ¿Me has amado en el país de las sombras y no te resignas a verme en el de las realidades eternas? Créeme: cuando llegue el día que Dios haya fijado para que vengas a este Cielo donde yo te precedo, volverás a ver a quien siempre te ama, y encontrarás mi corazón con todas las ternuras purificadas. Me encontrarás transfigurado, feliz, no esperando la muerte, sino avanzando contigo por los senderos de la luz. Por tanto, enjuga tus lágrimas y no llores si me amas.

4. El lenguaje del amor

UN DÍA de otoño de 1896, Chesterton conoció a Frances Blogg y se enamoró de ella. Aquella noche escribió, en la soledad de su habitación, que Frances sería la delicia de un príncipe, y que Dios creó el mundo y puso en él reyes, pueblos y naciones solo para que así se lo encontrara ella. Después escribió a la muchacha para decirle que «cualquier actriz conseguiría parecerse a Helena de Troya con una barra de labios y un poco de maquillaje, pero ninguna podría parecerse a ti sin ser una bendición de Dios». Lo curioso es que Chesterton, en aquellos años, se declaraba agnóstico.

Sus palabras nos sugieren una segunda razón para entender el amor en clave divina. Experimentamos la amistad íntima y el amor profundo como regalos inmerecidos –¿por qué a mí?–, que proceden de una generosidad imposible entre los hombres. Ana Frank se enamoró de Peter Van Daan en su escondrijo. Ella tenía catorce años, tres menos que él, pero la vivacidad de la chiquilla y la timidez del muchacho compensaban la diferencia de edad. En páginas encantadoras de su Diario, Ana interpreta esa amistad y ese amor como un regalo divino. El 7 de marzo de 1944 escribe que «por las noches, cuando termino mis oraciones dando gracias por todas las cosas buenas, queridas y hermosas, oigo gritos de júbilo dentro de mí, porque pienso en esas cosas buenas como nuestro refugio, mi buena salud o mi propio ser, y en las cosas queridas como Peter».

Podríamos demostrar esa generosidad divina, de forma indirecta, al constatar que, en el nacimiento de una amistad profunda o de un amor intenso, hubo siempre un encuentro que bien podría no haberse producido. Bastaría con haber nacido en otra calle y haber estudiado en otro colegio, en otra universidad, para que no hubiéramos conocido a nuestros mejores amigos, para que no concurrieran las casualidades que nos han unido. Aunque es muy posible que las casualidades no existan. Chesterton y Ana Frank vienen a decirnos que casualidad es el nombre que damos a la Providencia cuando no hablamos con propiedad. En ese sentido, en su célebre ensayo sobre la amistad, C. S. Lewis sospecha que un invisible Maestro de Ceremonias es quien nos ha presentado a nuestros mejores amigos, y de ellos quiere valerse para revelarnos la belleza de las personas: una belleza que procede de Él y a Él debe llevarnos.

Sentimos que el amor despierta en nosotros una sed de felicidad que no puede aplacarse. De hecho, la inflamación amorosa provocada por la belleza corporal deja siempre el sabor agridulce de una promesa incumplida. Por eso, los griegos nos dicen que el amor es hijo de la riqueza y la pobreza, con esa doble herencia: rico en deseos y pobre en resultados. Uno de ellos, Platón, interpreta esa contradictoria naturaleza en clave divina y afirma, como sabemos, que el Ser Sagrado tiembla en el ser querido. También sospecha que el amor es, en el fondo, una llamada de los dioses, una forma sutil de hacernos entender que, después de la muerte, nos espera otro mundo donde se colmará nuestra sed de plenitud.

Concluyo este epígrafe con unos versos que quieren resumirlo. Pertenecen al poema *Esposa*, de Miguel d'Ors:

Con tu mirada tibia
alguien que no eres tú me está mirando: siento
confundido en el tuyo otro amor indecible.
Alguien me quiere en tus te quiero, alguien
acaricia mi vida con tus manos y pone
en cada beso tuyo su latido.
Alguien que está fuera del tiempo, siempre
detrás del invisible umbral del aire.

5. El lenguaje de las galaxias

Vamos a suponer que quiero contar los átomos de un grano de sal, y que soy lo suficientemente rápido como para contar mil millones de átomos por segundo. A pesar de esta notable hazaña, necesitaría más de cincuenta siglos para realizar el censo completo

de la población de átomos que contiene ese minúsculo grano de sal.

JEAN GUITTON

LOS PIONEROS de las grandes disciplinas científicas han sido hombres convencidos de que en la realidad estudiada iban a encontrar una profunda racionalidad, huella de un diseño divino. Bastaría con citar a Copérnico, Kepler, Galileo o Newton como exponentes cualificados de un catálogo abrumador. Pero esta armonía intelectual entre lo humano y lo divino se rompe en el siglo XIX con el Positivismo. Desde entonces se oye con frecuencia que la ciencia pertenece al mundo real, mientras que Dios es un invento de la imaginación humana. Sin embargo, el materialismo positivista no es la última palabra. Como decía Pasteur, un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha devuelve a Él. Hoy, más allá de las apariencias empíricas, la física cuántica roza de manera sorprendente el enigma fundamental con que se enfrenta el espíritu humano: la existencia de un Ser trascendente, causa y significado del universo.

En el libro *Dios y la ciencia*, Jean Guitton dialoga sobre esta cuestión con los astrofísicos Igor y Grichka Bogdanov. Guitton nació en 1900, fue alumno de Bergson, pertenece a la Academia Francesa y es uno de los más eminentes filósofos de nuestro tiempo. En el citado libro se pregunta por qué hay algo en lugar de nada, por qué apareció el universo. Ninguna ley física que se deduzca de la observación permite responder a estas preguntas. Sin embargo, las mismas leyes nos autorizan a describir con precisión lo que sucedió al comienzo, entendiendo por comienzo 10-43 segundos después del espejismo del tiempo cero, ese límite originario que los físicos llaman «muro de Planck». En ese tiempo lejano, hace quince mil millones de años, todo lo que contiene el universo –planetas, soles y miles de millones de galaxias– estaba concentrado en una pequeñez inimaginable, apenas una chispa en el vacío.

> En ese tiempo increíblemente pequeño, el universo entero, y todo lo que será más tarde, está contenido en una esfera de una pequeñez inimaginable: 10–33 centímetros, es decir, miles y miles y miles de millones de veces más pequeña que el núcleo de un átomo.

Por tanto, todo lo que conocemos procede de un océano infinito de energía que tiene la apariencia de la nada. Por supuesto, desconocemos de dónde viene ese primer «átomo de realidad», origen del inmenso tapiz cósmico que, en un misterio casi total, se extiende hoy en el espacio y en el tiempo. Lo que sí sabemos es el fantastico ajuste con que está formado ese tapiz. Toda la realidad descansa sobre un pequeño número de constantes cosmológicas: menos de quince. Conocemos el valor de cada una de ellas con notable precisión. Ahora bien, a poco que hubiera sido modificada una sola de esas constantes, el universo –al menos, tal como lo conocemos– no hubiera podido aparecer. Veamos algunos ejemplos.

Si aumentáramos apenas un uno por ciento la intensidad de la fuerza nuclear que controla la cohesión del núcleo atómico, suprimiríamos cualquier posibilidad de que los núcleos de hidrógeno permanecieran libres: estos se combinarían con otros protones y neutrones para formar núcleos pesados. Entonces, al no existir el hidrógeno, no podría combinarse con los átomos de oxígeno para producir el agua indispensable para el nacimiento de la vida. Por el contrario, si disminuimos ligeramente esa fuerza nuclear, la fusión de los núcleos de hidrógeno se hace entonces imposible. Sin fusión nuclear, no hay soles, no hay fuentes de energía, no hay vida.

Lo que es cierto para la fuerza nuclear lo es también para otros parámetros, como la fuerza electromagnética. Si la aumentáramos muy ligeramente, intensificaríamos la relación entre el electrón y el núcleo; entonces, no serían ya posibles las reacciones químicas que resultan de la transferencia de electrones a otros núcleos. Una gran cantidad de elementos no podría formarse, y en un universo así las moléculas de ADN no tendrían ninguna posibilidad de aparecer.

Otra prueba de este perfecto ajuste es la fuerza de la gravedad. Si hubiera sido apenas un poco más débil en el inicio del universo, las primitivas nubes de hidrógeno nunca habrían podido condensarse y alcanzar el umbral crítico de la fusión nuclear: las estrellas nunca se habrían encendido. En el caso contrario, una gravedad más fuerte habría conducido a un verdadero desbocamiento de reacciones nucleares: las estrellas se habrían abrazado furiosamente y habrían muerto tan deprisa que la vida no habría tenido tiempo de desarrollarse.

¿Sería posible que esta increíble complejidad fuera fruto del azar? Igor Bogdanov explica que se han programado computadoras «para producir azar». Y que esos ordenadores deberían estar calculando durante miles y miles y miles de millones de años –es decir, durante un tiempo casi infinito–, antes de que pudiese aparecer una combinación de números comparable a la que ha permitido la eclosión del universo y de la vida. Por consiguiente, es preciso que repensemos el papel de lo que llamamos «azar».

A los conceptos de espacio, tiempo y causalidad es necesario añadir un *principio de sincronización*. Porque en el origen del universo no hay nada aleatorio, no hay azar, sino un grado de orden infinitamente superior a todo lo que podemos imaginar. Orden supremo que regula las constantes físicas, las condiciones iniciales, el comportamiento de los átomos y la vida de las estrellas. Un principio poderoso, libre, infinito, misterioso, implícito, invisible, experimentable, eterno y necesario, que *está ahí*, detrás de los fenómenos, muy por encima del universo y presente en cada partícula.

6. Muerte e inmortalidad

Largos años hace, Vicente, que esperas –como todos– tu viaje. No tengas miedo: tú no has de sentir el choque de la bestia fría, que te derribe. Barco sobre el ancla, te bastará un pequeño impulso para empezar la gran navegación.

DÁMASO ALONSO

LOS INDIOS que mataron al primer caballo del pequeño ejército de Hernán Cortés, quedaron maravillados al ver que el jinete, en lugar de morir, se separaba de su montura y salía corriendo ileso. Hasta entonces habían creído que caballo y caballero constituían un mismo animal, a la manera de los mitológicos centauros. Tal vez sonreímos ante esa ingenuidad. Sin embargo, el ser humano se nos presenta como un híbrido de carne y espíritu, dos componentes mucho más heterogéneos que un jinete y su montura, y por eso incomprensiblemente compenetrados.

No cabe conocimiento científico de la muerte, pero se trata de una realidad que nos obliga a plantearnos las preguntas fundamentales: quién soy, quién me ha puesto aquí, qué significa ser hombre, cómo debo vivir, qué debo esperar después. Y por eso entendemos a Platón cuando afirma que la filosofía es, en el fondo, una meditación sobre la muerte. Una filosofía con respuestas muy dispares. El existencialismo del siglo xx, con Heidegger a la cabeza, nos ha repetido lo evidente: que somos «seres para la muerte». Con Sartre, esa evidencia se traduce en existencialismo ateo que destila nihilismo: «El hombre es una pasión inútil». Shakespeare lo había expresado, por boca de Macbeth, con más retórica: «La vida es un cuento sin sentido, narrado por un idiota que gesticula aparatosamente sobre el escenario de la muerte».

Si nos atenemos a lo que sabemos con seguridad, hay que reconocer que sabemos muy poco, pues nos encontramos –como dijo Hamlet– ante «esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno». Lo cual hace del ateísmo una conclusión precipitada. Por eso, Sócrates, con cautela e ironía, estima que «temer a la muerte es creerse sabio sin serlo, pues es creer que se sabe lo que no se sabe».

Podemos pensar que la muerte acaba con todo, pero lo único cierto es que acaba con todo el cuerpo: se rompen las cadenas moleculares y se derrumba el edificio biológico. Es decir, lo que era «uñas, carne, sudor, vísceras, dientes», se convierte «en tierra, en polvo, en humo, en sombra, en nada». Pero el carácter de un hombre o de una mujer, sus cualidades, sus intenciones y sus afectos no pertenecen a sus uñas, a sus vísceras o a sus moléculas. Son realidades completamente diferentes, que bien podrían dar la razón a Quevedo: «No me aflige morir. / Siento haber de dejar deshabitado / cuerpo que amante espíritu ha ceñido». La expresión *deshabitar un cuerpo* es ciertamente insuperable. Viene a decir que la muerte sobreviene cuando el espíritu abandona al cuerpo y lo deja vacío y deshabitado.

Platón no se cansó de repetir que el hombre es un alma inmortal que cabalga o navega sobre un cuerpo mortal. Después seguirán su larga estela Agustín de Hipona, los filósofos medievales, Descartes, Goethe, Zubiri, Max Scheler... En su ensayo *Muerte y superviviencia*, Scheler nos hace ver que hay actos del ser humano independientes de su biología. Así, la verdad o falsedad de un juicio y las leyes que rigen el pensamiento no se derivan de ninguna ley biológica. Actos internos como recordar o esperar rebasan también las condiciones temporales del cuerpo humano, pues el cuerpo está siempre en el presente del aquí y del ahora, pero el recuerdo y la esperanza nos introducen en el

pasado y en el futuro. De igual manera, la intención de andar o de hablar, que pone en marcha mis piernas o mis cuerdas vocales, es muy diferente de los citados órganos corporales. Por ello, si vemos que el ser humano es capaz de actos que sobrepasan los límites de su cuerpo, que la esencia humana no se identifica con su dimensión corporal, que el cuerpo es solo una parte de nuestro ser, bien podemos preguntarnos qué queda de la persona cuando el cuerpo deja de existir en el acto de morir.

Lo único que cabe deducir de la muerte –concluye Scheler– es que cambia el escenario de representación de la persona, y eso ni siquiera nos da derecho a afirmar que la persona ha dejado de expresarse, pues quizá su expresión se ha hecho inaccesible para nosotros. Platón, igual que Scheler, después de reflexionar sobre estos hechos admirables en el diálogo *Fedón*, había llegado a la intuición profunda de la supervivencia después de la muerte.

7. ¿Todas las religiones son iguales?

SE HA escrito que Jesucristo no fundó la General Motors ni recibió ningún Nobel; que tampoco fue un faraón divinizado; que no ganó las guerras Púnicas ni vivió en el siglo de Pericles. Pero, en honor a la verdad, es preciso reconocer que la Historia gira en torno suyo. Sin ser artista, las piezas musicales más sublimes se han compuesto para él, y todos los grandes pinceles le han retratado. No fue escultor, pero acapara la mejor madera, el mejor metal, el mejor mármol, el mejor marfil. Tampoco fue arquitecto, pero la filigrana en piedra de las catedrales se bordó para darle culto. Aunque no pisó la universidad, las universidades se erigieron en su nombre. Nada de esto si no hubiera existido realmente, si no hubiera muerto y resucitado, si solo hubiera sido un hombre egregio. Nada de esto sin la extendida convicción de estar ante el misterio del Dios encarnado, hecho hombre, todopoderoso y eterno, dueño absoluto de la vida y de la muerte, señor de la Historia, juez universal e insobornable.

En la historia de la cultura, los clásicos, desde Platón a Borges, son rendijas por las que vislumbramos la misteriosa complejidad de lo humano. Muy superior a los clásicos, Cristo en su biografía evangélica viene a ser una ventana abierta de par en par sobre esa complejidad. Por eso, pensar que todas las religiones son iguales es equivocarse. En realidad, ni lo son ni lo parecen. Pero, aunque lo fueran, el cristianismo sería una clarísima excepción. Porque la religión islámica no es Mahoma, sino lo que Mahoma dijo. La religión budista tampoco es Buda, sino lo que Buda dijo. Y el confucionismo no es Confucio, sino lo que Confucio dijo. Todas las religiones son doctrinas, no personas. Excepto la cristiana, porque el cristianismo es precisamente una Persona: Jesucristo. ¿No es, entonces, la doctrina de Cristo? Por supuesto, pero dicha doctrina versa precisamente sobre Cristo mismo, que se presenta como Dios y Juez, como Camino, Verdad y Vida.

Jesucristo partió la Historia en dos, y es el único hombre al que se ha asociado sin mediación el nombre de Dios. Pascal afirma que Cristo nos resulta imprescindible por el simple hecho de estar embarcados en una existencia abocada a la muerte. Carecemos de pruebas para asegurar que después de la muerte no hay nada. En cambio, Cristo es el único hombre de quien se afirma con rigor histórico que atravesó el túnel de la muerte y regresó para declarar sobre el más allá. Antes y después de Cristo, los cielos y la tierra callan como muertos, pero el cristianismo habla desde el hecho histórico de la resurrección de Cristo. Es, por ello, la única religión que no se basa en una doctrina.

También nos dice Pascal que, si un hombre hubiera compuesto un libro de profecías sobre la venida de Jesucristo, el cumplimiento de esas profecías tendría una fuerza divina. Y añade que en los libros del Antiguo Testamento desfila una procesión de hombres que, durante cuatro mil años, han profetizado la encarnación de Dios. Es todo un pueblo quien lo anuncia. Si las profecías mesiánicas de la Biblia son más de trescientas, Buda, Confucio, Lao-Tse, Mahoma y todos los iniciadores de las grandes religiones aparecen por generación espontánea, sin que una tradición religiosa anterior los haya anunciado. Jesús, en cambio, viene precedido por una expectativa milenaria, y su Iglesia prosigue su obra durante dos milenios. Ese desarrollo ininterrumpido a lo largo de cuarenta siglos es contrario a las leyes que rigen los fenómenos históricos. Se hundieron irremisiblemente los grandes imperios –Egipto, Persia, Babilonia, Roma–, pero en los veinte siglos transcurridos desde la aparición de Jesús, su reino ha demostrado ser el único que no lleva camino de terminar de la misma forma.

Los Evangelios, documentos tempranos de aquella oscura secta oriental, ponen en labios de su héroe malogrado unas palabras inauditas: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Y lo cierto es que la realidad histórica de Jesucristo ha hecho violencia a la Historia hasta convertirse en su quicio, como afirma Hegel, y cambiar su derrotero de forma irreversible, como reconoce Nietzsche.

8. Cuestiones abiertas: Julián Marías

LA *PERSPECTIVA CRISTIANA* es un breve y clarificador ensayo de Julián Marías, donde podemos leer los párrafos siguientes:

1. El cristianismo es primariamente una religión, y me parecen indebidas sus utilizaciones para otros fines, que pueden ser valiosos y estimables, pero no son sino algo subordinado. Hay, sin embargo, otro aspecto de la cuestión, que me parece del mayor interés. El cristianismo lleva consigo una visión de la realidad, enteramente original y que se añade a su contenido religioso, del cual emerge y que no se reduce

a él. El hombre cristiano, por serlo, atiende a ciertos aspectos de lo real, establece entre ellos una jerarquía, descubre problemas y acaso evidencias que de otro modo le serían ajenos. Esto es lo que llamo *la perspectiva cristiana*.

2. El comienzo del cristianismo no tuvo ninguna relevancia social, pero las consecuencias a lo largo de veinte siglos han sido asombrosas. La cronología de la historia gira en torno al nacimiento de Cristo; la porción más numerosa del mundo es cristiana o lo ha sido; con ese nombre se ha creado una prodigiosa cultura, y a su lado se han constituido poderes inverosímiles si se piensa en sus orígenes. Sin embargo, esta increíble innovación es muy inferior a la que se realiza en el plano estrictamente religioso. No se trata de un paso más en el proceso de manifestación de Dios a los hombres. Se trata de la intervención directa de Dios en el mundo, tan directa que el mismo Dios, en una demostración de amor sin precedentes, se hace hombre. La infinita distancia entre el Creador y las criaturas no solo se acorta, sino que se anula por esa paternidad amorosa y por la fraternidad con Jesucristo.

3. El cristianismo brota de la relación personal con un Dios que es vivido como Padre en primer lugar. Esa paternidad divina funda la filiación humana: los hombres son hijos de Dios, y por eso se sienten queridos y libres. La mejor expresión de esa relación se encuentra quizá en la parábola del hijo pródigo, cuyo núcleo es la misericordia del padre: un padre que acepta incondicionalmente al hijo recobrado, al que siempre se puede volver después de todos los extravíos. Esta paternidad divina es el fundamento de la hermandad de los hombres, que son hermanos por ser hijos del mismo Padre. Los hombres, lejos de ser iguales, son muy diferentes por su cultura y su historia, por sus aptitudes y visión de la vida. Pero la común filiación divina les otorga una esencial igualdad, una vinculación radical, muy por encima de todas las diferencias. El mandamiento del amor al prójimo significa que todos los hombres sin excepción son próximos, cercanos por ser hijos del mismo Padre.

4. Y Dios es amor. La palabra clave del cristianismo es *amor*, y el amor es lo que caracteriza al cristiano, lo que lo identifica y distingue. El amor a Dios se expresa en el cumplimiento de su voluntad, de sus mandamientos, pero sobre todo en el amor a Jesucristo, hombre con quien se puede tener una relación personal. Aquí está el núcleo de la religiosidad cristiana, diferente de todas las demás.

5. Casi toda la humanidad ha compartido la esperanza en la vida después de la muerte. Pero esa esperanza ha estado unida a la zozobra de la duda. Solo el cristianismo ofrece una certeza. La resurrección, nada evidente a la razón e incomprensible para los griegos, es sin embargo un punto clave del cristianismo. Lo evidente es la descomposición del cadáver, hasta el punto de hacer increíble su recuperación y

reconstrucción. Pero el cristianismo afirma algo tan inaudito como la resurrección de la carne, aunque en realidad esa nueva «creación» no parece más misteriosa que la primera. El olvido, el descrédito o la negación de la perduración personal después de la muerte es una de las señas de identidad de nuestro tiempo. La idea de que no hay más que esta vida reduce a Dios a una mera referencia nominal en la que apenas se piensa. Aunque no se renuncie al cristianismo, se lo vacía de contenido.

6. Todas las Inquisiciones cristianas han tenido espíritu anticristiano, porque la fe no se puede imponer, es un don divino aceptado libremente por el hombre. En las Inquisiciones y en las devastadoras guerras de religión, la primera víctima fue el precepto evangélico del amor, en concreto del amor a los enemigos.

7. Al saberse hijo de Dios, el cristiano se siente libre y, al mismo tiempo, responsable. También se sabe capaz de ofender a Dios, de arrepentirse, ser perdonado y rectificar su conducta. La reflexión sobre estos datos puede fundar una antropología de extraordinaria riqueza. Y esa riqueza ha sido encarnada por millones y millones de hombres y mujeres durante dos milenios. Hoy, sin embargo, se puede hablar con fundamento de un proceso de *descristianización* en varias etapas, desde distintos puntos de vista, realizado por diversos «equipos» que se han ido relevando, con extraña continuidad, desde el siglo xviii.

8. La perspectiva cristiana muestra un asombroso grado de innovación y originalidad (...). La inserción de Dios en la historia, la unión de una Persona divina con la condición humana, la redención y el comienzo de una nueva era, la plenitud de la revelación, la nueva visión de Dios y del hombre en su relación con él, todo eso es una radical novedad, una variación de un orden de magnitud incomparable con cualquier otro.

9. Desde que existe el cristianismo, el hombre se ha visto o se ha podido ver de una manera nueva. En primer lugar, creado. En segundo lugar, libre. Pero en la perspectiva cristiana el hombre es mucho más: es imagen de Dios y amado por Él para siempre, de manera que seguirá viviendo después de la muerte corporal y biológica.

10. Desde hace dos mil años, el hombre tiene algo radicalmente nuevo, que no acaba de poseer, sino por partes, con desamor, abandonos, infidelidades; algo que está delante de nosotros como algo que hay que conquistar. Algo, no se olvide, que está frente a nuestra libertad sin forzarla: la perspectiva cristiana.

DICCIONARIO DE FILÓSOFOS

San AGUSTÍN (354-430)
Nació en Tagaste, en la franja romana de África. Enseñó retórica en Cartago y Milán. Se convirtió al cristianismo a los treinta años y llegó a ser obispo de Hipona. Relató su turbulenta juventud en las *Confesiones*, modelo de narración autobiográfica. Espectador de la caída del Imperio romano, escribió la primera obra de Filosofía de la Historia: *La ciudad de Dios*.

ARISTÓTELES (384-322 a.C.)
Es el mejor discípulo de Platón. Fundador del Liceo. Uno de los pensadores más importantes de toda la Historia. Puso las bases de la lógica, la metafísica, la biología, la psicología, la antropología, la ética y la filosofía política. Su magnífico análisis de la conducta ética quedó recogido con el título póstumo de *Ética a Nicómaco*.

Marco Tulio CICERÓN (106-43 a.C.)
Político, abogado y escritor romano. Quizá el mejor orador de la Antigüedad. Siguiendo a Platón y a los estoicos, llevó a cabo una gran tarea de divulgación filosófica y ética en obras como *La República*, *Las leyes*, *Sobre la amistad*, *La naturaleza de los dioses*, *Cuestiones tusculanas*.

CONFUCIO (551-479 a.C.)
Filósofo chino con importante participación en la vida política de su país. Luchó por el orden y la paz social. Se preocupó de educar a la juventud en la ética de los antepasados. En la historia de China es el transmisor, maestro e intérprete de la tradición antigua. Su pensamiento se centra en la idea de virtud, necesaria para toda persona y para los gobernantes.

Augusto COMTE (1798-1857)
Educado en la tradición racionalista francesa, fundó el positivismo, corriente de pensamiento que reduce todo conocimiento al estudio de los fenómenos sensibles de la realidad, declarando incognoscible todo lo que no sea material. En consecuencia, pensaba que no existen deberes morales sino tendencias sociológicas.

EPICURO (341-271 a.C.)

Nació en Samos y fundó en Atenas una escuela propia: *El Jardín*. Identificó el sentido de la vida con el placer, distinguiendo entre placeres rechazables y placeres convenientes. Recomendó y cultivó la amistad. Concibió la felicidad como tranquilidad de espíritu, y para alcanzarla trató de suprimir los deseos desmesurados, el temor a los dioses y a la muerte.

Viktor FRANKL (1905-1997)
Psiquiatra austriaco. Funda la Policlínica Neurológica de Viena, donde ensaya con éxito su propio método: la logoterapia. *El hombre en busca de sentido*, la más popular de sus obras, es una magnífica reflexión sobre la condición humana, a partir de la durísima experiencia como prisionero en Auschwitz.

Sigmund FREUD (1856-1939)
Psiquiatra vienés. Puso de moda el psicoanálisis como terapia contra cualquier neurosis. Ha influido enormemente en la psicología del siglo xx, aunque las investigaciones experimentales han invalidado en gran medida su concepción mecanicista del psiquismo humano.

Thomas HOBBES (1588-1679)
Tratadista político y filósofo inglés. En su obra *Leviathan* afirma que, en estado natural, sin la educación de la sociedad, «el hombre es lobo para el hombre». Para evitar esa lucha fratricida, los hombres, por medio de un pacto o contrato, establecen la sociedad y se comprometen a respetar la autoridad y las leyes.

David HUME (1711-1776)
Filósofo escocés, historiador y embajador británico en París. Autor de un *Tratado sobre la naturaleza humana* y de una *Investigación sobre los principios de la moral*. Fiel a su empirismo radical, niega la causalidad, la existencia del alma, la existencia de Dios y la posibilidad de formular juicios morales.

Immanuel KANT (1724-1804)
Filósofo alemán, profesor de la Universidad de Königsberg. En la *Crítica de la razón pura* expuso su teoría del conocimiento humano. En la *Crítica de la razón práctica* abordó el análisis de la moral. Formuló la obligación moral como imperativo categórico: *obra de tal manera que tu norma de conducta pueda erigirse en norma de conducta universal*.

Sören KIERKEGAARD (1813-1855)

Teólogo y filósofo danés. Precursor del existencialismo. Reconocido como maestro por Heidegger, Jaspers, Unamuno y Sartre. Sostuvo que los sistemas filosóficos son teorías reductoras, y que el hombre necesita la soledad para descubrir que solo la fe en Jesucristo puede redimirle.

John LOCKE (1632-1704)
Uno de los principales representantes del empirismo inglés. Vivió en una época de gran turbulencia política y religiosa. En medio de ese clima de crispación mantuvo siempre la ponderación y la serenidad de juicio. Escribió cuatro famosas *Cartas sobre la tolerancia*.

Nicolás MAQUIAVELO (1469-1527)
Embajador de los Médicis en Roma, Francia y Alemania. En *El Príncipe* se propone hablar de una política orientada al incremento y conservación del poder. Apoyado en la «experiencia de las cosas modernas y de la constante lección de las antiguas», separa la política de toda consideración ética.

MARCO AURELIO (121-180)
Filósofo estoico y emperador romano. Consideró madre a la filosofía y madrastra a la política. Sus *Meditaciones* son, junto con el *Manual* de Epicteto y las *Cartas a Lucilio* de Séneca, uno de los testimonios éticos más significativos del estoicismo romano.

Karl MARX (1818-1883)
Economista y filósofo alemán, formado en el materialismo ateo de la izquierda hegeliana, autor del *Manifiesto comunista* y *El Capital*. Pretende, mediante la revolución armada, abolir las diferencias entre capitalistas y proletarios, hasta implantar un igualitarismo universal, socialmente organizado en régimen comunista.

Julián MARÍAS (1914-2005)
Filósofo y ensayista español. Su intento principal ha sido divulgar el pensamiento de Ortega y Gasset, ampliando el campo de la temática del maestro. Muy joven escribió su conocida *Historia de la Filosofía*. Entre sus múltiples ensayos: *La mujer en el siglo XX*, *Antropología metafísica*, *España inteligible*, *La felicidad humana*. Su autobiografía lleva por título *Una vida presente*.

Emmanuel MOUNIER (1905-1950)
Filósofo francés. Funda la revista *Esprit* y el personalismo, síntesis del cristianismo y de un socialismo humanista y trascendente. Se opone al desorden económico, social y moral del mundo capitalista, reflejado en su individualismo burgués.

Friedrich NIETZSCHE (1844-1900)

Filósofo y escritor alemán, vitalista e irracionalista. Decide que Dios no existe. Así, ningún valor puede fundarse en Él. Y tampoco en la naturaleza, carente en sí misma de sentido. El único valor supremo será la voluntad de vivir del individuo, que es voluntad de poder y de dominio. Ese puro querer superará al antiguo deber y hará de cada hombre un superhombre.

PASCAL (1623-1662)
Científico francés, precoz y eminente. El 23 de noviembre de 1654 tuvo una experiencia religiosa extraordinaria, que le llevó a cambiar de vida y a proyectar una magna apología del cristianismo. Su muerte prematura le impidió dejar acabado ese proyecto, que se publicó más tarde con el título *Pensamientos*, escritos en la mejor prosa francesa.

PITÁGORAS (580-500 a.C.)
Filósofo y matemático griego. Nació en Samos y murió en Metaponte. Fundó en Crotona una escuela de filosofía en la que enseñó la inmortalidad y la transmigración de las almas.

PLATÓN (428-347 a.C.)
Discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles. Funda la Academia y escribe más de treinta *Diálogos*. Entre los más famosos: *Apología de Sócrates*, *Fedón*, *Timeo*, *República*. Opone al mundo cambiante de los fenómenos un mundo supraceleste, ideal y eterno. Resume toda su concepción antropológica, ética, política y metafísica en mitos inolvidables como el de la caverna y el del carro alado.

PROTÁGORAS (siglo v a.C.)
Es el más famoso de los sofistas griegos. Resumió su relativismo en la célebre frase «el hombre es la medida de todas las cosas». Platón le dedicó uno de sus mejores *Diálogos*.

Juan Jacobo ROUSSEAU (1712-1778)
Nació en Ginebra. Escribió unas *Confesiones* autobiográficas. Colaboró con Diderot en la *Enciclopedia*. En *El contrato social* afirma que el hombre primitivo es bueno por naturaleza, pero la sociedad le corrompe, sin explicar cómo un conjunto de hombres buenos pueden formar una sociedad corrompida y corruptora. En *Emilio* defiende una educación sin normas ni obligaciones.

Jean Paul SARTRE (1905-1980)
El existencialismo de Sartre parte de un ateísmo llevado hasta sus últimas consecuencias. Si no hay Dios, no hay fundamento de los valores, ni normas o principios de validez universal. Solo nos queda la libertad de hacernos a nosotros mismos y de inventar nuestros propios valores. La vida no tiene sentido a priori: es al hombre a quien corresponde dárselo.

Lucio Anneo SÉNECA (4 a.C.-65)
Filósofo y escritor romano. Nació en Córdoba. Fue senador con Calígula y preceptor de Nerón. Su pensamiento se caracteriza por un estoicismo de gran altura moral. Escribió breves tratados sobre la tranquilidad del alma, la clemencia política, la vejez, la brevedad de la vida, la providencia divina, etc. Sus *Epístolas a Lucilio* destacan por su finura ética y literaria.

SÓCRATES (470-399 a.C.)
Filósofo ateniense. No escribió nada. Conocemos su pensamiento gracias a los *Diálogos* de Platón, el más ilustre de sus discípulos. Inicia el giro antropológico y ético de la filosofía. Murió con ejemplaridad, acusado de no creer en el politeísmo y corromper a la juventud ateniense con sus doctrinas.

John STUART MILL (1806-1873)
Filósofo y economista. La figura más importante del utilitarismo inglés. Si esta postura identifica la felicidad con el placer, Mill clasificará los placeres según un criterio cualitativo, que tenga en cuenta la dignidad del hombre. También sostiene que el fin de nuestras acciones debe ser una utilidad altruista, no egoísta. Escribió *Principios de economía política*, *Sobre la libertad* y *El utilitarismo*.

Santo TOMÁS DE AQUINO (1225-1274)
Dominico italiano. Filósofo y teólogo. Discípulo de san Alberto Magno. Profesor en la Universidad de París. Sus *Cinco Vías* son argumentos clásicos de la demostración cosmológica de la existencia de Dios. En la *Suma Teológica* brinda un completo sistema de pensamiento en torno a la dignidad de la persona humana, su racionalidad y su libertad.

VOLTAIRE (1694-1778)
Librepensador francés. Miembro de la Academia de París, con un estilo literario sumamente ágil y mordaz. Su lucha contra el fanatismo y la intolerancia está en contradicción con su propio odio hacia la religión. «¡No puedo pensar en un reloj sin relojero!» es la expresión de su deísmo. Colaboró en la *Enciclopedia* y escribió un *Diccionario filosófico*.

ZENÓN de Citio (335-264 a.C.)
Funda la escuela estoica, vigente durante cinco siglos en el mundo grecorromano. La meta del hombre es una sabiduría entendida como virtud, ejercitada en el *sustine et abstine*, orientada a sofocar las pasiones para lograr una autarquía y serenidad completas.

DICCIONARIO DE ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

ABSOLUTO

Que no necesita de nada ni de nadie para ser concebido ni para existir. Se aplica propiamente a Dios.

ABSTRACCIÓN

Reunión mental de lo que es común a muchos seres individuales hasta formar un concepto universal.

AGNOSTICISMO

Postura filosófica que niega al hombre la capacidad de demostrar la existencia de Dios y de conocer el sentido de la vida y la razón última del universo, reduciendo todo conocimiento al ámbito de lo fenoménico y relativo.

ALMA

Principio vital inmaterial: aquello por lo que un ser vivo se mueve y siente. En el hombre, desde Aristóteles y la filosofía medieval se concibe como coprincipio sustancial, espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo y constituye con él la esencia humana. Actualmente, lo anímico se entiende como conciencia y sentimiento.

AMISTAD

Afecto desinteresado y recíproco que se alimenta y fortalece con el trato. Es uno de los sentimientos humanos más nobles y necesarios.

AMOR

Sentimiento que mueve a desear el bien de la realidad amada posesión o la identificación con ella. Es una realidad humana fundamental, ligada estrechamente al conocimiento. Como inclinación a un bien no poseído, el amor origina el deseo; como adhesión al bien presente, el amor se transforma en gozo.

ANÁLISIS

Método intelectual que separa y distingue las partes de un todo para conocer sus principios o elementos. Se opone a síntesis.

ANTROPOLOGÍA

Del griego *anthropos* y *logos*: ciencia del hombre. Estudio llevado a cabo por la psicología, la sociología, la historia, la lingüística, la etnología, la filosofía y la teología. La antropología filosófica considera los aspectos metafísicos de la constitución y la conducta humanas.

ARGUMENTACIÓN

Operación racional cuyos pasos buscan la demostración de una tesis.

ARISTOCRACIA

Del griego *aristós* (mejor) y *kratós* (poder): gobierno de los mejores, entendiendo por tales los privilegiados según diversos criterios: inteligencia, cuna, poder militar o económico. En Grecia fue considerada, junto con la monarquía y la democracia, una de las tres formas puras de gobierno. También designa al estrato social más privilegiado.

ASCESIS, ASCETISMO

Estilo de vida que implica esfuerzo por reducir y dominar los placeres sensibles con el fin de lograr mayor autodominio o perfección moral.

AUTONOMÍA

Del griego *autós* (uno mismo) y *nómos* (ley): independencia; autogobierno; ser, para sí mismo, la propia ley.

AUTONOMÍA MORAL

El sentido genérico de *autonomía* se ciñe a la ética para significar respeto a la propia conciencia, como modernamente han puesto de manifiesto Kant y Max Scheler.

AUTORIDAD

Poder político y administrativo; facultad de magistrados y jueces; principio motor que establece en un grupo humano el orden necesario. Por lo dicho, la autoridad es el elemento estable y básico que crea, mantiene y desenvuelve el orden social. En acepción más general, crédito que se atribuye a personas sobresalientes.

AZAR

Lo que se produce de forma fortuita, por causas que no podemos conocer. «Una etiqueta para nuestra ignorancia», dijo de él Aristóteles.

BELLEZA

Propiedad de las cosas que las hace atractivas a nuestros ojos. Desde antiguo se define como el esplendor de la forma. La captamos con los sentidos, la inteligencia y los sentimientos. En gran medida, equiparable a la verdad y al bien.

BIEN

En sentido objetivo, lo que perfecciona a un ser, lo que por naturaleza le conviene. En sentido subjetivo, lo que produce satisfacción y lo que nos resulta útil. En el primer sentido indica plenitud y es equiparable a la verdad y a la belleza.

BIEN COMÚN

Por estar llamado a vivir en sociedad, existe para el ser humano un bien común: el conjunto de condiciones –paz, bienestar, valores...– que hacen posible una sociedad digna del hombre.

CARÁCTER

En psicología designa el conjunto de cualidades estables que conforman el modo de ser y el comportamiento de una persona. Forma, con el temperamento, lo que llamamos personalidad, y se diferencia del temperamento en que no es innato sino adquirido, es más libre, menos dependiente de lo somático: por eso somos más responsables de nuestro carácter que de nuestro temperamento. No está ligado a factores genéticos sino educativos y culturales.

CAUSA

Origen o fundamento de algo; todo lo que produce un efecto. Se distinguen diversas causas: material, formal, eficiente, final, instrumental, ejemplar, Causa Primera y causas segundas.

CAUSALIDAD

Relación entre todo efecto y su causa. El principio de causalidad afirma que todo efecto tiene una causa, y que en condiciones idénticas las mismas causas originan los mismos efectos.

CERTEZA, CERTIDUMBRE

Adhesión firme del espíritu a una verdad que considera evidente e indudable. No es lo mismo que verdad, pues ésta es la adecuación del entendimiento a la cosa, y la certeza es la convicción absoluta de poseer la verdad.

CIENCIA

Conjunto sistemático de conocimientos demostrados. Intenta ser un reflejo de la realidad experimentable, como un plano refleja un edificio. El conocimiento científico nace de la experiencia y opera sobre ella una fuerte conceptualización. Existen ciencias de la naturaleza y ciencias del hombre.

CIENTIFICISMO

Postura que afirma que solo la ciencia empírica puede conocer y explicar racionalmente la realidad; en consecuencia, el método experimental debe extenderse a los terrenos de la filosofía y de la moral.

COMUNISMO

Doctrina formulada por Marx y Engels, desarrollada y realizada por Lenin y sus continuadores, que interpreta la historia como lucha de clases regida por el materialismo histórico y dialéctico. Antes de la caída del comunismo europeo, los comunistas estaban convencidos de llegar, tras una dictadura del proletariado, a una sociedad sin clases, sin propiedad privada y sin Estado.

CONCEPTO

Del latín *conceptus*, derivado de *concipere*, concebir, referido a la representación intelectual de alguna cosa o aspecto de ella. Idea general y abstracta que permite entender la realidad y comunicarla. Todo concepto se caracteriza por su *comprensión* (número de los caracteres que abarca) y por su *extensión* (número de individuos a los que puede aplicarse).

CONCIENCIA MORAL

Es la misma razón humana en tanto que juzga sobre la moralidad de los actos, sobre el bien y el mal. Manifiesta al sujeto la existencia de una norma ética objetiva: la ley natural. Se distingue entre conciencia cierta o dudosa, verdadera o errónea; su error puede ser vencible o invencible.

CONCIENCIA PSICOLÓGICA

Capacidad humana de conocer la realidad y conocerse a sí mismo (autoconciencia). Puede escribirse *consciencia*.

CONDICIÓN

Circunstancia necesaria para que pueda producirse un fenómeno o actuar una causa.

CONOCIMIENTO

Del latín *cognoscere*. Operación por la que un ser se hace presente a otro de un modo inmaterial. Acto por el cual un sujeto capta o aprehende un objeto. Los seres que conocen captan la forma de la cosa conocida y la poseen de manera intencional: la forma que existe intencionalmente en el sujeto cognoscente reproduce o copia la forma que existe naturalmente en la realidad.

CONSECUENCIALISMO

Postura ética de corte utilitarista. Sostiene que la moralidad de una acción depende únicamente de sus consecuencias efectivas o probables. Parece un criterio moral claro y verificable, pero no lo es en absoluto: sus propios defensores no se ponen de acuerdo a la hora de definir lo útil. Y si concuerdan en buscar «la máxima felicidad para el mayor número», tal principio solo es aceptable cuando en la sociedad se aceptan normas básicas de conducta decente: ¿qué aplicación tendría el principio de máxima felicidad en una sociedad que pidiera el asesinato en masa de los judíos? (MacIntyre).

CONSENSO

Acuerdo mutuo entre personas de opiniones diferentes. Ante problemas éticos que afectan a varias personas con enfoques diferentes, debe buscarse el consenso, pero sabiendo que no es el acuerdo mutuo quien crea la ética.

CONSTITUCIÓN

Ley fundamental de la organización de un Estado. Su nombre hace referencia explícita a lo que constituye a un Estado.

CONTINGENTE, CONTINGENCIA

Del latín *contingere*: acaecer, ocurrir. La filosofía considera contingente lo que puede ser o no ser, suceder o no suceder, lo que no es necesario ni tampoco imposible. La contingencia aporta un argumento clásico: si el universo es contingente, pero de hecho existe, es obligado suponer una causa necesaria que explique su existencia; a ese Ser Necesario lo llamamos Dios.

COSMOLOGÍA

Estudio del cosmos. Hay una cosmología filosófica que lleva a cabo una interpretación metafísica del mundo físico.

COSMOS

Palabra de origen griego. Significa universo ordenado. Se opone a caos.

CREACIÓN

En sentido filosófico, producción de algo sin materia preexistente. Tal tipo de acción sobrepasa el poder de la naturaleza; de ahí que se atribuya solo a Dios. Muchos filósofos piensan que el universo, por ser contingente, ha sido creado.

CREACIONISMO

En filosofía y teología, postura que atribuye a Dios la creación del mundo y de cada alma humana en el momento de la concepción. No debe confundirse con la postura radical que, bajo el mismo nombre, niega la evolución biológica y afirma que cada especie se ha originado por un acto particular de creación divina.

CRÍTICA

En griego, *krinein* significa discernir, separar, juzgar, decidir. La crítica filosófica es la investigación del fundamento en que se apoyan las proposiciones, la actividad que nos permite distinguir la verdad del error.

CUALIDAD

Del latín *qualitas*. La filosofía entiende por cualidad el modo de ser que se afirma o niega de un sujeto, y se suele restringir su significado a ciertos aspectos sensibles de la percepción. Es tradicional la distinción hecha por Locke entre cualidades primarias (extensión, figura, movimiento, resistencia) y cualidades secundarias (color, sonido, sabor, calor, etc.).

CUERPO

Del latín *corpus*, quizá relacionado con el griego *jros* (carne). Cualquier objeto que puede ser percibido por los sentidos. Desde Aristóteles, los cuerpos son el objeto propio de la física. El cuerpo tiene extensión, ocupa espacio y es material. Corporal o corpóreo se opone a espiritual.

CUERPO HUMANO

El cuerpo humano no es mera extensión mecánica sino depositario de una potencia activa que explica su vida biológica y sus facultades psicológicas. La filosofía clásica concibe al cuerpo humano como correlato del alma. En Platón, ambos se complementan de forma accidental (el cuerpo es el sepulcro del alma); en la tradición aristotélica y cristiana, cuerpo y alma son coprincipios sustanciales, mutuamente necesitados como la materia y la forma.

CULTURA

Del latín *colere*: cultivar. En sentido propio la cultura es el arte de cultivar el espíritu, como la agricultura es la labor agraria.

DEBER

Del verbo latino *debere*. Se define como la obligación de hacer o no hacer conforme a una norma. Su correlato es el *derecho*. Se distingue entre deberes individuales y sociales, positivos y negativos (no hacer algo), naturales y jurídicos, para con uno mismo, para con los demás y para con Dios. El fundamento del deber son las exigencias naturales de la naturaleza humana y, en última instancia, el autor de dicha naturaleza.

DEDUCCIÓN

Método intelectual por el cual se pasa lógicamente de lo universal a lo particular. Desciende de los principios a los hechos, de lo abstracto a lo concreto, de lo general a lo particular. Es lo contrario a la inducción y presupone la fase inductiva de conquista de conceptos generales.

DEFINICIÓN

Proposición que expone breve y claramente la comprensión de un concepto. Elemento fundamental de la metodología científica y filosófica.

DEMAGOGIA

Práctica política que recurre a falsas promesas y se aprovecha de los instintos primarios del pueblo para conseguir sus objetivos, sin el menor escrúpulo ni respeto a la justicia. En la Grecia clásica, demagogo era quien gobernaba al margen de la justicia y de la ética, buscando asentar su propio poder.

DEMOCRACIA

En griego, *kratós* significa poder, y *demos* era la circunscripción territorial que en Atenas reunía una parte de sus ciudadanos. Democracia es el gobierno en el que el pueblo ejerce la soberanía por medio del voto, y donde se respetan las libertades, la ley, la igualdad jurídica y de oportunidades, la autoridad política, la división de poderes, la alternancia en el poder y el control público de la autoridad.

DEMOSTRAR

Mostrar o declarar algo con evidencia racional. Las ciencias y la filosofía se apoyan en demostraciones.

DERECHO

Es el modo como regulan los hombres las relaciones colectivas indispensables para salvaguardar el orden social. Es un conjunto de reglas o leyes que genera la misma vida social para organizar las actividades humanas y asegurar la libertad de sus miembros. Puede ser natural y humano o positivo.

DERECHOS HUMANOS

Son los que pertenecen a todo ser humano por el hecho de serlo: el derecho a la vida, a la libertad, a la educación, a la integridad corporal, a la igualdad jurídica, a la honra, etc. Su respeto es exigencia de la dignidad humana y condición necesaria para la paz.

DESTINO

Fuerza desconocida a la que se atribuye influencia poderosa y arbitraria sobre el mundo y los hombres. También se la llama hado y fatalidad.

DETERMINISMO

La existencia de la libertad es negada por el determinismo, al defender que los actos humanos están regidos, determinados previamente, por leyes físicas, biológicas o sociales. Se trata de un prejuicio que intenta encajar los hechos humanos en esquemas solo aplicables al mundo físico. Además, la negación de la libertad humana es contraria a la experiencia universal y elimina el fundamento de la responsabilidad y de la ética.

DIALÉCTICA

Método filosófico para descubrir o aclarar la verdad mediante la consideración de conceptos opuestos o complementarios. Han usado este método filósofos como Heráclito, Zenón, Platón, Kant, Hegel y Marx. En Hegel y Marx, la dialéctica se articula sobre un triple movimiento de tesis-antítesis-síntesis.

DIÁLOGO

Del griego *diálogos*: conversación entre varias personas. Es una modalidad del pensamiento filosófico, popularizada por Sócrates; también es, desde Platón, la versión literaria de dicha conversación. Implica delimitación de conceptos, discusión, confrontación. Busca la verdad a través del contraste de pareceres opuestos.

DIOS

La filosofía entiende por Dios la Causa de todo lo que existe, y le concibe como un Ser todopoderoso, eterno y providente. La idea de Dios muestra una característica sorprendente: está presente en la mente de todos los hombres, incluso en aquellos que niegan su existencia real. Dios no es susceptible de conocimiento directo, pero la razón puede aportar pruebas de su existencia; son famosas las cinco vías formuladas por Tomás de Aquino, recogidas de la filosofía griega.

DIVISIÓN

Operación matemática y lógica que consiste en descomponer un todo en sus partes. Uno de los fundamentos del método científico.

DUALISMO

Toda explicación que se apoya en dos principios diferentes: alma y cuerpo (hombre); pensamiento y extensión (realidad cartesiana); Bien y Mal (maniqueísmo), etc.

DUDA

Vacilación de la mente ante dos juicios contradictorios. Proviene del adjetivo latino *dubius*, derivado del numeral *duo*: dos, y expresa precisamente el balanceo o vaivén del espíritu entre dos términos opuestos. Se diferencia de la ignorancia, de la opinión y de la certeza.

ECLECTICISMO

Actitud filosófica que procura conciliar lo mejor de otras teorías diferentes. Postura intermedia, alejada de los extremos.

ECONOMÍA

Actividad propia del ser humano, que se ocupa de la producción y distribución correcta de los medios para hacer frente a tres necesidades básicas: alimentación, vestido y vivienda. En su gestión intervienen siempre la inteligencia, la libertad, los sentimientos y el modo de entender la vida, pues nunca está predeterminado qué y cómo comer, vestir y vivir. Por eso la economía es cultura.

EFECTO

Resultado de una causa. En latín, *effectus* es lo que ha sido hecho o ejecutado. En realidad, todo hecho real puede considerarse como un efecto.

EMOCIÓN

Afecto, estado de ánimo, movimiento interior que se traduce externamente. Puede ser producido por sensaciones, ideas o recuerdos.

EMPÍRICO

Que se desprende de la experiencia.

EMPIRISMO

Procede del griego *empierin*: experimentar. El empirismo filosófico toma la experiencia sensible como única fuente de conocimiento. Francis Bacon es considerado su fundador, porque preconiza el método experimental. David Hume lo lleva hasta sus últimas consecuencias: la negación de la causalidad, de la sustancia, del yo psicológico, de todo lo metafísico.

ENTE

Del latín *ens-entis*: ser.

ENTENDIMIENTO, INTELIGENCIA

Del latín *intus legere*: leer dentro, y de *inter elegere*: elegir, escoger entre diferentes hechos o datos. Facultad intelectual por la que comprendemos la realidad, captando lo esencial y separándolo de lo accidental. Se distingue de las sensaciones en que éstas se quedan en lo que primeramente se presenta, que es lo extrínseco y accidental. Pasa de lo particular a lo universal por medio de la abstracción.

ESCEPTICISMO

Del griego *scepto*: observar, examinar. Postura iniciada por Pirrón (s. IV a.C.). Afirma que la verdad no existe, o que, si existe, el hombre es incapaz de conocerla. Si el escepticismo fuese verdadero, se negaría a sí mismo.

ESENCIA

Del verbo latino *esse*: ser. Lo que constituye la naturaleza de una cosa. Lo que una cosa es. Lo que hace que una cosa sea lo que es. Responde a la pregunta «qué es», y en este sentido, esencial se opone a accidental. Se trata de una noción central de la filosofía.

ESPACIO

Se percibe de manera inmediata como el sitio o lugar que ocupa o puede ocupar un objeto, pero resulta extraordinariamente difícil precisar su concepto. Newton lo concibió como un enorme receptáculo vacío, con existencia independiente de los cuerpos que contiene. Aristóteles y Einstein lo conciben como estrictamente relativo a los cuerpos. Para Kant es una forma subjetiva del conocimiento humano.

ESPECIE

En lógica, un subconjunto del género. En biología, conjunto de seres vivos con caracteres esenciales comunes, que pueden reproducirse entre sí.

ESPÍRITU

Del latín *spiritus*: aliento o soplo vital. Corresponde al griego *pneuma* y *nous*. La producción de ideas y la toma de decisiones son características esenciales del ser humano, están entre los elementos más poderosos del mundo, y no son actos corporales: no tienen materia ni extensión, no se pueden medir ni pesar, no tienen color ni ocupan espacio. Por esos efectos conocemos una causa que está fuera de toda percepción sensible y que constituye esencialmente al hombre: el espíritu, una energía o inmaterial capaz de entender y querer.

ESTADO

En filosofía política, la organización y estructura de gobierno de un país, la comunidad política organizada. Entre sus elementos esenciales: gobernantes y gobernados, territorio, leyes e instituciones propias.

ESTOICISMO

Escuela filosófica fundada por Zenón de Citium (Chipre, 333-262 a.C.); dictaba sus lecciones en un pórtico (*stoa*, en griego). El estoicismo recomienda la indiferencia ante el Destino y las pasiones, la apatía e imperturbabilidad. Séneca, Epicteto y Marco Aurelio fueron los principales pensadores estoicos.

ETERNIDAD

La definición clásica dice: posesión perfecta y simultánea de una vida interminable. Así concebida, es atributo de Dios.

ÉTICA

Parte de la filosofía que estudia la conducta moral del hombre: el uso correcto de la libertad, orientado a la consecución de virtudes. En griego, *ethos* significaba acción y costumbre.

EVIDENCIA

Del latín *evidentia*: lo que se ve. Es la claridad con que algo se manifiesta a la inteligencia, de forma que impone la adhesión a su verdad. Existen evidencias físicas, morales y metafísicas. Todos los criterios para diferenciar lo verdadero de lo falso se pueden reducir, en última instancia, al criterio de evidencia: no cabe certeza alguna que no implique realmente una evidencia objetiva.

EVOLUCIÓN, EVOLUCIONISMO

Hipótesis que propone un proceso de cambio en los seres vivos, mediante modificaciones progresivas, por el cual se ha producido, desde los orígenes de la vida, la enorme variedad de especies que han existido y existen. Aunque hay cierto pensamiento evolucionista en San Agustín y los filósofos griegos, el rango de hipótesis científica no llegará hasta Lamarck y Darwin, en el siglo XIX.

EXISTENCIALISMO

Denominación que designa a algunos filósofos que tienen en común reivindicar lo que de concreto tiene la existencia humana frente a la abstracción de los idealistas. Entre los principales existencialistas: Kierkegaard, Heidegger, Jaspers, Sartre y Marcel.

EXPERIENCIA

Del latín *ex-perior*: obtener por medio de prueba. Se la suele identificar con el conocimiento sensitivo en el que se nos hacen patentes hechos singulares, pero también hay una experiencia intelectual que nos indica que entendemos, queremos y existimos.

FAMILIA

En sentido amplio, conjunto de personas que conviven. En sentido propio, conjunto de personas que viven en unidad conyugal (esposos) y paterno-filial (padres e hijos).

FELICIDAD

Plenitud de satisfacción; estado en que se satisfacen de manera completa y estable todas las apetencias, potencialidades y deseos del ser humano. La condición de «estable» es la que impide que pueda darse una felicidad completa en esta vida. Por eso, como la felicidad es un deseo natural universal, las antiguas culturas, tanto en Oriente como en Occidente, la conciben en relación con una existencia después de la muerte.

FENÓMENO

Lo que aparece, lo que se manifiesta ante nuestro conocimiento. En Kant, de la realidad solo conocemos su aspecto fenoménico, las apariencias que ocultan la esencia («la cosa en sí»).

FILOGÉNESIS, FILOGENIA

Origen de las especies y de las estirpes de los seres vivos. Parte de la biología que estudia las relaciones de parentesco entre los distintos grupos de seres vivos.

FILOSOFÍA

Su raíz griega significa amor a la sabiduría. Es un conocimiento racional y sistemático que intenta explicar toda la realidad por sus causas y principios más radicales. Abarca varias disciplinas: lógica, metafísica, teodicea, cosmología, psicología, ética, política y filosofía de la cultura.

FIN, FINALIDAD

Del latín *finis*: límite, término, acabamiento. Tiene un sentido temporal y un sentido intencional: lo que se quiere alcanzar porque se considera como un bien; en este sentido, fin y bien son dos conceptos afines. La noción de fin también se halla estrechamente ligada a la de causa: el fin es «causa final», aquello por lo que se hace algo, la razón de ser de una cosa. El estudio filosófico de la finalidad se llama *teleología*.

FÍSICA

Del griego *phisis*: naturaleza. Ciencia que estudia la materia y la energía en sus leyes y aspectos mensurables.

FORMA

En sentido genérico es la figura o aspecto exterior de los cuerpos materiales. Pero la figura exterior y todo lo que una cosa es depende del orden interno de sus elementos. A esa causa interna la llamó Platón idea (*eidos*) o forma (*morfé*). Aristóteles desarrolló esta postura platónica en la doctrina del hilemorfismo, según la cual todo está compuesto de materia y forma. Para Kant, las formas que atribuimos a las cosas son moldes mentales de nuestra facultad de conocer.

HÁBITO

Conducta estable adquirida por repetición de actos. Si el hábito es bueno (virtud), perfecciona lo que se tiene por naturaleza.

HEDONISMO

Del griego *hedoné*: placer. Doctrina que reduce la felicidad al placer orgánico y lo proclama fin supremo de la vida.

HIPÓTESIS

Proposición no demostrada o incierta, que se admite provisionalmente hasta que se verifique su verdad (ver *tesis*).

HOMBRE

El ser que se realiza en cada uno de nosotros, que se define como animal racional, que vive en sociedad y está dotado de conciencia, libertad, sentido político, estético y religioso.

IDEA

Del griego *idein*: ver. Significa noción, representación intelectual, concepto. Se trata de un término muy importante en filosofía, estudiado ampliamente por Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hume, Kant y Hegel.

IDEALISMO

En sentido corriente, tanto la defensa de un ideal como la actitud soñadora. En sentido filosófico es la doctrina que afirma que nuestras ideas son creaciones mentales que fundamentan nuestro conocimiento y la misma realidad. Puede llegar a negar la existencia de la misma realidad. Se opone al realismo: la consideración de la realidad del ser como fundamento del conocimiento. Se considera a Descartes, por su *cogito, ergo sum*, padre del idealismo.

IDEOLOGÍA

Sistema de valores, creencias y opiniones de un grupo social determinado. Se llamó «ideólogos» a los intelectuales de la Ilustración, acusados por Napoleón de enmascarar la realidad; de ahí procede el matiz peyorativo que desde entonces acompaña al término «ideología». Entre las ideologías más importantes del siglo XX: el liberalismo, el socialismo y el comunismo.

IGUALDAD

Del latín *aequalitas*. En sentido filosófico hay una igualdad antropológica esencial (todos los hombres somos iguales), de la que se derivan una igualdad moral (obligación de tratar a los demás como a uno mismo); una igualdad jurídica (de todos los hombres ante la ley); y una igualdad política (de oportunidades, derechos y deberes). Esta igualdad esencial debe ser compatible con la desigualdad existencial que de hecho se da entre las personas por su diferente dotación natural y su diverso uso de la propia libertad.

ILUSTRACIÓN

Movimiento filosófico y cultural del siglo XVIII europeo y americano, caracterizado por una confianza total en la capacidad de la razón para resolver todos los problemas de la vida humana: el progreso científico conquistaría la felicidad universal. Fue consecuencia del racionalismo y del auge de la ciencia moderna. En su seno nacieron la masonería, el despotismo ilustrado y la *Enciclopedia*.

IMAGINACIÓN

Capacidad psicológica de conservar, evocar, reproducir, combinar y crear imágenes sin la presencia del objeto al cual se refieren. Los productos de la imaginación no surgen de la nada sino que tienen su origen en sensaciones previas. Está profundamente relacionada con la memoria, el sueño, el pensamiento y toda la creatividad humana.

INDIVIDUALISMO, INDIVIDUO

El término latino *individuus* traduce al griego *a-tomo*: no divisible. Los seres vivos son individuos porque no son divisibles. «Individualismo» es la postura filosófica que considera al individuo como fundamento y fin de todas las leyes. Se opone al intervencionismo del Estado socialista, defiende una iniciativa privada sin apenas cortapisas, y tiende a olvidar la necesidad humana de convivencia y solidaridad.

INDUCCIÓN

Operación lógica que consiste en establecer verdades generales a partir de hechos particulares. Procede de los hechos a la ley que los explica, de lo concreto a lo abstracto. Es el primer método de toda pedagogía. Se usa como sinónimo de inferencia. Su operación contraria es la deducción.

INMORTALIDAD

Apenas existen filosofías que no se hayan planteado la pregunta sobre el después de la muerte. Platón llegó a decir que la misma filosofía era en el fondo una meditación sobre la muerte. La creencia en la inmortalidad afirma que el alma humana sobrevive a la muerte biológica, y está asociada a una justicia inexorable y a un premio y un castigo eternos: así en Sócrates, Platón, San Agustín, Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz y Kant, entre otros muchos.

INSTINTO

Del verbo latino *instinguo*: instigar, estimular. Es la conducta innata, estable y automática que deriva directamente de las necesidades fundamentales de un animal. Suele responder al esquema estímulo-respuesta.

INSTITUCIONES

Organismos que desempeñan funciones de interés público. La sociedad se organiza por medio de sus instituciones: sociedades intermedias que cubren determinadas necesidades fundamentales: la familia, la empresa, las instituciones políticas, educativas, asistenciales, morales y religiosas.

INTELIGENCIA

La palabra fue introducida por Cicerón para significar capacidad intelectual. Es la diferencia específica de la especie humana, que le permite el acceso a la realidad y a la verdad por medio de las principales estrategias lógicas: definición, división, clasificación, demostración, análisis, síntesis, inducción y deducción. Divide a los sistemas filosóficos según la interpreten como reducible o no a factores fisiológicos.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Nació durante la segunda guerra mundial, cuando el gobierno norteamericano encargó a Norbert Wiener, profesor del MIT, que estudiara la posibilidad de regular automáticamente la dirección de tiro de los cañones antiaéreos. Así surgieron los primeros ordenadores basados en procesos de realimentación. El ordenador almacena y combina los símbolos que el hombre introduce en su memoria, pero, a diferencia de la inteligencia humana, ni los crea ni los entiende: tiene la sintaxis, no la semántica.

INTENCIONALIDAD

Del latín *in-tendere*: tender hacia. Se dice que los hechos psicológicos son intencionales porque se dirigen a algo distinto de sí mismos: el entendimiento se dirige a las cosas, la conciencia psicológica es conciencia de algo, la voluntad se dirige a la acción, todo apetito pretende un objeto.

INTROSPECCIÓN

Método psicológico que consiste en mirar hacia el interior de uno mismo para comprenderse y comprender mejor la psicología humana.

INTUICIÓN

Conocimiento inmediato, es decir, súbito y sin intermediarios. Se opone a razonamiento. La intuición puede ser sensible, psicológica, intelectual y metafísica. Descartes la consideraba más simple y segura que la deducción. Se ha dicho que con la lógica se demuestra y con la intuición se inventa.

IRONÍA

Figura retórica que hace comprender lo que se quiere decir diciendo lo contrario. Sócrates la utilizaba para sorprender a sus discípulos y conducirles a la verdad.

IRRACIONALISMO

Actitud intelectual que confiere a lo irracional un valor fundamental. Nietzsche es uno de sus principales representantes.

JUICIO

Se define en lógica y psicología como facultad y acto del pensamiento por el que se unen dos ideas afirmando o negando su conveniencia; en sentido similar, facultad de discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. Los juicios pueden ser afirmativos o negativos; universales y particulares; categóricos, hipotéticos y disyuntivos; asertóricos, problemáticos y apodícticos.

JUSTICIA

Del latín *iustitia*. Virtud cardinal que se define, desde Ulpiano, como constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo. También es el conjunto de todas las virtudes, por el que es bueno quien las tiene. Es la garantía del bien indivudual (justicias conmutativa y distributiva) y del bien social (justicia legal).

LENGUAJE

Conjunto de símbolos orales con los que el hombre comunica lo que piensa y siente. Por el lenguaje, los seres humanos abarcamos y comunicamos inmaterialmente toda la realidad. El lenguaje es a la vez causa y efecto de la cultura, esencialmente distinto de la comunicación animal, y demostración incomparable de la inteligencia humana, pues es en el oyente donde el sonido adquiere significado.

LEY

El secreto para mantener la armonía social es la ley: un ordenamiento racional dirigido al bien común y promulgado por la autoridad legítima. Parece derivar del latín *ligare* (atar), en cuanto comporta cierta obligación, y de *legere* (leer), en cuanto que no es un capricho sino algo que se desprende de la naturaleza humana. En griego se decía *nomos*: norma. «Por la ley no nos gobierna un hombre sino la razón» (Aristóteles); por eso «debemos defenderla como defendemos las murallas de la ciudad» (Heráclito). Toda ley es educativa y coactiva: enseña y obliga.

LEY NATURAL

Principio intrínseco que ordena el ser y el obrar de la naturaleza y del hombre. Los griegos la denominaron «ley no escrita». Desde la Edad Media se define también como «participación de la *ley eterna* en la criatura racional», entendiendo por *ley eterna* el plan divino sobre la creación. Su existencia se pone de manifiesto por el hecho de que estamos sometidos a inclinaciones naturales e innatas, de las cuales tenemos conocimiento racional. La doctrina que afirma y explica la ley natural se llama «iusnaturalismo».

LEYES POSITIVAS

Son las promulgadas por el legislador humano. Deben respetar siempre a la ley natural y aplicarla a la infinita variedad de situaciones que el hombre es capaz de crear. El positivismo jurídico suele negar la existencia de leyes naturales.

LIBERALISMO

Ideología que exalta la libertad política, económica y de conciencia. Se apoya en algunos principios de derecho natural, como la dignidad, la libertad y la igualdad fundamentales de los hombres. Dichos principios han inspirado instituciones que consagran la separación y el equilibrio de poderes y la democracia parlamentaria, proporcionando el marco para una convivencia real y pacífica. Entre las deficiencias del liberalismo: su individualismo insolidario, que favorece procesos de acumulación de poder económico y de marginación.

LIBERTAD

Es ausencia de coacción, independencia; pero, sobre todo, es el autodominio con que el hombre gobierna sus propias acciones. En el acto libre entran en juego las dos facultades superiores del hombre: la inteligencia que conoce y delibera, y la voluntad que decide. La libertad reside propiamente en la voluntad, pero sin conocimiento de la verdad no hay libertad. Por ser el hombre un>ser limitado, su libertad también lo es, al menos con una triple limitación fundamental, que también es protectora: física, psicológica y moral.

LÓGICA

Estudio de los elementos del pensamiento humano –concepto, juicio, razonamiento– y de los métodos del conocimiento científico y filosófico: definición, división, clasificación, demostración y método.

MAL

Se define negativamente como lo que se opone al bien. Alude a defecto, falta, privación de un bien debido. Entendemos comúnmente por mal todo aquello que contraría los deseos, exigencias o necesidades de los seres, originando, al menos en el hombre, sufrimiento y dolor. Hay males físicos y morales. El mal moral es debido al desorden de la voluntad libre. El origen y el sentido del mal es uno de los problemas insolubles de la filosofía.

MARXISMO

Doctrina económica, política y filosófica fundada por Karl Marx (1818-1883). Se funda en la interpretación materialista de la dialéctica de Hegel aplicada al proceso histórico y económico de la humanidad, y es la base teórica del comunismo y de algunos socialismos. Sostiene la tesis de que la fuerza fundamental de la historia es la lucha de clases, que conducirá inevitablemente a la destrucción del capitalismo, a la dictadura del proletariado y, finalmente, al establecimiento de una sociedad comunista sin clases.

MATERIA

En filosofía, realidad primaria de la que están hechas las cosas. Según Aristóteles, lo que subyace a los cambios, lo que está indeterminado y en potencia de recibir formas: toda la realidad física está compuesta de materia y forma (*hyle* y *morfé*: hilemorfismo). Esa *materia prima*, principio metafísico esencial de los cuerpos, no es corpórea, y solo es cognoscible intelectualmente.

MATERIALISMO

Se opone a espiritualismo y a idealismo. Doctrina filosófica que solo concede realidad a la materia. La actividad psicológica del hombre se reduce a los procesos fisiológicos que están en su base; solo se admiten valores materiales: dinero, poder, placer. El materialismo marxista es histórico y dialéctico: la economía determina, según las leyes de la dialéctica, el tipo de sociedad, de política y de cultura.

MECANICISMO

Reducción de lo biológico a lo físico, de lo orgánico a lo mecánico. Explicación mecánica de los seres vivos y de los procesos biológicos y psicológicos. Es una forma de materialismo.

MEMORIA

Facultad psicológica de retener y recordar el pasado. Entre sus propiedades: fijar y conservar conocimientos pasados, evocarlos, reconocerlos, localizarlos en el espacio y en el tiempo. Aunque la inteligencia es diferente de la memoria, difícilmente podría desarrollarse sin ella, pues necesita integrar lo que ahora conoce con los conocimientos anteriores.

METAFÍSICA

En griego, «más allá de la física». Título dado por Andrónico de Rodas (siglo I d.C.) a la obra de Aristóteles que seguía a sus tratados sobre física. Aristóteles la llama filosofía primera, ciencia del ser en cuanto ser. Es la parte de la filosofía que estudia los fundamentos más radicales de la realidad. Para Descartes consiste en el estudio racional del alma y de Dios. Hume inauguró la desconfianza moderna hacia la metafísica, presentándola como un conjunto de elucubraciones sin fundamento racional.

MÉTODO

De acuerdo con su etimología griega, camino que conduce al conocimiento verdadero. También equivale a orden; de ahí que Balmes lo definiera como «el orden que observamos para evitar el error y encontrar la verdad». El método científico y el filosófico tienen en común cuatro fases esenciales: la inducción, la deducción, el análisis y la síntesis.

MITO

La palabra griega *mythos* significa relato fabuloso y se opone a *logos*, lo que es racional. Casi todos los pueblos primitivos poseen mitos en los que aparecen mezclados hombres y dioses, acontecimientos naturales y sobrenaturales. En las civilizaciones grecorromana, babilónica, islandesa y germánica, los mitos abordan cuatro cuestiones fundamentales: el origen de los dioses, el origen y el fin de la Tierra, el destino humano después de la muerte.

MORAL

Del latín *mos*, *moris*: costumbre. Es el estudio filosófico y teológico de la conducta humana en relación con su bondad o malicia. Funda sus juicios en criterios universales que proceden de dos fuentes con importantes puntos en común: la voluntad divina y la razón humana. La moral filosófica es equiparable a la ética, y deriva del estudio de la naturaleza humana y de la experiencia.

MOVIMIENTO

Cambio, alteración, variación. Aristóteles lo concibe como paso de la potencia al acto, y distingue cuatro: espacial, cuantitativo, cualitativo y la generación-corrupción.

MUERTE

Constituye una de las coordenadas fundamentales de la existencia humana, y por eso se ha contemplado desde todas las facetas imaginables: desde la fría descripción biológica hasta el supremo significado religioso. Santayana dijo que «una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar lo que piensa acerca de la muerte». En cualquier caso, escapa a todo intento de comprensión racional exhaustiva, pues la mente humana queda encerrada en una experiencia siempre anterior. Dada la posibilidad metafísica de supervivencia, el hecho de morir solo expresa el carácter irreversible del cambio.

NATURAL

Lo que deriva de la naturaleza de las cosas. Se opone a lo que procede del hombre: el arte, la técnica, la cultura. Se habla de derecho natural y leyes naturales, de razón natural.

NATURALEZA

La voz latina *natura* deriva de *natus*, participio del verbo *nascor*: nacer. A su vez, *natura* traduce el término griego *physis*, que deriva del verbo *phyo*: producir, crecer. Por tanto, *physis* y *natura* son términos equivalentes, y ambos se traducen correctamente por «naturaleza», expresión de lo que surge, crece y se desarrolla ordenadamente. Naturaleza es el mundo animado por un dinamismo que se expresa en leyes universales como la gravitación, la constante de Planck, la velocidad de la luz, el número de Avogadro, etc.

NIHILISMO

Del latín *nihil*: nada. Negación de cualquier verdad y de cualquier valor moral o político. Una especie de negación dogmática de la misma realidad. Nace en Grecia, de la mano de sofistas como Gorgias, Trasímaco y Calicles, y llega hasta Nietzsche.

NORMAL

Que respeta la norma (*nomos*, en griego). Equivale a natural, y no debe confundirse con lo mayoritario.

OBJETIVO
Lo que existe realmente, fuera del sujeto que lo conoce. Relativo al objeto en sí y no a nuestro modo de pensar o sentir. Se opone a subjetivo.

OBJETO
Del latín *obiecto*: lo que está delante. Todo lo que puede ser conocido o querido por un sujeto. También significa el término hacia el que apunta una actividad consciente, su finalidad.

OCASIÓN
Circunstancia favorable para la actuación de una causa.

OPINIÓN
Se trata, para Platón, de un conocimiento intermedio (*doxa*) entre la ignorancia y la ciencia, propio de realidades contingentes que no pueden ser conocidas con certeza. Como «conocimiento de apariencias» es el modo natural de acceso a un mundo siempre cambiante, pero el filósofo no debe ser «amigo de la opinión», debe buscar el conocimiento universal e inmutable de las esencias, el conocimiento de las causas y los efectos.

ÓRGANO, ORGÁNICO
Del griego *órganon* y del latín *organum*: instrumento. Órgano es la parte de un ser vivo que ejerce una función. A diferencia de lo mecánico, lo orgánico se refiere a los organismos vivos. El mecanicismo se esfuerza por reducir lo orgánico a lo mecánico.

PANTEÍSMO
Doctrina monista que identifica a Dios con el mundo, negando la concepción de Dios como Trascendencia pura. Suele concebir la naturaleza como una especie de emanación necesaria de Dios. Han sido panteístas Parménides, Plotino, los estoicos, Hegel... Es famosa la fórmula panteísta de Spinoza: *Deus sive natura*.

PARADOJA
En griego y en latín, *paradoxa* significa «contrario a la opinión (*doxa*)», idea sorprendente, contraria a la opinión común, que encierra una aparente o real contradicción.

PASIÓN
Del griego *pathos* y del latín *passio*: padecer, ser afectado. En Aristóteles es la categoría o modo de ser contrario a la acción. La psicología clásica designa como pasiones del alma ciertos estados afectivos: movimientos anímicos violentos en favor o en contra de alguien o de algo, afectos intensos que se centran en personas, cosas o ambientes. Su protagonismo en la conducta humana es constante, y también sus connotaciones éticas. Entre las pasiones más frecuentes: el amor, el deseo, el gozo, la esperanza, y sus contrarios.

PAZ
Se asocia a tranquilidad, sosiego, quietud, armonía, equilibrio. Denota ausencia de conflicto psicológico, social o militar. El sentido positivo de la paz social es la concordia, la convivencia en el orden y la justicia. Es un elemento fundamental del bien común.

PENSAMIENTO

Como facultad de pensar, equivale a inteligencia y entendimiento. También significa la misma actividad mental y su resultado: lo pensado por medio de conceptos. Se diferencia del conocimiento sensible.

PERCEPCIÓN

Elemento primordial del conocimiento humano. Proceso mediante el cual no solo captamos la realidad exterior, sino que además la interpretamos y ordenamos en totalidades coherentes. En este sentido, puede haber sensación sin percepción, pero no percepción sin sensación. Los órganos de los sentidos producen sensaciones que, en unión con conocimientos anteriormente adquiridos, se convierten en percepciones.

PERSONA

La máscara que usaban los actores en el teatro se llamaba *prosopon* en griego, y *persona* en latín. Servía para dar resonancia a la voz y para identificar al personaje que representaba. Todo eso significa «persona»: el que representa un papel, y también la interioridad que actúa en nosotros tras la fachada corporal. Es clásica la definición de Boecio: «Sustancia individual de naturaleza racional». La dignidad de la persona se ha hecho derivar de su condición inteligente, libre y responsable, y en último caso, de su condición de criatura divina.

PERSONALIDAD

Uno de los conceptos psicológicos más debatidos. Conjunto de cualidades heredadas y adquiridas, cognitivas y emocionales, que hacen de cada ser humano un individuo único y original. Supone integración del carácter y del temperamento, autocontrol o posesión de sí mismo, y capacidad de adaptación: así va consiguiendo la persona vivir en armonía consigo misma y con los demás. La instancia educativa más importante en la formación de la personalidad es la familia. Edificar la propia personalidad constituye la tarea primordial de una vida.

PERSONALISMO

Concepción filosófica, política y social que da primacía a la persona y defiende su dignidad. Reacciona por igual contra los graves errores producidos por el individualismo y el totalitarismo. En el siglo xx, pertenecen al pensamiento personalista filósofos como Berdiaeff, Marcel, Max Scheler, Maritain y Mounier.

PLACER

Satisfacción física o anímica producida por muy diversas causas: desde el sabor de un buen vino hasta la práctica del deporte o la conversación con una persona amiga. Se opone a dolor, y el binomio placer-dolor constituye uno de los principales resortes de la conducta humana, pues por naturaleza buscamos el placer y rehuimos el dolor. La confusión del placer con el bien se llama hedonismo, y su control racional se llama templanza.

POLÍTICA

Del griego *polis*: ciudad. Arte de gobernar. Actividad de los que gobiernan o aspiran a gobernar. La filosofía política estudia las formas de gobierno y las instituciones que las encarnan.

POSITIVISMO

Esta postura científica y filosófica, inaugurada por Augusto Comte, pretende atenerse solo a los «hechos positivos», entendiendo por tales los que pueden ser captados directamente por los sentidos y ser sometidos a verificación cuantitativa. Descarta a priori cualquier consideración metafísica, y tiende a identificarse con posturas materialistas. Supuso un importante avance para las ciencias empíricas, pero implica al mismo tiempo una reducción arbitraria del conocimiento humano, derivada del agnosticismo kantiano y del racionalismo.

POTENCIA

Concepto consagrado por Aristóteles para explicar la constitución metafísica de la realidad. Todos los seres están esencialmente compuestos por dos coprincipios radicales: potencia y acto. La potencia equivale a capacidad de cambiar, de adquirir nuevas formas, nuevas actualizaciones, y solo así es posible el movimiento: paso de la potencia al acto. Al hacer derivar el movimiento del ser-en-potencia, Aristóteles resuelve las aporías que lo derivaban del ser o del no-ser.

PRINCIPIO

Viene del latín *principium* y se corresponde con el griego *arché*: origen de algo. Hay principios del ser, del movimiento, del conocimiento; hay principios lógicos, científicos, morales... Entre los principios universales de la ciencia se pueden mencionar el principio de no contradicción, el de tercio excluso, el de conveniencia y discrepancia, el de razón suficiente.

PROVIDENCIA

Providentia significa en latín visión anticipada de lo que puede ocurrir. En sentido teológico y filosófico, acción de Dios sobre el mundo, sabiduría divina que rige y conserva el mundo.

PRUDENCIA

Virtud cardinal que consiste en ser capaz de poner en práctica el conocimiento teórico del bien. Es como el marco de todas las demás virtudes (*genitrix virtutum*). Es una virtud teórica y práctica, pues empieza conociendo y termina actuando. Requiere dominio de lo que se hace, experiencia, conocimiento de los principios morales, reflexión ponderada, atención a las circunstancias, petición de consejo, decisión y ejecución. La palabra «prudencia» procede del latín *providentia* y *providere*: prever.

PSICOANÁLISIS

Término concebido por Freud como «método para la investigación de procesos anímicos», y como «método terapeútico de perturbaciones neuróticas». Pero también es una teoría antropológica global, una interpretación que reduce todas las dimensiones de la vida humana a las tensiones entre el *principio del placer* (manifestación del instinto sexual) y el *principio de realidad*, que constantemente se opone al placer. El propósito de Freud era, según sus propias palabras, «hacer de la teoría sexual un dogma, una fortaleza inexpugnable». Hoy se reconoce en el psicoanálisis un grave lastre apriorístico y artificial.

PSICOLOGÍA

Del griego *psyché* (alma) y *logos* (tratado). Hasta hace poco se definía como la parte de la filosofía que estudia el alma y sus facultades. Hoy, por los nuevos medios de observación y experimentación, el campo de lo psicológico tiende a ceñirse a los fenómenos psíquicos observables, y hace posible la existencia de psicologías empíricas, fisiológicas, analíticas, clínicas, etc.

PSIQUISMO

Actividad psíquica. Conjunto de fenómenos mentales conscientes o inconscientes.

RACIONALISMO

Uso exclusivo de la razón en la interpretación de la realidad. Postura filosófica que solo concede valor cognoscitivo a la razón. Debe mucho al auge moderno de las matemáticas y de las ciencias, al positivismo y a la Ilustración. Tiende a confundirse con el subjetivismo y el relativismo. Históricamente desemboca en el idealismo absoluto de Hegel y en el marxismo. Dice Pascal que «el último paso de la razón es reconocer una infinidad de cosas que la sobrepasan; y es débil si no alcanza a ver esto».

RAZÓN

Del latín *ratio*: cálculo, consideración. Facultad de conocer intelectualmente, de calcular, de discurrir. Como facultad anímica superior, equivale a entendimiento, inteligencia o mente, y forma pareja inseparable con la voluntad. Entra en la definición de hombre: animal racional.

RAZONAMIENTO

Operación intelectual que consiste en encadenar lógicamente varias proposiciones para llegar a una conclusión.

REAL, REALIDAD

Real equivale a «lo que es», pues proviene del latín *res*: cosa, objeto, lo que existe. Decir que algo es real es reconocer su existencia. Se opone a aparente, potencial y posible. También significa, por contraposición a ideal y mental, lo que tiene existencia objetiva, fuera de la mente. La realidad es el carácter objetivo, no imaginario, de lo existente; y también el conjunto de todas las cosas existentes, físicas y psicológicas.

REALISMO

En filosofía, postura que afirma una realidad exterior al sujeto humano, fuente de conocimiento y de verdad. Se opone a idealismo y a subjetivismo. Hay un realismo ingenuo que cree de forma acrítica lo que dicen los sentidos, y un realismo crítico que es el fundamento de la ciencia. El realismo define la verdad como adecuación entre el entendimiento y la realidad; en cambio, para el racionalismo y el idealismo, la verdad es la coherencia interna del pensamiento consigo mismo.

REFLEXIÓN

Presenta cuatro sentidos filosóficos: conocimiento de lo que se conoce, conocimiento discursivo o comparativo, conciencia o conocimiento de sí mismo, y autopresencia activa de un ser. En psicología es sinónimo de introspección. El retorno de la mente sobre sí misma y sobre sus propios actos es una facultad claramente inmaterial.

RELACIÓN

En sentido filosófico, desde Aristóteles, importante modo de ser accidental que no está en el objeto sino en su ordenación hacia otro objeto: «Cualidad de varios objetos por la que se conciben en un acto intelectual único, el uno con referencia al otro». Son relaciones las espaciales y las temporales, las de causalidad, paternidad, amistad, y un larguísimo etcétera. Lo peculiar de la relación es que no se da «en» una cosa sino «entre» una cosa y otra. Son importantes en la medida en que constituyen y fundamentan el orden universal: no se entienden las cosas si no entendemos sus relaciones.

RELATIVISMO

Se refiere tanto al conocimiento como a la moral. En sentido epistemológico es la tesis que niega la existencia de verdades absolutas, universales y necesarias: todas las verdades son relativas para el relativismo, dependen de diversas condiciones y circunstancias que las hacen particulares y cambiantes. Es claro que todo en la realidad es relativo en el sentido de que todo está relacionado; pero la realidad, siendo relativa, es objetiva al mismo tiempo; en cambio, el relativismo niega la posibilidad de establecer verdades objetivas.

RELATIVISMO MORAL

Afirma que no hay nada de lo que podamos decir que sea bueno o malo absolutamente. De ser cierto, todas las acciones podrían ser buenas; y también podrían ser buenas y malas a la vez; todas las leyes podrían estar equivocadas, y debería imponerse el «todo vale». Si no hubiese absolutos morales tampoco tendría sentido hablar de moral.

RELATIVO

Que no es absoluto. Que está limitado por la relación a una persona o cosa.

RESPONSABILIDAD

Del verbo latino *respondere*: responder. Es la obligación y la capacidad de asumir las consecuencias de los propios actos libres, de responder por ellos. ¿Responder ante quién? La respuesta clásica dice: ante los demás, ante la sociedad y ante Dios, en la medida en que nuestros actos les afecten. La responsabilidad es inseparable de la libertad: si ésta es la capacidad de elegir, aquella es la aptitud para dar cuenta de esas elecciones.

SENSACIÓN

Impresión que en la conciencia psicológica deja lo conocido por los sentidos. Se trata de un fenómeno cognoscitivo primario, por el que captamos las propiedades materiales de los objetos corpóreos. Si el concepto es una representación intelectual y abstracta, la sensación es una representación individual y concreta de una cosa. Desde Aristóteles se afirma que no hay nada en el entendimiento que no proceda de los sentidos.

SENSIBLE

Que puede ser conocido por los sentidos. Equivale a material. Se opone a inteligible y conceptual.

SENTIDOS

Facultades del conocimiento sensitivo. Cada una de las capacidades psicológicas que tiene un ser vivo de percibir la realidad por medio de órganos corporales. En el hombre, los sentidos externos son cinco: tacto, gusto, olfato, oído y vista. Los internos son cuatro: sentido común, imaginación, memoria y estimativa.

SENTIDO COMÚN

En sentido corriente, sinónimo de cordura, de buen sentido. En filosofía, sentido interno que unifica y regula la multiplicidad sensorial de los sentidos externos, y sirve de enlace entre éstos y los internos. Su función es necesaria si pensamos que el ojo no oye, ni el oído siente la dureza: por tanto, la primera unificación de los diversos datos sensibles de un objeto se debe llevar a cabo por comparación entre ellas.

SENTIMIENTOS

Estados de ánimo influidos por formas de placer o dolor referidas a valoraciones no sensibles. Son más suaves y duraderos que las sensaciones, y hacen más referencia al pensamiento y a la imaginación que a la conducta motora. Constituyen el supuesto radical de toda experiencia interna, y son independientes de cualquier regulación voluntaria: el sujeto solo percibe sus efectos. Son agradables o desagradables, y en esto radica su peculiaridad. Pueden ser muy elementales (emociones) y muy complejos (felicidad o depresión).

SER

Como verbo es sinónimo de existir y afirma la realidad de una cosa. También es verbo copulativo y predicativo. Como sustantivo es sinónimo de *ente* y tiene dos sentidos: el acto de ser (existencia) y el sujeto del ser (esencia). Concepto filosófico por excelencia, pues es fundamento último de todo lo que existe. No se puede definir, pues no hay un concepto o género que lo abarque. Es un término análogo, no unívoco ni equívoco («el ser se dice de muchas maneras», escribió Aristóteles).

SEXUALIDAD

Actividad específica y directamente relacionada con la condición sexuada de los seres vivos diferenciados morfológicamente en orden a su reproducción. Si es instintiva en los animales, en la especie humana, aun cuando supone y reclama un instinto básico, tiene connotaciones profundamente morales y psicológicas.

SÍNTESIS

Mientras que el análisis procede de lo complejo a lo simple, la síntesis es el método intelectual por el que se estudia un todo a partir de sus diferentes elementos. Es esencialmente el proceso de unificación de lo múltiple.

SOCIALISMO

Doctrina social, política y económica que propugna la propiedad y administración pública de los medios de producción, así como la regulación estatal de la distribución de la riqueza y de las actividades económicas y sociales. Busca una igualdad entendida como igualitarismo. Se opone al liberalismo individualista frecuentemente encarnado en el capitalismo. Marx calificó su docrina «socialismo científico», por contraposición a los llamados «socialismos utópicos».

SOCIEDAD

Del latín *societas*: asociación, reunión, comunidad. Conjunto de personas cuya unidad se debe a un fin común: desde un club deportivo hasta una confederación de Estados. La división de funciones y la autoridad justa son elementos esenciales de toda sociedad, así como la continuidad en el tiempo y la convivencia, entendiendo por tal no el mero vivir juntos sino la cooperación. Dos tipos de sociedades superan a todas las demás en el orden natural: la sociedad conyugal y la sociedad civil; los griegos pensaban que si un hombre no necesita de ellas «es una bestia o un dios».

SOCIOLOGÍA

Ciencia que estudia las características y el desarrollo de las sociedades humanas. Fue Augusto Comte el primero que concibió los hechos sociales como objeto de observación empírica y elaboración científica. Durkheim aportó su carácter definitivo y describió el hecho social por su exterioridad respecto a las conciencias individuales.

SOFISMA

Razonamiento aparentemente lógico y verdadero con el que se quiere defender lo que es falso. Son sofismas las aporías de Zenón: en la de Aquiles y la tortuga, el error consiste en tomar el espacio y el tiempo como cantidades discontinuas cuando son continuas.

SOLIDARIDAD

Del latín *sodalitas* (camaradería, familiaridad), y *solidus* (macizo, consistente). Apoyo y adhesión a los puntos de vista y a los intereses de los demás. Es una necesidad social, un hecho empírico en las sociedades humanas y es una obligación moral basada en una exigencia natural.

SUBJETIVISMO

Primacía excesiva de lo subjetivo. Actitud del que no juzga las cosas y los acontecimientos con objetividad, sino con una marcada deformación subjetivista. Viene a ser una forma de escepticismo y de relativismo. Afecta al conocimiento de la realidad, a los juicios de valor y a los criterios que guían la conducta personal.

SUBJETIVO

Concierne al sujeto. Relativo al modo humano de pensar o sentir.

SUBSIDIARIEDAD (PRINCIPIO DE)

Del latín *subsidium*: ayuda desde la reserva, desde una instancia que no es la directamente responsable de lo que ocurre. Hace referencia a la ayuda que el Estado debe prestar a los particulares cuando estos no sean capaces de cubrir sus necesidades, pero sin suplantarlos nunca. El Estado no debe realizar lo que pueda ser hecho por las instituciones, y éstas no deben hacer aquello que puedan realizar los particulares. Se trata de un importantísimo principio general de ordenación de la vida social, que salvaguarda la libertad y la iniciativa.

SUBSTANCIA

Se puede decir sustancia, pero la ortografía clásica refleja mejor su etimología latina: *substantia*, que corresponde al infinitivo *substare* (estar debajo). Esencia o naturaleza de una cosa. La filosofía la entiende como entidad metafísica que sostiene las cualidades o accidentes de una cosa, sirviéndoles de soporte; por eso permanece (subsiste) a través de los cambios accidentales. Es también lo que hace que determinadas cualidades aparezcan siempre juntas en individuos de la misma especie.

SUJETO

Del latín *subiectum*: lo que está debajo. Significa todo aquello que sustenta o a lo que se atribuye alguna propiedad o atributo. Se aplica principalmente al sujeto racional o persona, porque debajo de su exterioridad física hay una riquísima interioridad psicológica. El ser humano también es sujeto en contraposición al mundo exterior, puesto frente a él como un objeto.

TELEOLOGÍA

Del griego *telos*: fin. Estudio de las causas finales: de la finalidad inconsciente que se observa en la naturaleza y de la finalidad consciente del hombre. Que el obrar humano es teleológico es evidente. Respecto a la naturaleza, a pesar de la invocación mecanicista al azar, es grande la evidencia racional de la finalidad: «No es temerario creer que el ojo está hecho para ver» (Claude Bernard). Voltaire escribió que «hay que taparse los ojos y el entendimiento para no ver ningún designio en la naturaleza; y si hay designio hay causa inteligente».

TIEMPO

Del griego *kronos* y del latín *tempus*. Una de las realidades más difíciles de entender, como atestigua San Agustín: «Si nadie me lo pregunta, sé lo que es; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé». Significa duración o permanencia, y también la medida de esa duración: «Medida del movimiento según un antes y un después», dice la magnífica definición aristotélica. El tiempo es una creación mental con fundamento real en la duración sucesiva de los seres.

TOLERANCIA

Del latín *tolerare*: soportar, sufrir. Su significado clásico es «permitir el mal sin aprobarlo». ¿Cuándo? Siempre que quien puede reprimir el mal considere que va a ser peor el remedio que la enfermedad. Es un arte muy difícil, cuyo cultivo exige prudencia para conocer a fondo la situación, valorar lo que está en juego, anticipar las consecuencias, pedir consejo y decidir. Hay dos evidencias claras: que hay que ejercer la tolerancia, y que no todo puede tolerarse. Hoy día, la tolerancia tiene un segundo significado: respeto a la diversidad, aceptación del pluralismo legítimo.

TOTALITARISMO

Hegel afirmó que el Estado debe ejercer la «totalidad» de las funciones, y Mussolini calificó de «totalitario» su propio régimen. El DRAE lo define como régimen político que ejerce fuerte intervención en todos los órdenes de la vida nacional, concentrando la totalidad de los poderes estatales en manos de un grupo o partido que no permite la actuación de otros partidos. Surge como nazismo y fascismo en países vencidos en la primera guerra mundial, y al poco tiempo su mejor encarnación será el marxismo.

TRABAJO

Es la actividad mediante la cual el hombre cubre sus necesidades de comida, vestido, vivienda, bienestar y defensa. Supone una especie de comunicación inteligente del hombre con las cosas, en las que imprime el sello de su personalidad: por eso, además de necesario, es algo muy personal. Su dimensión social deriva de las relaciones que establece y la cooperación que exige. Además de un derecho y un deber, es un atributo del ser humano.

TRASCENDENCIA

Del latín *trans*: más allá, y *scando*: escalar. Significa pasar de un ámbito a otro, atravesando el límite que los separa, sobrepasar un determinado límite. San Agustín dice que los platónicos trascendieron el mundo físico buscando a Dios. Se opone a inmanencia. El realismo epistemológico es trascendente, a diferencia del idealismo, porque afirma que más allá de nuestras ideas está la misma realidad conocida. También hay una trascendencia metafísica: la que separa radicalmente a Dios del mundo.

UNIVERSO

Totalidad de lo que existe en el espacio y en el tiempo.

UTILITARISMO

Doctrina ética que hace de la utilidad el valor principal. Equiparable al pragmatismo. Fue iniciado por J. Bentham y J. Stuart Mill, en la Inglaterra de finales del XVIII. Para Bentham, utilidad significa placer, bien y felicidad. Mill destacó el carácter cualitativo del placer y proclamó la superioridad de los placeres intelectuales y de los sentimientos morales. Como lo útil se juzga por los resultados, el utilitarismo es una ética consecuencialista.

VALOR, VALORES

Valor es la condición de algo que sirve y es deseable. Entre sus principales acepciones, la económica, la matemática, la filosófica, la psicológica y la ética. Es uno de los conceptos que fundamentan la economía. Para la ética es el bien; para la estética, la belleza.

VERDAD

Del latín *veritas*: adecuación, conformidad. La verdad está en la realidad (verdad *ontológica*) y en el conocimiento (verdad *lógica*). A diferencia de lo irreal, aparente o ilusorio, de las cosas reales se dice que son verdaderas. El conocimiento y las proposiciones son verdaderos cuando se ajustan a la realidad. También se habla de verdad *moral* para expresar la conformidad entre lo que se dice, lo que se hace y lo que se piensa. El respeto a la verdad es uno de los elementos fundamentales de la personalidad humana, de la convivencia y de las sociedades.

VIDA

Concepto que se adquiere espontáneamente al contemplar un mundo lleno de seres que se mueven por sí mismos. Es propio de los seres vivos –vegetales, animales y racionales– desarrollar su existencia entre el nacimiento y la muerte, integrando en ese tiempo procesos de crecimiento y reproducción que no se dan en los seres inertes. La vida incluye, además, actividad, organización funcional y mantenimiento de la forma estructural individual a través de los cambios corporales constantes. El principio formalizador de un cuerpo vivo, irreductible a la materia, se denomina *alma*.

VIRTUD

Del griego *areté* y del latín *virtus*: fuerza. Desde muy pronto fue entendida como hábito, propiedad o manera de ser de una cosa (hay plantas con virtudes curativas). Se dice propiamente del hombre, y tiene un sentido ético: hábito operativo bueno. Aristóteles distinguió entre virtudes éticas e intelectuales. Tomás de Aquino añadió las teologales, que tienen a Dios por Objeto. Ambos dedicaron a las virtudes estudios minuciosos. San Agustín propuso una definición que se hizo célebre: «Orden del amor».

VOLUNTAD

Del verbo latino *volo*: querer. Significa tanto la voluntad de querer como el acto de querer o volición. Entendimiento y voluntad son las dos facultades superiores del hombre, las que gobiernan toda la actividad propiamente humana. Voluntario es lo que procede de un principio intrínseco con conocimiento del fin. Por tanto, no es voluntario lo violento, lo no viviente y lo viviente no cognoscitivo. El atributo de la voluntad es la libertad: la potestad de elegir entre los medios más adecuados para alcanzar el fin propuesto.

YO

Realidad a la que se refieren todos los hechos psíquicos de la vida humana. Principio metafísico al que atribuimos lo que sentimos, pensamos, hacemos y somos. Puede entenderse como la conciencia de la propia individualidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. Los seres vivos y su evolución

Brysson, Bill: *Breve historia de casi todo*, RBA
Darwin, Charles: *El origen de las especies*, EDAF
Grassé, Pierre: *La evolución de lo viviente*, Hermann Blume
Martínez Caro, Diego: *Génesis*, Homolegens

2. El animal racional

Chesterton: *El hombre eterno*, Cristiandad
Polo, Leonardo: *¿Quién es el hombre*?, Rialp
Searle, John: *Mentes, cerebros y ciencia*, Cátedra
Spaemann, Robert: *Lo natural y lo racional*, Rialp

3. El animal ético

Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, Gredos
Confucio: *Los cuatro libros*, Paidós
Lorda, Juan Luis: *Moral. El arte de vivir*, Palabra
Spaemann, Robert: *Ética: Cuestiones fundamentales*, EUNSA

4. El animal social y económico

Basallo, Alfonso: *Pijama para dos*, Planeta Testimonio
Marco Aurelio: *Meditaciones*, Alianza, Gredos
E. F. Schumacher: *Lo pequeño es hermoso*, Hermann Blume

5. El animal político

Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, Gredos
Golding, William: *El señor de las moscas*, Alianza
Platón: *Critón*, Espasa Calpe
Tertsch, Hermann: *La venganza de la historia*, El País-Aguilar

6. El animal sentimental

Goleman, Daniel: *Inteligencia emocional*, Kairós
Frank, Ana: *Diario*, Plaza y Janés

Lewis, C. S.: *Los cuatro amores*, Rialp
Marías, Julián: *La felicidad humana*, Alianza

7. El animal cultural

D'Ors, Miguel: *Punto y aparte*, Comares
Kapuscinski, Ryszard: *Viajes con Heródoto*, Anagrama
Steiner, George: *Elogio de la transmisión*, Siruela

8. El animal religioso

Collins, Francis: *¿Cómo habla Dios*?, Temas de Hoy
Dostoievski: *Los hermanos Karamazov*, Cátedra
Guitton, Jean: *Dios y la ciencia*, Debate
Marías, Julián: *La perspectiva cristiana*, Alianza

Antropología filosófica
José Ramón Ayllón

ISBN edición en papel: 978-84-344-6961-7

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.,
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2011

ISBN: 978-84-344-6843-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice